

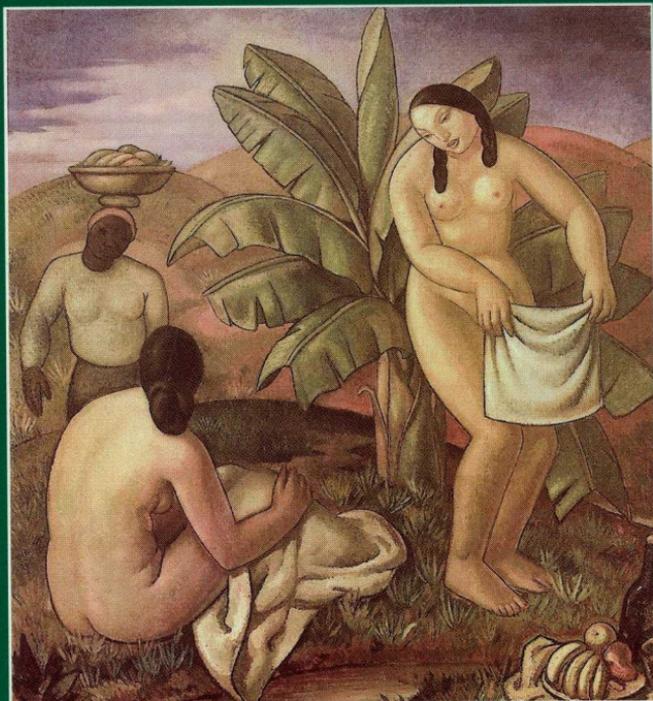
LA POESIA MODERNA EN CUBA (1882-1925)

por

FELIX LIZASO

Y

JOSE ANTONIO FERNANDEZ DE CASTRO



Frente de Afirmación Hispanista, A.C.
México 2005

LA POESIA MODERNA EN CUBA

(1882-1925)

ANTOLOGÍA CRÍTICA, ORDENADA Y PUBLICADA

por

FÉLIX LIZASO

y

JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE CASTRO

(Edición facsimilar)

Frente de Afirmación Hispanista, A. C.
México 2005

Portada: **Mujeres junto al río**
de Antonio Gattorno (La Habana. 1904-80).
(Óleo sobre tela. 193 x 117 cm.)
Tomado de **La Habana. Salas del Museo
Nacional de Cuba. Palacio de Bellas Artes.**
(Editorial Letras Cubanas. La Habana, 1990).

Edición facsimilar corregida.

© Frente de Afirmación Hispanista A. C.
Castillo del Morro 114
Lomas Reforma
11930, México, D. F.
Fax: 55 96 24 26
E-mail: ivanfah@prodigy.net.mx
México

LA POESÍA MODERNA EN CUBA

(1882-1925)

ANTOLOGÍA CRÍTICA, ORDENADA Y PUBLICADA

POR

FÉLIX LIZASO

Y

JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE CASTRO



MADRID

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11.

1926

ADVERTENCIA

I

En el estrecho recinto de una vieja biblioteca, rodeando una larga mesa, nos reuníamos por algún tiempo un grupo de amigos que, congregado por nosotros, tenía el pensamiento puesto en la revisión de muchos valores, en la revolución social necesaria para curar los eternos vicios, enardeciéndonos en ese fondo de indignación que es patrimonio de los jóvenes, y, de un modo más concreto, en la antología que cada generación debe realizar.

Pensábamos nosotros, y nos figuramos que no estuvimos descarriados, que si lo que limita a toda antología y la hace pobre antes de tiempo es ser la expresión del gusto personal del colector, que aun sin quererlo ha de tender siempre a dar preferencia a aquellas modalidades más en concordancia con su propio temperamento, obviábamos en lo posible esa primera dificultad, logrando que la selección respondiera al criterio de distintos y aun opuestos temperamentos. Así, las más largas disputas tanto como las más unánimes concordancias, sin aceptar por supuesto las opiniones extremas y sin haber forzado nuestro particular criterio, culminaron en la selección de gran parte del material aquí reunido.

Vinieron entonces los atisbos revolucionarios en el orden social, y en mayor o menor grado nos tocó, anhelantes de una regeneración patria, participar de las zozobras o de las inquietudes de esos momentos, mientras la propuesta antología quedaba en la clasificación de un proyecto más.

Ha sido muy recientemente cuando, volviendo sobre el material recolectado y completándolo, pusimos mano en las clasificaciones, estudios y notas, hasta dejar terminada esta obra, en la que hemos puesto, además de nuestros entusiasmos, el deseo de que resultara lo más completa posible dentro del propio fin perseguido, que no es otro que el de dar una visión siquiera aproximada de nuestro moderno movimiento poético.

II

Para que una antología pueda dar una visión cercana a la realidad que se propone comprender es indispensable que se sujete a un plan históricocrítico, no obstante la arbitrariedad que cualquiera clasificación pueda presuponer, por el apriorismo y la relatividad que han de hallarse siempre en toda limitación divisoria. No obstante, antes de decidirmos por el plan aquí adoptado, hemos considerado el seguido en las mejores antologías poéticas a nuestro alcance: Ad. Van Bever & Paul Leautaud, *Poètes d'Aujourd'hui*; Giovanni Papini y Pietro Pancrazi, *Poeti D'oggi*; Robert de la Vaissière, *Anthologie poétique du XX^e siècle*; Harriet Monroe y A. C. Henderson, *The New Poetry*, en las literaturas extranje-

ras, y en la hispanoamericana, Genaro Estrada, *Poetas nuevos de México*. En estas antologías, estimables por todos conceptos, se ha seguido el método más fácil: el orden alfabético, con el cual se elimina la dificultad de situar dentro de grupos precisos a poetas de características difíciles de concretar, método que repugnaba a nuestro propósito de dar cierto sentido histórico a esta obra. En este orden, y con las naturales diferenciaciones, nos señalaron mejores derroteros: Ludwig Lewishon, en *Poets of Modern France*, y recientemente Babette Deutsch y Avrahn Yarmolinsky, en *Modern Russian Poetry*. Pero especialmente debemos consignar aquí que nuestro modelo, siquiera en el orden formal, lo hallamos en la excelente antología *La poesía moderna francesa*, de los Sres. D. Fernando Fortún y D. Enrique Díez-Canedo, la obra más acabada que existe en su género en nuestro idioma, verdadero compendio de aciertos críticos y de buen gusto.

III

La utilidad de nuestro trabajo y la necesidad que se notaba de una obra semejante se comprenderán con la simple consideración de las obras de este género realizadas en Cuba, a partir de la recopilación que con el título de *Arpas cubanas* (Habana, 1904), recogió a los más caracterizados poetas de la primera época del período estudiado por nosotros bajo el título de Transición, dado que con posterioridad a ese momento sólo se han publicado en relación a nuestra producción poética compilaciones editoria-

les, hechas sin discernimiento por personas no muy autorizadas y con fines puramente mercantiles. Trabajos tanto más dignos de censura si se tiene en cuenta que en épocas anteriores se habían producido en Cuba obras tan estimables y dignas de consideración y encomio como *El parnaso cubano* (Habana, 1881), con introducción y notas de Antonio López Prieto, indispensable para el estudiante de nuestra literatura, puesto que recoge y estudia la casi totalidad de los poetas que aquí se desarrollaron desde los principios hasta mediados del siglo XIX; *Arpas amigas* (Habana, 1879), que reúne las producciones de los mejores poetas que en esa época vivían, y que ha sido estudiada por Enrique José Varona en el ensayo *La nueva era*, publicado en su libro *Estudios literarios y filosóficos* (Habana, 1893) y *Los poetas de la guerra* (New York, 1894), con un admirable prólogo de José Martí, pequeña recopilación de interesantes momentos líricos escritos por cubanos en armas contra España durante la guerra de los Diez Años (1868-1878).

Una excepción en todos sentidos, tanto en la crítica minuciosa y acertada como en el mismo acierto de la selección, es la más reciente obra del escritor cubano José María Chacón y Calvo, publicada con el título de *Las cien mejores poesías cubanas* (Madrid, 1922), en la cual, haciendo una recopilación a través de toda nuestra lírica, desde Zequeira y Rubalcaba hasta fines del pasado siglo, ha dado una visión histórica, aunque personal, de nuestro desenvolvimiento poético. En dicha obra, sin embargo, no aparecen sino cuatro de los poetas que en nues-

tro libro comprendemos: Martí, Casal, Juana Borrero y René López, por no incluirse en el libro del señor Chacón los poetas modernos de Cuba a partir de los citados, que es precisamente cuando se inicia el modernismo en nuestra poesía.

IV

Las divisiones que hemos adoptado corresponden con bastante aproximación, según nuestro criterio, a los distintos períodos que con caracteres propios se marcan en el desarrollo de la producción poética en estos últimos tiempos.

Las introducciones que en forma de notas preceden a dichas divisiones, estudiando, aclarando y fijando de una vez lo que dentro de aquéllas es característico, explican al lector las circunstancias dentro de las cuales se desarrolla nuestro movimiento poético. Dentro de la relatividad harto conocida de nuestro medio cultural, hemos comprendido en dichas notas acontecimientos que en otros países no influirían en la ideología de los escritores. Al final de ellas hemos mencionado a aquellos poetas que por tener una obra más reducida o menos importante, no se les ha dado un lugar en la antología.

En la nota correspondiente a cada poeta hemos dado una breve biografía y después una apreciación crítica, terminando con una reseña bibliográfica limitada a la producción poética, y cuando ha sido posible, la crítica existente sobre la labor del poeta. La carencia de opiniones autorizadas sobre la mayor parte de los poetas aquí reunidos, o la extrema difi-

cultad de utilizarla cuando existe, nos ha obligado a hacer por cuenta nuestra las apreciaciones críticas en la mayor parte de los casos.

Hacemos constar, por último, que el carácter histórico que hemos querido dar a este trabajo nos ha obligado a traer a sus páginas a poetas que, lejos de enriquecer la lírica cubana, han contribuido a empobrecerla; obvio es decir, por ello, que no son gustados por nuestros espíritus ni por el de la generación a que pertenecemos.

V

Hemos de dar aquí las gracias a los poetas que nos han autorizado para incluir en esta obra composiciones suyas, algunas inéditas; a las personas que nos han facilitado poesías raras o casi inaccesibles de poetas desaparecidos; a nuestros amigos que nos han prestado ayuda de toda clase en el desarrollo y ejecución de nuestro trabajo, y muy especialmente a Enrique Díez-Canedo, por haber tenido la condescendencia de leer estas páginas, inéditas aún, haciéndonos sugerencias acertadas.

La Habana, mayo, 1925.

LOS PRECURSORES

(1882-1895)

LOS PRECURSORES

(1882-1895)

I

En Francia, después del Parnasianismo, que no fué sino una reacción contra los excesos románticos —*tous les elegiaques sont des canailles*— y que culmina en un estado de alma en el que el poeta «ansioso de exactitud y de impassibilidad», y por sus propios designios, se limita a transcribir paisajes físicos y espirituales (Leconte de Lisle y Heredia); después del Simbolismo, que fué una completa renovación poética — a diferencia de la anteriormente citada, que reúne circunstancialmente diversas orientaciones — y que aspira a encontrar en la poesía, libertándola y sugiriendo por medio de imágenes un nuevo vehículo de representación emocional (Mallarmé), provenientes dichas tendencias de la revolución que Baudelaire había iniciado con su único libro *Las flores del mal*, viene la más absoluta libertad: cada cual canta lo que quiere y a su manera, y a veces se llega a trabajos de pura orfebrería verbal, no desdeñables. No importa que *Monsieur celui qui ne comprend pas* hable de anarquismo mental, de decadencia espiritual, si esa decadencia y ese anarquismo producen a Verlaine, a Moreas y a todos los otros maestros de la lírica francesa.

En Inglaterra, antes, había ocurrido al margen del postromanticismo (Browning y Tennyson) el prerrafaelismo, que fué en principio una liberación: Rossetti. Luego, Swinburne lleva en sus estrofas nuevos acentos recogidos en Baudelaire, y todos los movimientos ulteriores de la Francia se reflejan en los poetas fineseculares de la época: Dowson, Henley, Wilde.

En Alemania, después de Heine y Hebbel, que reaccionan en cierto modo contra los amaneramientos del romanticismo, Stefan George, Hofismantal, Dehmel rechazan las antiguas maneras, e inclinados sobre Francia y llevando otras sugerencias, recogen en sus cantos los sonos de los poetas franceses.

La literatura de los países nórdicos comienza a ser estudiada debido a la influencia de los dramaturgos Ibsen y Bjoerson y de su crítico Brandes.

De los Estados Unidos de Norteamérica, Poe, estudiado con amor por Baudelaire y Mallarmé, y traducido por ambos, es ya universal, y la obra genial de Whitman empieza a revelarse en todas las literaturas cultas de la época.

España es la única de las naciones que permanece al margen de ese movimiento universal de renovación. Embriagada en una somnolencia vergonzante después de Bécquer, apenas bastan Campoamor y Núñez de Arce para sacudirla ligeramente. Los poetas de la metrópoli se agotan en la imitación perenne de estos modelos y son hartos pobres para que los cubanos, y en general los hispanoamericanos, puedan buscar en ellos su rumbo. Selgas, Reina, Manuel del Palacio, ¿cómo pueden inspirar a toda una legión

de artistas, ávida de sensaciones nuevas que inquietamente empiezan a vislumbrar en otros horizontes? La necesidad de inspiración, de nutrición más bien, ha de cumplirse de cualquiera manera cuando no ha llegado el momento de dar lo propio, y fueron a buscarla en aquellas literaturas que podían ofrecerla.

II

Las inquietudes del alma americana, profundamente removidas en su lucha por la independencia política, y en pugna constante con la mentalidad española, producen a lo largo del siglo último, y en distintos países, pensadores y artistas que esporádicamente marcan diferencias ideológicas, aunque no formales, entre nuestro espíritu y el de la metrópoli, convergiendo todos estos brotes dispersos en cierta unidad de pensamiento y de acción que, en las últimas décadas del siglo XIX, dan lugar al movimiento renovador, que de una vez para siempre nos libertará, en fondo y forma, de los modelos peninsulares.

En este saludable movimiento nos tocó aportar, como verdaderos precursores de las tendencias y formas de la poesía actual, las figuras de José Martí y de Julián del Casal, que con Gutiérrez Nájera, Silva y Rubén Darío habrían de ser los precursores máximos, a la vez que las máximas realizaciones poéticas.

Concretándonos en esta nota al desenvolvimiento de la poesía moderna en Cuba, no nos toca estudiar el aporte de Martí y Casal al movimiento general en América, que ha sido reconocido ya por todos los críticos que se han ocupado del mismo.

La obra poética de Martí, que durante su vida alcanzó escasísima difusión, no pudo ejercer, en su época, influencia alguna. Producía para sí y para el reducido número de sus amigos, entre los que siempre se contó Rubén Darío, quien lo ha reconocido como precursor suyo. Es, en nuestros días, cuando la obra de Martí se ha adentrado en el espíritu de las nuevas generaciones poéticas. Sin embargo, por medio de sus ensayos, discursos y estudios y su intensa actuación personal, las ideas novísimas de Martí ejercieron una indudable influencia sobre sus contemporáneos: el mencionado Darío, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Picón y Febre, César Zumeta, Vargas Vila, Amado Nervo, Urbina y otros muchos que de modo más o menos directo contribuyeron a la realización de las nuevas orientaciones.

Julián del Casal — que se desarrolló en nuestro medio literario y ejerce influencia sobre el mismo — trajo a nuestra lírica orientaciones que hasta ese momento le habían sido extrañas, y de hecho es el que introduce modos nuevos de decir las sensaciones complejas del alma moderna. A su alrededor agrúpanse los espíritus jóvenes ávidos de encontrar una nueva dirección espiritual: los Uhrbach, Juana Borrero y Federico Villoch — que sólo en ese momento produjo versos estimables —; Enrique Hernández Miyares y Bonifacio Byrne, cuya obra no puede considerarse como de verdaderos poetas modernos. Juana Borrero, muerta demasiado joven, sólo acierta a dar en sus versos una nota personal de pesimismo delicado, contaminado de Casal, aunque su expresión fuera menos nueva que la de su maestro. Los

Uhrbach, en su etapa de iniciación literaria, siguen demasiado de cerca a Casal, aun cuando Federico, más tarde, llegue a dar, maestro de sí mismo, salida a una inspiración propia y sincera en lenguaje elevado y correcto.

Para comparar la obra de los poetas que incluimos en este grupo con la de sus contemporáneos, no tan avanzados ideológica y formalmente, y apreciar la razón de nuestro criterio selectivo, basta acudir a las colecciones de las principales revistas y periódicos de la época: *El Almendares*, *El Figaro*, *La Habana Elegante* y *La Habana Literaria*, donde colaboraban, junto con aquéllos, Gabriel de Zéndegui, notable traductor de poetas ingleses (*Versos y Sonos de la lira inglesa*); Mercedes Matamoros, temperamento enérgico y audaz, traductora de las piezas cortas de Byron y Moore (*Sensitivas y sonetos*); Nieves Xenes, pasional y exquisita, cuyas *poesías* fueron recogidas después de su muerte; el crítico Aurelio Mitjans, cuyas composiciones poéticas, inspiradas en acciones de guerra de los Diez Años, aparecían suscritas con el seudónimo *El Camagüeyano*; el elegante y discreto Pablo Hernández (*Primaverales*), y otros menos estimables, cuyas obras no entran, por sus sentimientos y formas de expresión, dentro del marco que nuestro propósito nos impone.

Por estos mismos días publicaban en francés, en París, los poetas cubanos Augusto de Armas, *Rimes Byzantines*, y Eduardo C. Price, *Le Chariot d'or*, cuyas producciones fueron bien acogidas por la crítica francesa, y pertenecen, como la obra del inmortal José María de Heredia, a aquella literatura.

JOSÉ MARTÍ

Nació en la Habana, en 1853. Murió, combatiendo por la libertad de Cuba, en Dos Ríos (Oriente), en 1895. Su vida accidentadísima lo arrancó de su hogar poco después de cumplir los quince años. En 1869, y siendo todavía estudiante de segunda enseñanza del Instituto de la Habana, con ocasión del estado de cosas existente entonces en Cuba, fué Martí preso y aherrrojado como un criminal vulgar, por el único delito de ser cubano y sonreír un día de las bravatas de un integrista que fantaseaba y amenazaba de lejos a los mambises. Sufrió el grillete a los diez y siete años y fué condenado a picar piedra en las canteras. Por influencia de su padre, oficial español, le fué conmutada la pena por la de destierro a España, desde donde sigue con ojos de espectador apasionado el proceso de la revolución en Cuba, escribiendo varios trabajos, entre ellos *El presidio político en Cuba* y *La república española ante la revolución cubana*. Termina allí el Bachillerato, y en la vetusta Zaragoza, mientras nutría su espíritu con la lectura de los clásicos españoles, alcanzó el grado de licenciado en Derecho en junio de 1873. Impedido de volver a Cuba por la orden de destierro que pesaba sobre él, desconcertado quizá su espíritu ante el espectáculo de los cubanos que en guerra sangrienta contra España no vacilaban en enfrentarse unos contra otros en inútiles guerras intestinas de partidarismos mezquinos, tanto en el campo de batalla como en las emigraciones esparcidas por el continente, Martí no toma más participación activa en la lucha con-

tra la metrópoli hasta años más tarde. En 1874 lo encontramos en Méjico, donde se casó, actuando enérgicamente en la vida intelectual de esa nación, redactando, en unión de los espíritus más avanzados del momento, revistas y periódicos de combate, interviniendo en congresos obreros del país y negándose siempre a aceptar cargos oficiales. Viaja luego por Centroamérica (1877), y en Guatemala desempeña cátedras de enseñanza, escribe un folleto sobre el país, muchas veces reeditado, y conoce a la «niña que se murió de amor». Por incompatibilidad de carácter con el jefe del Gobierno renuncia a la posición adquirida. Va a New York, y terminada la guerra regresa a Cuba en 1878, donde al mismo tiempo que trabaja en un bufete de abogado, comienza a conspirar de nuevo contra la dominación española, y se da a conocer en el grupo de personalidades más cultas como orador y conferencista. El capitán general que gobernaba entonces lo envía de nuevo a España, y allí, en trato directo con los hombres que regían aquella nación, se convence de que nada es dable esperar a los cubanos del régimen existente. Regresa a América por Francia. En Venezuela, durante su corta permanencia, funda una revista y se convierte en el jefe intelectual de la juventud (Picón y Febres). Sale de aquella nación poco menos que obligado por el tirano que la gobernaba, se instala definitivamente en New York y comienza entonces a laborar intensamente por el progreso intelectual de nuestra América. Su colaboración activa en todos los periódicos del continente — especialmente de la Argentina y de Méjico, en algunas de las revistas y periódicos de Cuba, en los periódicos que editados en Norteamérica a la nuestra se dirigen, en *The Sun* y en idioma extraño, que llega a dominar por completo (Dana) — equivale a una biblioteca entera de ideas nuevas y sensaciones modernas, expresadas en un lenguaje maravilloso. El catálogo

de sus lecturas diarias, ofrecido por alguno de los que le conocieron, es pasmoso por su extensión y variedad. Traduce y publica, al margen de su labor inmensa, *Ramona* y *Called Back*, de Hellen Hunt Jackson y Hugh Conway, novelistas de alguna notoriedad entre los escritores en lengua inglesa de la época; imprime para sus amigos sus colecciones de versos; traduce del inglés, en verso blanco, el poema de Moore «Lalla Rock», que desgraciadamente no llegó a publicarse y que parece haberse perdido para siempre. Simultáneamente atiende Martí a los Consulados de la Argentina, el Uruguay y el Paraguay; asiste a Congresos internacionales de Wáshington, y prepara lenta, pero certeramente, la formación del Partido Revolucionario Cubano, cuya culminación ha de ser la revolución de Cuba para obtener su libertad. En 1891 las emigraciones vuelven a agitarse a la voz de Martí, quien a la cabeza de ellas, y uniendo sus esfuerzos dispersos, se lanza de lleno a su empeño más caro: la independencia de Cuba. Al estallar la guerra que él *evocó* viene al campo de batalla, y como Byron y Sidney, cae frente al enemigo, haciendo con su gesto buenas todas sus palabras y convirtiéndose con él en precursor de la legión novísima de poetas muertos en la reciente guerra que, odiándola, fueron a morir por creerla necesaria y justa. Su nombre es amado en toda América: Uruguay, Argentina y Venezuela tienen calles y plazas en sus ciudades con su nombre; Méjico consagra a su memoria una de sus bibliotecas públicas, y la República de Cuba mantiene en Francia un establecimiento benéfico bajo la égida de su nombre. Pronto, en el centro de New York, al lado de las de Bolívar y San Martín, se levantará su estatua.

La sinceridad, norma bajo la cual puso no sólo su corazón, sino también su genio, explica la característica de su poesía, aquella que está por encima de todas las otras

modalidades: el *personalismo*. Espíritu simplificado y aristócrata a la vez, amante de las sonoridades difíciles tanto como del suave fluir del verso, en sus producciones está siempre el hombre que tuvo el don de ser sincero y de ser siempre *él mismo*, con aquel alto concepto del arte que le hizo formular toda una teoría poética de los tiempos nuevos. «Todo está dicho ya, pero las cosas cada vez que son sinceras, son nuevas», decía, y dando salida, en aquellas breves escapatorias en que bufa de los hombres y se refugiaba en sí mismo, a las íntimas inquietudes crecidas en la multiplicidad de emociones en que se desarrolló su vida, sus versos le salían de una sola pieza y de una sola inspiración, como él quería que fueran hechos, porque «no son obra de artesano, sino de hombre en cuyo seno anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor».

Esta poesía personalísima de Martí ha de dar necesariamente la sensación del hombre: vigor que se transmuta en visión rápida o en síntesis poética; capacidad de emoción aun para ponerse a tono y comprender el alma de un niño; inquietud espiritual tanto como de intelecto; poder de apresar, en vuelo vertiginoso, la esencia de un alma, y, en fin, la suprema elegancia y la suprema espiritualidad, que son el fondo invariable de su espíritu.

En *Versos sencillos*, «escritos con la más difícil de las sencilleces, como que es la innata lengua genial» (Rubén Darío), está la nota romántica, el corazón abierto y el caudal lírico inagotable. Sus sueños de visión lejana están en *Versos libres*. En *Versos libres* se volcó el alma atormentada de Martí. Atormentada no por sueños de grandeza, ni por egotismos líricos, ni por ansias enfermizas, sino por la carga de aquel anhelo inmenso de libertad, de sinceridad, de bondad, que a veces, al chocar con la indiferencia o la falsía, estallaba en aquellos sus endecasílabos hirsutos, como él los llamaba.

Chacón y Calvo ha señalado su instinto maravilloso de la poesía popular, y antes se habló de su manera clásica y castiza. Era, sin embargo, uno de los primeros poetas modernos de América (entendiendo el modernismo, en la ideología, como profunda renovación espiritual, y en cuanto a la forma, como tendencia manifiesta hacia la libertad en el arte), como sigue siendo aún, y cada vez más, el mejor y más moderno de sus prosistas. Su poesía no envejece, sino que aún ha ganado con el tiempo y parece cada vez más cercana a nosotros: buen síntoma de genialidad.

La difusión de su obra lírica es ya continental. Tomando como base los volúmenes XI y XII de sus *Obras*, publicados en la Habana en 1910 y 1913, donde está recogida su labor poética, se editan en la Argentina y en Costa Rica selecciones acertadas. La primera de ellas lleva como prólogo un notable estudio, escrito por Rubén Darío (José Martí, poeta) con toda la admiración y cariño, del que desde 1895 se proclamaba su discípulo en otro trabajo consagrado a su memoria y que luego fué recogido en *Los raros*, teniendo además el mérito de estar anotadas y comentadas por Darío muchas de las composiciones. La selección de Costa Rica lleva como liminar un estudio de R. Brenes Mesén sobre la labor poética del maestro, hecho con elegancia y devoción. Su credo poético está contenido en las páginas del prólogo que escribió para *El poema del Niágara*, del notable literato venezolano José Antonio Pérez Bonalde (1883); en los trabajos que publicó sobre Walt Whitman y Oscar Wilde (1887 y 1882), donde éstos son estudiados por primera vez en castellano con una comprensión inteligente. También en las palabras preliminares de sus *Versos sencillos* y *Versos libres*.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Ismaelillo*, New York, Imp. de Thompson y Moreau, MDCCCLXXXII. — *Versos sencillos*, New York, Louis Weiss y Co, 1891. — Estas dos colecciones fueron reimpresas por Gonzalo de Quesada en unión de los inéditos *Versos libres* (1882), en el tomo XI de las *Obras* de Martí, Habana, 1910. — En el tomo XII recogió Quesada los versos de Martí, publicados y dispersos en distintas revistas y periódicos del continente, así como sus obras de juventud: *Abdala*, drama patriótico, 1869; *A mis hermanos muertos el 27 de noviembre de 1871*, fragmentos que alcanzan a veces fuerte intensidad; *Amor con amor se paga*, juguete cómico estrenado en Méjico en 1875, y otras poesías de ocasión. — *Antologías*: Existen, además de las selecciones impresas en la Argentina y Costa Rica, a que ya hemos hecho referencia, la publicada en París, en 1910, con el título *Flor y lava*, en la librería Ollendorf, por Américo Lugo, donde junto a algunos de sus discursos y artículos más notables aparecen — en el estudio preliminar, desde donde invita a Quesada a publicar los *Versos* del maestro — varias composiciones poéticas, y la de Max Henríquez Ureña, al final de las *Páginas escogidas de Martí*, publicadas en París en el año 1923, en la casa Garnier y Hermanos. Chacón y Calvo, en sus *Cien mejores poesías cubanas*, incluye diez composiciones de Martí. Últimamente ha comenzado a publicarse en Madrid una edición de las *Obras completas* de Martí, bajo la dirección de Alberto Ghirardo. Los tomos publicados son los siguientes: I, *Lira guerrera*; II, *Lira íntima*; III, *Patria*; IV, *Libertad*; V, *Nuestra América*; VI, *El libro de los Juicios*.

¡Lástima que esta generosa obra de divulgación carezca por completo de seriedad crítica! Los títulos de los

volúmenes obedecen al capricho del editor. Es una imperdonable falta de buen gusto que la serie de poesías breves y hondas que Martí publicó con el título de *Versos sencillos*, aparezcan en esta infortunada edición bajo el título de *Lira íntima*.

También recientemente ha comenzado a publicarse en París, en la *Editorial Excelsior*, por Armando Godoy y Ventura García Calderón, como tributo de «homenaje y reparación», una edición de las *Obras completas de José Martí*, cuyo primer tomo, conteniendo la producción poética, tenemos a la vista. Más respetuosa en la ordenación de la materia que la anterior y de presentación agradable, sin aspirar a un alto grado de depuración y excelencia, esta edición puede cumplir con decoro el propósito de difusión deseado por sus generosos editores para la obra literaria de José Martí.

Consúltese: La bibliografía sobre la vida y la obra de Martí es extensísima. A pesar de ello dista de ser completa y acabada en su parte crítica. Salvo excepciones, todo lo que sobre él se ha escrito son impresiones personales de los que en su vida agitada y fecunda le conocieron; y esto, que puede ser utilísimo en su día al futuro biógrafo y comentador del «inmenso» Martí, para cuyo monumento, según la frase de Darío, «la isla entera sería todavía pequeño zócalo», resulta enojoso y fatigante por la promiscuidad con que se halla recogido, para el estudiante de nuestra literatura y aun para el aficionado más o menos conocedor de la materia. Esto que acabamos de decir no se refiere a los estudios y discursos que le han consagrado, entre nosotros y en diversas ocasiones, Sanguily y Varona, verdaderos *pioneers* en la penetración y estima de la obra de Martí, y primeros en cronología y en la estimación intelectual y moral de los cubanos de ahora. Tampoco atañe a los esfuerzos posteriores y que fijan en un sentido general algunos

aspectos de la vida y la obra de Martí, realizados por Roque Garrigó (1911) y Néstor Carbonell (1923). Daremos una noticia de los críticos y pensadores contemporáneos que sobre el maestro han emitido conceptos más o menos latos, pero que resultan imprescindibles para fijar el sitio que a Martí corresponde entre los pensadores y artistas de todos los tiempos, mencionando después los trabajos más asequibles e importantes que sobre la labor poética de Martí se han realizado.

Unamuno, cumbre actual del pensamiento latino, lo compara con Bolívar en su ensayo sobre éste (1914), y en ocasión de examinar (1919) el último libro de Martí que recogió Quesada (vol. XV), dice las más altas frases que ha proferido sobre americano alguno. Anteriormente, y a propósito de una lectura repetida de los *Versos libres*, lo había comparado con Walt Whitman, señalando el acierto de la forma empleada por Martí para dar salida a sus pensamientos libres y pujantes. Díez-Cane-do, el más fino y mejor nutrido de los críticos españoles de la hora actual, lo incluye en la selectísima y admirable antología de *Prosistas modernos* (Madrid, 1922), donde fija con criterio acertadísimo la evolución de la prosa castellana durante el siglo XIX. Rodó, en 1904, pone bajo su advocación la reedición de *Ariel*, impresa en Santiago de Cuba; en 1905 coloca a Martí entre los más grandes ciudadanos de la intelectualidad americana. En 1907 lo compara a Montalvo, la más alta cumbre del pensamiento americano, según la expresión del pensador uruguayo, y reprocha a Ugarte el no haberlo incluido en su Antología como uno de los precursores de la renovación intelectual de nuestro continente, y en los días que precedieron a su muerte le seducía el propósito de escribir un ensayo sobre Martí. Lugones, en 1897, en el *Himno de las torres*, lo pone entre sus más «grandes sombras heroicas»; Manuel Díaz Rodríguez, en 1899, compa-

ra su «prosa ilustre» con la de los más grandes prosistas hispanoamericanos; Gutiérrez Nájera escribió la semblanza del maestro a su paso por Méjico; Justo Sierra, amigo y compañero suyo, dice a su muerte (1895) la altísima estima en que lo tenía, lamentando la pérdida sufrida por toda la América, y Alfonso Reyes, esa realidad cumplida de las letras hispanoamericanas, evoca siempre con justeza en varios de sus trabajos (1915 y 1917) el aporte lírico en el ideario actual del hombre «fino y ardiente» que se llamó José Martí. César A. Zumeta, distinguido escritor venezolano (1896), y Vargas Vila, el eterno rebelde (1899 y 1916), dedican páginas de su obra a estudiar su figura de agitador y conductor de pueblos. Es uno de los entusiasmos de R. Blanco-Fombona, otro de los maestros del actual pensamiento hispanoamericano, quien escribe sobre él en sus mocedades (1899) un artículo donde habla del «poeta adorable» y del «hombre en cuyo pecho cupo el alma de Bolívar», y más tarde, a través de toda su labor de crítico y de historiador, no cesa de compararlo, como Unamuno, al más grande hombre de toda la América: Bolívar, contribuyendo a su difusión al reeditar desde Europa libros y estudios del maestro. Amado Nervo, el místico poeta, le consagra una curiosa crónica (1896) — no recogida aún en sus *Obras completas* —, donde comenta la «coruscante huella» impresa por Martí en el espíritu de sus contemporáneos. Luis G. Urbina (1915) cuenta apasionadamente la vez que le conoció, y el escritor dominicano Federico García Godoy le dedica un extenso trabajo, colocándolo entre los próceres del «americanismo literario» (1917). Federico Loliée, en su *Histoire de littérature comparée*, lo iguala a Carlyle. Picón y Febres, en su *Historia de la literatura venezolana en el siglo XIX*, habla de la extraordinaria influencia personal que ejerció Martí sobre la juventud de la época en que estuvo por Caracas. En in-

glés, y a raíz de su muerte, el notable publicista Charles A. Dana, director del *Sun*, escribió un artículo de fondo donde nos habla de la labor prodigiosa y desconocida para nosotros que Martí realizó en dicho periódico durante veinte años consecutivos. Américo Lugo, en su selección de la obra de Martí, impresa en París; Max Henríquez Ureña, en la suya, y Ventura García Calderón, en *Madre América* (París, 1923), pequeña antología de prosas donde recoge las palabras continentales del maestro, dicen en sendas introducciones su admiración y su amor por el espíritu egregio e inmenso de una de las mayores figuras de toda nuestra América.

En Cuba, después de los trabajos citados, son dignos de mención: el discurso pronunciado por José Antonio González Lanuza, el 19 de mayo de 1910; un artículo de Manuel de la Cruz, publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 26 de septiembre de 1895, y algún otro menos extenso de Nicolás Heredia. Recientemente, Arturo A. de Carricarte, entre otros trabajos dignos de loa que realiza contribuyendo a enaltecer su memoria y a dar a conocer mejor su obra dispersa, fundó la *Revista Martiniiana*, que, desgraciadamente, ha venido publicándose con grandes intermitencias. Carlos de Velasco, uno de los fundadores de *Cuba Contemporánea*, poco antes de morir escribió un pequeño ensayo sobre su vida, que, publicado en francés con la traducción de alguno de los pensamientos de Martí, circuló profusamente por Europa. Al inglés, en *Inter-America*, y al francés, en la *Revue de l'Amérique Latine*, se han vertido en los últimos tiempos fragmentos de su obra.

Un conocimiento más exacto sobre la labor poética de Martí lo hallamos en los siguientes trabajos: R. Brenes Mesén, *José Martí, escritor* (prólogo a la selección de *Versos*), J. García Monje, editor, San José de Costa Rica, 1914. — Néstor Carbonell, *Martí el poeta* (conferencia

incluida en *Martí, su vida y su obra*), Imp. El Siglo XX, Habana, 1923. — José María Chacón y Calvo, *Las cien mejores poesías cubanas*, Madrid, 1923. — Rubén Darío, *José Martí*, en *Los Raros*, Maucci y Hermanos, Barcelona, 1903. — *José Martí, poeta* (cuatro artículos), en *La Nación*, Buenos Aires, 1913. — Arturo Torres Ríoseco, *Precursores del modernismo (José Martí)*, 1925. — Regino E. Boti, *Martí en Darío*, estudio sobre la influencia de Martí en la obra poética de Darío, en *Cuba Contemporánea*, febrero, 1925. — A. Coester, en *The Literary History of Spanish-American*, Macmillan, New York, 1916, e Isaac Goldberg, en *Studies in Spanish American Literature*, Brentanos, New York, 1920, estudian a Martí en ese aspecto de su obra al tratar en conjunto el movimiento modernista hispanoamericano.

VERSOS LIBRES

Hierro.

Ganado tengo el pan: hágase el verso,
y en su comercio dulce se ejercite
la mano, que cual prófugo perdido
entre oscuras malezas, o quien lleva
a rastra enorme peso, andaba ha poco
sumas hilando y revolviendo cifras.
Bardo, ¿consejo quieres? Pues descuelga
de la pálida espalda ensangrentada
el arpa dívea; acalla los sollozos
que a tu garganta como mar en furia
se agolparán, y en la madera rica
taja plumillas de escritorio, y echa
las cuerdas rotas al movable viento.

¡Oh alma!, ¡oh alma buena!, ¡mal oficio
 tienes!: póstrate, calla, cede, lame
 manos de potentado, ensalza, excusa
 de efectos, tenlos — que es mejor manera
 de excusarlos—, y mansa y temerosa
 vicios celebra, encumbra vanidades.
 ¡Verde entonces, alma, cuál se trueca
 en plato de oro rico tu desnudo
 plato de pobre!

Pero guarda, ¡oh alma,
 que usan los hombres hoy oro empañado!
 Ni de eso cures, que fabrican de oro
 sus joyas el bribón y el barbilindo.
 ¡Las armas no, las armas son de hierro!

¡Mi mal es rudo; la ciudad lo encona;
 lo alivia el campo inmenso! ¡Otro más vasto
 lo aliviará mejor! — Y las oscuras
 tardes me atraen, cual si mi patria fuera
 la dilatada sombra.

¡Oh verso amigo,
 muero de soledad, de amor me muero!
 No de amor de mujer; estos amores
 envenenan y ofuscan. No es hermosa
 la fruta en la mujer, sino la estrella.
 La tierra ha de ser luz, y todo vivo
 debe en torno de sí dar lumbre de astro.
 ¡Oh, estas damas de muestra! ¡Oh, estas copas
 de carne! ¡Oh, estas siervas ante el dueño
 que las enjoya y estremece echadas!
 ¡Te digo, ¡oh verso!, que los dientes duelen
 de comer de esta carne!

Es de inefable

amor del que yo muero, del muy dulce
menester de llevar, como se lleva
un niño tierno en las cuidosas manos,
cuanto de bello y triste ven mis ojos.
Del sueño, que las fuerzas no repara
sino de los dichosos, y a los tristes
el duro humor y la fatiga aumenta,
salto, al Sol, como un ebrio. Con las manos
mi frente oprimo, y los turbios ojos
brotan raudal de lágrimas. ¡Y miro
el Sol tan bello y mi desierta alcoba,
y mi virtud inútil, y las fuerzas
que cual tropel famélico de hirsutas
fieras saltan de mí buscando empleo;
y el aire hueco palpo, y en el muro
frío y desnudo el cuerpo vacilante
apoyo, y en el cráneo estremecido
en agonía flota el pensamiento,
cual leño de bajel despedazado
que el mar en furia a playa ardiente arroja!

¡Sólo las flores del paterno prado
tienen olor! ¡Sólo las ceibas patrias
del sol amparan! Como en vaga nube
por suelo extraño se anda; las miradas
injurias nos parecen, y el Sol mismo,
más que en grato calor, enciende en ira.
¡No de voces queridas puebla el eco
los aires de otras tierras; y no vuelan
del arbolar espeso entre las ramas
los pálidos espíritus amados!
De carne viva y profanadas frutas
viven los hombres, ¡ay!, mas el proscrito

de sus entrañas propias se alimenta!
 ¡Tiranos: desterrad a los que alcanzan
 el honor de vuestro odio; ya son muertos!
 Valiera más, ¡oh bárbaro!, que al punto
 de arrebatarnos al hogar, hundiera
 en lo más hondo de su pecho honrado
 vuestro esbirro más cruel su hoja más dura!
 Grato es morir; horrible vivir muerto.
 ¡Más no!, ¡más no! La dicha es prenda
 de compasión de la fortuna al triste
 que no sabe domarla. ¡A sus mejores
 hijos desgracias da Naturaleza;
 fecunda el hierro al llano, el golpe al hierro!

Homagno.

Homagno sin ventura
 la hirsuta y retostada cabellera
 con sus pálidas manos se mesaba.
 «Máscara soy, mentira soy — decía —
 estas carnes y formas, estas barbas
 y rostro, estas memorias de la bestia,
 que como silla a lomo de caballo
 sobre el alma oprimida echan y ajustan,
 por el rayo de luz que el alma mía
 en la sombra entrevé, ¡no son Homagno!

Mis ojos sólo, los mis caros ojos,
 que me revelan mi disfraz, son míos.
 Queman, me queman, nunca duermen, oran,
 y en mi rostro los siento y en el cielo,
 y le cuentan de mí, y a mí dél cuentan.
 ¿Por qué, por qué para cargar en ellos

un grano ruin de alpiste mal trojado
talló el Creador mis colosales hombros?
Ando, pregunto, ruinas y cimientos
vuelco y sacudo; a sorbos delirantes
en la Creación, la madre de mil pechos,
las fuentes todas de la vida aspiro.

Con demencia amorosa su invisible
cabeza con las secas manos mías
acaricio y destrenzo; por la tierra
me tiendo compungido, y los confusos
pies con mi llanto baño y con mis besos,
y en medio de la noche, palpitante,
con mis voraces ojos en el cráneo
y en sus órbitas anchas encendidos,
trémulo, en mí plegado, hambriento espero,
por si al próximo sol respuestas vienen.
Y cada nueva luz, de igual enjuto
modo y ruin, la vida me aparece,
como gota de leche que en cansado
pezón, al terco ordeño, titubea,
como carga de hormiga, como taza
de agua añeja en la jaula de un jilguero. »
De mordidas y rotas, ramos de uvas
estrujadas y negras, las ardientes
manos del triste Homagno parecían.

Y la tierra en silencio, y una hermosa
voz de mi corazón, me contestaron.

Amor de ciudad grande.

De gorja son y rapidez los tiempos,
Corre cual luz la voz; en alta aguja,

cual nave despeñada en sirte horrenda,
húndese el rayo, y en ligera barca
el hombre, como alado, el aire hiende.
¡Así el amor, sin pompa ni misterio
muere, apenas nacido, de saciado!
Jaula es la villa de palomas muertas
y ávidos cazadores. ¡Si los pechos
se rompen de los hombres, y las carnes
rotas por tierra ruedan, no han de verse
dentro más que frutillas estrujadas!

Se ama de pie, en las calles, entre el polvo
de los salones y las plazas; muere
la flor el día en que nace. Aquella virgen
trémula que antes a la muerte daba
la mano pura que a ignorado mozo;
el goce de temer; aquel salirse
del pecho el corazón; el inefable
placer de merecer; el grato susto
de caminar de prisa en derechura
del hogar de la amada, y a sus puertas,
como un niño feliz, romper en llanto;
y aquel mirar, de nuestro amor al fuego,
irse tiñendo de color las rosas,
¡ea, que son patrañas! Pues ¿quién tiene
tiempo de ser hidalgo? ¡Bien que sienta,
cual áureo vaso o lienzo suntuoso,
dama gentil en casa de magnate!
¡O si se tiene sed, se alarga el brazo
y a la copa que pasa se la apura!
¡Luego, la copa turbia al polvo rueda,
y el hábil catador — manchado el pecho
de una sangre invisible — sigue alegre,

coronado de mirtos, su camino!
No son los cuerpos ya sino desechos,
y fosas, y jirones. ¡Y las almas
no son como en árbol fruta rica
en cuya blanda piel la almíbar dulce
en su sazón de madurez rebosa,
sino fruta de plaza que a brutales
golpes el rudo labrador madura!

¡La edad es ésta de los labios secos!
¡De las noches sin sueño! ¡De la vida
estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta
que la ventura falta? Como liebre
azorada, el espíritu se esconde,
trémulo huyendo al cazador que ríe,
cual en soto selvoso, en nuestro pecho;
y el deseo, de brazo de la fiebre,
cual rico cazador recorre el soto.

¡Me espanta la ciudad! ¡Toda está llena
de copas por vaciar o huecas copas!
¡Tengo miedo, ¡ay de mí!, de que este vino
tósigo sea, y en mis venas luego
cual duende vengador los dientes clave!
¡Tengo sed; mas de un vino que en la tierra
no se sabe beber! ¡No he padecido
bastante aún para romper el muro
que me aparta, ¡oh dolor!, de mi viñedo!
¡Tomad vosotros, catadores ruines
de vinillos humanos, esos vasos
donde el jugo de lirio a grandes sorbos
sin compasión y sin temor se beben!
¡Tomad! ¡Yo soy honrado y tengo miedo!

Copa con alas.

Una copa con alas, ¿quién la ha visto
antes que yo? Yo ayer la ví. Subía
con lenta majestad, como quien vierte
óleo sagrado, y a sus dulces bordes
mis regalados labios apretaba.
¡Ni una gota siquiera, ni una gota
del bálsamo perdí que hubo en tu beso!
Tu cabeza de negra cabellera.
¿Te acuerdas?, con mi mano requería,
porque de mí tus labios generosos
no se apartaran. Blanda como el beso
que a ti me trasfundía, era la suave
atmósfera en redor; la vida entera
sentí, que a mí abrazándote, abrazaba!
¡Perdí el mundo de vista, y sus ruidos.
y su envidiosa y bárbara batalla!
Una copa en los aires ascendía,
y yo, en brazos no vistos, reclinado,
tras ella, asido de sus dulces bordes,
por el espacio azul me remontaba.
¡Oh amor! ¡Oh inmenso! ¡Oh acabado artista!
¡En rueda o riel funde el herrero el hierro;
una flor o mujer o águila o ángel
en oro o plata el joyador cincela;
tú solo, sólo tú sabes el modo
de reducir el Universo a un beso!

ISMAELILLO

Príncipe enano.

Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.
Tiene guedejas rubias,
blandas guedejas;
por sobre el hombro blanco
luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
estrellas negras:
vuelan, brillan, palpitan,
¡relampaguean!
¡Él para mí es corona,
almohada, espuela!
Mi mano, que así embrida
potros y hienas,
va, mansa y obediente,
donde él la lleva.
Si el ceño frunce, temo;
si se me queja,
cual de mujer, mi rostro
nieve se trueca;
su sangre, pues, anima
mis flacas venas;
con su gozo mi sangre
se hincha o se seca.
Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.
¡Venga mi caballero

por esta senda!
¡Éntrese mi tirano
por esta cueva!
Tal es, cuando a mis ojos
su imagen llega,
cual si en lóbrego antro
pálida estrella,
con fulgores de ópalo
todo vistiera.
A su paso la sombra
matices muestra,
como al Sol que las hiere
las nubes negras.
¡Heme ya, puesto en armas,
en la pelea!
Quiere el príncipe enano
que a luchar vuelva.
¡Él para mí es corona,
almohada, espuela!
Y como el Sol, quebrando
las nubes negras,
en banda de colores
la sombra trueca;
él, al tocarla, borda
en la onda espesa
mi banda de batalla
roja y violeta.
¿Conque mi dueño quiere
que a vivir vuelva?
¡Venga mi caballero
por esta senda!
¡Éntrese mi tirano

por esta cueval
¡Déjeme que la vida
a él, a él ofrezca!
Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.

Penachos vívidos.

Como taza en que hierve
de transparente vino
en doradas burbujas
el generoso espíritu;
 como inquieto mar joven
del cauce nuevo henchido
rebosa, y por las playas
bulle y muere tranquilo;
 como manada alegre
de bellos potros vivos
que en la mañana clara
muestran su regocijo,
ora en carreras locas,
o en sonoros relinchos,
o sacudiendo el aire
el crinaje magnífico;
 así mis pensamientos
rebotan en mí vívidos,
y en crespas espumas de oro
besan tus pies, sumisos,
o en fúlgidos penachos
de varios tintes ricos,
se mecen y se inclinan
cuando tú pasas, ¡hijo!

VERSOS SENCILLOS

III

Odio la máscara y vicio
del corredor de mi hotel:
me vuelvo al manso bullicio
de mi monte de laurel.

Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar:
el arroyo de la sierra
me complace más que el mar.

Dénle al vano el oro tierno
que arde y brilla en el crisol:
a mí dénme el bosque eterno
cuando rompe en él el Sol.

Yo he visto el oro hecho tierra
barbullendo en la redoma:
prefiero estar en la sierra
cuando vuela una paloma.

Busca el obispo de España
pilares para su altar:
en mi templo, en la montaña,
el álamo es el pilar.

Y la alfombra es puro helecho,
y los muros abedul,
y la luz viene del techo,
del techo de cielo azul.

El obispo, por la noche,
sale, despacio, a cantar:
monta, callado, en su coche,

que es la piña de un pinar.

Las jacas de su carroza
son dos pájaros azules :
y canta el aire y retoza,
y cantan los abedules.

Duermo en mi cama de roca
mi sueño dulce y profundo:
roza una abeja mi boca
y crece en mi cuerpo el mundo.

Brillan las grandes molduras
al fuego de la mañana,
que tiñe las colgaduras
de rosa, violeta y grana.

El clarín, solo en el monte,
canta al primer arrebol:
la gasa del horizonte
prende, de un aliento, el Sol.

¡Díganle al obispo ciego,
al viejo obispo de España,
que venga, que venga luego
a mi templo, a la montaña!

V

Si ves un monte de espumas,
es mi verso lo que ves:
mi verso es un monte y es
un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
que por el puño echa flor:
mi verso es un surtidor
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido:
mi verso es un ciervo herido
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:
mi verso, breve y sincero,
es del vigor del acero
con que se funde la espada.

VI

Si quieren que de este mundo
lleve una memoria grata,
llevaré, padre profundo,
tu cabellera de plata.

Si quieren, por gran favor,
que lleve más, llevaré
la copia que hizo el pintor
de la hermana que adoré.

Si quieren que a la otra vida
me lleve todo un tesoro,
¡llevo la trenza escondida
que guardo en mi caja de oro!

VII

Para Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón
un lugar todo Aragón,
franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
por qué lo tengo, le digo

que allí tuve un buen amigo,
que allí quise a una mujer.

Allá, en la vega florida,
la de la heroica defensa,
por mantener lo que piensa,
juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
o lo enoja un rey cazurro,
calza la manta el baturro
y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
que baña el Ebro lodoso:
quiero el Pilar azuloso
de Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés
echa por tierra a un tirano;
lo estimo, si es un cubano;
lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos
con escaleras bordadas;
amo las naves calladas
y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
musulmana o española,
donde rompió su corola
la poca flor de mi vida.

VIII

Yo tengo un amigo muerto
que suele venirme a ver:
mi amigo se sienta y canta;

canta en voz que ha de doler.

«En un ave de dos alas
bogo por el cielo azul:
un ala del ave es negra
otra de oro Caribú.

El corazón es un loco
que no sabe de un color:
o es su amor de dos colores,
o dice que no es amor.

Hay una loca más fiera
que el corazón infeliz:
la que le chupó la sangre
y se echó luego a refr.

Corazón que lleva rota
el ancla fiel del hogar,
va como barca perdida,
que no sabe adónde va.»

En cuanto llega a esta angustia
rompe el muerto a maldecir:
le amanso el cráneo: lo acuesto:
acuesto el muerto a dormir.

IX

Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda.

... Ella dió al desmemoriado
una almohadilla de olor:
él volvió, volvió casado:
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores:
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

... Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador;
él volvió con su mujer:
ella se murió de amor.

Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente, ¡la frente
que más he amado en mi vida!

... Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos:
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador:
¡nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!

XXVIII

Por la tumba del cortijo
donde está el padre enterrado,
pasa el hijo, de soldado
del invasor: pasa el hijo.

El padre, un bravo en la guerra,
envuelto en su pabellón,
álzase: y de un bofetón
lo tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce: zumba
el viento por el cortijo:
el padre recoge al hijo,
y se lo lleva a la tumba.

XXXIV

¡Penas! ¿Quién osa decir
que tengo yo penas? Luego,
después del rayo y del fuego
tendré tiempo de sufrir.

Yo sé de un pesar profundo
entre las penas sin nombres:
¡la esclavitud de los hombres,
es la gran pena del mundo!

¡Hay montes, y hay que subir
los montes altos; después
veremos, alma, quién es
quien te me ha puesto al morir!

XLV

Sueño con claustros de mármol
donde en silencio divino
los héroes, de pie, reposan:
¡de noche, a la luz del alma,
hablo con ellos: de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: las manos
de piedra les beso: abren
los ojos de piedra: mueven
los labios de piedra: tiemblan
las barbas de piedra: empuñan
la espada de piedra: lloran:
¡vibra la espada en la vaina!
Mudo, les beso la mano.
¡Hablo con ellos, de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: lloroso
me abrazo a un mármol: «¡Oh mármol,
dicen que beben tus hijos
su propia sangre en las copas
venenosas de sus dueños!
¡Que hablan la lengua podrida
de sus rufianes! ¡Que comen
juntos el pan del oprobio
en la mesa ensangrentada!
¡Que pierden en lengua inútil
el último fuego! ¡Dicen,
¡oh mármol, mármol dormido!,
que ya se ha muerto tu raza!»

Échame en tierra de un bote
el héroe que abrazo: me ase
del cuello: barre la tierra
con mi cabeza: levanta
el brazo, ¡el brazo le luce
lo mismo que un sol!: Resuena
la piedra: buscan el cinto
las manos blancas: del soclo
saltan los hombres de mármol!

XLVI

Vierte, corazón, tu pena
donde no se llegue a ver,
por soberbia, y por no ser
motivo de pena ajena.

Yo te quiero, verso amigo,
porque cuando siento el pecho
ya muy cansado y deshecho,
parto la carga contigo.

Tú me sufres, tú aposentas
en tu regazo amoroso
todo mi amor doloroso,
todas mis ansias y afrentas.

Tú, porque yo pueda en calma
amar y hacer bien, consientes
en enturbiar tus corrientes
con cuanto me agobia el alma.

Tú, porque yo cruce fiero
la tierra, y sin odio, y puro,
te arrastras, pálido y duro,
mi amoroso compañero.

Mi vida así se encamina
al cielo limpia y serena,
y tú me cargas mi pena,
con tu paciencia divina.

Y porque mi cruel costumbre
de echarme en ti te desvía
de tu dichosa armonía
y natural mansedumbre.

Porque mis penas arrojó
sobre tu seno, y lo azotan,
y tu corriente alborotan,
y acá lívido, allá rojo,

blanco allá como la muerte,
ora arremetes y ruges,
ora con el peso crujes
de un dolor más que tú fuerte.

¿Habré, como me aconseja
un corazón mal nacido,
de dejar en el olvido
a aquel que nunca me deja?

Verso, nos hablan de un Dios
adonde van los difuntos:
verso, o nos condenan juntos,
o nos salvamos los dos.

Los dos príncipes.

Idea de la poetisa norteamericana Hellen Hunt Jackson.

I

El palacio está de luto
y en el trono llora el rey,
y la reina está llorando
donde no la puedan ver:
en pañuelos de holán fino
lloran la reina y el rey,
los señores del palacio
están llorando también.
Los caballos llevan negros
el penacho y el arnés;
los caballos no han comido
porque no quieren comer:
el laurel del patio grande
quedó sin hoja esta vez:
todo el mundo fué al entierro
con coronas de laurel.
— ¡El hijo del rey se ha muerto!
¡Se le ha muerto el hijo al rey!

II

En los álamos del monte
tiene su casa el pastor;
la pastora está diciendo:
«¿Por qué tiene luz el sol?»

Las ovejas cabizbajas,
vienen todas al portón;
¡una caja larga y honda
está forrando el pastor!
Entra y sale un perro triste;
canta allá dentro una voz:
«Pajarito, yo estoy loca,
llevadme donde él voló.»
El pastor coge llorando
la pala y el azadón :
abre en la tierra una fosa;
echa en la fosa una flor.
¡Se quedó el pastor sin hijo!
¡Murió el hijo del pastor!

Rima.

De tela blanca y rosada
tiene Rosa un delantal,
y a la margen de la puerta,
casi, casi en el umbral,
un rosal de rosas blancas
y de rojas un rosal.

Una hermana tiene Rosa
que tres años besó abril,
y le piden rojas flores
y la niña va al pensil,
y al rosal de rosas blancas
blanca rosas va a pedir.

Y esta hermana caprichosa
que a las rosas nunca va,
cuando Rosa juega y vuelve

en el juego el delantal,
si ve el blanco, abraza a Rosa;
si ve el rojo, da en llorar.
Y si pasa, caprichosa,
por delante del rosal,
flores blancas pone a Rosa
en el blanco delantal.

(Citado por Rubén Darío.)

JULIÁN DEL CASAL

Nació en la Habana en 1863. Murió en la misma ciudad en 1893. Se educó en el Colegio de Belén, bajo la dirección de los PP. Jesuítas, educación primera que ha de influir más tarde en algunos aspectos de su obra. Desempeñó luego un empleo subalterno en la Dirección de Hacienda de la Isla, cuyo puesto perdió por cierto artículo aparecido en *La Habana Elegante*, revista semanal de la que fué uno de los más asiduos colaboradores, sobre uno de los personajes más conspicuos de la colonia, que aparecía en dicho artículo de cuerpo entero. Con él inauguró su serie sobre la *sociedad en la Habana* (1888). Posteriormente, y con el producto escasísimo de la venta de un solar, única herencia de sus padres, hizo un rapidísimo viaje a España, donde conoció al fino poeta y sagaz crítico D. Francisco A. de Icaza, con quien entabló una verdadera amistad, continuada por correspondencia hasta la muerte de Casal. (Icaza guardaba celosamente las cartas de Casal, como recuerdo de su desgraciado amigo, muerto prematuramente.) A su regreso de España se consagró Casal por completo a la literatura, colaborando en varios periódicos y semanarios locales. En 1890 publica *Hojas al viento*, donde con algunas paráfrasis y traducciones de Heine, Hugo, Gautier y algún otro poeta francés, nos revela en sus poesías originales un verdadero temperamento poético. Es después de la publicación de su primer libro, que por sugerencias amigas se pone en contacto con los autores franceses en boga entonces, y devora en rápidas lecturas asimiladas

prontamente, debido a su peculiar estado de ánimo, a Baudelaire, Verlaine, Moreas, Huysman, y a todos los autores de las escuelas postrománticas. En 1892, minada ya su salud, siempre precaria—sufre de vértigos e insomnios horribles que trata por el procedimiento de los alcaloides—, da a la imprenta su libro *Nieve*. Conoció en el mismo año a Rubén Darío a su paso por la Habana, y durante la permanencia del poeta en esta ciudad, Casal publicó en *La Caricatura*, periódico del que fué redactor, los fragmentos de Darío consagrados a *La negra Dominga*. Darío le dedicó *El clavicordio de la abuela*, y recuerda su amistad con nuestro poeta en el artículo titulado «El General Lachambre», recogido en el volumen póstumo *Ramilletes de reflexiones*; en otro dedicado a Manuel S. Pichardo, e incluido en *Letras*, y en una carta dirigida a Enrique Hernández Miyares y publicada en *La Habana Elegante*, año X, número 24, Casal refiere su amistad con Darío en *Páginas de vida*, donde describe los momentos de la partida de su amigo, y anteriormente había publicado un artículo crítico sobre la obra de aquél en *La Habana Literaria*. También sostuvo amistad epistolar con Gómez Carrillo—exégeta entonces en París, ciudad con la que Casal deliraba, de las nuevas escuelas literarias—, quien en alguno de sus libros ha recordado con emoción la amistad que lo unió a nuestro desventurado poeta. A fines de 1893, no cumplidos aún los treinta años, murió repentinamente, en medio de una fiesta, como había sido su deseo, y cuando la salud recobrada, la fama cimentada ya, presagiaban para él un futuro lleno de felices promesas y fáciles realizaciones. El grupo de sus amigos—Hernández Miyares, Catalá, Valdivia, F. Díez Gaviño, Francisco Chacón, R. Mesa y Manuel de la Cruz—, unido a los jóvenes poetas que se proclamaban sus discípulos—los Uhrbach y Juana Borrero— lo trataron siempre con fraternal amor, y des-

pués de su muerte cultivaron su memoria creando *el día de Casal*, y transmitiéndolo a las nuevas generaciones, entre las que es ya proverbial.

Desde la aparición de su primer libro de versos, pudo señalársele como un extraviado de la conocida y trillada senda de la poesía dominante en aquel momento, que una más áspera sensibilidad consagrara, como un ataque de *decadentismo* o *modernismo decadente*. Crítico de la penetración de Nicolás de Heredia pudo echarle en cara, como extravíos o delirios, una tristeza irremediable, un desmedido exotismo, un hastío de todo, que se refugiaba en un mundo de pura imaginación. Sin embargo, tuvo que reconocerle dotes formales, como la del secreto de la expresión primorosa y cincelada y la del acierto descriptivo, condensando así la sensación que la lectura de aquel libro le produjera: «Experimentamos un efecto parecido al que nos produciría un salón lleno de marfiles, sedas, estatuas y dorados; pero a oscuras.» La luz interior del alma del poeta no era lo suficientemente intensa para que fuera percibida a simple vista, o por pura inteligencia; era necesario una sensibilidad muy desarrollada, y la crítica de entonces, en nuestro medio, no sabía valerse aún sino de los viejos signos de una retórica anticuada. Por suerte halló una comprensión feliz, a la vez que una voz de aliento, en la crítica avanzada de Enrique José Varona, que supo explicar la verdadera significación de su poesía, como un singular producto de un talento muy real y de un medio completamente artificial, que, sin embargo, por la sinceridad y la fuerza con que actúa sobre la sensibilidad del poeta, constituye una buena parte de su mundo verdadero, sustituyendo de tal modo los objetos por imágenes e ideas, que los considera y los trata como tales objetos, los ama o los aborrece y son al cabo la materia de su inspiración. La crítica, que reprochaba a Casal la extra-

vagancia o la rareza de su inspiración, no había comprendido hasta qué punto era sincero consigo mismo, ya que no hacía sino expresar sentimientos propios, en un ambiente que en apariencia parecía artificial, pero que era el propio ambiente de su alma, creado por una fantasía delirante y un gusto depurado, alimentados por una lectura caudalosa y exquisita; ambiente que llega a hacerse connatural en la obra del poeta, equilibrando, cuando no venciendo, como dice Varona, la influencia de las circunstancias externas. Y es precisamente por el consorcio íntimo entre sus sentimientos poéticos y el ambiente de irrealidad *natural* en que se producen, por lo que la obra de Casal da, no la sensación de la obra rara o trivial, como en muchos poetas de los que se llamaron entonces decadentes, sino, por el contrario, una marcada sensación de vigor. Y es que Casal no trabajaba su verso para decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble o graciosa, para decirlo con palabras de Martí en la muerte del poeta.

Hojas al viento no era, a pesar de estar allí contenidas ya las preferencias y las direcciones del poeta, sino un anticipo de su obra futura. Aunque contrarrestadas por influencias parnasianas de Heredia y de Coppée, parnasiano éste en la forma más que en el fondo, pesaban aún sobre Casal influencias del romanticismo francés (Hugo y Musset). De éstas se libraré más tarde, pero la influencia de los parnasianos se acentuará en su segundo libro *Nieve*, de una factura depuradísima, impecable casi, y se unirá a ella la influencia de los simbolistas, Verlaine y Moreas sobre todo, así como la de Rubén Darío. Y como una musa tutelar flotará sobre la obra del poeta la sombra enorme de Baudelaire, bajo cuya advocación pondrá los versos de su último volumen, *Bustos y Rimas*.

Para comprender su inspiración habría que pensar en esos seres a quienes jamás la risa «estrecha el arco lívido

de sus labios», o en «la tristeza prematura de los grandes corazones», o en un espíritu «voluble y enfermizo, lleno de la nostalgia del pasado», o, en fin, en aquella incurable amargura de los que sintieron la soledad inmensa de la vida, en la que ni aun el dolor comprende al dolor, y el alma se ignora a sí misma. Será elegíaco por temperamento, y su pesimismo filtrará gota a gota el sino amargo de su desencanto. Pero será a la vez un cincelador maravilloso, que lanzará al azul la sutil y aérea apoteosis de un pensamiento ingrátido, o hará palpitar las figuras de un bajorrelieve, o hará vivir, bajo los colores de la tarde, un paisaje de ensueños o de tristeza, entrevisto por la exaltada fantasía. Para comprender su preciosismo habrá que pensar en la imaginación más portentosa, encadenada en cárcel vil, soñando los más febriles sueños de belleza en una vida monótona, entre gente vulgar. Se rodeó de exóticas preciosidades, porcelanas de China y biombos del Japón, para aislarse del medio asfixiante; perfeccionó, artífice supremo, la expresión de su arte, para ser el único y para estar sobre la mediocridad ambiente, aristócrata del verso y del matiz quintaesenciado. Tuvo la gran sinceridad de su dolor, que era incurable, como el mal que de temprano lo acechó. ¿No fué él también un mártir, «un mártir que sufre el triple martirio de su destino, de sus aspiraciones y de su medio social», para decirlo con palabras suyas aplicadas a otro poeta?

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Hojas al viento*. Primeras poesías. Imp. El Retiro, Habana, 1890. — *Nieve*. (Bocetos antiguos. Mi museo ideal. Cromos. Marfiles. La gruta del ensueño.) Imp. La Moderna, Habana, 1892. — Trelles cita una edición hecha en México de este libro, con prólogo de

Luis G. Urbina. — *Bustos y Rimas*. Biblioteca de *La Habana Elegante*. Imp. La Moderna, Habana, 1893.—Rufino Blanco-Fombona publicó en Madrid, en 1917, unas *Poesías escogidas*, en la Editorial América, que contienen lo más representativo de la labor de Casal.—Anteriormente el mismo Blanco-Fombona lo había hecho incluir, representando a Cuba, en la Antología de C. S. González, titulada *Poetas modernistas de América*, Garnier Hermanos, París, 1913.

Consúltese: José de Armas, *Estudios y Retratos*, Madrid, 1911. — Emilio Bobadilla, *Triqui-traques*, Madrid, 1892. — Manuel de la Cruz, *Cromitos cubanos*, Habana, 1892. — J. M. Chacón y Calvo, *Las cien mejores poesías cubanas*, Madrid, 1922.—Nicolás Heredia, *Puntos de vista*, Habana, 1891. — E. Hernández Miyares, *Prosas*, Habana, 1916. — Eulogio A. Horta, *Bronces y Rosas*, Habana, 1906.—José Martí, *Hombres*, Habana, 1906. (Reproducido en *Páginas escogidas*, Garnier Hermanos, París, 1923.) — Manuel Sanguily, *Hojas Literarias*, tomo II, Habana, 1893. — Arturo Torres Ríoseco, *Precursores del modernismo*, Madrid, 1925.

Durante la vida de Casal, y ocultándose tras el seudónimo de *César de Guanabacoa*, un periodista de bajo vuelo, llamado Ciriaco Sos, publicó un folleto titulado *Un falsario de la rima: Julián del Casal*, monumento de incomprensión y de crítica pedestre. — En 1910, Ramón Mesa, extrayéndolo de la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, vol. XI, núm. 2, publicó otro folleto donde se contiene un minucioso estudio biográficocrítico del poeta.

En distintas ocasiones José Enrique Rodó y Rufino Blanco-Fombona han señalado el lugar preponderante que a Julián del Casal le tocaba ocupar en el movimiento de renovación efectuado en la lírica hispanoamericana. Isaac Goldberg (*Studies in Spanish American Literature*), Alfred Coester (*The Literary History of Spanish-*

America), Max Henríquez Ureña (*Rodó y Rubén Darío*) y Julio Cejador y Frauca (*Historia de la Literatura española*), han estudiado el aporte de Julián del Casal en dicha renovación. Arturo E. de Carricarte, en *El Figaro*, octubre, 1912, intentó la revisión de Casal en un largo ensayo. También la ha intentado Rafael A. Estenger en *El cubano libre*, Santiago de Cuba, 2 de noviembre de 1918.

HOJAS AL VIENTO

Quimeras.

Si escuchas, ¡oh adorada soñadora!,
mis amorosas súplicas,
siempre serás la reina de mi alma
y mi alma la fiel esclava tuya.
Mandaré construir, en fresco bosque
de florida verdura,
regio castillo de pulido jaspe
donde pueda olvidar mi eterna angustia.
Tendrás, en ricos cofres perfumados,
para ornar tu hermosura,
ajorcas de oro, gruesos brazaletes,
finos collares y moriscas lunas.
Para cubrir los mórbidos contornos
de tu espalda desnuda,
hecha de nieve y perfumada rosa,
mantos suntuosos de brillante púrpura.
Te llevará, por lagos cristalinos,
en las noches de luna
azul góndola rauda, conducida
por blancos cisnes de sedosas plumas.

Haré surgir para encantar tus ojos,
en las selvas incultas,
cascadas de fulgente pedrería,
soles dorados y rosadas lunas.

Admiraré tus formas virginales
de viviente escultura,
un Leonardo de Vinci que transmita
al mundo entero tu belleza oculta.

Si sientes que las cóleras antiguas
surgen de tu alma pura,
tendrás, para azotarlas fieramente,
negras espaldas de mujeres nubias.

Y si anhelas tener tus pajecillos
para delicia suma,
iré a buscar los blondos serafines
que cantan el hosanna en las alturas.

Mas si te arranca la implacable Muerte
de la mansión augusta,
donde serás la reina de mi alma
y mi alma la fiel esclava tuya,
yo guardaré en mi espíritu sombrío
tu lánguida hermosura,
como guarda la adelfa en su corola
el rayo amarillento de la luna.

Mis amores.

(Soneto Pompadour.)

Amo el bronce, el cristal, las porcelanas,
las vidrieras de múltiples colores,
los tapices pintados de oro y flores

y las brillantes lunas venecianas.

Amo también las bellas castellanas,
la canción de los viejos trovadores,
los árabes corceles voladores,
las flébiles baladas alemanas,

El rico piano de marfil sonoro,
el sonido del cuerno en la espesura,
del pebetero la fragante esencia.

Y el lecho de marfil, sándalo y oro,
en que deja la virgen hermosura
la ensangrentada flor de su inocencia.

NIEVE

Bajorrelieve.

El joven gladiador yace en la arena
manchada por la sangre purpurina
que arroja sin cesar la rota vena
de su robusto brazo. Entre neblina
azafranada luce su armadura
como si el sol, dejando sus regiones,
bajado hubiera al redondel. Oscura
la fosa está en que rugen los leones
olfateando la carne. Aglomerada
bulle en torno impaciente muchedumbre
que tiende hacia el mancebo la mirada,
y, de las gradas en la erguida cumbre
abierto el abanico entre las manos,
ostentan su hermosura las patricias
a los ojos de amantes cortesanos
ávidos de gozar de sus caricias.

Sacudiendo el cansancio del vencido,
«¡arriba, gladiador — una voz grita —,
que para ornar tus sienes han crecido
los laureles del Arno!» «¡Necesita
el pueblo— otra voz clama— que al combate
tornes de nuevo y venzas al contrario!»
«¡Lidia y triunfa que, a más de tu rescate,
— dice el edil —, cual don extraordinario,
pondremos en tus manos un tesoro
de sestercios!» «Si vences todavía,
en mi litera azul, bordada de oro,
juntos iremos por la Sacra Vía»,
murmura una hetaira. «¡Y en mi lecho,
perfumado de mirra — al punto exclama
otra más bella —, encima de tu pecho
extinguiré de mi pasión la llama
que en lo interior del alma siento ahora,
y, aprisionado por ardientes lazos,
cuando aparezca la rosada aurora
ebrio de amor te encontrará en mis brazos »

Al escuchar las voces agitadas,
levanta el gladiador la mustia frente,
fija en la muchedumbre sus miradas,
muéstrale una sonrisa indiferente,
y, desdeñando los placeres vanos
que ofrecen a su alma entristecida,
sepulta la cabeza entre las manos
viendo correr la sangre de su herida.

La agonía de Petronio.

Tendido en la bañera de alabastro
donde serpea el purpurino rastro
de la sangre que corre de sus venas,
yace Petronio, el bardo decadente,
mostrando coronada la ancha frente
de rosas, terebintos y azucenas.

Mientras los magistrados le interrogan,
sus jóvenes discípulos dialogan
o recitan sus dáctilos de oro,
y al ver que aquéllos en tropel se alejan
ante el maestro ensangrentado dejan
caer las gotas de su amargo lloro.

Envueltas en sus peplos vaporosos
y tendidos los cuerpos voluptuosos
en la muelle extensión de los triclinios,
alrededor, sombrías y livianas,
agrúpanse las bellas cortesanas
que habitan del imperio en los dominios.

Desde el baño fragante en que aún respira,
el bardo pensativo las admira,
fija en la más hermosa la mirada
y le demanda, con arrullo tierno,
la postrimera copa de Falerno
por sus marmóreas manos escanciada.

Apurando el licor hasta las heces,
enciende las mortales palideces
que oscurecían su viril semblante,
y volviendo los ojos inflamados
a sus fieles discípulos amados

háblales triste en el postrer instante.

Hasta que heló su voz mortal gemido,
amarilleó su rostro consumido,
frío sudor humedeció su frente,
amoratáronse sus labios rojos,
densa nube empañó sus claros ojos,
el pensamiento abandonó su mente.

Y como se doblega el mustio nardo,
dobló su cuello el moribundo bardo,
libre por siempre de mortales penas,
aspirando en su lánguida postura
del agua perfumada la frescura
y el olor de la sangre de sus venas.

El camino de Damasco.

Lejos brilla el Jordán de azules ondas
que esmalta el sol de lentejuelas de oro,
atravesando las tupidas frondas,
pabellón verde del bronceado toro.

Del majestuoso Líbano en la cumbre
erige su ramaje el cedro altivo,
y del día estival bajo la lumbre
desmaya en los senderos el olivo.

Piafar se escuchan árabes caballos
que, a través de la cálida arboleda,
van levantando con sus férreos callos,
en la ancha ruta, opaca polvareda.

Desde el confín de las lejanas costas
sombreadas por los ásperos nopales,
enjambres purpúricos de langostas
vuelan a los ardientes arenales.

Ábrense en las llanuras las cavernas
pobladas de escorpiones encarnados,
y al borde de las límpidas cisternas
embalsaman el aire los granados.

En fogoso corcel de crines blancas,
lomo robusto, refulgente casco,
belfo espumante y sudorosas ancas,
marcha por el camino de Damasco,

Saulo, elevada su bruñida lanza
que, a los destellos de la luz febea,
mientras el bruto relinchando avanza,
entre nubes de polvo centellea.

Tras las hojas de oscuros olivares
mira de la ciudad los minarettes,
y encima de los negros almenares
ondear los azulados gallardetes.

Súbito, desde lóbrego celaje
que desgarró la luz de hórrido rayo,
oye la voz de célico mensaje,
cae transido de mortal desmayo.

Bajo el corcel ensangrentado rueda,
su lanza estalla con vibrar sonoro
y, a los reflejos de la luz, remeda
sierpe de fuego con escamas de oro.

Galatea.

En el seno radioso de su gruta
alfombrada de anémonas marinas,
verdes algas y ramas coralinas,
Galatea, del sueño el bien disfruta.

Desde la orilla de dorada ruta

donde baten las ondas cristalinas,
salpicando de espumas diamantinas
el pico negro de la roca bruta,

Polifemo, extasiado ante el desnudo
cuerpo gentil de la dormida diosa,
olvida su fiereza, el vigor pierde,
y mientras permanece absorto y mudo,
mirando aquella piel color de rosa,
incendia la lujuria su ojo verde.

A mi madre.

No fuiste una mujer, sino una santa,
que murió de dar vida a un desdichado,
pues salí de tu seno delicado
como sale una espina de una planta.

Hoy que tu dulce imagen se levanta
del fondo de mi lóbrego pasado,
el llanto está a mis ojos asomado,
los sollozos comprimen mi garganta.

Y aunque yazcas trocada en polvo yerto,
sin ofrecerme bienhechor arrimo,
como quiera que estés siempre te adoro,
por que me dice el corazón que has muerto
por no oírme gemir, como ahora gimo;
por no verme llorar, como ahora lloro.

Nostalgias.

I

Suspiro por las regiones
donde vuelan los alciones
sobre el mar,
y el soplo helado del viento
parece en su movimiento
sollozar;
donde la nieve que baja
del firmamento, amortaja
el verdor
de los campos olorosos
y de ríos caudalosos
el rumor;
donde ostenta siempre el cielo,
a través de aéreo velo,
color gris,
es más hermosa la luna
y cada estrella más que una
flor de lis.

II

Otras veces sólo ansío
bogar en firme navío
a existir
en algún país remoto,
sin pensar en el ignoto
porvenir.

Ver otro cielo, otro monte,
otra playa, otro horizonte,
otro mar,
otros pueblos, otras gentes
de maneras diferentes
de pensar.

¡Ah!, si yo un día pudiera,
con qué júbilo partiera
para Argel,
donde tiene la hermosura
el color y la frescura
de un clavel.

Después fuera en caravana
por la llanura africana
bajo el sol
que, con sus vivos destellos,
pone un tinte a los camellos
tornasol.

Y cuando el día expirara
mi árabe tienda plantara
en mitad
de la llanura ardorosa,
inundada de radiosa
claridad.

Cambiando de rumbo luego,
dejar el país del fuego
para ir
hasta el imperio florido
en que el opio da el olvido
del vivir.

Vegetar allí contento
de alto bambú corpulento

junto al pie,
o aspirando en rica estancia
la embriagadora fragancia
que da el te.

De la luna al claro brillo
iría al río Amarillo
a esperar
la hora en que, el botón roto,
comienza la flor del loto
a brillar.

O mi vista deslumbrara
tanta maravilla rara
que el buril
de artista, ignorado y pobre,
graba en sándalo o en cobre
o en marfil.

Cuando tornara el hastío
en el espíritu mío
a reinar,
cruzando el inmenso piélago
fuera al taitiano archipiélago
a encallar.

A aquel en que vieja historia
asegura mi memoria
que se ve
el lago en que un hada peina
los cabellos de la reina
Pomaré.

Así errabundo viviera
sintiendo toda quimera
rauda huir,
y hasta olvidando la hora

incierta y aterradora
de morir.

III

Mas no parto. Si partiera,
al instante yo quisiera
regresar.
¡Ay! ¿Cuándo querrá el Destino
que yo pueda en mi camino
reposar?

BUSTOS Y RIMAS

Crepuscular.

Como vientre rajado sangra el ocaso,
manchando con sus chorros de sangre humeante
de la celeste bóveda el azul raso,
de la mar estañada la onda espejeante.

Alzan sus moles húmedas los arrecifes
donde el chirrido agudo de las gaviotas,
mezclado a los crujidos de los esquifes,
agujerea el aire de extrañas notas.

Va la sombra extendiendo sus pabellones,
rodea el horizonte cinta de plata,
y, dejando las brumas hechas jirones,
parece cada faro flor escarlata.

Como ramos que ornaron senos de ondinas
y que surgen nadando de infecto lodo,
vagan sobre las ondas algas marinas
impregnadas de espumas, salitre y yodo.

Ábrense las estrellas como pupilas,
imitan los celajes negruzcas focas,
y, extinguiendo las voces de las esquilas,
pasa el viento ladrando sobre las rocas.

Nihilismo.

Voz inefable que a mi estancia llega
en medio de las sombras de la noche,
por arrastrarme hacia la vida brega
con las dulces cadencias del reproche.

Yo la escucho vibrar en mis oídos,
como al pie de olorosa enredadera
los gorjeos que salen de los nidos
indiferente escucha herida fiera.

¿A qué llamarme al campo del combate
con la promesa de terrenos bienes,
si ya mi corazón por nada late
ni oigo la idea martillar mis sienes?

Reservad los laureles de la fama
para aquellos que fueron mis hermanos;
yo, cual fruto caído de la rama,
aguardo los famélicos gusanos.

Nadie extraña mis ásperas querellas :
mi vida, atormentada de rigores,
es un cielo que nunca tuvo estrellas,
es un árbol que nunca tuvo flores.

De todo lo que he amado en este mundo
guardo; como perenne recompensa,
dentro del corazón, tedio profundo;
dentro del pensamiento, sombra densa.

Amor, patria, familia, gloria, rango,

sueños de calurosa fantasía,
cual nelumbios abiertos entre el fango,
sólo vivisteis en mi alma un día.

Hacia país desconocido abordo
por el embozo del desdén cubierto:
para todo gemido estoy ya sordo,
para toda sonrisa estoy ya muerto.

Siempre el Destino mi labor humilla
o en males deja mi ambición trocada:
donde arroja mi mano una semilla
brotará luego una flor emponzoñada.

Ni en retornar la vista hacia el pasado,
goce encuentra mi espíritu abatido:
yo no quiero gozar como he gozado,
yo no quiero sufrir como he sufrido.

Nada del porvenir a mi alma asombra
y nada del presente juzgo bueno;
si miro al horizonte, todo es sombra;
si me inclino a la tierra, todo es cieno.

Y nunca alcanzaré en mi desventura
lo que un día mi alma ansiosa quiso:
después de atravesar la selva oscura,
Beatriz no ha de mostrarme el Paraíso.

Ansias de aniquilarme sólo siento
o de vivir en mi eternal pobreza
con mi fiel compañero, el descontento,
y mi pálida novia, la tristeza.

Obstinación.

Pisotear el laurel que se fecunda
con las gotas de sangre de tus venas;

deshojar, como ramo de azucenas,
tus sueños de oro entre la plebe inmunda;
 doblar el cuello a la servil coyunda
y, encorvado por ásperas cadenas,
dejar que en el abismo de tus penas
el sol de tu ambición sus rayos hunda;
 tal es, ¡oh soñador!, la ley tirana
que te impone la vida en su carrera;
pero, sordo a esa ley que tu alma asombra,
 pasas altivo entre la turba humana,
mostrando inmaculada tu quimera,
como pasa una estrella por la sombra.

Rondeles.

I

De mi vida misteriosa,
tétrica y desencantada,
oirás contar una cosa
que te deje el alma helada.

Tu faz de color de rosa
se quedará demacrada,
al oír la extraña cosa
que te deje el alma helada.

Mas sé para mí piadosa,
si de mi vida ignorada,
cuando yo duerma en la fosa,
oyes contar una cosa
que te deje el alma helada.

II

Quizás sepas algún día
el secreto de mis males,
de mi honda melancolía
y de mis tedios mortales.

Las lágrimas a raudales
marchitarán tu alegría,
si a saber llegas un día
el secreto de mis males.

III

Quisiera de mí alejarte,
porque me causa la muerte
con la tristeza de amarte
el dolor de comprenderte.

Mientras pueda contemplarte
me ha de deparar la suerte,
con la tristeza de amarte
el dolor de comprenderte.

Y sólo ansío olvidarte,
nunca oírte y nunca verte,
porque me causa la muerte
con la tristeza de amarte
el dolor de comprenderte.

Recuerdo de la infancia.

Una noche mi padre, siendo yo niño,
mirando que la pena me consumía,
con las frases que dicta sólo el cariño,

lanzó de mi destino la profecía,
una noche mi padre, siendo yo niño.

Lo que tomé yo entonces por un reproche
y, extendiendo mi cuello sobre mi hombro
me hizo pasar llorando toda la noche,
hoy inspira a mi alma terror y asombro
lo que tomé yo entonces por un reproche.

«Sumergida en profunda melancolía,
como estrella en las brumas de la alborada,
gemirá para siempre — su voz decía —
por todos los senderos tu alma cansada,
sumergida en profunda melancolía.

Persiguiendo en la sombra vana quimera
que tan sólo tu mente de encantos viste,
te encontrará cada año la Primavera
enfermo y solitario, doliente y triste,
persiguiendo en la sombra vana quimera.

Para ti la existencia no tendrá un goce
ni habrá para tus penas ningún remedio
y, unas veces sintiendo del mal el roce,
otras veces henchido de amargo tedio,
para ti la existencia no tendrá un goce.

Como una planta llena de estéril jugo
que ahoga de sus ramas la floescencia,
de tu propia alegría serás verdugo
y morirás ahogado por la impotencia
como una planta llena de estéril jugo.»

Como pájaros negros por azul lago,
nublaron sus pupilas mil pensamientos,
y, al morir en la sombra su acento vago,
vi pasar por su mente remordimientos
como pájaros negros por azul lago.

La cólera del Infante.

Frente al balcón de la vidriera roja
que incendia el sol de vivos resplandores,
mientras la brisa de la tarde arroja,
sobre el tapiz de pálidos colores,
pistilos de clemátides fragantes
que agonizan en copas opalinas
y esparcen sus aromas enervantes
de la regia mansión en las cortinas,
está el Infante en su sitial de seda,
con veste azul, flordelisada de oro,
mirando divagar por la alameda
niños que juegan en alegre coro.

Como un reflejo por obscura brasa
que se extingue en dorado pebetero,
por sus pupilas nebulosas pasa
la sombra de un capricho pasajero,
que encendiendo de sangre sus mejillas,
más pálidas que pétalos de lirios,
hace que sus nerviosas manecillas
muevan los dedos, largos como cirios,
encima de sus débiles rodillas.

«¡Ah!, quién pudiera — en su interior exclama —
abandonar los muros del castillo,
correr del campo entre la verde grama
como corre ligero cervatillo;
sumergirse en la fresca catarata
que baja del palacio a los jardines,
cual alfombra lumínica de plata
salpicada de nítidos jazmines;

perseguir con los ágiles lebreles,
del jabalí las fugitivas huellas
por los bosques frondosos de laureles,
trovas de amor cantar a las doncellas,
mezclarse a la algazara de los rubios
niños que, del poniente a los reflejos,
aspirando del campo los efluvios,
veo siempre jugar, allá a lo lejos,
y a cambio del collar de pedrería
que ciñe a mi garganta sus cadenas,
sentir dentro del alma la alegría
y ondas de sangre en las azules venas.»

Habla, y en el asiento se incorpora,
como se alza un botón sobre su tallo,
mas, rendido de fiebre abrasadora,
cae implorando auxilio de un vasallo,
y para disipar los pensamientos
que, como enjambre súbito de avispas,
ensombrecen sus lánguidos momentos,
con sus huesosos dedos macilentos
las perlas del collar deshace en chispas.

Las alamedas.

Adoro las sombrías alamedas
donde el viento, al silbar entre las hojas
obscuras de las verdes arboledas,
imita de un anciano las congojas;
donde todo reviste vago aspecto
y siente el alma que el silencio encanta,
más suave el canto del nocturno insecto,
más leve el ruido de la humana planta;

donde al caer de erguidos surtidores
las sierpes de agua en las mármóreas tazas,
ahogan con su canto los rumores
que aspira el viento en las ruidosas plazas;

donde todo se encuentra adolorido
o halla la savia de la vida acerba,
desde el gorrión que pía entre su nido
hasta la brizna lánguida de hierba;

donde, al fulgor de pálidos luceros,
la sombra transparente del follaje
parece dibujar en los senderos
negras mantillas de sedoso encaje;

donde cuelgan las lluvias estivales
de curva rama diamantino arco,
teje la luz deslumbradores chales
y fulgura una estrella en cada charco.

Van allí, con sus tristes corazones,
pálidos seres de sonrisa mustia,
huérfanos para siempre de ilusiones
y desposados con la eterna angustia.

Allí, bajo la luz de las estrellas,
errar se mira al soñador sombrío
que en su faz lleva las candentes huellas
de la fiebre, el insomnio y el hastío.

Allí en un banco, humilde sacerdote
devora sus pesares solitarios,
como el marino que en desierto islote
echaron de la mar vientos contrarios.

Allí el mendigo, con la alforja al hombro,
doblado el cuello y las miradas bajas,
retratado en sus ojos el asombro,
rumia de los festines las migajas.

Allí una hermosa, con cendal de luto
aprimonado por brillante joya,
de amor aguarda el férvido tributo
como una dama típica de Goya.

Allí del gas a las cobrizas llamas
no se descubren del placer los rastros,
y a través del calado de las ramas
más dulce es la mirada de los astros.

Día de fiesta.

Un cielo gris. Morados estandartes
con escudos de oro; vibraciones
de altas campanas; báquicas canciones;
palmas verdes ondeando en todas partes;
banderas tremolando en los baluartes;
figuras femeninas en balcones;
estampido cercano de cañones;
gentes que lucran por diversas artes.

Mas, ¡ay!, mientras la turba se divierte,
y se agita en ruidoso movimiento
como un mar de embravecidas olas,
circula por mi ser frío de muerte,
y en lo interior del alma sólo siento
ansia infinita de llorar a solas.

En el campo.

Tengo el impuro amor de las ciudades,
y a este sol que ilumina las edades
prefiero yo del sol las claridades.

A mis sentidos lánguidos arroba,

más que el olor de un bosque de caoba,
el ambiente enfermizo de una alcoba.

Mucho más que las selvas tropicales,
plácenme los sombríos arrabales
que encierran las vetustas capitales.

A la flor que se abre en el sendero,
como si fuese terrenal lucero,
olvido por la flor de invernadero.

Más que la voz del pájaro en la cima
de un árbol, todo en flor, a mi alma anima
la música armoniosa de una rima.

Nunca a mi corazón tanto enamora
el rostro virginal de una pastora,
como un rostro de regia pecadora.

Al oro de la mies en primavera,
yo siempre en mi capricho prefiriera
el oro de teñida cabellera.

No cambiara sedosas muselinas
por los velos de nítidas neblinas
que la mañana prende en las colinas.

Más que al raudal que baja de la cumbre,
quiero oír a la humana muchedumbre
gimiendo en su perpetua servidumbre.

El rocío que brilla en la montaña
no ha podido decir a mi alma extraña
lo que el llanto al bañar una pestaña.

Y el fulgor de los astros rutilantes
no trueco por los vívidos cambiantes
del ópalo, la perla o los diamantes.

Tardes de lluvia.

Bate la lluvia la vidriera
y las rejas de los balcones,
donde tupida enredadera
cuelga sus floridos festones.

Bajo las hojas de los álamos
que estremecen los vientos frescos,
piar se escucha entre sus tálamos
a los gorriones picarescos.

Abrillántanse los laureles,
y en la arena de los jardines
sangran corolas de claveles,
nievan pétalos de jazmines.

Al último fulgor del día,
que aun el espacio gris clarca,
abre su botón la peonía,
cierra su cáliz la ninfea.

Cual los esquifes en la rada
y reprimiendo sus arranques,
duermen los cisnes en bandada
a la margen de los estanques.

Parpadean las rojas llamas
de los faroles encendidos,
y se difunden por las ramas
acres olores de los nidos.

Lejos convoca la campana,
dando sus toques funerales,
a que levante el alma humana
las oraciones vesperales.

Todo parece que agoniza

y que se envuelve lo creado
en un sudario de ceniza
por la llovizna adiamantado.

Yo creo oír lejanas voces
que, surgiendo de lo infinito,
inicianme en extraños goces
fuera del mundo en que me agito.

Veo pupilas que en las brumas
dirígenme tiernas miradas,
como si de mis ansias sumas
ya se encontrasen apiadadas.

Y, a la muerte de estos crepúsculos,
siento, sumido en mortal calma,
vagos dolores en los músculos,
hondas tristezas en el alma.

CARLOS PÍO UHRBACH

Nació en Matanzas en 1872. Murió en 1897. Se educó primeramente en los Estados Unidos, y después en la Habana, donde, en unión de su hermano Federico, y bajo la dirección de Julián del Casal, colaboró en las revistas literarias del momento. Publicó, en 1894, poco antes de estallar la guerra, el libro *Gemelas*, en colaboración con su hermano, y en el que la parte escrita por él se encuentra agrupada bajo el título de *Camafos*. Emigró a los Estados Unidos, y de allí vino a los campos de la revolución, volviendo aún una vez más a aquel país en desempeño de una comisión de Maceo, y donde poco antes había perdido a «la amada inolvidable de su alma, aquella dulce niña, aquella dulce musa, tan grande y luminosa, que en vida se llamó Juana Borrero». A su regreso al campo revolucionario halló la muerte de fiebres y de miserias, tronchándose así los sueños melancólicos de aquel fino temperamento de poeta. A su muerte dejó inédita la producción poética que había de integrar, con la de su hermano Federico, el libro *Oro*, que éste no editó sino años más tarde.

En *Gemelas* — «esbozos prematuros de lirismo» —, la influencia de Casal es tan directa, que llega a usar los mismos temas, ritmos y metros, aunque en un tono menor, y de esta influencia no logra desprenderse en su labor subsiguiente. Hallamos en su producción rasgos de delicadeza espiritual, poder de evocación, colorido acertado, pero no la plenitud suficiente para darnos la sensación de una personalidad poética definida. Estos ras-

gos, unidos a la circunstancia, que es preciso tener en cuenta, de no haber alcanzado el desarrollo de sus facultades por su muerte prematura, le señalan un puesto distinguido en nuestra lírica, del que no sería posible desposeerlo.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Gemelas*. Primeras poesías. Bajorrelieve del Conde Kostia (Carlos Pío Uhrbach: *Camafeos*). A. Miranda y C.^a, Habana, 1894. — *Oro*. Imp. Avisador Comercial, Habana, 1907.

GEMELAS

Enclaustrado.

Sólo en mi corazón reina el hastío
como un déspota audaz que se entroniza;
lo que ayer me sedujo, hoy me horroriza,
y encuentro el mundo en derredor vacío.

La nostalgia del claustro mudo y frío,
en mi alma soñadora y enfermiza,
como fragante flor, aromatiza
las ansias de mi espíritu sombrío.

¡Ay!, yo aspiro a las dichas ideales;
los efímeros goces terrenales
engendraron el tedio en mis placeres.

Pueblan mis sueños vírgenes con tocas,
y no me encienden las sangrientas bocas
con que besan las pálidas mujeres.

ORO

Desolación.

Como el gallardo paladín caído
viendo inutilizada la cimera,
levanta desde el polvo su bandera
como postrer esfuerzo de vencido.

Así mi corazón, mártir herido
por aciago pesar, ya nada espera,
mas sostiene su fúlgida quimera
como un faro entre ruinas encendido.

¡Oh, señor! Si perpetuo desolado
cruzando los senderos terrenales,
llevo mis ilusiones condolidas,
¡Infúndele a mi espíritu agobiado
la fe de religiosos ideales
o el heroico valor de los suicidas!

Cenizas.

Cuando los pensamientos encabritados
rugen como jaguares encadenados;
cuando en lúgubre ronda van los martirios
entre luces que irradian lumbre de cirios,
y se internan pausados en lontananzas
donde agonizan todas las esperanzas,
sienten las almas puras capaces de la pena
el goce del Dolor...

Cuando a flor de ensueño quiebran los austros,
y se aman las penumbras frías de los claustros

porque las fiebres beodas se muestran ávidas
de sosiegos morosos, y ahogan impávidas
impulsivos arranques, besos ocultos,
que en bocas congeladas yacen sepultos,
buscan las almas puras capaces de la pena
la dicha del Dolor...

Cuando los sufrimientos son los soberbios
reptiles enroscados a ardientes nervios;
cuando brotan cual plantas los desencantos
florecidos por lluvias de acerbos llantos,
y sus corolas vierten aroma intenso
que acaricia y entume como el incienso,
tienen las almas puras capaces de la pena
por huésped al Dolor...

Cuando es zarpa que hiere la última fibra
y su voz melancólica el pesar vibra,
cuando las canas llegan sin senectudes
y sollozan los cantos en los laúdes,
las juveniles frentes brillan marmóreas
semejantes a lápidas hiperbóreas,
y cruzan por las almas capaces de la pena
la imagen del Dolor...

Cuando acechan los vértigos, los precipicios
engendran la nostalgia de los suplicios;
cuando el gran panorama de los presagios
a pupilas ansiosas muestran naufragios;
cuando se ve un incendio que ha sido chispa,
ansiedad de sostenes las manos crispera,
y es gloria entonces de almas capaces de la pena
la gloria del Dolor...

FEDERICO UHRBACH

Nació en Matanzas en 1873. Se educó, como su hermano Carlos Pío, en los Estados Unidos y en la Habana. Muy joven comenzó a publicar sus producciones, por indicación de Julián del Casal, a quien tuvo por modelo en su iniciación literaria. En 1894, y poniéndolas bajo la advocación de su maestro desaparecido, las recogió en el volumen *Gemelas*, con el título de *Flores de hielo*. En 1895 emigró a los Estados Unidos, donde sufrió todas las privaciones y amarguras del destierro. En las postrimerías de la guerra le sorprendió dolorosamente—pautando su vida por largo tiempo— la muerte de su hermano en el campo de batalla. Ambos habían proyectado y terminado ya el libro *Oro*, que no apareció sino años más tarde, ya de vuelta a Cuba Federico. Durante el período que sigue de la terminación de la guerra hasta la aparición de los poetas del segundo período de *transición*, Federico Uhrbach es en nuestro medio literario el único francamente modernista. La aparición de *Oro* (1907) fué para los jóvenes poetas del momento un bello ejemplo, en cuanto a la forma, y un punto de partida hacia la nueva ideología. Manuel Ugarte, en *La joven literatura hispanoamericana*, París, 1907, lo incluye, en unión de M. S. Pichardo y del publicista M. Márquez Sterling, como representante en Cuba de las nuevas tendencias literarias. Al crearse la Academia Nacional de Artes y Letras fué llamado al seno de la misma, organismo poco representativo e inútil, en el cual no ha realizado labor de ninguna clase, como era natural. En 1916 da a la impre-

ta (dedicándolo a Manuel Sanguily) su último libro, *Resurrección*, máxima expresión de su espíritu; y desde entonces sólo de tarde en tarde publica sus bellos y recogidos versos en alguna de nuestras revistas, principalmente en *El Figaro*. Desempeña actualmente un cargo en la Administración pública.

Por su dedicación asidua al arte, por el alto concepto que de él tiene y por la propia excelencia de la obra, Federico Uhrbach es uno de los poetas más acreedores a nuestra reverencia y que mejor debieran ser conocidos. Sin embargo, sus obras no le han proporcionado definitivos triunfos, ni ha alcanzado con ellas la fama que merecía, lo que quizá se deba a la propia modestia en que ha gustado de permanecer, espectador solitario y meditativo. No obstante, no le ha faltado, en compensación, el aplauso de la escasa minoría dilecta, que a través de todo el desenvolvimiento de nuestra lírica, desde Casal hasta este momento, lo ha reverenciado y acatado como uno de nuestros primeros maestros, hermano del malogrado autor de *Nieve*, ni la mención consagrada de maestros y técnicos del verso, como Ricardo Jaimes Freyre.

Imitado alguna vez, influenciando otra aun a los mejores, Uhrbach ha permanecido fiel a su iniciación y a su impulso, conservándose siempre dentro de un modernismo moderado y fino. Desde su primera época, que culmina en el libro *Oro*, este modernismo se hace evidente por la flexibilidad del verso, por la maestría de palabras, por la sapiencia del ritmo y, en menor escala, por los temas y la ideología que los informa. Poeta de matices, en sus versos rara vez se encuentra la emotividad franca, aunque están envueltos en cierta vaguedad imprecisa, que les comunica un fondo de sugerente emoción. No obstante, la ha alcanzado en grado máximo en breves cuadros que reconstruyen una escena dolorosa-

mente única y humana, como en *Madona*, de sabor bequeriano, y en *Nota romántica*. En la obra de este momento no predomina el subjetivismo, sino más bien la composición evocadora, sabiamente coloreada, que, por la misma virtud de su sonoridad íntima y penetrante, se nos adentra muy hondamente, por un prodigio de artista que, mediante un procedimiento exterior, llega hasta lo más profundo del alma humana. En la *Introducción* de aquel libro, escrita en colaboración con su hermano Carlos Pío, quedaron señaladas las tendencias de este momento lírico :

Esbozamos ensueños de poeta
con justas gradaciones de color.

.....,.....

Somos nosotros pálidos pintores
que influir anhelamos al bospuejo,
la expresión vacilante del reflejo
que agoniza entre lampos tembladores.

Un innato sentido de lo vago — poesía de los atardeceres, de las cosas que acaban, de los reflejos en agonia — nos comunica su tembloroso e impreciso encanto. Poesía de la augusta sonoridad de las campanas — hallamos siempre la campana al fondo de su paisaje espiritual —, la obra de este poeta hace pensar en un gótico campanario, donde hiciera vibrar las lenguas de bronce de una armonía grave, que dialogaran en los atardeceres. Su filosofía es simple, como era necesario que lo fuera en esta hora de la sencillez: un conformismo absoluto, envolviendo una tristeza profunda que ni solloza ni se queja.

Después de *Oro*, de inspiración melancólica, forjado, como dijo más tarde el poeta,

en alas de esos vagos poemas crepusculares
que dicen de la tarde la pálida leyenda,

Federico Urbach tuvo sus *cantos de vida y esperanza* que culminaron en el libro *Resurrección*, verdadera resurrección espiritual, como al respecto expresó Pedro Henríquez Ureña, saludando su llegada. Un nuevo sueño de belleza, alentado ahora por la consolación de una esperanza, le aleja de aquel tono de renunciamiento, conduciéndolo por caminos de amor y de serenidad. El dolor ya no es el motivo del canto, sino el trasunto de una enseñanza que le lleva a tender el vuelo hacia un optimismo moderado, hecho de silencio y de quieta esperanza, en el que no se sabe bien si es que se espera algo o si, por un propósito de sobreponerse al mismo dolor, el alma lo transmuta en «un dulce refugio terrenal». Ahora, en el claro camino, traza los nuevos derroteros ideales, asediado por ansias de vivir, de luchar, de «salvar y retener la vacilante juventud»; y apreciaremos lo heroico del esfuerzo contra una amargura que siempre quiere asomar:

Tenaz y loco empeño de redimir la vida
tan triste, tan amarga, tan desconsoladora,
de la perenne angustia del ánima afligida
con el fugaz reflejo de un resplador de aurora.

Este heroísmo de sobreponerse a la amargura siempre en acecho, este estoicismo para esconder el dolor, triunfa de un modo definitivo en cantos de un panteísmo insospechado y redentor :

Como a todas las cosas algo de mi alma di,
siempre en todas las cosas encuentro algo de mi.

Los paisajes de ahora, más llenos de sol y vida, tienen una amplia luminosidad y un colorido rico en tonalidades acentuadas. A los atardeceres pálidos han sustituido las mañanas optimistas, de transparencia honda. Sin dejar de

ser poeta de matices, no lo es ahora de un modo tan absoluto; en cambio, hallando en *Resurrección* un subjetivismo acentuado que se manifiesta en propósitos espirituales, en estados de alma, en normas ideales. A esta nueva manera corresponde una más sabia perfección del verso, cristalizada en el uso frecuente e impecable de metros aún no popularizados entonces entre nosotros, especialmente el alejandrino.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Gemelas*. Primeras poesías. Bajorrelieve del Conde Kostia. (Federico Uhrbach: *Flores de hielo*). A. Miranda y C.^a, Habana, 1894. — *Oro*. Imp. Avisador Comercial, Habana, 1907. (En el ejemplar de que nos hemos servido para la selección de versos de este poeta y de su hermano Carlos Pío, así como para las notas críticas, han sido señaladas por el propio Federico Uhrbach las que fueron escritas por su hermano, las escritas en colaboración y las que a él pertenecen.)—*Resurrección*. Nuevos poemas. Imp. El Siglo XX, Habana, 1916, en el cual se incluye el poema *Amor de ensueño y de romanticismo*, publicado el año 1918, en la Imprenta Ruiz y Hermanos.

GEMELAS

Introducción.

A ti, mi musa triste, la que errante
cabalgas en el trémolo vibrante
que exhala la sonrisa delirante;
a ti, la mensajera de otros climas,

que del ensueño en las doradas cimas
vas desgranando tu collar de rimas;

la princesa ideal que busca ansiosa
la región ignorada y misteriosa
donde el Delirio — su galán — reposa,

y hastiado de las mudas soledades
vuelve al loco rumor de las ciudades
que agitan las mundanas tempestades;

la que vibra su tirso de violetas
presurosa en colmar de ansias secretas
el alma de los pálidos poetas;

la que en las noches de la Arabia aspira
el olor del incienso, que le inspira
las memorias del tiempo en que delira,

o de la santa Kioto, en las brillantes
flechas de sol, romperse deslumbrante
en los discos del astro agonizante,

del ídolo de piedra en los perfiles
duros, del blanco loto en los sutiles
pétalos, y del quiosco en los marfiles;

la que en las tumbas, por los muertos gime
y a sus dolientes cantos les imprime
el óleo que sus ánimas redime;

o a la luz de la luna funeraria
entre los sauces, triste y solitaria
al viento da su férvida plegaria;

a ti mis versos van, flores de hielo,
que el aroma letal del asfodelo
esparcen de las almas por el cielo;

demandan tu calor, buscan un nido
como aves que sus alas han batido
al aura misteriosa del olvido.

ORO

Para unas voces.

En la penumbra incierta del historiado coro
disuélvese un perfume como de castidades,
y de la nave inmensa las blancas soledades
invade un leve soplo de virginal decoro.

De los erguidos cirios la lágrima de oro
tiembla al errar el vuelo de espiritualidades
que emana de las voces del coro, en suavidades
flexibles, tenues, leves, como hálito sonoro.

La vibración postrera se extingue de las voces,
y aun se perciben vagos, como sedosos roces
que pueblan el silencio de los sitiales almos;
y el ánimo interroga, si en la alta sillería
expira lentamente la santa melodía
o incíanse en el alma desconocidos salmos.

En el alba de oro...

I

En el alba de oro vuelca la campana
las sonoras perlas de su melodía,
vuelo cristalino de amorosa diana
que canta la gloria de la Epifanía.

Rosa, azul, sonrisa, la pascual mañana
disuelve en el cielo del risueño día,
de las redenciones la visión lejana
y el presentimiento de la Eucaristía.

Cándida la bruma compasiva vela
lo que hay de la humana vida en la novela
de amargo y doliente, de odios y discordias,
mientras las campanas en la voz del viento
del amor saludan el advenimiento
y un florecimiento de misericordias.

II

En el alba de oro prende milagrosa
la esperanza el astro que a los Magos guía,
flor de una quimera, que en la tenebrosa
ruta de la vida finge una alegría.

La pascual mañana — sonrisa, azul, rosa —,
diseña en el cielo la errante teoría
que abre en mis recuerdos una dolorosa
rosa misteriosa de melancolía.

Mientras fecundando su vital empeño
de los aguinaldos en el niveo ensueño,
temblorosa el ala de la rubia abeja
deja en cada cáliz un grano de oro,
en el alba de oro la tristeza lloro
de un florecimiento de amargura añeja...

Canto de la tarde...

Canto de la tarde, canto del ocaso,
canto del poniente,
que en las soñadoras alas de Pegaso
yerras y discurre armoniosamente.

Canto de la tarde, de la pensativa
de los desalientos triste inspiradora,

que a las almas dices de la fugitiva
vida del minuto, del siglo y la hora.

Sabia es tu tristeza,
canto vespertino,
que es de tu tristeza la suave belleza
como dulce influjo de amoroso vino.

Vino que la herida baña y cicatriza
de las amarguras
que rozan la vida, y espiritualiza
la sangre que mana de las rozaduras.

Nace, crece, vibra, vuela y se dilata
tu errante armonía, y al desvanecerse
desgrana las perlas de la serenata
que el dolor implora para adormecerse.

Tuyos son los oros, tuya la amatista,
tuyos los topacios,
y de esos tus ojos la maga conquista
no opone barreras, ni mares, ni espacios.

Que logra el ensueño
con las altiveces de su poderío,
ser de tus dominios invasor y dueño
deshojando en ellos sus flores de hastío.

Tus trémulas liras,
tus mágicas flautas,
modulan acordes piadosas mentiras
en la etérea gama de engañosas pautas.

Que sobre el esmalte del rosado cielo
tienden, temblorosas, alambres de oro,
donde prende el ala, que fatiga el vuelo,
de las golondrinas un ritmo sonoro.

Calmas y apaciguas
la grave salmodia de tus misereres,

con las historiadas vidrieras antiguas
que van diluyendo los atardeceres.

Donde el alma, avara de consolaciones,
fantasmagoriza lo que nunca alcanza,
prestando al celaje las coloraciones
de una milagrosa rosa de esperanza.

Tus melancolías
son las precursoras
de esas ansiedades de las lejanías
que la senda alargan desconsoladoras.

Y arduas y complejas,
tus melancolías son las iniciales
de esas abstracciones que las cosas viejas
reaniman y visten fastuosos briales.

Tu clarín celeste fija el compasivo
instante de tregua, momento de pausa,
que enflora esas dulces ansias sin motivo
y esas languideces que no tienen causa.

Paz de alma o zozobra de los corazones,
¡qué intenso en lenguaje de tus soledades!,
¡cómo al iniciarse tus revelaciones
tiemblan sorprendidas las virginidades!

Claro, frágil, diáfano, cristalino canto,
tu encanto es prodigio que hiere y restaña;
con tus inflexiones provocas el llanto
para suspenderlo preso en la pestaña.

Y a través del llanto forja la quimera
que enclaustrada anima nuestro mundo interno,
los florecimientos de una primavera
en las arideces de un pálido invierno.

Canto de la tarde, canto del ocaso,
canto del poniente,

que en las soñadoras alas de Pegaso
yerras y discurre armoniosamente.

Sabia es tu tristeza,
canto vespertino,
que es de tu tristeza la suave belleza
como dulce influjo de amoroso vino.

RESURRECCIÓN

Samaritana.

Samaritana, sensual y dulce Samaritana,
perla del cielo claro y lejano de Palestina,
que de tu impura carne dorada de cortesana
ánfora hiciste, maravillosa, de unción divina.

Desde la gesta, Samaritana, tus claros ojos
hacia nosotros los descarriados torna clemente,
y con las rosas que perfumaron tus labios rojos
cubre los celos que te persiguen junto a la fuente.

Samaritana, doma las ansias que tu amorosa
visión antigua de amor y encanto tenaz reclama,
y sé impoluta, sé compasiva, sé milagrosa
para que extingas en el recuerdo la impura llama.

Salvando el alma que te aprisiona la lejanía
de las edades predestinadas para encontrarte,
con una suerte de persistente melancolía
y encantamiento, te transfiguras sin olvidarte.

Todo el pasado bíblico y rudo tu nombre evoca
con un arcaico deslumbramiento, como si aun diera
un soplo ardiente de amor salvaje tu roja boca
y un vago aroma de cinamomo tu cabellera;
como si aun fueran vasos de mirra, tus finas manos

reveladoras de tus misterios y tus pasiones,
y de su gesto los vigorosos samaritanos
vieran pendientes, sobre un abismo, sus corazones.

Ante el asombro de las pupilas, la luz interna
del evangelio la inconsistente penumbra aclara,
cual si en la oscura linfa dormida de una cisterna
todo el paisaje, reconcentrado, se reflejara.

Si un lirio prenden en la maraña de tus cabellos,
se oyen, distintos, los cascabeles de tu alborozo,
turbando el grave sopor de siesta de los camellos
abandonados por tus mancebos cerca del pozo.

Inmarcesibles florecimientos de primaveras
tus pies desnudos hacen que broten los arenales,
donde cimbrean los abanicos de las palmeras
y se desangran las rojas flores de los nopales.

Cuando descendes lánguidamente por los ribazos
hilando sargas de anunciaciones y profecías,
sobre el poniente, con la redoma, fingen tus brazos
como dos signos interrogando por el Mesías.

Y si medrosa tu cuerpo ocultas entre las breñas,
a los reclamos de los judíos brusca y reacia,
copian los ojos despavoridos de las cigüeñas
desperzarse felinamente tu esquiva gracia. [tivos

Tus huellas siguen, como de un filtro de amor cau-
los torvos celos, cuando el ensueño tu encanto inicia,
a profanarte bajo las ramas de los olivos
con la demanda torturadora de una caricia.

Y presa el alma de los destellos de tu leyenda,
bajo los oros del sol, indaga rutas distantes,
para gozarte, toda desnuda, bajo la tienda
donde tus besos enloquecieron a tus amantes.

Samaritana, Samaritana, tus claros ojos

vuelve a nosotros los descarriados, y compasiva,
la miel y el fuego que destilaron tus labios rojos
transforma en casta vena perenne de tu agua viva.

Del agua viva, que, junto al pozo, cuando sedienta
la suplicabas, te dió el consuelo del Nazareno;
la que apacigua con su dulzura toda tormenta
y neutraliza con su pureza todo veneno.

Los corazones que la lujuria fatal calcina
y asorda un soplo como de océanos y tempestades,
tu gracia imploran, perla del cielo de Palestina,
que las pasiones trocaste en alba de castidades.

Llama de pira, nube de incienso, bíblica estrella,
sé en el desierto la que amorosa mi paso gufe,
y fija lumbre será, que aclare la incierta huella,
tu dulce labio de apasionada que me sonrfe.

Samaritana, preso en tu dulce dominio, cuando
te evoco, vienes como en fragante lluvia de rosas,
mientras el ala de la quimera pasa rozando
sobre la tierra santificada donde reposas.

Gemas equívocas.

Por el esmalte de tu pupila
como un venablo cruza el reflejo
de la impaciencia que te aniquila
y aguza el arco de tu entrecejo.

Chispa de Psiquis que brilla inquieta
de tus pestañas tras el encanto
y en la clausura de una violeta
dora un incierto temblor de llanto.

Lumbre que incauta traiciona el sueño

que exasperando tu sensualismo,
cierra tus ojos ante el empeño
de dominarte sobre el abismo.

Flecha de oro reveladora
de la impureza que te desvía
para aclararte lo que aun ignora
tu prematura melancolía,
y en la caricia de tu mirada
diáfana y honda, punzante hiere
con la agudeza sutilizada
de lo que explora, de lo que inquiere.

¡Cuántos misterios que aun desconoces
y que deforman tus breves años,
en tus pupilas mientes precoces
desilusiones y desengaños!

¡Cuántos oscuros presentimientos,
que tu alma acosan y martirizan,
en los azules florecimientos
de tu mirada se diafanizan!

¡Y cuántas ansias que han torturado
ya tu impaciencia de adolescente
llenen tus ojos con el pecado
que te alucina constantemente!

Resplandecencias de horas tranquilas
o lobregueces de amargas horas,
se transparentan en tus pupilas
fosforescentes y turbadoras;

y así tus ojos, como esas gemas
claras, que tienen varios matices,
tu alma concentran en los dilemas
de lo que piensas y lo que dices.

Cuando un momento de pesadumbre

presagia cuitas y desamparos,
tiembla rebelde la intensa lumbre
que dramatiza tus ojos claros;
 si el llanto nubla por un instante
tu vista, quiebra su frágil niebla
la aventurera luz de levante
que tu pupila de espacios puebla;
 y si de nuevo tu caprichosa
viveza exalta tu pensamiento,
de tu mirada la temblorosa
chispa refleja tu aturdimiento.

 Tus ojos, simas de tu alma inquieta,
guardan, urdiendo tus intuiciones,
en la clausura de una violeta
vagos instintos y hondas pasiones;
 que al mantenerlos entrecerrados
mientras dialogas contigo misma,
filtran fugaces lampos dorados
como estelares luces de un prisma,
 y al ensancharlos, como si fuera
tu afán en ellos guarar los mares,
tu ofrecimiento de primavera
tiembla en llameantes rayos solares.

 Cuando extasiados quedan suspensos
sobre un pasaje de tus lecturas,
fulgen tus ojos claros e inmensos
alucinantes llamas impuras;
 si rendidos de leer, los velas,
guardan, avaros, las desnudeces
de las viñetas de las novelas
con que tus ansias de amor acreces.

 Tus ojos, ebrios de ensueño, han visto,

cristalizando tus soñaciones,
de los exangües labios de Cristo
volar raras las oraciones;
y tras el llanto con que se escuda
tu unción piadosa, con sus reflejos
te han sorprendido toda desnuda
presa en las aguas de tus espejos;
con la amorosa llama propicia
que une en el brillo de tu mirada
la dulce gama de la caricia
a las torturas de la inviolada,
y en los cristales de tu memoria
con minucioso delineamiento
vuelve y trasluce toda la historia
de tus insomnios en el convento...
Pálidas gemas de hechizo plenas,
claras pupilas de quince años,
húmedas, hondas, graves, serenas
bajo los finos bucles castaños;
si por diabólico maleficio
de vuestro influjo me abisma el vicio
brusco, impetuoso, fatal, zahareño...,
salvadme, pías, del precipicio
con un celeste fulgor de ensueño.

Campanas de Noël.

Campanas de Pascua, trémulas campanas,
sonoros orientes de las caravanas
que volcáis las perlas de amorosas dianas
en las claras albas de oro de Noël;
campanas de ensueño, cifras de armonía,

propicios augures de la Epifanía,
voces de esperanza de la lejanía
que aclara el celeste fúlgido roel;

vuestras leves almas, en el ala errante
de todos los vientos, quiebran la distante
y amplia transparencia frágil de levante
con un argentino y alado clamor,
dulce y cristalino vuelo de oraciones,
que el doliente ensueño de los corazones
calma, y apacigua las tribulaciones
con una promesa de vidente amor.

Ligeras, volubles, fugaces, aladas,
como golondrinas de azul embriagadas,
el pálido encanto de las alboradas
turban con inquieta vibración fugaz,
y en la inconsistencia de lilial ambiente
la ilusión ofrecen, compasivamente,
de una milagrosa redención clemente
del dolor y un vago presagio de paz.

Fugaces, aladas, volubles, ligeras,
vuestras leves almas son las mensajeras
que a las estelares diáfanas praderas
llevan las perennes ansias de vivir,
confiadas al breve, musical acento
fundido en el alba del advenimiento
del amor que ampara todo sufrimiento
y espiritualiza todo hondo gemir.

Trémolo de notas límpidas, que lenta
y amorosamente la esperanza alienta,
y en la triste vida de ilusión sedienta
deshoja una dulce rosa de ilusión;
cadencioso canto que ágil se desprende

de los campanarios y a la aurora asciende,
mientras la clemencia de una escala tiende
desde las estrellas hasta el corazón;

cándido, sereno, melodioso canto
que piadoso logras restañar el llanto
con la suave gracia y el sutil encanto
de tu compasiva voz angelical,
lleva al escondido, mísero recinto,
donde mi recuerdo guarda un inextinto
dolor, el consuelo de un eco distinto
de tu alborozado vuelo matinal.

Resonad, campanas, campanas sonoras,
campanas vibrantes, raudas tañedoras
de las luminosas matinales horas
que aclara el celeste fúlgido roel,
y el glorioso arribo de las caravanas
evocad, campanas, trémulas campanas,
que volcáis las perlas de amorosas dianas
en las claras albas de oro de Noël.

Blasón crepuscular.

I

En el sereno pasmo del oro del ocaso
las ánforas celestes vuelcan su pedrería,
que al armonioso golpe del ala de Pegaso
transfórmanse en castillos de fantasmagoría.

Del señorial recinto las viejas alamedas
de nuevo invade el alma de faustos seculares,
y en la sonora gama: risas, tumultos, sedas...
diluyen vanamente su gama los pinares.

A cada fugitiva revuelta de un sendero
evoca la memoria la sombra del postrero
señor de aquel dominio, y en vez de la silente
visión, puebla el esmalte rosado del camino
el persuasivo encanto de un grupo femenino
sobre el deslumbramiento del oro del poniente.

II

Las flámulas, tendidas en el muriente ocaso,
de símbolos y lauros dialogan con el viento,
y el armonioso golpe del ala de Pegaso
finge un blasón celeste sobre el pavés sangriento.

En el dorado ambiente las músicas deslien
sus perlas cristalinas, y en las arcaicas sendas
pupilas que se asombran y labios que sonrían
dan la amorosa pauta de alarmas y contiendas.

La noche, lentamente, torsos y aristas funde
con vaguedad movible que la visión confunde
de un mármol, de una fronda, de un rizo, de un enca-
y fragmentando, súbita, castillos y blasones, [je...,
todo el deslumbramiento de sus constelaciones
las ánforas nocturnas vuelcan en el ramaje.

JUANA BORRERO

Nació en la Habana en 1878. Murió en los Estados Unidos en 1896. Hija del notable literato Esteban Borrero Echevarría, *spécimen* fino y cultivado de la generación intelectual, a la que pertenecieron Sanguily y Varona, heredó de su padre la afición a las artes y al cultivo del espíritu, y de él recibió una esmerada educación. Desde muy niña escribió versos, a pesar de lo cual su obra poética es muy reducida, debido a la natural discreción y al buen gusto que presidió sus inclinaciones artísticas, repartidas entre el cultivo de la poesía y la pintura, en la que descolló de modo sorprendente. Debido a esta doble cualidad de pintora y escritora, y a la precocidad de su genio, Julián del Casal la compara con la fascinadora María Bashkirseff, cuyas analogías se acentúan después con la muerte temprana de nuestra poetisa.

Su poesía, contemporánea de la de Casal y los Uhrbach, tiene cualidades comunes a las de éstos: pesimismo, elegancia de la forma y un sentido más íntimo, unidas a las dotes pictóricas de su espíritu, concebidas a la manera moderna, valiéndose del paisaje como elemento interpretativo de un especial estado de alma, cualidad esta última que culmina en sus sonetos *Las hijas de Ran y Apolo*, y que sólo encuentra parangón posible en composiciones de Casal como *Un torero* y *Bajorrelieve*. El pesimismo es la otra nota predominante en su producción, y parece venirle directamente de Casal, que si en éste llora amarga y lentamente, en ella se agita sollozante,

como dice el crítico Pedro Henríquez Ureña. José Enrique Rodó cita su nombre entre los injustamente olvidados por Manuel Ugarte al compilar éste su antología.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Grupo de familia* (poesías de los Borrero). Con prólogo de Aurelia Castillo de González. Imprenta La Moderna, Habana, 1895. — *Rimas*. Prólogo de A. Valdivia, Biblioteca de Gris y Azul, Habana, 1895.

Consúltese: Julián del Casal, *Bustos y Rimas*, Habana, 1893. — José María Chacón y Calvo, *Las cien mejores poesías cubanas*, Madrid, 1922. — Arturo R. de Carricarte, *Bohemia* (fragmento de un estudio), noviembre, 1912. — Emilio Roig de Leuchsenring, *Poetisas cubanas*, en *Social*, febrero, 1919.

Medieval.

Junto a la negra mole de la muralla altiva
que alumbran las estrellas con tenue luz de plata
el trovador insomne de frente pensativa
preludia conmovido su triste serenata.

El aura de la noche voluble y fugitiva
besa los largos pliegues del manto de escarlata,
y extiende la armoniosa cadencia persuasiva
que el plácido reposo perturba de la ingrata.

Al pie del alto fosó destácase la airosa
romántica figura del rubio menestrello,
que al agitar la mano sobre el cordaje de oro
entristecido exhala su queja dolorosa
en la cadencia rítmica del dulce ritornello,
y en sus mejillas siente que se desborda el lloro.

Las hijas de Ran.

Envueltas entre espumas diamantinas
que salpican sus cuerpos sonrosados,
por los rayos del sol iluminados,
surgen del mar en grupo las ondinas.

Cubriendo sus espaldas peregrinas
descienden los cabellos destrenzados,
y al rumor de las olas van mezclados
los ecos de sus risas argentinas.

Así viven contentas y dichosas
entre el cielo y el mar, regocijadas,
ignorando tal vez que son hermosas,

Y que las olas, entre sí rivales,
se entrechocan, de espumas coronadas,
por estrechar sus formas virginales.

Apolo.

Marmóreo, altivo, refulgente y bello,
corona de su rostro la dulzura,
cayendo en torno de su frente pura
en ondulados rizos el cabello.

Al enlazar mis brazos a su cuello
y al estrechar su espléndida hermosura,
anhelante de dicha y de ventura
la blanca frente con mis labios sello.

Contra su pecho inmóvil, apretada,
adoré su belleza indiferente,
y al quererla animar desesperada,
llevada por mi amante desvarío,

dejé mil besos de ternura ardiente
allí apagados sobre el mármol frío.

Íntima.

¿Quieres sondear la noche de mi espíritu?
Allá en el fondo oscuro de mi alma
hay un lugar donde jamás penetra
la clara luz del sol de la esperanza.
¡Pero no me preguntes lo que duerme
bajo el sudario de la sombra muda...;
detente allí junto al abismo y llora
como se llora al borde de las tumbas!

Rêve.

Su voz debe ser dulce y persuasiva
y soñadora y triste su mirada...;
debe tener la frente pensativa
por un halo de ensueños circundada.

Su alma genial, cual pálida cautiva
de un astro esplendoroso desterrada,
sueña con una nube fugitiva
y con el traje de crespón de un hada.

Cuando la sonda azul de los delirios
disipa sus nostálgicos martirios
borrando del pesar la oscura huella,
él se acuerda en la noche silenciosa
de aquella virgencita misteriosa
que quedó abandonada en una estrella.

Última rima.

Yo he soñado en mis lúgubres noches,
en mis noches tristes de penas y lágrimas,
con un beso de amor imposible
sin sed y sin fuego, sin fiebre y sin ansias.

Yo no quiero el deleite que enerva,
el deleite jadeante que abrasa,
y me causan hastío infinito
los labios sensuales que besan y manchan.

¡Oh, mi amado!, ¡mi amado imposible!
Mi novio soñado de dulce mirada,
cuando tú con tus labios me beses
bésame sin fuego, sin fiebre y sin ansias.

Dame el beso soñado en mis noches,
en mis noches tristes de penas y lágrimas,
que me deje una estrella en los labios
y un tenue perfume de nardo en el alma.

TRANSICIÓN

(1900-1910)

I

TRANSICIÓN

(1900-1910)

I

En el interregno que abre en nuestra producción literaria la última guerra de liberación desencadenada contra España, los poetas interrumpen su labor. Muerto Casal dos años antes, muerta en la emigración Juana Borrero, muertos Martí y Carlos Pío Uhrbach en el campo de batalla, sufriendo privaciones en el destierro Federico Uhrbach y Bonifacio Byrne, agostados los que hubieran podido seguirlos— en la manigua devoradora o en la emigración desvalida —, es natural que al movimiento inicial suceda una decadencia forzosa.

Los poetas emigrados no harán sino recoger el eco de las hazañas que a ellos llega confusamente; Byrne y Hernández Miyares darán en su obra y en ese momento sensaciones interesantes en su manera peculiar. A ellos se unen otros poetas más viejos: Francisco Sellén y Diego Vicente Tejera, que en estos días trágicos para el alma cubana recogen en sus cantos vibraciones de su pueblo disperso. Oprimidos por la férrea censura que pesa sobre ellos y por el mismo estado de ánimo creado por la guerra, los poetas que permanecen en Cuba se encierran en un absoluto silencio. Terminada aquélla, los días que

siguen tampoco son propicios al desarrollo de las nuevas formas poéticas, bien porque los poetas ya hechos han dejado de recibir las influencias renovadoras, bien porque los que surgen en este momento carecen de la suficiente cultura y de guías y maestros, pues consagrados Sanguily y Varona a sus nuevas actividades políticas y pedagógicas, y muertos recientemente Nicolás Heredia y Manuel de la Cruz, que hubieran podido sustituirlos, no existe nadie capaz de realizar esa tarea.

En el inicio de este período, verdadero escollo en nuestra antología, queda estancado el impulso de renovación que los precursores habían dado a nuestra lírica. No obstante la abundancia de poetas de segundo orden, no encontramos una sola figura capaz de recoger y aprovechar el legado de Martí y Casal, ni de igualarse con Federico Uhrbach. En ocasiones, adoptaron los metros o aun los temas nuevos o en boga, pero su inspiración continuaba siendo ya puramente clásica, ya la de los últimos románticos españoles. Los títulos bajo los cuales agruparon la parte más característica de sus producciones serán buena prueba de esta influencia: *Fiebres, Mariposas, Ofélicas, Exhalaciones, Fugitivas...* Algunos oscilaron entre las distintas tendencias, como Bobadilla y Byrne, que en diferentes composiciones ensayan las formas nuevas, aun cuando el último no logra sus mejores realizaciones sino en sus versos de corte clásico.

Nuestra realidad poética en este momento mereció del escritor Pedro Henriquez Ureña, en su ensayo «El modernismo en la poesía cubana» (*Ensayos cri-*

ticos, Habana, 1905), estas palabras adecuadas: «Si la gran inactividad literaria de este momento no es presagio de una extinción total de las aficiones poéticas, como insinúan los escépticos, es de creerse que la poesía cubana se halla en un período de transición y que las generaciones próximas traeran un caudal de ideas y formas nuevas...»

El tono peculiar de la poesía de esta época lo encontramos en la colección publicada en la Habana el año 1904, con el título representativo de *Arpas Cubanas*, donde la mayor parte de los poetas que comprendemos en esta sección publicaron sus selecciones, y donde, por mero capricho de los colectores o erróneas coincidencias, aparecieron composiciones de Luisa Pérez de Zambrana, Francisco Sellén, Enrique José Varona y algún otro, que, además de no pertenecer a ese momento de la lírica cubana, tienen un valor positivo y representativo en sus épocas respectivas.

La necesidad de cumplir el propósito de esta antología, dando una visión lo más completa posible de nuestra evolución poética, nos obliga a dar cabida en este trabajo a poetas cuya labor, si meritoria en cualquier otro aspecto, no ha aportado nada a las nuevas tendencias poéticas. Sin embargo, hemos procurado no omitir aquellas figuras que bien por su propia obra, bien por la significación que tuvieron en su época o por lo representativas de la misma, reclamaban necesariamente un lugar en esta selección.

Las revistas literarias en que colaboraron, junto con los poetas que aquí estudiamos, otros cultivadores de la lírica — como J. M. Collantes (*Rojas y Páli-*

das), Félix Callejas (*Vibraciones y Vox Patriæ*), F. Díaz Silveira (*Fugitivas*), Wen Gálvez (*Epigramas*), Esteban Foncueva (*Horas de olvido, Ausencias, Sentimentales*), L. Gutiérrez Alea (*Imágenes*), Guillermo Montagú (*Iris*), Mario Muñoz Bustamante (*Rimas de gozo*), Rafael Pérez Cabello (*Rápidas*), Diwaldo Salón (*Embriaguez roja de las águilas negras*) y Fernando de Zayas (*Sueños de rosa y Amoros*)—, fueron principalmente, a más de *El Figaro*, *Azul y Rojo*, *Letras*, creación de los hermanos Carbonell; *Cuba y América*, fundada en la emigración, y *Bohemia*, que aparece en los últimos días del período.

ENRIQUE HERNÁNDEZ MIYARES

Nació en Santiago de Cuba en 1859. Murió en la Habana en 1914. Se trasladó siendo un niño a la capital, donde se inició prontamente en el periodismo habanero, entrando, tras sucesivos ensayos, en la redacción de *La Habana Elegante*, de la que llegó a ser director. Constituyó esa revista, como dice Carbonell, su biógrafo, «su alto orgullo de literato y de cubano». Desde sus columnas, «y bajo el disfraz de literatura y poesía, alentó el sentimiento revolucionario». En efecto; en su redacción se reunían los mejores espíritus de la generación de entonces, Manuel de la Cruz, Mitjans, Julián del Casal y otros, a escuchar de Manuel Sanguily el relato de las hazañas de los mambises cubanos, al calor de las palabras rebeldes que fluían de los labios de ese eterno insurrecto. Hernández Miyares fué íntimo amigo y admirador de Julián del Casal, y le cupo la dolorosa misión de corregir *Bustos y Rimas*, que, como se sabe, apareció después de la muerte del poeta. Persistiendo en su ferviente amor por el amigo muerto, instituyó *el día de Casal*, escribiendo artículos conmemorativos en los aniversarios del poeta para mantener siempre vivo su recuerdo. Más tarde fué codirector, con Alfredo Zayas, de *La Habana Literaria*, hasta que se produce la guerra en 1895, que le obliga a emigrar a los Estados Unidos. A su regreso volvió al periodismo activo, dedicándose especialmente a la crítica de teatro. Publicó el año 1903, en *El Mundo*, su célebre soneto *La más hermosa*, consagrado a Manuel

Sanguily, que dió lugar a la célebre polémica a que se alude más abajo. Fué nombrado secretario del Instituto de Segunda Enseñanza de esta ciudad, cargo que desempeñó hasta su muerte. Representó a Cuba en el Centenario de México, y fué nombrado académico de número de la Nacional de Artes y Letras. Quizás sea Enrique Hernández Miyares, entre los poetas de este período, que hemos convenido en llamar de transición, el menos influido por las nuevas tendencias. Salvo algún atisbo de moderna sensibilidad, en poesías como *Brumario*, *La hora verde*, etc., su obra discurre toda al margen del saludable movimiento de reacción que sacudía ya en sus días la poesía americana.

Había echado en él la manera antigua muy hondas raigambres para poder esperar de su obra poética formas y conceptos nuevos, y la índole de las composiciones a que generalmente entregó sus facultades — el soneto, entendido a la manera clásica y de bajo vuelo; la composición trivial de ambiente criollo, y la imitación de antiguos romances españoles, sin adecuada preparación para acometerla — no eran en verdad los más apropiados moldes para dar cabida a la nueva ideología poética.

Sin grandes complicaciones espirituales y volviendo siempre sobre temas manidos, la obra de Hernández Miyares carece de aciertos eminentes. Logra por excepción cierta sobria elegancia y notable justeza en la expresión en *La más hermosa*, soneto que una polémica literaria, larga y enconada como pocas, hizo generalmente conocido. A esta polémica — que ha recogido en un libro voluminoso José Manuel Carbonell — debe Hernández Miyares una notoriedad que, más que por su labor literaria, merece por su perenne y ejemplar devoción a toda obra de alta significación cultural.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Poesías*. Recopilación ordenada y publicada por la Academia Nacional de Artes y Letras. Habana, 1915.

Consúltese: José M. Carbonell, *La más hermosa*. Historia de un soneto. Habana, 1918. — José M. Chacón y Calvo, *Las cien mejores poesías cubanas*, Madrid, 1922.

La más hermosa.

Que siga el caballero su camino
agravios desfaciendo con su lanza:
todo noble tesón al cabo alcanza
fijar las justas leyes del destino.

Cálate el roto yelmo de Mambrino
y en tu rocín glorioso altivo avanza,
desoye al refranero Sancho Panza
y en tu brazo confía y en tu sino.

No temas la esquivez de la Fortuna:
si el Caballero de la Blanca Luna
medir sus armas con las tuyas osa,
y te derriba por contraria suerte,
de Dulcinea, en ansias de tu muerte,
¡dí que siempre será la más hermosa!

La hora verde.

Del parisiense boulevard fastuoso
prolóngase la plácida penumbra,
porque el sol de oro viejo solo alumbraba
con mortecino rayo perezoso.

De la jornada al fin llegó el reposo,
oasis que en la brega se columbra,
y en los bruñidos mármoles deslumbra
del verde ajeno el néctar venenoso.

Arde el café moderno entre el gentío,
y a cortos tragos sorbe, lentamente,
la amarga copa el bebedor sombrío,
mientras por el asfalto reluciente,
como azotada por el viento frío,
pasa la burguesía indiferente.

BONIFACIO BYRNE

Nació en Matanzas en 1861. Colaboró en periódicos y revistas locales. En 1893 publicó su primer libro, que fué bien recibido por la crítica cubana. Cuando la guerra de 1895 emigró a los Estados Unidos, publicando en Filadelfia un folleto de sonetos patrióticos, destinado a aumentar los fondos de la insurrección. Volvió de los Estados Unidos a fines de 1899, y se hizo eco, en la célebre poesía *A mi bandera*, de la angustia que oprimió el alma cubana en aquellos días de ocupación americana, cuando se ignoraba aún si nos sería entregado el gobierno, cumpliendo la promesa hecha a la faz del mundo en *La Joint Resolution* famosa de los días que precedieron a la guerra hispanoamericana. Fué aquel el momento de celebridad mayor para el poeta. Luego volvió a su retiro provinciano, y aunque ha ensayado — en versos dedicados a políticos y militares de la República — ser de nuevo el intérprete del alma cubana, no lo ha logrado más.

La publicación de *Excéntricas* lo dió a conocer ventajosamente como un poeta exquisito, en el que predominaba «el sentido de lo vago, de lo misterioso, de lo lejano, de lo desconocido, es decir, de todo lo que constituye la esencia misma de la poesía», como refiriéndose al poeta y a su libro apuntara Casal, señalando seguidamente el hecho de que Sanguily, hojeando el tomo, notaba que aquellos versos no parecían escritos por un cubano sino por un escandinavo, con lo que hacía, a

juicio de aquella sensibilidad tan pura que fué Casal, el mayor elogio que es posible hacer de un poeta. Un crítico hispanoamericano, Rufino Blanco-Fombona, recordando la lectura de algunas composiciones de Byrne, publicadas antes de que apareciera el volumen *Lira y Espada*, decía: «El poeta de antes, el que yo conocía, el de los versos a *El diablo*, el cantor de *Las joyas* y otros poemitas, se distinguía por cierta aristocracia nativa de forma, por una molicie elegante, no sé qué de encantadora femineidad, y la preocupación — o tendencia innata — de trovar lo delicado, noble y exquisito», expresando después que esa musa rara, aunque no extravagante, era de lo menos americano que puede imaginarse, para concluir afirmando: «Del romanticismo alemán sí tiene; tiene el claro de luna, la sensación convertida en cuento y pintada como un cuadrado lírico, el poemita corto y vagaroso, el verso de arte menor, que suena como los metros populares de Alemania, los metros amados del *lied*.» Esta concordancia curiosa del escritor venezolano con nuestro crítico es suficiente para dejar fijado el matiz nórdico en las primeras producciones de este poeta, recogidas en *Excéntricas*, colección a la que, no obstante, su prologuista Nicolás Heredia consideró como producto de una crisis del poeta, surgida en el «paréntesis de un alma sin rumbo ni timón». Sin embargo, es indudable que, de haber continuado cultivando aquella su primera manera, Byrne hubiera hecho dar a nuestra lírica un enorme paso de avance; pero he aquí que ha estallado la guerra, y «en un instante trágico, cuando el general Martínez Campos decretó el suplicio de Mugica, el poeta matancero, indignado y febril, escribió su célebre soneto que corrió manuscrito de uno a otro extremo de la Isla». La senda ya quedaba trazada, y Byrne la seguiría con entusiasmo creciente; sería *el poeta de la guerra*, como le llamara Heredia. Las figuras

más representativas de la revolución, los héroes y los mártires, tendrán el canto del poeta, que después recogerá en su colección de sonetos titulada *Efigies. Lira y Espada* completará el ciclo patriótico de este poeta, que cosechará los aplausos más cálidos del alma cubana, alcanzando una verdadera apoteosis el culto y la admiración que se le tributan. Terminada la guerra, pasado el momento de los héroes y los mártires, trató en vano de hacer vibrar en su vieja lira las inquietudes más recientes. Halla con frecuencia temas nuevos y hasta logra a veces imprimirles cierta modernidad; pero sus intentos resultan fallidos, porque era la nota romántica o la modalidad clásica las que imprimían carácter a sus producciones. En su último libro, *En medio del camino*, nos será fácil hallar comprobaciones de este aserto en multitud de poesías, como *Los colores*, *Los muebles*, *Los sarcófagos*, etc. Pudo haber sido un paladín del modernismo, porque reveló sensibilidad exquisita y preocupaciones nuevas; ya Casal decía que lo amaba porque había «interrumpido el tono monótono de la poesía cubana, lanzando en ella una nota nueva, extraña y original». Pero no fué sino el *poeta de la guerra*, y es ese su mejor y único lugar. Naturalmente, ha cultivado también notas íntimas, de un subjetivismo sugerente y emotivo, y en este aspecto ha llegado a verdaderas realizaciones, como en el soneto *¿Cuál sería...?* Sus mejores composiciones, aquellas que el gusto general de una época ha consagrado y que han vivido en todos los labios, son casi exclusivamente de puro corte clásico. En el soneto, dentro de esta misma modalidad, pocos han podido superarle, si es que ha habido en Cuba quien en ese respecto esté a su altura.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Excéntricas*. Prólogo de Nicolás Heredia. Imp. La Galería Literaria, Matanzas, 1893. — *Efigies*. Sonetos patrióticos. La Compañía Levytype, Filadelfia, 1897. — *Lira y Espada*. Con un artículo de Nicolás Heredia. Tip. El Figaro, Habana, 1901. — *En medio del camino*. Imp. de Tomás González, Matanzas, 1914.

Consúltese: Rufino Blanco-Fombona, *Letras y Letrados de hispanoamérica*, París, 1908. — Julián del Casal, *Bustos y Rimas*, Habana, 1893. — E. Hernández Miyares, *Prosas*, Habana, 1916. — Manuel Sanguily, *Hojas literarias*, tomo I, Habana, 1893.

EFIGIES

Domingo Mugica.

Murió de cara al mar aquel valiente,
 bañado por la luz de la alborada,
 noble, serena y firme la mirada,
 tranquilo el corazón, alta la frente.

Cerca, la muchedumbre indiferente
 para ver aquel crimen congregada,
 mejor hubiera estado arrodillada,
 que es la actitud que cuadra al impotente.

¡Murió de cara al mar, en hora impía!,
 y no rugió de rabia el Occano,
 ni en noche eterna convirtiósse el día.

Murió con el valor de un espartano,
 mientras la Libertad le sonreía
 señalándole el cielo con la mano.

LIRA Y ESPADA

El baile.

Con un látigo en la mano
a tres jóvenes hermosas
hace bailar el tirano;
parecen tres mariposas
volando junto a un pantano.

Las desnuda, las abraza,
por el talle las enlaza,
y si, airadas, huyen de él,
al punto el látigo traza
un surco rojo en la piel.

Encarnadas las mejillas,
inermes como avcillas,
al suelo cayeron yertas:
¡y cayeron de rodillas,
y las tres cayeron muertas!

Nuestro idioma.

Hallo más dulce el habla castellana
que la quietud de la nativa aldea,
más deleitosa que la miel hiblea,
más flexible que espada toledana.

Quiérela el corazón como una hermana,
desde que en el hogar se balbucea,
porque está vinculada con la idea,
como la luz del sol con la mañana.

De la música tiene la armonía,

de la irascible tempestad el grito,
del mar el eco y el fulgor del día;
la hermosa consistencia del granito,
de los claustros la sacra poesía
y la vasta amplitud del infinito.

El sueño del esclavo.

Hosco y huraño, en reducida estancia
vive el esclavo mísero, y su empeño
es beber el narcótico del sueño,
igual que un néctar de sutil fragancia.

En el antro sin fin de la ignorancia
le hundió por siempre su insensible dueño,
y es la cólera huésped de su ceño,
y una historia patética su infancia.

¡Ora durmiendo está! ¡Tened cuidado
los que cruzáis de prisa por su lado!
¡Ninguna voz en su presencia vibre!

Dejad que el triste de dormir acabe,
y no le despertéis, porque ¡quién sabe
si ese esclavo infeliz sueña que es libre!...

¿Cuál sería...?

¡Se fué del mundo sin decirme nada!
Cesaron de su pecho los latidos,
sin que su voz llegase a mis oídos,
triste, como una antífona sagrada.

En su alcoba révuelta y enlutada
quedaron sus recuerdos esparcidos,
como quedan las plumas en los nidos,

si el ábrego sacude la enramada.

Dios, para quien no existe un solo arcano,
únicamente contestar podría
esta pregunta, que formulo en vano:

«Su último pensamiento, ¿cuál sería,
cuando, muriendo, me apretó la mano
y cruzó su mirada con la mía?»

EN MEDIO DEL CAMINO

Los muebles.

¿Por qué no? Cada mueble
puede hacernos alguna confidencia:
en una alcoba triste un lecho endeble,
no es difícil que pueble
de trágicas visiones la conciencia.

El armario de pino
que en el rincón aquel yace olvidado,
¿no es verdad que parece un peregrino,
rendido y fatigado,
entre las asperezas del camino?

El mullido sofá semeja un lecho
que al sueño y al deleite nos invita:
cómplice del amor está en acecho,
atisbando el latido con que el pecho
los éxtasis presiente de la cita.

¿Qué pretendéis, al sumergir la mano
en aquella recóndita gaveta?
¡Buscáis, buscáis en vano
la página de amor, dulce y secreta,
que ella retiene, así como sujeta,

al náufrago infeliz el Oceano!

Las sillas, con sus formas atrayentes,
surgiendo en la solemne ceremonia,
simulan magistrados imponentes,
llenos de distinción y parsimonia.

¿Habéis visto los viejos escritorios?
Semejan, por su aspecto, emperadores
que yacen en sus vastos dormitorios,
pensando que la pompa y los honores
son pálidos fantasmas ilusorios.

Son los cofres adictos camaradas
que con nosotros van en nuestros viajes;
duermen en nuestra alcoba en las posadas,
y en el andén les rinden homenajes,
como si fuesen testas coronadas.

Melancólicos pasan por la vida;
con inmenso pesar escuchan ellos
el sollozo, el adiós de la partida,
y custodian el rizo de cabellos
que ató, llorando, una mujer querida...

Amontonados en su seno yacen
versos de amor y cálices de rosas,
que silenciosamente se deshacen
debajo de las cartas amorosas
que entre suspiros nacen
para morir dispersas y borrosas...

Cuando vierte la tarde los reflejos
que brotan de sus ojos entornados,
dando un opaco tinte a los marfiles
de los misales y los Cristos viejos...,
decidme: ¿no habéis visto en los espejos
pavorosos perfiles

de rostros demacrados,
que acaso llegarán desde muy lejos,
tristemente impulsados
por ráfagas errantes y sutiles?

Si veis a media noche los estantes
en donde los infolios permanecen,
notaréis que los libros se estremecen
en poder de unas manos vacilantes,
que en el aire se alargan, y parecen
lirios que van por el espacio errantes.

El lecho es un amigo
que nada exige de su afecto en pago:
con idéntico halago
recibe al poderoso que al mendigo;
él es quien oye el misterioso y vago
paso exterminador del enemigo,
que nos hace pasar por el postigo
que se abre y cierra en el postrer momento,
y él es quien, melancólico, soporta
la rigidez del cuerpo macilento,
cuando la muerte con su soplo corta
la frágil hebra del vital aliento.

Hay efigies muy bellas
en las paredes próximas pendientes,
que nos hablan de espíritus ausentes
cuando fijamos la mirada en ellas.

Pero hay otras de ceño cejijunto...,
¡esas parece que se están odiando!,
y, al verlas, me pregunto:
¿en qué estarán pensando?...
¡Tal vez en las pupilas de un difunto
que desde lejos las está mirando!

Servidores amables y discretos
que sabéis mis secretos,
mis luchas y mis locos desvaríos;
que me habéis visto caminar a oscuras
en horas de funestos extravíos;
que en momentos de angustia y de quebranto,
contemplando un cadáver, de mi llanto
habéis visto correr las ondas puras;
que me habéis visto sollozar delante
de un libro fulgurante,
besar la firma del autor lejano,
y su inmóvil y pálido semblante,
lo mismo que si fuera el de un hermano;
que de memoria conocéis mis versos
que nacieron eufónicos y tersos,
y que habéis presenciado la agonía
de mis sueños errantes y dispersos...
¡Oh muebles, muebles míos,
trémulo de emoción y de alegría,
dejadme a todas horas contemplaros,
igual que los avaros
contemplan su tesoro cada día!

Cuando Dios justiciero
me sentencie a morir, en ese instante
por la postrera vez miraros quiero,
como antes de expirar, el caminante
se fija agradecido en el lucero
que fué su misterioso acompañante.

Harén de estrellas.

Del mar vecino hasta la margen llevo
y lanzándome en alas de la mente,
antes de que se extinga el sol poniente,
monto de un salto en su corcel de fuego.

Evoluciono en el espacio... Luego
cruzo como un relámpago el ambiente,
las águilas contemplo frente a frente
y mi bandera en el azul despliego...

Escribo un madrigal en una nube,
y, al ver que exangüe, mi corcel no sube
al asilo en que mueren las querellas,
un alcázar fabrico en un celaje,
y cada vez que vuelvo de ese viaje
torno feliz con un harén de estrellas.

EMILIO BOBADILLA

Nació en Cárdenas, provincia de Matanzas, en 1862. Murió en Biarritz en 1920. Se graduó de licenciado en Derecho en la Universidad de la Habana. Desde 1880 comienza Bobadilla a darse a conocer laborando activamente en nuestra Prensa capitalina, donde en los folletones de entonces empieza a ejercer esa crítica suya, que si bien es cierto que castiga a los poetastros de cualquier época, lleva consigo el peligro de cegar al que la ejerce e impedirle apreciar la verdadera belleza. Sin interrupción alguna desde la fecha señalada escribe críticas, cuentos, novelas y ensayos, y sostiene polémicas furiosas. Viajó algo por nuestro continente: Estados Unidos, Colombia, Panamá y México. Residió generalmente en Europa, donde en Madrid, y en algún momento de los últimos años del siglo xix y principios de éste, compartió con *Clarín* y Bonafoux el cetro de la crítica española contemporánea. Al morir ocupaba un cargo consular de la República.

Al margen de su obra, y arrastrado tal vez por aquella obsesión de conocimiento que le llevó a ensayarse en tan distintos géneros literarios, Emilio Bobadilla ha dejado una considerable labor poética caracterizada por una perenne desorientación. Influidó sucesivamente por distintos poetas y tendencias, recuerda a Bécquer en composiciones como *Viendo morir a mi padre* y *Anarquismo embrionario*, a Núñez de Arce en *Marina*, a Campoamor en multitud de pequeños poemas, como *Siempre*

lo mismo. Pero la influencia característica y más persistente en su obra es la de José Asunción Silva, a quien empieza parodiando grotescamente en su *Nocturno*, y a cuya influencia debe, sin embargo, algunas de las más felices de sus composiciones, como *Bogotá melancólico*. En su ansia de novedad llega a giros e imágenes que tienen indudable semejanza con los más atrevidos de algunos poetas modernísimos: «El río solloza en su corriente de diptongos», «La aurora se derrama en copiosa hemorragia de colores», «La luna cadavérica naufraga en el golfo de tinta de una nùbe». Alguna vez, en su variada labor, nos sorprenden sus aciertos, cuando llevando a sus composiciones el comentario pintoresco, para el que tenía tan felices disposiciones, logra dar una visión colorista y un poco caricaturesca, no exenta de cierto tinte personal, como en *Velázquez*. En *Rojeces de Marte*, su último libro, canta la guerra europea en sonetos de factura parnasiana, con procedimientos que recuerdan a Herrera Reissig. Por todas estas circunstancias apuntadas puede considerársele como el poeta que encarna en nuestro medio el tipo de transición entre las antiguas tendencias y las nuevas orientaciones.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Relámpagos*. Con prólogo de Rafael Montoro. Editor, Clemente Sala, Habana, 1884. — *Mos-taza*. Con prólogo de Alfredo Martín Morales. Editor, Álvaro de la Iglesia, Habana, 1885. — *Fiebres*. Poesías. Tip. de Manresa, Madrid, 1889. — *Vórtice*. Poesías. Con una carta de J. M. de Heredia. Fernando Fe, Madrid, 1903. — *Rojeces de Marte*. Sonetos de la guerra. Con ilustraciones de Ricardo Marín. Lib. de Pueyo, Madrid, 1920.

VÓRTICE

La campana.

¡Oh campana lenta como la agonía,
cuánta poesía
brindas al ensueño que a tu voz despierta,
a tu voz que canta la melancolía
y el silencio tibio de la tarde muerta!
¡Con tañido alegre, gutural y grave
al nacer nos cantas y al morir nos lloras,
como canta el ave
a soles difuntos y a nuevas auroras;
y aun después de muertos, con dolientes sonos,
en las pensativas, solitarias horas,
piedad por nosotros, de los corazones,
de los corazones contritos, imploras!

El cabrero.

Por las cumbres melancólicas
va el cabrero con sus cabras,
en la caña sollozando
de su flauta,
de su rústico instrumento,
cuyas quejas monorrítmicas
por el aire silencioso
se deslizan.
Y las cabras, arrulladas
por el dulce ruido lánguido,

los declives lentamente
van bajando.

Y la tarde va cayendo,
una tarde triste y larga,
en que tiemblan y se esfuman
las montañas.

Suena el *Angelus* doliente
en el místico silencio,
como voces que suplican
de muy lejos.

Y al sonar del caramillo,
el rebaño, taciturno,
se disipa en lontananza
como el humo.

.....

Ya no suena el caramillo,
ya no suena la campana,
y el cabrero transponiendo
la montaña,
en la sombra de la noche,
que insensible va creciendo,
sepultóse con sus cabras
como un sueño...

Bogotá.

Bogotá melancólica,
¡cómo oprimes el pecho
con tus cerros ingentes, con tus cerros sombríos,
megaterios deformes que enigmáticos duermen
paleolítico sueño
con ensueños de siglos!

¡Cuántas noches al verte
en tu cripta de moles dormida
a la luz de la luna,
en fantástica óptica,
de remotas edades y decrepitas razas
vi el doliente desfile de lúgubres sombras!
Bogotá melancólica,
tu silencio de ruinas,
tu silencio de muerta ciudad insepulta,
¡cómo cae sobre el alma,
sobre el alma que llora tristezas ocultas!
En tus noches diáfanas
de lunas enormes en cielos de ópalo,
vaga la leyenda, la leyenda inédita
buscando la estrofa
de ritmo sonoro,
que la infunda vida,
que la dé colores, nervios y contornos.
Sollozan los crepúsculos
de tus místicas tardes
— en que el rosa y el oro y el nácar fundidos
encienden con pálidos besos el aire—,
la errante melodía
de las cosas tristes, de las cosas viejas,
de las cosas idas...
Tu sabana inmensa
de otoñales tonos, que la móvil mancha
de rebaños blancos
salpica ondulando como un mar en calma,
remeda en su verde reposo
el silencio agosto, el silencio antiguo
de la augusta y serena campiña romana.

Hasta ti no llega,
Bogotá nostálgica,
ni el estruendo hirviente
de la catarata
que enarcando el lomo de espumantes crines
entre abruptas peñas su raudal derrama;
de la catarata que en las soledades
de tus selvas vírgenes,
el solemne monólogo entona de sus turbias aguas.
Hasta ti no llega
su trueno sonoro,
ni el iris que el sol en sus curvas combina
alegra tu rostro,
tu rostro en que flota la penumbra tétrica
de vetusto y dormido cenobio.
.....
Bogotá melancólica,
tu silencio de ruinas,
tu silencio de muerta ciudad insepulta,
¡cómo cae sobre el alma,
sobre el alma que llora tristezas ocultas!

MANUEL SERAFÍN PICHARDO

Nació en Santa Clara en 1865, realizando sus primeros estudios en aquella provincia. Adolescente aún se trasladó a la Habana, donde, en 1885, fundó, en unión de Ramón A. Catalá y de otros jóvenes de entonces, la revista *El Figaro*, a la que dedicaron todos sus entusiasmos juveniles, logrando elevarla al más alto puesto entre las de nuestra América. *El Figaro* fué durante mucho tiempo un alto exponente de nuestro estado cultural, pues contaba entre sus colaboradores la mayor parte de nuestros mejores escritores y los más notables de Hispano-América. La aspiración más ferviente de los noveles literatos cubanos fué durante mucho tiempo la de llegar a publicar sus versos o prosas en *El Figaro*; lograrlo era en nuestro medio una consagración. A su casa, siempre hospitalaria, iban en peregrinación obligada, durante la colonia y los primeros años de la República, todos los intelectuales que pisaban nuestro suelo, y allí eran acogidos por Pichardo y Catalá con la más fraterna cordialidad. Los versos de Pichardo se publicaron en *El Figaro*, y las colecciones de esta revista son el principal lugar donde se encuentran, pues no los ha recogido en libro. En 1909 fué nombrado secretario de la Legación de la República en Madrid, desempeñando su cargo hasta recientemente, en que fué ascendido a consejero de la Embajada. Desde esa fecha no ha vuelto a producir versos sino ocasionalmente.

La obra de Manuel Serafín Pichardo es varia y diver-

sísima. Junto a una labor de romántico ambiente, como las de sus populares *Ofelidas*, encontramos en su obra páginas muy actuales y de permanente y definitivo valor. Así, el soneto *El Gallo*, de una acertada sobriedad y elegancia, y en el que, dentro del clasicismo, nos ofrece un cuadro pleno de fuerza descriptiva y de brillante colorido, de sabor moderno, llegando a una íntima penetración entre la idea y su expresión verbal.

Sin llegar a audacias sorprendentes en la forma, se liberta a ratos de los hierros clásicos, produciendo versos prestigiados de una soltura y movilidad muy modernas. Tal en *Leyendo a Horacio*, exquisita obra imaginativa, y una de sus mejores páginas sin duda.

La obra de los últimos años de Pichardo ha ofrecido, sobre todo en el soneto, aciertos muy notables, como la frescura y espontaneidad se encuentran en sus composiciones de los primeros tiempos.

Pichardo es un representante descollante de su época.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Cuba a la República*. Poema en dos cantos. Imp. El Fígaro, Habana, 1902. — *Villa-Clara*, Imp. El Fígaro, Habana, 1907.

Consúltese: Rubén Darío, *Letras*, Garnier Hermanos, París, 1906.—Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos críticos*, Habana, 1905.

Leyendo a Horacio.

I

El lento y monótono
tin-tan que en el claustro
se escucha, congrega,

para los Oficios solemnes del año,
a los graves monjes del viejo convento
de Benedictinos. En fila cruzaron
al templo sombrío
rostros demacrados,
almas humilladas,
espectros humanos,
bajo capuchones
grises y casullas de estameña. Al paso
de tantas sandalias, huyeron en grupos
al bosque cercano
roncos estorninos, ruidosos jilgueros,
huéspedes alados
de las arboledas
del convento. Mayo,
en aquella hermosa tarde, como Venus
deseñida en báquica fiesta de Paros
profanaba impúdica
la Tierra, en derroche de hervorosos ramos
de aromas picantes,
abriendo y violando
botones y hojuelas,
a los besos tibios del Sol, inflamado
con solturas lánguidas
en medio de suaves secretos desmayos...
Amor afrodita
satura los campos
con primaverales efluvios ardientes,
y en el cenotafio,
que tras un bosque se oculta, reposa
en yacente estatua el bueno San Plácido,
bajo un doselete

prendido de rosas, de mirtos y nardos,
y ultrajado aquella
tarde por los pájaros,
que forman sus nidos en el duro y hondo
pliegue de la mitra marmórea del Santo...

II

Detrás del movible
telón de Damasco
de la biblioteca, se ve sobre un libro
un rostro excavado,
cuyas dilatadas pupilas flamean
con fulgor extraño,
cual respiraderos de brasa encendida
en horno cerrado.
Ante la fastuosa bacanal de Flora
consúmenle afanes sordos e insensatos
y pecaminosas
intenciones. «¡Casto!
¡Sé casto!», repite. Y eleva sus rezos
al dios de la Orden, al bueno San Plácido,
contra tentaciones
de su cuerpo flaco;
pero Amor se filtra
por su piel sudosa con fiero reclamo,
y prosigue el fraile la provocadora
lectura de Horacio,
en un pergamino
vendido al convento,
con cintas y escolios, por Jusuf el Sabio.
.....

«¡Oh Venus, la reina
de Guida y de Pafos!,
abandona Chipre, y ve a la morada
donde está Glicera, que ella, prodigando
su incienso, te invoca. Tráeme a tu hijo,
tan enamorado,
y a Ninfas y a Gracias
sin cintura...» (1).

«Cuando

Glicera aparece,
ante ella me inflamo,
más blanca y pulida
que el mármol de Paros.
Su desdén me atrae
y enloquece. Pámpanos,
jóvenes, traedme, y haré una corona;
incienso, verbena y vino de dos años...» (2).
Languidece el fraile. Las campanas tocan
el *Angelus*. Dardos
un sol de fornalla despide en el aire,
en la biblioteca sus luces dejando,
como de una hoguera
fulgores lejanos...

III

Y vino la noche. Los Benedictinos,
por la extraña ausencia del fraile alarmados,
a la biblioteca fueron silenciosos.

(1) Oda XXX.

(2) Oda XIX.

y allí le encontraron,
tendido en el suelo, la carne rendida,
la boca entreabierta, los ojos cerrados,
los dedos convulsos,
todavía marcando
la fascinadora
página de Horacio.
Y leyeron : «Cuando
Glicera aparece,
ante ella me inflamo,
más blanca y pulida
que el mármol de Paros.
Su desdén me atrae
y enloquece. Pámpanos,
jóvenes, traedme, y haré una corona;
incienso, verbena y vino de dos años...»
Los Benedictinos,
escandalizados,
resolvieron presto que desde aquel día
no se tradujeran los libros profanos
en los tibios meses de la primavera,
para ahorrarse afanes sordos e insensatos,
mudas tentaciones y absurdos deseos,
todos tan contrarios
a los abstinentes consejos unciosos
del dios de la Orden, del bueno San Plácido,
que duerme su sueño
de piedra debajo
de aquel doselete prendido de rosas,
de mirtos y nardos,
mientras sus nidales,
con vuelo amoroso, fabrican los pájaros

en el duro y hondo
pliegue de la mitra marmórea del Santo...

El último esclavo.

Recia espalda y anchurosa,
corta frente, cuerpo bajo,
y la pasa entrecanosa
como gris espumarajo.

Tez abrupta, sin perfil,
cual escamoso terrón,
donde blanquea el marfil
en la grieta del carbón.

Vino en un barco negrero
del África occidental,
y le atezó más el fiero
toque del sol tropical.

Cual profundos arponazos,
de la esclavitud testigos,
muestra en tobillos y brazos
las huellas de sus castigos.

Sin encono y sin piedad,
cuando el cubano guerreaba,
peleó por la libertad
sin saber por qué peleaba.

Y concluida la guerra,
premiado por el desvío,
y echado sobre la tierra
a la puerta del bohío;
mientras tuerce a su manera
la vitola de un habano,
y del café, en la caldera,

tuesta el oloroso grano,
desfilan ante sus ojos,
por la vejez azulados,
cual nostálgicos despojos
de tiempos nunca olvidados,
el verde cañaveral,
el trapiche y el batey;
su verdugo: el mayoral,
y su compañero: el buey;
su tambor y sus verduras,
su conuco y su machete,
del cepo las herraduras
y el herraje del grillete;
sin que, en su antiguo gozar,
nuevamente su alma vibre,
y sin saberse explicar
la ventura de ser libre...

Soy cubano.

Visto calzón de dril y chamarreta,
que con el cinto del machete entallo;
en la guerra volaba mi caballo
al sentir mi zapato de vaqueta.

De entonces guardo un Colt y una escopeta,
por si otra causa de esgrimirlos hallo.
Es mi gozo, en la paz, lidiar un gallo;
mi orgullo, improvisar una quarteta.

Tengo en el monte una vivienda pobre,
que abrasa el sol y que refresca el río;
una divina caridad del Cobre,
que me resguarda de dolor y murria;

una guajira alegre en el bohío
y una guajira triste en la bandurria.

El gallo.

Firme y erguido en la escamosa pata,
el pescuezo encendido y al desnudo,
lleva por arma el espolón agudo
este rey de corona de escarlata.

Mientras vive, con ímpetu desata
las dos pasiones de su instinto rudo,
y como signo incontrastable y mudo
del animal y el hombre, engendra y mata.

Ama y lucha; su tiempo se reparte
en victorias de Venus y de Marte.
Sultán de su comarca, le es vasallo
el rival que le canta y que le envidia,
y es Tenorio fecundo en el serrallo
y gladiador mortífero en la lidia.

Toledo.

¡Qué evocación tu vista nos despierta
en muros, tallas, mármoles y herrajes!
Ciudad, no es necesario que trabajes:
tu gloria es perdurar viviendo muerta.

Una épica jornada en cada puerta,
por donde entraron pueblos y linajes;
cien leyendas en templos y almenajes,
y hasta en el polvo una lección abierta.

El alma busca el gótico postigo
por el que se asomara don Rodrigo

tras de la Cava, incitadora y linda,
y el baño de ladrillos encarnados
que aun parecen estar empurpurados
con las vírgenes rosas de Florinda.

JOSÉ MANUEL CARBONELL

Nació en Alquizar en 1880. Muy niño, se trasladó a Tampa (Florida), adonde su familia se vió obligada a emigrar por las condiciones críticas de toda índole existentes en la Isla bajo la dominación española, siendo educado allí bajo la dirección de su padre. Adolescente, conoció a Martí, cuya memoria cultiva de una manera proverbial en nuestro ambiente. Volvió a Cuba en las postrimerías de la guerra, alcanzando en ella el grado de teniente. En la paz se dió al cultivo de la poesía, colaborando en *El Figaro* y *Azul y Rojo*, fundando la revista *Letras*, cuya primera época duró desde 1906 hasta 1914, y en la que colaboraron, como anteriormente en *Azul y Rojo*, todos los poetas del momento. Se graduó de abogado en la Universidad de la Habana. Ha intervenido de alguna manera en la política del país, y de un modo distinto a como aquí se acostumbra: con integridad patriótica que le honra; y ha representado al Gobierno de Cuba en distintas ocasiones, viajando por América y Europa. Nombrado académico de número de la Nacional de Artes y Letras cuando su creación, ha sido, sucesivamente, presidente de su Sección de Literatura, fundador y director de sus *Anales* y actual presidente de dicha institución.

La inexplicable boga de que alguna vez ha gozado este poeta, y que nos obliga a señalarle un puesto en esta Antología, se debió, indudablemente, a la sonoridad hueca de sus versos, manera apropiada para obtener el aplauso de las multitudes, sobre todo en una época de

indudable mal gusto. Falto de verdadera y original inspiración, sin mensaje que transmitir e incapaz de sensibilidad moderna, se refugia en las formas antiguas, cantando a la mujer en el sentido más superficial y externo, y a la patria en versos de falso aspecto heroico, que cantan hazañas de pura imaginación :

Yo, que troqué hace tiempo la lira
por la espada...

Versificador más que verdadero poeta, es difícil hallar en los tres volúmenes en que ha recogido su labor composiciones antológicas que puedan representarlo. Cuando no es el mal gusto o la trivialidad, son los defectos propios de los rimadores vulgares los que se destacan en su obra : abuso de los tiempos de verbo usados como consonantes («Altivez», «Días de olvido», «Au depart...»); empleo inadecuado del adjetivo : «playa inmortal del pensamiento», «armoniosa musiquería»; llegando a imperdonables faltas de sintaxis, como cuando en «Tu recuerdo» dice :

... de este pobre viajero de la vida
que lleva el pecho por la *daga herida*
de la fatalidad;

y a faltas de sentido : «descansar en voluptuosas ansias» («Aspiración»), «el corazón cruzado por aldabas» («Enigmática»), «no me asesines, muerte, después de hacerme un mísero despojo» («Ruego»), «con tu rostro de perfiles seductores» («Efímera»); y a desconocimientos tan imperdonables como cuando en el soneto «A W. Wilson» dice : «transfigurada como *Cristo en el Sinaí*». Abunda, además, en giros e imágenes prosaicas y en faltas de relación entre el título de la composición y el sentido de la misma, como en «Estoico».

Las influencias diversas que en su obra se distinguen

son generalmente las de los poetas clásicos o románticos, aunque ninguna de manera definida, por aparecer diluída a lo largo de su producción. Excepcionalmente, sin embargo, está influido por poetas modernos, y es entonces cuando revela su verso, de modo más claro, el poeta que le sirve de modelo. Así, en «Trova errante» imita de cerca a José Asunción Silva, y en «Credos ideales», una de sus mejores composiciones, a Díaz Mirón :

El águila recobra en el pantano
alas para volar a lo infinito.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — Además de *La visión del águila*, poema (Imp. *El Figaro*, Habana, 1907), ha recogido en tres volúmenes más de la mitad de su obra total (los que fueron publicados primeramente en distintos números de los *Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras*), titulándolos: *Patria*, *Mi libro de amor* y *Penachos*, Imp. El Siglo XX, Habana, 1922 y 1923.

Consúltese: Alejandro Sux, *La juventud intelectual de Hispano-América*, Biblioteca de autores hispanoamericanos, Barcelona, 1911.

MI LIBRO DE AMOR

Día de lluvia.

Llueve copiosamente. La mañana,
como una Ofelia triste y ojerosa,
empapa con sus lágrimas, lloros,
el campo verde-azul de la sabana.

Medito. Pienso, grave, en la lejana
esperanza de un sueño; en la dichosa
edad, que, como abeja rumorosa,
dejó su miel de amor en mi ventana.

Y mientras cae monótona la lluvia,
las crenchas de una cabecita rubia,
trémulo, beso con febril delirio;

el árbol, ya sin flores, de mi vida
exuberante en la rama carcomida
la milagrosa floración de un lirio.

MI CORAZÓN.

Corazón, sufre, ruge, rabia, llora;
toda la escala del dolor recorre;
suspira, en pleno julio, por la torre
donde aun te aguardan Filomena y Flora.

Vuelto al pasado juvenil, añora
cuanto risueño tus nostalgias borre;
de la ilusión sobre el caballo corre
las últimas andanzas de tu aurora...

La vida es corta, corazón. La vida
se orienta apenas y ya va de huída,
el cáliz roto y la esperanza trunca;
sólo tú, corazón, firme en la espera,
vives perennemente en primavera
y no envejeces ni te rindes nunca...

PENACHOS

Confesión.

Como si conversara contigo desde una
ventana del espacio, te quiero confesar
que en alas de Pegaso me remonté a la Luna,
y desde ella he caído hasta el fondo del mar.

¿Estados de conciencia? No lo sé. La fortuna
no siempre le es propicia al corazón. Soñar
fué mi bella divisa heredada en la cuna,
antes de correr mundos y madrigalizar.

¡Ay! Yo te he amado mucho, y te amo todavía,
con el convencimiento de que no ha de ser mía
la rosa que fulgura en tu jardín de amor,
y, sin embargo, te amo, sin fe y sin esperanza,
como el enamorado pastor de la romanza,
con la cuerda locura de mi ciego dolor.

DULCE MARÍA BORRERO

Nació en Camagüey en 1883. Hermana de Juana Borrero, de quien hemos hablado en la época anterior, hereda también de su padre el fino espíritu artístico, que desde muy temprana edad la lleva a cultivar la lírica con éxito en nuestro medio. Desde 1904 figura entre los poetas más sobresalientes del momento, publicando varias composiciones en *Arpas Cubanas*. En 1912 recoge parte de su producción en el libro *Horas de mi vida*, prologado por Fabio Fiallo, notable poeta y crítico dominicano, mereciendo frases de encomio del insigne maestro José Enrique Rodó. Con posterioridad (ya nombrada miembro de número de la Academia Nacional de Artes y Letras desde su fundación) amplía el campo de sus actividades literarias, pronunciando conferencias sobre temas de Arte, especialmente Pintura y Literatura.

De un lirismo empapado de emoción es la obra de esta poetisa, que, sin haber adoptado los cánones nuevos, ha sabido moverse con libertad y con gracia dentro de un modo propio y más bien clásico, que le permite expresarse en versos de una belleza y armonía muy puras. Pedro Henríquez Ureña, en su tantas veces citado ensayo sobre el modernismo en la poesía cubana, ha dicho, caracterizando su producción: «Dulce María no es definitivamente modernista; huyendo de las exageraciones de forma, ha adoptado un estilo discreto, a veces casi clásico, aunque no falto de hermosas expresiones nuevas; y las fugaces notas íntimas que suele confiar a sus

versos denuncian una individualidad, en quien se equilibran la capacidad de sentir intensamente y la de analizar con escepticismo sereno, sin llegar al pesimismo.»

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Horas de mi vida*, Berlín, 1912.

Consúltese: César González Ruano, *Poetisas modernas*, Madrid, 1924. — Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos críticos*, Habana, 1905. — Emilio Roig de Leuchsenring, *Poetisas cubanas: D. M. B., Social*, marzo, 1921.

HORAS DE MI VIDA

Nueva vida.

Corazón, otra vez como entonces,
cuando yo era inocente y feliz,
al impulso de loca esperanza,
te siento latir.

Otra vez primavera fecunda
con sus flores te viene a vestir;
¡árbol seco, sacude tus ramas
y empieza a sentir!

Otra vez hasta el nido sombrío
do mueres de frío, sin alma y sin voz,
en un triste y desierto paraje,
ha venido a dorar tu plumaje
un rayo de sol.

Otra vez el espacio te brinda
su nido anchuroso de azul esplendor,
y te espera la nube ligera
que el mismo destello radioso bordó.

Deja el hueco escondido en la sombra,
que ya nadie a buscarlo vendrá;
tiende el ala de raso, entumida;
resucita, mi alondra dormida,
y empieza a cantar.

Otra vez con su trémula mano
te acaricia el recuerdo fugaz,
buscando en la sombra los hilos de oro,
como si, al tocarlos, el eco sonoro
los volviese de nuevo a animar.

Otra vez en la noche del alma
la voz de las cosas lenta se extinguió,
y de nuevo, al caer de mi llanto,
rememora en su ritmo el encanto
que en ellas vivió...

¡Armonía dulcísima y triste
— remembranza de un tiempo feliz —,
en el seno del arpa despierta;
estás muda tan sólo, y no muerta,
comienza a surgir!

Otra vez, como entonces, sus ojos
en mis negros ojos, huérfanos de luz,
su mirada serena dejaron,
y un instante radiosos brillaron
como las estrellas en el cielo azul.

De sus besos, que fríos y presos
en sus labios mantuvo el dolor,
otra vez a los míos volvieron
las dulces palomas, que al fin se rindieron
de mi seno en el nido de amor.

¡Ayl, de nuevo a través del olvido,
de la duda y del tiempo al través,

fresca y pura, la voz de su afecto
ha llegado a mi oído otra vez.

¡Corazón, aun es dulce la vida!
Cuando sientas cerrarse tu herida,
no podrás ni siquiera llorar...
Nada pudo apagar tu memoria.
¡Corazón, reconstruye la historia
y empieza a soñar!

Fué un beso.

Fué la vibración de un ala...,
fué un sollozo, fué un deseo...,
fué la fusión de dos almas
en un sólo pensamiento.
Fué la tristeza infinita
de mis pesares eternos,
fué la explosión de una vida
en dos corazones muertos.
Fué un suspiro, fué un poema
escrito en un sólo verso,
sobre una página negra,
negra como el sufrimiento.
Fué la confesión extraña
de dolores encubiertos
bajo la sonrisa amarga
de nuestros labios...

Fué un sueño,
un sueño triste, dulcísimo,
misterioso, vago, incierto;
como tus ojos, sombrío;
como tus labios, funesto.

Tierno como la promesa
que en las tardes del invierno
el cierzo del Norte deja
entre los nidos desiertos.
Fué como el blando gemido
que exhala de noche el viento
al cruzar entre los pinos
del callado cementerio.
Fué como el soplo fecundo
que estremece el campo yermo,
cuando en sus miembros desnudos
siente el ósculo de fuego
de la ardiente primavera...
Fué el amor, fué el vencimiento,
la revelación, la queja;
fué una caricia, fué un ruego...
La resurrección tardía
de todos nuestros recuerdos,
o la visión de una dicha
entrevista sólo en sueños.
La confesión espontánea
de mal guardados secretos,
de promesas traicionadas
y olvidados juramentos.
Fué como un jirón de nube...
Como una nube de incienso
envolviendo en su perfume
mis pobres amores muertos.
Fué un suave rozar de labios
sobre sedosos cabellos,
cabellos negros y opacos
como las alas de un cuervo.

Fué un dolor, fué una esperanza,
fué una duda, fué un destello
de tus ojos, fué una lágrima...,
fué la inspiración, fué un beso.

El remanso.

Bajo el arco fresco del ramaje umbrío,
de los arrayanes que bordan la orilla
entre la guirnalda florecida, brilla
como una pupila de esmeralda el río.

Y es la transparencia de sus aguas puras,
inmovilizadas, tan serena y honda,
que se unen la fronda sonora y la fronda
del cristal, formando dos grutas oscuras.

Del airón altivo de una palma enhiesta
oculto en los flecos, con trinos de fiesta
modula un sinsonte sus claras octavas,
mientras doblegados amorosamente,
con leve murmullo besan la corriente
los penachos líricos de las cañas-bravas.

FERNANDO Y FRANCISCO LLÉS

Nacieron en Matanzas en 1883 y 1888, respectivamente. En 1921, siendo alumno de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, murió Francisco, víctima de un atentado político. Ambos hermanos pasaron los primeros años de su infancia en Asturias (España), donde cursaron sus estudios elementales, regresando a Cuba en 1894. En el Instituto de Matanzas obtuvieron el grado de Bachiller. La obra poética de los hermanos Llés está publicada casi totalmente en colaboración; y recogida también en su casi totalidad en tres volúmenes publicados: *Crepúsculos*, *Sol de Invierno* y *Limoneros en flor*. Aparte de esa labor poética, Francisco dejó al morir algunos sonetos propios, publicados en revistas, y Fernando a su vez ha producido ocasionalmente algunas composiciones, como las incluidas en su libro de prosas *La higuera de Timón*. Ni unos ni otros podrían hacer variar substancialmente el carácter propio de la obra total anterior, hecha conjuntamente por ambos, lo que nos permite tratarlos en una sola nota.

De sensibilidad puramente romántica, su obra poética no ha sido influída por ninguna de las nuevas tendencias. Por el contrario, es fácil hallar en ella las huellas del poeta sevillano de las *Rimas*, y más acentuadamente aún las del mejicano Juan de Dios Peza, de quien les viene principalmente el dejo de filosofía trillada que hay a ratos en su producción, y el gusto por los monólogos, de corte anticuado y plebeyo.

Rara vez en la obra de estos poetas se sorprende el giro nuevo o la frase sugeridora: todo parece escuchado anteriormente. En algún momento, al terminar el soneto — composición que les es preferida —, logran cierta rotundidad clásica no exenta de encanto:

El campanario secular adquiere,
bajo su capa de tupida hiedra,
un dejo de tenaz melancolía;
y en la paz del crepúsculo que muere
cierra sus ojos de hormigón y piedra
cansados de observar la lejanía.

Gran parte de sus composiciones tienden a dar la sensación de los paisajes en que se despertó su actividad poética: el paisaje español; pero sin variedad ni grandes aciertos, sino más bien con marcada monotonía. Una misma sensación se expresa repetidamente, y a veces hasta con idénticas palabras: la tristeza producida en el alma por la tarde invernal llega a ser el tópico de multitud de poemas.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Crepúsculos*, Matanzas, s. a. *Sol de Invierno*, Beltrán y Dulzaides, editores, Matanzas, 1911. — *Limoneros en flor*, Matanzas, 1912.

SOL DE INVIERNO

Las sombras han tornádose medrosas...

Las sombras han tornádose medrosas;
deslízanse sus dedos espectrales

a lo largo del burgo, en los portales,
y por sobre el misterio de las cosas.

Una extraña inquietud crece en la tierra...
la sombra es alma en el dolor sumida;
y, al través del perfil de la avenida,
como un fantasma silencioso, yerra.

¿La ves? La consunción de mi deseo
que en la tristeza de tus ojos veo
exacerbarse, inquietadora y vaga,
es la sombra también que se acrecienta
en la luz de tus ojos, macilenta,
como la luz de un astro que se apaga.

En la aldea.

Los tordos han cantado en la espesura :
se funde en la quietud de la pradera
un manzano; borbota, en la ribera
del bosque, un agua cristalina y pura.

Enfloran los castaños en la altura
del coto vecinal. La carretera
como cinta de nieve, reverbera
en medio del verdor de la llanura.

El campanario secular adquiere,
bajo su capa de tupida hiedra,
un dejo de tenaz melancolía;
y en la paz del crepúsculo que muere
cierra sus ojos de hormigón y piedra
cansados de observar la lejanía.

Horas de aldea...

Retozona y alegre, en los henales
la loca turba de rapaces juega;
de la vieja casona solariega
la lluvia tiembla sobre los cristales.

Gime el viento en los viejos robledales;
la lluvia funde, en la cercana vega,
la blanca nieve; el agua de la riega
quiere invadir los huertos vecinales.

Junto a las llamas que en el llar oscilan,
mozas y viejas en sus ruecas hilan;
solloza, allá en la cuesta, una campana;
prosigue de la lluvia el tintineo
y yo, en el corredor, echado, leo
la historia de Gil Blas de Santillana.

LIMONEROS EN FLOR**Mis viejos limoneros...**

En el ocaso rosa, gris intenso en el llano;
ora el viento en las ramas; todo grito es solemne;
y hasta estas soledades, entre la tarde indemne,
llega el lúgubre ruido de un tambor africano.

Hay silenciosas luchas y largas agonías.
Me abstraigo, y soy objeto, soy cosa: todo reza;
en sí mismo se acoge todo con su tristeza,
y hay un triunfo de sombras y de melancolías.

En el ambiente tiembla la canción de los grillos;
se borran en el campo las formas de los trillos;

al borde de las sendas duermen los limoneros;
mugén los toros entre las viejas heredades,
y por sobre el silencio que hay en las soledades,
como una flecha cruza la voz de los monteros.

Alma mística.

Te circunda en la sombra un algo incierto,
un algo de la mística poesía
que en la penumbra pálida envolvía
al buen Jesús en la oración del Huerto.

Y como al Redentor de humanidades,
vaporosa, la sombra sutiliza
tu visión, que intangible se desliza
como sobre el cristal de un Tiberiades.

Después, cual una encarnación votiva,
en el claro de tarde que la ojiva
lanza en la nave, tu silueta franca
florece como un lirio perfumado,
como un lirio del Líbano sagrado,
aromada y sutil, gloriosa y blanca.

Flor de histerismo.

Conoces tú la historia del viandante
que dejara en las rocas del camino
sus sandalias de oscuro peregrino
y su trágico amor de trashumante.

Tú sabes cómo huyó de la alquerfá,
sabes por qué su vida noble y franca
abandonara la casita blanca,
paloma de la agreste serranía.

Tú le conoces, tu piedad le espera,
tu piedad que es gloriosa primavera
tiene, para el errante caballero,
pereza de jardín, rumor de fuente,
milagrosa frescura de torrente
y campesina calma de sendero.

TRANSICIÓN

II

TRANSICIÓN

II

En los años que han ido transcurriendo desde la terminación de la guerra (1898), una nueva generación literaria ha ido desarrollándose al margen de los poetas comprendidos en la nota anterior.

Las relaciones intelectuales con los países hispanoamericanos se han ido intensificando. Rubén Darío, cuya fama es ya proverbial, empieza a ser leído comprensivamente por los jóvenes mejor preparados que sus inmediatos predecesores y sin lastre negativo. Rodó, otro de los nuevos maestros del Continente, comienza a difundirse en la Isla. En Santiago de Cuba se hace una reedición de *Ariel*, que se agota rápidamente. El espíritu libre de Jesús Castellanos empieza a desarrollar sus actividades críticas. Se celebra entre nosotros la primera exposición de arte francés. Pedro Henríquez Ureña, espíritu que siempre ha sabido congregar a su alrededor lo más avanzado y valioso de la juventud, publica entre nosotros su primer libro aquí nacido, donde por primera vez en Cuba se habla extensamente de Barrie, Bernard Shaw, D'Annunzio y otras novísimas manifestaciones del pensamiento europeo. Su hermano Max habla sobre Whistler y Rodin. González Lanuza pronuncia una conferencia modelo sobre la poesía del inmortal autor de *Los Trofeos*.

En este ambiente, que recoge palpitaciones universales, muy distinto al que inmediatamente lo precede, en que hay un absoluto retraso ideológico, es natural que los poetas que surjan sean más cultos y más dueños de su expresión. Sus lecturas los lleva a seguir distintos modelos. Ya no se producirán en nuestra lírica más imitaciones vagas y descoloridas de Campoamor y Bécquer.

Francisco J. Pichardo traerá en sus cantos preocupaciones sociales, verá el paisaje tropical de manera distinta y peculiar; René López, que teniendo «la virtud del canto», fué en razón de su corta existencia «nada más que una promesa», como dice la elegía que le consagró Pedro Henríquez Ureña, aportará sensaciones trágicas dichas con matices hasta entonces desconocidos en nuestra producción; Max Henríquez Ureña, más orientado, más culto, dirá en lenguaje moderno sensaciones provincianas recogiendo el eco de Rodembach, y cantará en «Alma pagana» las nuevas inquietudes, y Emilia Bernal, en Camagiüey, cultivándose a sí misma, prepara su primer libro donde recogerá su labor discreta en renovación constante, como su producción ulterior lo demuestra. Un rasgo común que demuestra la superior cultura de los poetas de este grupo, es que la mayor parte de ellos, al margen de su obra, traducen composiciones de los principales idiomas europeos.

Coetáneamente con los poetas aquí estudiados, escribieron versos Luis Rodríguez Embil, Ramiro Hernández Portela, Rafael Félix Pérez y Miguel E. Oliva, cuya producción presenta los mismos caracteres, aunque en menor escala.

FRANCISCO J. PICHARDO

Nació en Camaguey en 1873. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de Padres Escolapios de aquella ciudad. En 1895 se trasladó a Méjico, donde permaneció por breve tiempo. Su producción poética comenzó muy tarde, después del año 1905; pero en general fué bien acogida desde el primer momento, recibiendo voces de aliento de los espíritus más cultivados, y entre ellos del malogrado Jesús Castellanos. Su escasa producción poética la recogió en el año 1908 en el libro *Voces nómadas*, y posteriormente puede considerarse nula por lo escasa. Ha cultivado también el cuento. En la actualidad desempeña un cargo en la Administración de Hacienda de la República.

Sin caer dentro de los moldes nuevos, hay en muchas de sus composiciones una marcada modernidad, especialmente en alguno de sus sonetos, que si no pueden considerarse como verdadera realización en ese orden, alcanzan una factura no muy común en sus contemporáneos, logrando en ocasiones una técnica verdaderamente parnasiana, como «Tritón». La sobriedad, la soltura en la descripción y el giro elegante y natural son cualidades que rara vez faltan en sus versos, realizadas por cierto sello de noble distinción. El poeta no ha cultivado sino un pequeño cercado interior, pero lo ha cultivado amorosamente, con una inspiración sentida, sin poner los ojos en el blanco del éxito. Al margen de una existencia sosegada, ha ido dándonos versos de paz también, tur-

bada sólo por el recuerdo melancólico de una triste remembranza de amor. Cuando no da salida a sus congojas íntimas, prefiere cantar seres o cosas humildes: «La carreta», «El trapiche», «El estanciero», y en algunas composiciones de este género, como en «El jamelgo» y «La herradura», hay atisbos de una poesía muy moderna. «La canción del labriego», de tendencia francamente socialista, que se advierte también en otras composiciones suyas, como «El precepto», es un valiente grito de protesta que nos dice de las preocupaciones del poeta por el establecimiento de la justicia entre los hombres. Otra de sus características más salientes es el modo cómo ha mirado y sentido nuestro paisaje, de tal manera que puede colocársele entre el reducido número de poetas que con acierto han tratado estos temas de carácter local. La escasa estima en que se le ha tenido, al extremo de ignorársele por muchos de los jóvenes poetas que hoy producen, se debe sin duda a su modestia y timidez, y así, mientras otros de méritos más inferiores cosechaban aplausos fáciles, él, encerrado en el *odi profanum vulgus* horaciano, hacía florecer las rosas de su jardín pequeño. El propio lema de su libro único: «Je ne crains que ceux que j'estime» (No temo sino a los que estimo), dice bien su alto concepto de la producción poética. Sobre este poeta pueden señalarse algunas ligeras influencias, como las de José Asunción Silva, Gabriel y Galán, y más acentuadamente la de José María de Heredia, de quien traduce, con acierto y elegancia, los sonetos agrupados bajo el título *Hortorum Deus*.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Voces nómadas*, Habana, Imp. La Universal, 1908.

VOCES NÓMADAS

El trapiche.

Era el viejo trapiche de madera,
el que molió las cañas
nacidas al calor de la primera
fértil fecundación de las entrañas
de las vírgenes tierras lujuriosas,
que sus pródigos senos
dieron voluptuosas
a las caricias dulces, pero extrañas,
de gérmenes ajenos.

El trapiche de bueyes
que lento y perezoso se movía,
dando a la animación de los bateyes
la rústica alegría
de sus blancas maderas perfumadas,
que a los montes vecinos
arrancaron a golpes las cansadas
hachas de los esclavos campesinos.

De la yunta maestra
a la pértiga uncida,
la marcha siempre igual, hábil y diestra,
por la faena habitual medida,
parece que acompasa
los monótonos ruidos de la casa.

El íntimo crujir de las espigas
de las gastadas piezas
que cuentan a las muescas sus fatigas
al roce de sus hondas asperezas;

el lento tropezar de los piñones
que en marchas invariables y seguras
van repitiendo siempre sus canciones
a las mismas ranuras.

Y la queja doliente del molino
que prolongada gime,
mientras el llanto dulce y cristalino
del tierno tallo que la maza exprime,
en tímidos raudales
parece que en silencio se dilata,
inmóvil, dibujando en los canales
una cinta de plata.

En tanto que, apagados y lejanos,
del canto de los negros africanos
que en los confines lánguidos se pierde,
se oyen los roncros de los gurgulios
en la tristeza rumorosa y verde
de los cañaverales.

¡Oh rústico trapiche!, tú tenías
hondas melancolías
que en las solemnes calmas
de los agrestes campos recogiste,
en el susurro errante de las palmas
inmensamente triste,
en las remotas selvas que perfuma
del plañidero cedro la resina,
en la pálida hoja blanquecina
de la frágil yagruma,
en la sutil fragancia
del corpulento jobo
y en la salvaje y áspera arrogancia
solitaria y tenaz del algarrobo.

Es tuyo mi cantar, ¡oh viejo amigo!,
de mi niñez romántica testigo.
Tus rubios camellones de bagazos
fueron los tibios y mullidos brazos
donde encontraba cariñoso abrigo
el sueño de mi rústica inocencia,
y en los bateyes aprendí contigo
a cantar el dolor de la existencia.

La canción del labriego.

Señor: soy el labriego que los terrenos ara;
con el sudor que brota de mi caldeada frente
las tierras fecundizo, sazono la simiente
y ablando de las piedras la sequedad avara.

Mi mano el negro surco con avidez prepara;
contra la helada lucho con ánimo valiente;
y los retoños nuevos para cuidar, paciente
velo todas las noches hasta que el cielo aclara.

Yo sé querer la tierra; de mis callosas manos
las rústicas caricias hacen dorar los granos.
Yo crujo en las encinas, yo tiemblo en el arbusto,
y aguardo en la cosecha mi única alegría.
yo sé querer la tierra. Señor: vos, que sois justo,
decidme si la tierra no debe de ser mía.

El precepto.

Hermano, trabajemos: la simiente
dentro del surco fértil escondida
ha madurado ya: de savia henchida
pugna buscando libertad y ambiente.

Si queremos que pródiga reviente
y que el grano en sazón surja a la vida,
ablandemos la tierra endurecida
con el acre sudor de nuestra frente.

La vida es redención: con el trabajo
a diario hay que ganarla, tajo a tajo.
Es pecado vivir unos de otros.

Nos redime el trabajo y no la guerra.
Para comer el pan que es de nosotros,
todos tenemos que labrar la tierra.

El jamego.

Cual antes la armazón del rudo carro,
con incansable y natural paciencia
arrastra lentamente la existencia
manchado del camino por el barro.

A la sombra escondido del chaparro
dormita con inquieta somnolencia,
y agita con ridícula insistencia,
las sucias crines del desnudo marro.

A los retozos de la recua ajeno
el mejor tallo de la hierba arranca,
más fresca el agua sus ijares hincha.

Y ya su vientre deformado, lleno,
huye a la burla de la cruel potranca
y en un espasmo de dolor relincha.

Confiteor.

Yo, rimador de pensamientos tristes y de palabras
[mustias,
soñador de purezas cariñosas y de caricias puras,

constante enamorado del Destino, del Hado y la
[Fortuna,
confieso los delitos que en mi alma pecadora se
[ocultan
y a mí mismo, con hondas inquietudes, de mi falta
[me acusan.

Confieso que de noche
cuando miro a la luna
pálidas claridades
a mi espíritu alumbran,
y sufro de la muerte
sugestiones profundas,
revelaciones íntimas,
nostalgias prematuras.

Confieso que la luz de las estrellas que los espacios
[surcan
me habla de los cándidos amores de una virgen
[difunta,
que en los cielos remotos y serenos con ansiedad me
[busca
aguardando a que el dulce juramento que nos unió
[se cumpla.

Y confieso que tardo
nuestra dicha futura,
calmando con mis rimas
las penas de mi angustia
que, piadosa, me arrastra
a la olvidada tumba
donde la vida eterna
para siempre nos una.

Confieso mi pecado arrepentido de mi ciega
[ternura,

RENÉ LÓPEZ

Nació en la Habana en 1884. Murió en 1909. En 1897 ingresó en el Colegio Villar, de Barcelona, donde comenzó a despertarse su afición poética, al lado de Regino E. Boti. Salido del Colegio por diferencias con el director del mismo, regresó a Cuba. El amor a las letras y su incapacidad para otra profesión útil, le hicieron abandonar su hogar, adolescente aún, por incompatibilidad de carácter con su padre, rico fabricante de tabacos; diferencia que se acentuó a la muerte de su madre, a la que idolatraba. Sin las condiciones de virilidad de Casal, a quien lo asemejan varias circunstancias, su tragedia fué más dolorosa que la de aquél. Errante y sin hogar, se entregó a los paraísos artificiales de toda clase; pero su único refugio fué la poesía. Cultivándola, entró en los círculos intelectuales de su tiempo. El dolor de su vida sólo lo compensó en la fiebre de la producción o en el seno de un grupo de amigos fraternales, entre los que se encontraban Pedro y Max Henríquez Ureña, Manuel Serafín Pichardo, Arturo R. de Carricarte, Jesús Castellanos y algún otro. Le sorprendió la muerte cuando preparaba su primer libro.

La desaparición del poeta en plena juventud, impidiendo la cabal realización de admirables dotes líricas, no le permitió destacar de un modo definitivo sus cualidades características. Las notas eminentes de su obra son la delicadeza espiritual y el ponderado sentido moderno del verso. Influidó por las nuevas orientaciones,

no llega, sin embargo, ni a notables audacias verbales ni al empleo de nuevas combinaciones métricas. Los temas que elige son los preferidos por los poetas de sus días; en el soneto se sujeta, por lo común, a las reglas clásicas; pero en todo momento vive en su poesía cierta aristocrática concepción de cosas y situaciones y una sensibilidad sinceramente moderna.

Cuatro influencias, aunque con distinta intensidad y carácter, se distinguen en la obra de René López: Rubén Darío es inspirador lejano de sus versos, y el aliento gigantesco del autor de *Prosas profanas* llega levemente a sus cantos mejores; Bécquer, Rueda y Casal lo influyen de modo más visible y concreto, en la manera de tratar los asuntos y hasta en el uso de giros propios de estos tres poetas. Chacón y Calvo ha señalado las huellas de Rueda en sonetos como «El escultor» y «Cuadro andaluz». La influencia de Bécquer es patente en muchas de sus composiciones cortas («Rimas galantes»), y nuestro Julián del Casal lo lleva como de la mano a realizaciones que recuerdan a aquel maestro de la rima, como «El poeta».

BIBLIOGRAFÍA

Su obra poética no ha sido publicada aún en forma de libro, aun cuando Arturo R. de Carricarte, a cuya amabilidad debimos la oportunidad de examinar su producción casi total, dispersa en las revistas en que colaboró, tiene, desde 1909, el propósito de publicar sus poesías completas.

Consúltese: Las revistas *El Figaro* y *Letras* dedicaron a la muerte del poeta números-homenaje, donde colaboraron Pedro Henríquez Ureña, Manuel Serafín Pichardo, Arturo R. de Carricarte y otros. Recientemente, Alberto Lamar y Schweyer publicó un folleto sobre el poeta,

de escaso valor crítico, aunque de algún valor anecdótico: *René López*, Talleres Tipográficos, Habana, 1920. — J. M. Chacón y Calvo, *Las cien mejores poesías cubanas*, Madrid, 1922. — Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos críticos*, Habana, 1905.

Barcos que pasan.

Oh! ships that pass inthenight.

BYRON.

¡Oh barcos que pasáis en la alta noche
 por la azul epidermis de los mares,
 con vuestras rojas luces que palpitan
 al ósculo levísimo del aire,
 rubís ensangrentados sobre el lomo
 de gigantescos monstruos de azabache!,
 ¿adónde vais por la extensión sombría,
 guerreros de la noche, infatigables
 paladines que sueñan la tormenta,
 como aquellos cantores medievales,
 la lanza en ristre, la mirada torva,
 morir cantando en sin igual combate?
 ¿Adónde vais, ¡oh barcos misteriosos!,
 por la azul epidermis de los mares?
 ¿Lleváis en vuestros senos a la novia,
 la blanca novia del rendido amante,
 que sentado en la playa, tristemente,
 en las azules noches tropicales,
 con sus grandes pupilas verdinegras
 mirando al horizonte, palpitante,
 espera ver marcarse entre las sombras
 la proa gigantesca de la nave,

y a la amarilla luz del Sol que asoma
ver un cuerpo, una mano saludarle
con el blanco pañuelo entre los dedos,
como un ensueño serpenteando al aire?
¿Adónde vais, ¡oh barcos misteriosos!,
por la azul epidermis de los mares?

Dejáis, como el placer que nos conmueve,
a vuestras marchas rastros estelares,
que al instante disipan, juguetonas,
esmeraldinas olas encrespadas.

Duermen en vuestros vientres, que trepidan,
aquellos que dejaron sus hogares
y buscan en las playas extranjeras
tristes remedios para tristes males.
Lleváis en las entrañas encendidas
la noticia fatal para una madre
del hijo que murió pensando en ella,
de la miseria envuelto en el ropaje.
¿Adónde vais, ¡oh barcos misteriosos!,
por la azul epidermis de los mares?

Cuando lleguéis al puerto que os esperan,
envueltos en las nieblas matinales,
¡para cuántos tendréis lluvias de flores!,
¡para cuántos tormenta de pesares!
Del libro de mi vida sois las páginas,
escritas con suspiros y con sangre;
la pluma del Dolor trazó sus letras,
la Desesperación grabó sus frases.
¡Y al miraros pasar como ilusiones,
entre brillantes flores y cantares,
pienso en la nave que albergó en su seno
el cuerpo inerte de mi pobre madre!

¡Oh barcos que pasáis en la alta noche
por la azul epidermis de los mares!

Retrato.

Nariz gascona, de afilada punta;
rubia, sedosa, medieval melena;
redonda cara, que la carne llena;
rudo entrecejo, que las cejas junta.

Mirada torva, fiera y cejijunta;
boca delgada, que al hablar ordena,
y en cuyos labios, de elegancia helena,
ligero bozo juvenil despunta.

Anchas espaldas y robustos brazos,
jubón que adornan brilladores lazos,
oscuras botas, toledano acero.

Y hasta la línea que su vista alcanza,
en ademán de retador nos lanza
todo el desdén de su mirar austero.

La Luna estaba alegre...

La Luna estaba alegre aquella noche
al escuchar mi canto,
ella también sabía
que su pobre poeta enamorado
(aquel que le cantó su melodía)
al fin recibiría
el primer beso de su amor soñado.

La Luna estaba aquella noche alegre.

*

¿Te acuerdas? — tú también, amada mía—;

su rara sinfonía

cantaba el mar con formidable acento,
y apasionado murmuraba el viento
al compás de su dulce melodía.

Yo lleno de pasión, tú arrepentida,

por la senda florida

andábamos los dos. ¿Has olvidado
el cuadro más sutil y delicado
de la amarga comedia de tu vida?

Nuestras almas, alegres cual la Luna
también estaban, mientras ella ufana
una hebra de luz como una cana
prendía en los rizos de tu trenza bruna.

Y de mi amor en delirante exceso,

un palpitante beso

puse en tu dulce boca enrojecida,
homenaje triunfal, ofrenda hermosa,
que es en el libro negro de mi vida
una línea sutil color de rosa.

* * *

La Luna estaba alegre aquella noche.

*

Volvimos al hogar. Amanecía;
pasaban soñolientos marineros;
de su lecho de luz saltaba el día,

y la galante noche descorría
su cortina bordada de luceros.

Busto.

Divinamente raro como un perfil de Goya,
es tu perfil divino de afrodisíaca helena,
tu nariz curvilínea pulimentada joya
y una mancha de sangre tu boca de sirena.

Divinamente raro como un perfil de Goya,
es tu perfil divino de afrodisíaca helena.

Del poema de tu rostro tus mórbidas orejas
son pequeñas estrofas, pulidas, nacaradas;
dos paréntesis negros tus impecables cejas,
y carcajes tus ojos y flechas tus miradas.

Del poema de tu rostro tus mórbidas orejas
son pequeñas estrofas, pulidas, nacaradas.

Tu pelo, que es la noche, si luce desplegado
cayendo por tu espalda desnuda y olorosa,
parece un chorro, inmenso de duda, derramado
por un sedoso abismo de nieve, grana y rosa.

Tu pelo, que es la noche, si luce desplegado
cayendo por tu espalda desnuda y olorosa.

Pero el dolor tu rostro sin compasión ha herido,
¡pues tiene una tristeza tu encantadora cara,
cual si un soberbio artista te hubiese ahí esculpido
toda una enorme angustia, desconocida y rara!

Pero el dolor tu rostro sin compasión ha herido,
¡pues tiene una tristeza tu encantadora cara!

Canción pueril.

Tuve ayer miedo de morir
y me arropé cobardemente,
como un bebé que de repente
mira a las brujas sonreír.

Pero después rompí a reír
un poco exageradamente:
¡Que venga!, dije. Frente a frente,
cantando, la he de recibir.

La muerte me rozó de lado;
yo estaba entonces acostado;
me flaqueó un poco el corazón;
y entonces, pálido y pequeño,
como un bebé que finge el sueño,
contuve la respiración.

Homenaje lírico.

(Para Rubén Darío.)

Yo saludo al poeta de las «Prosas profanas»,
al Apolo moderno de los versos de oro,
en cuyo escudo se halla un caracol sonoro,
la máscara de Grecia, la flor de lis de Francia.

Dime, mago risueño de las urnas paganas,
¿qué espíritu visita tu corazón-tesoro,
que hace que tu mano escriba versos de oro
en cuya urdimbre juega la risa de la Francia?

Emperador del ritmo, ante tus pies me postro;

vuelve tu altivo rostro hacia mi triste rostro;
concédeme la gracia de una dulce sonrisa.

Hermanos yo no tengo, ni escudo ni nobleza;
yo soy un sacerdote de la diosa Belleza
que ha soñado tus versos y tu melancolía.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA

Nació en Santo Domingo en 1885, de familia que se distinguía por sus aficiones a las cosas del espíritu y al cultivo de las letras; su madre fué la notable poetisa Salomé Ureña, elogiada por Menéndez Pelayo, y su padre el Sr. Francisco Henríquez Carvajal, amigo de Martí, a quien auxilió en sus trabajos por la independencia de Cuba, y persona de gran significación en toda nuestra América por su campaña en pro de los ideales latino-americanos, hollados por la ocupación militar norteamericana de su patria, precisamente cuando ocupaba la Presidencia de la República. Su madre dirigió su educación, en las escuelas de su patria, y bajo el influjo del gran pensador Eugenio María de Hostos. Desde 1902 está vinculado a nosotros, por haber desarrollado aquí todas sus actividades literarias y estéticas. Intervino de modo principal en la fundación de la Sociedad de Conferencias, al lado de Jesús Castellanos, su íntimo amigo, disertando sobre temas modernos y de actualidad en el momento en que fueron pronunciadas, como «Whistler y Rodín», «El teatro contemporáneo francés», «Tolstoi» y otros. Fué uno de los fundadores de *Cuba Contemporánea*, donde desempeñó durante cierta época la crítica literaria, que años atrás venía realizando en *El Figaro* y otras revistas, algunas fundadas por él mismo. En 1916 acompañó a su padre en la excursión por la América latina en la campaña en pro del restablecimiento de la normalidad en Santo Domingo. Lo intenso de esta campaña determinó

al fin el actual arreglo de la cuestión dominicana, que aunque no satisfaga totalmente los ideales perseguidos, es de todos modos un triunfo. Desempeña actualmente la cátedra de Gramática y Literatura de la Escuela Normal de Oriente, donde ha sido director, y en la que fundó y organizó la excelente biblioteca y otros servicios de la misma. Fué fundador del Ateneo Domingo del Monte, en el que ofreció un curso de Literatura cubana. Recientemente se presentó a oposición en la Universidad de la Habana para desempeñar la cátedra de Literatura castellana y Literatura extranjera, vacante por fallecimiento del Sr. Guillermo Rodríguez Roldán que la desempeñaba. Tras brillantes y concienzudos ejercicios, que despertaron la unánime aprobación de cuantos en Cuba tenían capacidad para apreciarlos, el Tribunal le arrebató el triunfo, prefiriendo a un opositor de escasos merecimientos y aptitudes. Desde hace tiempo trabaja en una traducción al castellano de *Los Trofeos*, de Heredia, que enriquecida con estudios y notas, es esperada con verdadero interés por los especialistas en la materia.

Las intensas actividades intelectuales que entre nosotros ha desarrollado Max Henríquez Ureña han sido de muy diverso género. Nos limitaremos a considerar su actividad poética, muy escasa por cierto, ya que no ha sido sino esporádicamente como ha cultivado la poesía. La mayor parte de ella está recogida en el libro *Anforas*, publicado en 1914. Su producción revela al poeta cultivado, dueño de idiomas y de una amplia cultura moderna, sin que quiera esto decir que no haya en ella frescura espontánea y rasgos propios. Su obra acaso no sea la de un verdadero temperamento poético, pero encontramos en ella virtudes muy atendibles: sobria elegancia en la expresión, modernidad en los metros y en el modo de tratar los temas. Leyendo sus mejores composiciones, se siente que el escritor, al margen de su obra más caracte-

rística, aquella por la que se le considera uno de los maestros de la crítica hispanoamericana, ha ido produciendo sus versos para expresar en ellos sus más íntimos sentimientos: la muerte de los antiguos ideales y la vana espera del alma joven que soñó en su retorno; la busca inútil del ideal; el casto recuerdo de la edad florida.

Más que por su obra de creador, la lírica moderna hispanoamericana ha de reconocerle gratitud por sus notables trabajos sobre versificación, materia en la que, con su hermano Pedro y Regino E. Boti, constituye una de las más altas autoridades.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Anforas*, Habana-Valladolid, 1914. Consúltese: Francisco Contreras, *Les écrivains contemporains de l'Amérique espagnole*, París, 1920. — E. Pardo Bazán, *La Ilustración Artística*, Barcelona, 1915. — Federico Uhrbach, *El Figaro*, Habana, 1915.

ÁNFORAS

Alma pagana.

Joven alma que un día, con fruición pagana,
 en la grave calma rústicana
 cantaste amor y juventud;
 y dispersaste, en dáctilos, vírgenes sentimientos,
 y en las raudas alas de los vientos
 diste la nota de salud.

Y en la himnica gloria de los bosques arcaicos
 dejaste, en babilonia de mosaicos,
 la pedrería de tu canción,

saludando al apóstol de la nueva doctrina,
al que vendrá, reuniendo en comunión divina,
la sapiencia de Goethe y el alma de Platón.

Joven alma que un día, en candoroso espasmo,
lanzaste un grito de entusiasmo,
de vigorosa fe,
y al mirar que el ansiado redentor no venía
con el claro albor del nuevo día,
dijiste: «¡Esperaré!»

Es en vano tu espera: las delicias estéticas
del Jardín de Academos, y las peripatéticas
disertaciones junto al mar;
el afán que buscaba la suprema belleza
de las cosas, y el alma de la Naturaleza
ponía en un maravilloso cantar;
sucumben, ¡oh alma joven!, en un derrumbamiento
de ideales antiguos. Vibra inútil tu acento.
Al mundo envuelve ya negro capuz.
¡Tan sólo tú, en la calma de las playas desiertas,
finges ver redivivas a las épocas muertas,
fulgiendo entre cascadas de luz!

Motivos de otoño.

Il pleur doucement sur la ville.

RIMBAUD.

*Il pleure dans mon cœur
comme il pleur sur la ville.*

VERLAINE.

Es la hora opaca... Moribundo el día,
inunda los cielos tenue claridad.

La garúa descende... (Tal Rimbaud decía :
«Llueve dulcemente sobre la ciudad»).

Vago pesimismo mis nervios enfiebra...
Mi espíritu asalta torva ofuscación.
(¡Oh Verlaine! ¡La lluvia sus bodas celebra
con el llanto ardiente de mi corazón!)

Como negra nube que lleva en la entraña
furor de tormenta próxima a estallar,
sobre mi alma ciérnese ansiedad extraña...
¡Ilusión! ¿En dónde te podré encontrar?
¡Ay! ¡No sé que formas brindar a mi anhelo!
Vanamente invoco mi muerta ambición.
Quédase mi vista clavada en el cielo,
y tortura el alma rebelde obsesión.

La obsesión horrible de no encontrar nunca
una luz que guíe mi vano existir.
¡Oh ideal! Responde si en mi vida trunca,
cual flor de sepulcro, podrás revivir.

¡Responde! ¡Que a veces pienso, sin espanto,
en buscar la eterna, dulce libertad!
¡Corazón! Desgrana tus cuitas... En tanto,
«llueve dulcemente sobre la ciudad...»

Como un nenúfar.

(Pensamiento de Ibsen.)

Con el tierno mensaje que amoroso te envió,
toma esa flor, que a orillas de silente laguna
nació, sobre el abismo de color verde-oscuro :
es un blanco nenúfar
Colócala en tu pecho, dale seguro albergue,

que en sus pétalos lleva, perfumadas y ocultas,
las vaguedades tétricas, la misteriosa calma
de la quieta laguna.

¡Ah! Teme a los halagos pérfidos de las aguas
y al ensueño que guardan en su corriente turbia;
las ondinas se duermen y el nenúfar se mece
en la verde laguna.

Mas si escuchas las ansias que en tu pecho se agi-
oye la voz del agua envuelta por la Luna. [tan,
Las ondinas se duermen, y sobre el verde abismo
tiembla el casto nenúfar.

Idilio de provincia.

I

Viejo amor de provincia, ¿por qué acudes
a mi memoria, enferma y fatigada?
¿Por qué mis cuerdas íntimas sacudes
y finges en mi ocaso una alborada?

Mis pretéritas ansias reverdecen;
mas, consumidas por vehemente fuego,
se dispersan ingravidas, y luego
en el éter azul se desvanecen.

II

Fueron tus quince años opulentos,
pletóricos de núbil hermosura.
Eras la primavera; a tus acentos
cantaba un himno heroico la espesura.

Fué nuestro amigo y confidente el piano.
Mudo el labio en aquellas graves horas,
se unieron nuestras almas soñadoras
en las notas heridas por tu mano.

Me arrancó de tu lado el ansia ignota
de buscar horizonte dilatado
a mi ardiente ambición, y en el teclado
vivió, implorante, la armonía rota...

III

Atravesé montañas y océanos,
y por doquier, cual toque de agonía,
me acompañó la trunca melodía
que sollozaba ayer bajo tus manos.

Confundido en el tráfago sonoro
de las ingentes urbes populosas,
luché sin tregua, deshojé las rosas
de la pasión en cálices de oro.

Tributario febril de la aventura,
no hallé un instante de reposo fijo,
en lances romancescos fuí prolijo
y tuve por aliada la locura...

Mas... ¡cuántas veces iba el pensamiento
hacia tu paraíso provinciano,
y evocaba tu imagen junto al piano,
tu mirada, tus labios y tu acento!...

IV

Hoy te encuentro al pasar. Sólo un instante
nos vemos, y adivino en tu pupila

la suave luz de un nuevo amor; radiante
miro tu faz seráfica y tranquila.

¡Casta virgen, propicia a la leyenda,
que esperabas un príncipe encantado...,
huye por siempre la engañosa senda
y no intentes vivir lo que has soñado!

Que en esta edad de crueles emociones
viajar suele el amor en tren expreso,
¡y en la alquimia de raras sensaciones
el artificio substituye al beso!

V

Yo no pretendo detenerte. Acaso
consERVE mi recuerdo tu fragancia
para ti, cual la flor que en frágil vaso
llena de aromas la desierta estancia.

La realidad tan sólo es un vestigio
del ideal un tiempo inasequible.
¡Viviré para ti con el prestigio
romántico que guarda lo imposible!

No así tu imagen en el pecho mío.
¡Hijo soy de este siglo decadente
y siento doblérgarse ya mi frente
bajo el imperio de incurable hastío!

EMILIA BERNAL

Nació en Camagüey en 1885. Allí transcurren, en la quietud provinciana, sus años de infancia y de adolescencia, cultivando su espíritu con lecturas de poetas clásicos y románticos. No es sino hacia 1910 cuando comienza a publicar sus primeras composiciones, estando ya en la capital de la República. Después de una larga estancia aquí, y designada por la Secretaría de Instrucción pública, recorrió los Estados Unidos, dando conferencias en distintos centros de aquella nación. Más tarde fué a Europa, donde se encuentra en la actualidad.

Su labor primera, recogida en *Alma errante* (1916), presenta todas las características de su espíritu poético, en ese momento de su producción: inspiración romántica, finura y levedad en la expresión, aun en los temas más propicios al desbordamiento de sentimentalismos trillados. A partir de ese libro, su producción se encamina cada vez más por los nuevos rumbos de la lírica, y es notorio su progreso creciente hasta acercarse a la forma de expresión y las inquietudes ideológicas de los poetas novísimos. Ha traducido al español poesías de notables poetas portugueses y brasileños, y prepara un libro donde las recogerá.

BIBLIOGRAFÍA

OBRA S POÉTICAS. — *Alma errante*, prólogo de M. Márquez Sterling, Habana, 1916. — *Como los pájaros*, San José de Costa Rica, 1921. *Poesías inéditas*, Nueva York, 1922.

Consúltese: Alberto Lamar Schweyer: *Poetisas cubanas*, *El Figaro*, agosto, 1921.

ALMA ERRANTE

¡Oh, yo te haré una barca de mis sueños...

¡Oh, yo te haré una barca de mi sueños,
ligera como un haz de mimbrecillos!
Te hará mi amor una canción de cuna
al golpe leve que le den las olas,
cuando a los besos del terral, la noche
traiga a mecer la barca hacia la orilla.

Cigarra azul.

Tarde canicular, horas de fragua,
cielo de luz y sonrosados tules,
y a flor de tierra, en el cristal del agua,
una cigarra azul, de alas azules.

Lilas, lilas azules, lilas rojas,
rozando el muro que las aguas cerca,
y la cigarra azul, que entre las hojas
vive, cantando el alma de la alberca.

Y bajo el cielo de la tarde rosa
vagar llorosa en el invernadero,
porque así era de alegre y bulliciosa
la azul cigarra de mi amor primero.

En la noche del sendero.

«¡Dame aceite de tu odre
para la lámpara mía,
para mi lámpara pobre,
que está de aceite vacía!»

Me dijo desde distante
un hombre que iba ambulante
por un angosto sendero.
Yo me detuve, y amante
le di aceite al caminero.

Y acompañé al solitario,
que marchaba tardíamente,
por aquel largo calvario,
mientras que mi lampadario
se apagaba lentamente.

«¡Dame aceite de tu odre
para la lámpara mía,
para mi lámpara pobre
que está de aceite vacía!

¡Dame aceite, caminero!»
Con mi voz, que suspiraba
detenida en el sendero,
dulcemente repetía...
Y él, en tanto, se alejaba...,
se alejaba... y se reía...

Palabras de elegía.

Siento que es el sufrir mi patrimonio,
que mi risa es el lloro y que mi canto

es el acento que el dolor me brinda.
Aquí vengo a cantar, como si fuera
a una selva de robles, cuyas ramas
sacuda de mi espíritu el sonido.
Tenga mi voz un flagelar de amores
en cada corazón, para que vibren
al mismo tiempo que mi pena canta,
y si es de roble, lágrimas los robles
derramen, ¡ay!, porque mi hermano ha muerto;
porque yo quiero que la pena mía
tenga un eco brutal que la comprenda;
porque yo quiero hacer con ese llanto
ofrenda de cariño al desgraciado
que no tuvo en los labios ningún beso
al dejar de vivir, al que no tuvo
manos piadosas que cerraran trémulas
el cristal esmeralda de sus ojos.

.....
¡Al pobre hermano que murió tan lejos!

POESÍAS INÉDITAS

Amadme así.

I

¡Amame en español,
amor de guerra!..
¡Amor del rey Rodrigo y de la Caval!..
¡Amor que empieza al glugluar del río
y que se acaba
con un clarín de guerra!

¡Amor que es la locura y el deseo,
la derrota, el trofeo
y el piafar en la tierra
los corceles extraños!...
¡Amame en español,
amor de guerral...

II

¡Amame en español,
amor de hechicería!...
¡Amor de Pedro el Cruel y de María Padilla!...
Te pondré un cinturón
que he llevado prendido
en el talle mil años...
... para que no me olvides...
¡Ámame en español,
amor de hechicería!...
¡Amor del rey don Pedro y amor de la Padilla!...

III

¡Amame en español,
amor de celo y de porfía!...
La injuria...
y el temblor...
y la sospecha...,
la brecha
de la herida...
por donde salga el corazón partido
a decirte al oído
que quiere

la mano que lo hiere
más que la vida.

IV

¡Ámame en español,
amores castos!...
¡Amores de Ruy Díaz
y de Ximena Gómez!...
¡Amor de un hombre que tenía
dentro del corazón una paloma,
dentro de la paloma una jauría
de leones, furiosos
contra la villanía!
¡Ámame en español,
amores castos!...
¡Y fieles..., fieles..., fieles!...
¡Amores de Ximena y de Ruy Díaz!...

PLENITUD DE LA LÍRICA

(1913-1920)

PLENITUD DE LA LÍRICA

(1913-1920)

La influencia cultural iniciada en los últimos años del anterior período va a desarrollarse de un modo extraordinario debido a la labor de la Sociedad de Conferencias, creación de Jesús Castellanos y Max Henríquez Ureña, a los que secundaron de un modo decisivo Bernardo G. Barros y José María Chacón. La labor que ellos van a realizar será fecunda. Jesús Castellanos incorporará definitivamente el nombre de Rodó al ideario de los jóvenes; hablará por primera vez de Kipling, y siguiendo las manifestaciones del pensamiento moderno, ejercerá conscientemente su papel de agitador y renovador. Max Henríquez Ureña estudiará problemas de versificación y de relaciones entre la música y la poesía, y ejercerá la crítica seria y elevada de las nuevas producciones. Chacón iniciará la revisión de algunos de nuestros valores literarios, y Barros seguirá atentamente el desenvolvimiento del movimiento artístico en relación con las nuevas teorías. La aparición de *Cuba Contemporánea* (1913) fué también factor importante en el intercambio intelectual con lo más selecto y representativo de América. Los libros de Martí que contenían

su labor poética, que se publicaron por estos días, influyen en cierto modo en la obra lírica en formación.

Este período debiera considerarse entre nosotros como el momento culminante del modernismo, si no hubiera razones para poner en duda la existencia de tal apogeo. En efecto; crítico tan ponderado y sabio como Enrique Díez-Canedo dice al respecto: «En Cuba, como en España tal vez, apenas ha habido modernismo propiamente dicho. Ha habido, sí, precursores, pero en la época en que podría haberse dado lo que se llama modernismo, cogimos otras influencias que no eran las que determinaron el momento modernista.»

Sin embargo, el nombre que adoptamos para designar este período nos servirá para comprender en él, primeramente, a aquellos poetas más representativos de la tendencia expresada: Regino E. Boti, Agustín Acosta y José Manuel Poveda. El primero, espíritu avanzado, cultiva con lecturas de toda clase su intelecto, y rompiendo con todos los prejuicios, publica su primer libro (1913), que fué producto de un momento en que nuestra lírica, al salir de la absoluta decadencia en que se había encontrado, debía afirmarse en los nuevos poetas por un exceso de reacción. Acosta, que en su iniciación comenzó siendo un discípulo de Uhrbach, intenta, por distinto camino al de Boti, una labor análoga, y lleva a sus cantos todas las nuevas inquietudes en los más diversos metros. Poveda, extraño y audaz temperamento poético, une a sus cualidades líricas innegables un dominio de la forma que lo lleva a ensanchar con éxito las más di-

ficiles combinaciones, conservando, sin embargo, la frescura emocional del verso.

La designación adoptada nos servirá también para estudiar a los poetas que apareciendo casi simultáneamente, aunque sin el impulso renovador de los citados, poseen cualidades propias y distintas. Entre éstos hay pocas afinidades espirituales, se diferencian notablemente en su expresión. Pero todos tienen de común el uso conveniente y apropiado de las nuevas formas, la modernidad de los temas o el modo de tratar los eternos, la inquietud propia de los tiempos en que se producen y una preparación superior. Nacidos todos con posterioridad al año 1890, se benefician naturalmente de las nuevas corrientes culturales, adquiriendo una más rápida orientación, de modo que la carencia de cultura será entre ellos una excepción. Los que no conocen otro idioma estudian, para su expresión poética, en los cánones de los maestros del modernismo hispanoamericano o en los de los poetas españoles, influenciados por aquéllos, desde el gran atormentado Herrera Reissig, hasta el intenso cantor del mar Atlántico y su puerto de Gran Canaria, Tomás Morales, y desde el egregio Lugones y el fraterno Carriego hasta el puro Juan Ramón y el cordial y reflexivo Antonio Machado. La obra que produzcan estos poetas tendrá de los modelos citados, pero cada uno de ellos producirá con su personalidad propia y definida.

Los poetas de este grupo continúan publicando sus producciones en el decano *El Figaro, Letras, en Renacimiento*, que, fundada por M. A. Dolz, vivió corta pero fecunda vida, y en las nuevas revistas *Gráfico*,

Social, Chic y otras de más corta duración. Junto a ellos debemos mencionar a M. A. Macau («Flores del trópico» y «Lírica saturnal»), Luis Ángel Bas («El humo de mi pipa»), Hilarión Cabrisas, desordenado, a veces de singulares aciertos, y la original figura de Alfonso L. Forns, que ha sido recordada con encomio por Agustín Acosta. Y más recientemente, a Nemesio Ledo, fino y sugerente, cuya escasa labor no nos autoriza a traerlo a estas páginas; Mariano Albadalejo, Enrique A. Cazade («Cantos de amor y de olvido»), Armando D. García, muerto en 1918 («Atalayas de Marfil»), Paulino G. Báez y al desgraciado M. Hernández Fombona, que en medio de su vida de alucinación y miseria ha dejado notas de intenso valor personal.

REGINO E. BOTI

Nació en Guantánamo (Oriente) en 1878. Se educó en el Colegio Villar, de Barcelona, donde se inició en la producción poética. Pasó largo tiempo de su vida en España, y a su vuelta a Cuba ingresa en la Universidad de la Habana, donde se gradúa de abogado. Desde entonces ejerce esta profesión en su villa natal, a la vez que estudia su historia y la de las principales figuras revolucionarias que allí se produjeron, funda revistas y actúa directamente en su vida social, económica y política. Une a esto sus actividades literarias propias, que también han sido fecundas, pues a partir de 1913, en que publica *Arabescos mentales*, no cesa de laborar en provecho de la cultura de nuestra patria, publicando notables trabajos de crítica literaria alrededor de grandes figuras de la literatura española e hispanoamericana (la Avellaneda, Martí, Rueda, Darío), otras contribuyendo, paciente y concienzudamente, con sus compilaciones críticas, a que la labor de Rubén Darío, dispersa, sea conocida suficientemente (*Hipsipilas*, *El árbol del rey David*, *Hermas viales*).

En *Arabescos mentales* — que desconcierta a la mediocre crítica ambiente — había un exceso de derroche cerebral, anulando casi la emoción, quizá en aras de un consciente esfuerzo de ajustar el ritmo a la idea, y quizá también, como señaló Francisco Contreras en la época de aparición del libro, un verbalismo desmesurado y fatigoso, especialmente en las partes del libro tituladas «Himnario erótico» y «Lirismos otoñales»; pero también

había una maestría de la técnica, debajo de la cual se manifestaba claramente su propósito innovador, ilustrando con ejemplos toda una teoría del verso explanada en el Prólogo. *Arabescos mentales* fué en gran parte producto de un momento en que nuestra lírica debía afirmarse en los nuevos poetas por un exceso de reacción: era necesario barrer con el sedimento clásico y romántico de los poetas modernos de América. Pero el propio poeta no había conseguido librarse de ese arrastre, y él mismo confiesa sus influencias de los poetas románticos, visibles en muchas de sus composiciones. No obstante, *Arabescos mentales* es un libro que marca época en nuestros anales literarios, por ser la expresión más firme de un panteísmo consciente, señalado y estudiado, en lo que tenía de original y diferente al de los poetas cubanos e hispano-americanos, por José Manuel Poveda. Ese panteísmo «elige con precisión sus instrumentos», dice el crítico-poeta a que nos hemos referido. No será ya empleado «el himno órfico, cuya serenidad corresponde al ensueño, sino la cantata báquica», tal y como la comprendía Saint Victor. La forma de expresión que Boti usará para envolver ese panteísmo será el *metrolibrismo* concebido a la manera de Whitman y de los poetas de todos los países que bajo su influencia imperiosa se han producido. En Cuba será el primero que se exprese de este modo, pues aunque Martí usó la forma de verso libre y los tituló así, no eran sino versos libres concebidos a la manera clásica. Tomará de Baudelaire «las correspondencias de cada un elemento de su ser con los elementos que lo circundan, descubriendo su destino en el de ellos»; así, en «Panteísmo», y en la casi totalidad de las composiciones que forman su segundo libro, *El mar y la montaña*. En las composiciones «Profesión de fe», «Marginal», «Lira nueva» y alguna otra es visible una egolatría que parece venirle directamente de Whitman, y que también

ha sido señalada por Poveda. Es una egolatría justificada: sabe que sus versos le ocasionará críticas acerbas de la mediocridad ambiente, pero que serían conquistas de los que detrás de él vinieran. Esa egolatría nace de un parnasianismo logrado que le permitirá observar impasiblemente todos los espectáculos, incluso «la sangre y las agonías» (Poveda), y así logra dar en «Marginal» una visión tan artística de un espectáculo sangriento; al través de la límpida esmeralda del pravo emperador, la sangre de los mártires o de los gladiadores no será sino una «misteriosa llovizna de violetas». En *El mar y la montaña* (1921) todo es antológico, «hecho a facetas, y todo, aun lo más pequeño, tiene su valor». Es, como dice el mismo autor, «un círculo que tiene su centro en toda parte».

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS.—*Arabescos mentales*, Barcelona, 1913.—*El mar y la montaña*, Habana, 1921.

Consúltese: Francisco Contreras, *Les écrivains contemporains de l'Amérique espagnole*, La Renaissance du Livre, París, 1920. — José Manuel Poveda, dos conferencias sobre R. E. B., 1913 y 1914.

ARABESCOS MENTALES

Funerales de Hernando de Soto.

Bajo el lábaro umbrío de una noche silente
que empenachan con luces las estrellas brillantes,
el Misisipí remeda un gran duelo inclemente
al arrastrar sus aguas mudas y agonizantes.

De los anchos bateles un navegar se siente;

brota indecisa hilera de hachones humeantes,
y avanza por la linfa como un montón viviente
aquel sepelio extraño sin cruces ni cantantes.

Hace alto el cortejo. Se embisten las gabarras;
al coruscar las teas los rostros se iluminan
y fulgen las corazas que el séquito alto lleva.

Cien lanzas cabecean. Echa el cocle sus garras.
y entre las olas turbias que a trechos se fulminan
el féretro se hunde y la oración se eleva.

Panteísmo.

La armonía del granito
hecha roca
se levanta a lo infinito
y casi las nubes toca.

El simoun del oleaje
brama el rencor de su copla
y centuplica su ultraje
la voz del austro que sopla.

Abren las aguas su abismo
de alma espuma
como un negro simbolismo
entre el iris y la bruma.

No se perfila una vela
ni un ave marina sube,
no hay el rastro de una estela
ni una nube.

Sólo en la costa adormida
hay lucha sórdida y fuerte
entre la piedra, la muerte,
y el oleaje, la vida.

La armonía del granito
hecha roca
tiene abierto lo infinito
el sarcasmo de su boca.

Pasa mi vida. Y el todo
compone a mi ardor que muere
con su espuma y con su lodo
un miserere.

Marginal.

Tuvo el emperador romano alguna
aberración senil consoladora,
sueños como cambiantes de la luna,
ansias como celajes de la aurora.

Tuvo el emperador nefasto y grave
sed de púrpura viva y de matanza
bajo la exquisitez de suave
instinto de venganza.

No desdeñó del crimen la aureola,
ni la embriaguez insana de la orgía;
la trágica poesía
le envolvió con la espuma de su ola.

En Tróyada, buscó la luz del genio
con sus dáctilos, negros de neurosis,
y mostróse gallardo en el proscenio
bajo la apoteosis.

Tuvo por su cuadriga los espasmos
de un paladín mancebo,
y bullían en íntimos orgasmos
por sus venas, las iras de un efebo.

Tuvo el emperador pravo una lente

tallada en una límpida esmeralda,
y, al través de su velo transparente,
vió del circo esplender la arena gualda.

Y allí humeante la sangre del reciario
fué, al trasluz de las débiles facetas,
como en un cementerio solitario
misteriosa llovizna de violetas.

Ante la «Ciudad teológica».

Hay inquietud en el aire y no corre ni un soplo
[remiso;
predomina una calma que aduerme el verdor de los
y ante el pórtico ruin y las tapias austeras [campos,
parece que vaga la pródiga Musa del Cambio.

En el cielo se acoplan las gamas ardientes,
son tributo al misterio tumbal del ocaso,
y unas nubes, de negro de hulla vestidas, se alargan
y otras vierten radiosas estrías de vivos cinabrios.

El perfil unilíneo y enjuto se asoma del Dante;
Virgilio le sigue como un silenciario...
Atraviesan el orco de aquella agonía,
sin Caronte ni barca, ni Estigia ni endriagos.

Con el óbolo presto y el alma convicta y confesa,
Can, el Cerbero, seis ojos, tres lenguas, tres cráneos,
me cierra el rastrillo chirreante de la urbe teológica,
cuando arriba se enciende el misterio tumbal del
[ocaso.

¡Oh, tú, sangre celeste que inhumas a Helios
en tu inmensa ignición, camposanto
de la luz!, ¿en ti todo se extingue y se oculta
sin dejar un destello, un suspiro ni un rastro?

Aquí metro y medio de hondo, no más, es abismo.
Las fosas son surcos. Los extintos son granos.
Toda espiga preñada se hunde. En la muda retorta
[no hay nada
que no cambie su forma prístina en sopor subitáneo.

Lo que fué no retorna ni acaba: transmigra. [bios.
La vida se hace materia impalpable que besa sin la-
La síntesis rómpese. La conciencia se inhibe. Y el
[polvo ya es éter
que sin piernas camina y que abraza sin brazos.

Lo que fué nunca vuelve a su efímera norma,
pero vive en la vida perfecta (eternal y sin mancha)
[del átomo;
y, perfume sutil de la flor, sobrevive el recuerdo
como el eco perdura cuando ha muerto el impulso
[del canto.

Nada más, nada más, que de Psiquis las alas,
tiernas alas del cuento, no acuden al divo reclamo;
y triunfantes, al grito imperioso que lanza la Vida,
devoran, devoran, devoran sin hambre ni sed los
[gusanos...

Con el óbolo presto y el alma convicta y confesa,
Can, el Cerbero, seis ojos, tres lenguas, tres cráneos,
me cierra el rastrillo chirreante de la urbe teológica
y en la noche se ha hundido el misterio tumbal del
[ocaso.

Aguaza.

Hiende el berilo una gaviota
con reverberación de plata,
y sobre el mar vibra la nota
de un foque gris que se desata.

La ventolera ruda azota,
el horizonte se dilata,
un penacho de humo brota
y la baliza es una oblata.

En la imbricada superficie
no hay color viril que oficie
ante el altar de Helios fulgente.

Que su cinábrica rodela
en el marino nácar riela
cinematográficamente...

EL MAR Y LA MONTAÑA

El mar.

Ancéstro de la montaña,
nutriz de la selva añosa,
aun es tu entraña
maravillosa.

En la tarde agatina,
azul, espuma, arenas;
se oye el cantar de tus sirenas
tras la vela latina

Ritmo eternal, alto poeta
que sinfonizas trenos y barcarolas,
adivino tu ecuórea palabra secreta
en el pánico ruido de las caracolas.

Creación.

Si al conjuro lunar el mar se argenta;
si el Sol se irisa, con su lente urente,

de franjas de esmeralda y de zafiro;
si el terral la recama y la armoniza:
¿por qué no ha de poblarla de sirenas
y tritones la mente del poeta?
¡Loreley, Loreley, alza tu canto!

En el promontorio.

Desgrana el viento su collar de sones;
sinfoniza la mar sus convulsiones
bajo la batuta de la marea;
el nublado la bahía taracea
de verde y de pizarra; el aguacero
tiñe el horizonte de azul de acero.

Emproa el canal un velero;
su vela latina, su gálibo vano,
despiertan la rota del triunviro romano;
y una visión de amores y de orgía
hechiza esta mañana de verano:
Cleopatra desnuda bajo la pedrería,
el triclinio, el espasmo, la falsía
del beso...

Y el beso del áspid.

La agonía.

Angelus.

Rayas sombrías y luminosas.
Verticales: los postes. Horizontales: la playa,
los railes y los regatos. El día
preagoniza. El crepúsculo palia
con sus rosas los grises. En la salina

el molino de viento que, en el negror, es dalia gigante y giratoria.

Y en el *Angelus* hay ruido como el de las alas de la Victoria.

Epitafio.

Don Santiago Mackinley, highlander: tu tumba misántropa está en el acantil de sotavento.

Cruz ancha de negro granito te memora. Bajo tu tumba retumba la orquesta del mar, el caracol del viento; pero tú no estás en lo infinito.

El acantil arena se ha de tornar; polvo tu cruz ancha de negro granito; y tú a Escocia, siendo ola del mar. Highlander: entonces en el seno de lo infinito volverás a entrar...

El aguacero.

Del Sur viene el aguacero,
del Sur viene el aguacero;
viene borrando montañas,
se viene tragando el mar.

Del Sur viene el aguacero,
del Sur viene el aguacero;
la bahía es toldo pardo
en que todo se esfumó.

Del Sur viene el aguacero,
del Sur viene el aguacero;
cayendo en mantos sombríos,

entre los que sólo es ver
la mole de una goleta
blanca como un Spitzberg.

Luz.

Yo tallo mi diamante,
yo soy mi diamante.
Mientras otros gritan
yo enmudezco, yo corto, yo tallo;
hago *arte en silencio*.

Y en tanto otros se agitan,
con los ritmos batallo
y mi nombre no agencio.
Yo soy mi diamante,
yo tallo mi diamante,
yo hago *arte en silencio*.

La montaña.

La montaña, ¿cómo es bella
la montaña?
¿Cuándo es azul lejanía,
cuando, encendiendo su entraña,
es luminares la noche
y en verdes vibra el día?

La montaña, ¿cómo es bella
la montaña?
Es bella desde su entraña,
y hecha azul lejanía,
cuando la noche es estrellas

y en flores se desentraña
la verde gama del día.

El agua.

Salta un gluglu inesperado
de la cripta de la selva,
y, levantando frescores
de primavera,
ríe, promete, discurre,
canta, se aleja, se aduerme:
dolor de la selva, añora;
alma del paisaje, sueña.

La vereda.

Sarcófago de leguas,
metido en tu noche fangosa y terrorífica
todos los monstruos de las sombras salen
y agarran mi caballo por las bridas.

La noria.

Y mañana, como un asno de noria,
el retorno canalla y sombrío,
doblar la cabeza y escribir:
Al Juzgado,
con los ojos aún llenos de lumbres,
sobre un mar de amatista encantados.

AGUSTÍN ACOSTA

Nació en Matanzas en 1887. Se educó en dicha ciudad. Desde muy joven ingresó en el Departamento de Comunicaciones de la República, desempeñando durante largo tiempo el cargo de telegrafista. Mientras cursaba los estudios del Bachillerato y más tarde la carrera de Leyes. Al mismo tiempo comenzó su producción poética, publicando en 1915 su primer libro. Graduado de doctor en Derecho civil, ha ejercido la profesión en provincias, fijando su residencia en Jagüey Grande (Matanzas), donde actúa de abogado y notario.

Siguiendo de cerca a Federico Uhrbach y a Rubén Darío, intentó en su iniciación, por distinto camino al de Boti, una labor análoga, convencido de que nuestra poesía necesitaba una renovación total. Sus primeras realizaciones, recogidas en el volumen *Ala* (1915), están caracterizadas por una eclosión de riqueza verbal, sabiamente manejada, merced a sus cualidades artísticas positivas, que en su ulterior desenvolvimiento le convertirán en nuestro lírico por excelencia. «Representó este libro — dice Juan Marinello — un notable acontecimiento en nuestra vida literaria. En él se manifestaba una fuerte individualidad poética, proyectada en bien distintos aspectos: desde el soneto, modernísimo en su forma y en su sentido, todo sutileza y dilecta sugestión, hasta el poema de alto empeño, pleno de logrados alardes verbales y de honda significación ideológica.» Sin embargo, como había sucedido ya en el caso de Boti, a la publicación de *Ala* se reprodujeron las procacidades de la crítica

ambiente. Pero más preparado el medio — seguramente por ser mejor conocida la labor de los modernos poetas de América, y mayor la cultura literaria de algunos espíritus jóvenes —, le fué más fácil el triunfo, y la obra de Acosta hizo eco inmediatamente en los nuevos poetas del momento. Casi todos los que vienen después le deberán alguna cosa. La circunstancia de no estar prostituidos aún entre nosotros los concursos poéticos y los juegos florales, donde fueron premiadas en distintas ocasiones algunas de las composiciones incluidas en aquel volumen, contribuyó también a que el mérito de Acosta fuera reconocido por el público interesado en la producción literaria.

A partir de ese volumen, y ya bajo la influencia muy directa de Francis Jammes, su poesía tendió a cantar las cosas humildes y puras, y por aquel camino fué acercándose cada vez más a la transparencia, que ha llegado a ser su forma actual de expresión. No obstante, el artista maravilloso de las sinfonías de *Ala* resurge a ratos, y se adivina siempre el fino espíritu y la armonía mal disimulada.

Su libro *Hermanita*, publicado recientemente, hecho de cosas íntimas y sencillas, que recuerda en su concepción a *Toi et moi*, de Geraldine, no debe considerarse como obra de trascendencia. Martínez Villena lo ha caracterizado con estas palabras: «Es un libro de hombre, aunque escrito por el artista de siempre. Es un devocionario amoroso, que el enamorado fué arrancando, página a página, a su espíritu selecto... Es su elegancia, su delicadeza, su sonoridad, su emoción. Y el tono de la obra, una prueba más de su virtud múltiple. ¿Es este poeta sencillo, fácil, sin literatura ni rebusca, este subjetivo diáfano de hoy, el mismo autor inquieto de *Ala*?... Algo hay distinto de *Ala* en lo adelante; pero ese algo revela la natural evolución de su espíritu, más que de su modo; hoy Acosta escribe sereno.»

En el tiempo transcurrido desde 1915 hasta este momento, no ha cesado de recoger las palpitaciones de su vida interior, que gradualmente han marcado en su obra varias direcciones espirituales; una ironía piadosa que señala su comprensión actual de lo cotidiano; un franciscanismo a veces arbitrario, producto de una visión crítica muy personal, y una preocupación del más allá que hace pensar en que el poeta se inclina cada vez más hacia un teosofismo puro.

Torres de humo, libro que anuncia el poeta, responderá a las dos primeras modalidades que hemos señalado, y allí estará la fugitiva emoción apresada con ojos ávidos desde el mirador de la inquietud espiritual: «Este mirador, desde el cual se contemplan, tan sólo con soñarlos, los siglos que fueron; este mirador tan pequeño y tan alto, ¿quién sabe si es o no la ventana de una estrella que es chispa que vuela hacia lo alto en una densa torre de humo negro?», se pregunta en el prólogo de ese libro inédito.

Su libro *Más allá*, también inédito, demuestra que el poeta ha ido ahondando en lo arcano y sintiendo la atracción del misterio. En él recogerá las múltiples palpitaciones de lo desconocido a través de su alma, en suspenso ante el gran enigma de todo, que ha concretado así:

Porque me invade el alma con su insinuante ola
el angustioso afán
de saber si mi alma por el mundo va sola
o si sus pasos guían las almas que se van.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Ala*, poemas, Biblioteca Studium, Habana, 1915. — *Hermanita*, Imp. El Siglo XX, Habana, 1923.

Consúltese: A. Lamar Schweyer, *Los Contemporáneos*, Habana, 1921. — R. Martínez Villena, *Chic*, julio 1923. — A. Núñez de Olano, *El Figaro*, julio 1923.

Ala.

¡Ala! Maravilla de nobles intentos,
de ensueño y de gloria, de paz y de altura...
El ala no teme la cruz de los vientos,
el ala nos abre la senda futura.

El cielo, que admira la gloria del ala,
la adorna de estrellas, la nimba de nubes,
de azul luminoso le ofrece una escala,
que tejen, gozosos, los blancos querubes.

El ala es un magno, divino tributo
que de la miseria del mundo sustrae
a los que del árbol arrancan el fruto,
y no a los que esperan el fruto que cae...

¡Árbol de la vida, fruto de esperanza,
hay que cosecharte verde todavía!...
Tú darás la eterna bienaventuranza
cuando te madures a la luz del día.

Ala de los ángeles, ¡oh nítidas plumas!,
para regalarte nevados airones
el mar dió un tesoro de blancas espumas
y el cielo un reflejo de constelaciones.

Ala milagrosa que a las golondrinas
dióles las virtudes del vuelo sereno
cuando, coronado de rudas espinas,
moría el divino Jesús Nazareno.

Ala de los cóndores, ala de las aves
de la poesía: de los ruiséñores;

ala de los buhos nocturnos y graves
que huyen en el alba de los resplandores.

Ala de murciélagos y de mariposas
que aman el silencio de los escondrijos
y revolotean entre las piadosas
luces religiosas de los crucifijos;
y que temerosos de vuelos icários,
rozan, alejados de las chimeneas,
las solemnidades de los campanarios
y los desamparos de las azoteas.

Ala de los torvos vampiros audaces
que en las soledades de noches oscuras,
como una bandada de cuervos voraces,
violan el misterio de las sepulturas.

Ala de las águilas, del cielo señoras,
que de las entrañas de Febo fecundo
valerosamente roban las auroras
que alegran las hoscas tinieblas del mundo.

Ala de las brujas que un falso nepente
llevan al secreto de cándida alcoba,
y van cabalgando fantásticamente
en el irrisorio volar de una escoba.

Ala de Pegaso, que escala las cumbres;
ala con que triunfa del mal, Clavileño;
ala que del seno de las podredumbres
huye a los remotos parques del ensueño...

Todas sois un símbolo que el alma comprende;
todas sois un vértigo de extraña locura
en la que, alumbrando la senda, se enciende
la maravillosa lámpara futura...

Todas sois la norma, la pauta, los sones,
el dulce Mesías, el ansia concreta;

vais dando una savia de resoluciones
a la temeraria ala del poeta...

¡Ala del poeta! ¡Oh barca que lleva
por empavesadas, guirnaldas de flores,
y busca una lírica América nueva
en las borrascosas mares interiores!

Ala que el impulso del vuelo conduce
a un desconocido país de fantasía,
donde al visitante poeta seduce,
sentada en el trono, la Melancolía.

Ala que conoce todos los senderos
en sus convergencias hacia lo infinito;
ala que olvidando rumbos verdaderos,
llega a los dorados pórticos del Mito.

Ala submarina que sueña y descubre
en los mares muertos la perla divina,
que de rosas frescas se adorna en octubre
y hace del pantano agua cristalina.

Ala que al ensueño tenaz aprisiona;
ala que a las furias del ábrego reta
cuando va tejiendo la eterna corona
para la abatida frente del poeta.

Ala que es el germen de pródigo huerto,
y que en una loca fantasmagoría
ama el espejismo falaz del desierto
y las inconstancias de la lejanía.

Ala que no abate su vuelo en la altura;
ala que en la altura sus vuelos exalta,
que no le intimida la peña más dura
ni le obstaculiza la cima más alta.

Ala que en el fondo de todas las cosas
fugitivamente traza su silueta

y en la huella deja regueros de rosas...
¡Ala del poeta!... ¡Ala del poeta!...

Absintio.

Rosas en la testa, como una corona;
ágil y atrevida como una amazona;
en la mano breve, fino guante gris...
Vas a la conquista de ignota Bizancio,
las pupilas verdes llenas de cansancio;
en los labios finos, *rouge* de París.

Tienen tus febriles ojos visionarios
la lujuria triste de los seminarios
y la primitiva gracia del Edén...
Y en tu sospechosa sonrisa se hermana
a una candorosa rima de Sor Juana
una decadente rima de Verlaine.

Triunfa tu belleza de ambiguo linaje
de diosa, de efebo, de musa y de paje,
como si ofreciera dulce tentación,
hija de la Grecia, tu cuerpo corintio,
y arde en tu vidente pupila de absintio
la indiscreta llama de la tentación...

Sé de ti una historia macabra y sencilla,
alucinaciones de una pesadilla,
páginas de Wilde, cuentos de Mirbeau;
mas nunca ha hecho presa de tu pensamiento
la inquietud medrosa del remordimiento,
ni una leve angustia tu pecho oprimió.

Háblase de un raro placer espontáneo...
De una danza absurda en torno de un cráneo

que contuvo un loco bullir de champán...
Y de que tus labios sedientos y rojos
por las descarnadas cuencas de los ojos,
locos, escancian el vino... ¿Serán

cuentos inventados por odio y envidia
de aquellos a quienes burló tu perfidia?
¿Jamás el secreto lúgubre sabré?
¿Serán monstruosas leyendas infames,
para que se alejen aquellos que ames
y te dejen sola, muy sola?... No sé...

Sufre y goza a un tiempo tu hechizo el poeta,
como ante un enigma que, mudo, concreta
lo definitivo del Bien y del Mal...

Y al sentirte amada tan extrañamente,
ondula tu cuerpo como una serpiente
y en tu boca hay una risa sensual.

Ciñe tu fastuoso collar de esmeralda;
de pámpanos verdes adorna tu falda;
sé mansa o altiva, piadosa o cruel...
pero que me miren tus ojos sombríos,
porque en sus misterios hallaron los míos
un maravilloso bosque de laurel.

Suelta tu melena sobre la blancura
de tus hombros, sobre la blanca escultura
de tu prodigioso cuerpo de Khrysis;
que tenga tu cuerpo tu propia elegancia;
quita de tus labios el rojo de Francia,
de tu mano blanca quita el guante gris.

¡Noblemente blanca como una ternura
de madre!... Me obsede tu casta blancura
de novia, de leche, de luz, de vellón...
¡Rosa poderosa que no se deshoja!...

¡Quién me diera el sueño de una rosa roja
sobre el mármol blanco de tu corazón!

Asco.

Y le dije al barquero: — ¡Boga, muchacho, bogal...
No es bien azul la mar, y aun la costa diviso...
En este bajo fondo ni una rata se ahoga...
(El agua era un espejo, yo era un nuevo Narciso.)
¡Desconfianza en los claros ojos de mi piloto!...
¡Temor de lo imprevisto, que le aturde y agobial...
¡Yo aventuraba el viaje hacia un lugar ignoto;
él evocaba acaso los ojos de su novia!... [sal...
¡Cuán distinto entrambos! — ¡Boga, muchacho, apri-
Pon velas hacia el Este... Que te impela la brisa.
Al mar ven siempre listo como para una guerra,
que en mar y tierra en guerra perpetuamente esta-
[mos...
— ¿Adónde vamos? Diga, señor, ¿adónde vamos?
— No sé...; pero sepárame un poco de la tierra.

Abandonada a su dolor...

Abandonada a su dolor, un día
en que la sombra la envolvió en su velo,
me dijo el corazón que ella vendría
en el milagro espiritual de un vuelo.
Abrí los pabellones solitarios;
iluminé los vastos corredores;
quemé la mirra de los incensarios,
y el frío mármol alfombré de flores...
Llegó, cansada de volar... Yo dije:

— Alma, mujer inspiradora, rige
 mi vida entera para siempre. Arde
 como la mirra el corazón que inmoló...
 ¡Amor no llega demasiado tarde
 a quien se siente demasiado solo!...

Aniversario.

Tú serás una dulce viejecita risueña,
 blanca de canas como diáfana de virtud;
 y yo seré un anciano presumido, poeta
 siempre para cantarte, ¡oh mi vida y mi luz!

Yo te diré: — ¡Reclina, como antaño, alma mía
 (antaño ahora presente), tu cabeza en mi amor;
 que tú eres a mi alma la invariable Hermanita,
 la de mis horas plácidas y la de mi dolor!

Y tú dirás: — Hoy hace años que nos casamos,
 ¿te acuerdas?

El naranjo que nos brindó sus ramos
 acaso se haya muerto en el viejo jardín.

¡Y nuestra vida, árbol a toda luz fecundo,
 verá cómo se alzan sobre el duelo del mundo
 una nueva Hermanita y otro nuevo Agustín!...

Crepúsculo.

El Sol cayó en el mar, todo encendido,
 y se apagó; me arrojaré al Océano
 y robaré un pedazo del Sol carbonizado
 para pintarle ojeras a la Luna.

Humo.

Humo en el campo :
¡hagámonos la ilusión de que es nieve!
Humo en el alma :
¡hagámonos la ilusión de que es fuego!

¡Quizás!...

¡Aquel piano, aquel órgano, aquella orquesta mía
de mis días de mocedad...!
Todavía me llegan sus sonos apagados,
dispersos por la inmensidad.
Me lapidaron, me incensaron
y me dijeron cosas de menos y de más...
Y me dije : «¿Es que soy un imbécil?»
¡Quizás!...

Corazones amigos me dicen...

Corazones amigos me dicen con frecuencia :
— ¿Qué haces en la manigua,
con la cara tostada, sin ambiente, sin música,
sin fiestas literarias?
Pensamos que querrías, civilizadamente,
ostentar en París casaca diplomática,
pero nunca ocultarte en el monte,
tan lejos de todo..., ¡sin nada!...
— ¡Amigos, mis amigos!... Bien sabéis que podría
figurar en cualquier Embajada,
llevar el espadín internacionalista

y ser un rasta más entre los rastas.
 Pero me he vuelto algo salvaje :
 pláceme revolcarme en la sabana,
 sentir los aguaceros en mi cuerpo,
 y el Sol amigo tostarme la cara.
 Ya lo veis, y tranquilo, sin agrios desconsuelos,
 me siento aquí en el monte, sin ambiente y sin nada...
 Insistís : — ¿Y por qué? ¿Y por qué?
 — ¡Pues porque me da la gana!..

Compraventa.

Hoy he encontrado una flor en el campo.
 Hoy han traído dinero a mi mano.
 Algo he vendido por este dinero.
 Algo muy dulce en la flor he comprado.
 Chispas vendí de mi mente por oro,
 y oro la flor me reintegra en el canto.
 Mas como el oro es materia que sufre
 cambia frecuente de dueño y de mano,
 alguien dirá : «¡Soy el dueño del oro!... »
 ¡Mas sólo yo soy el dueño del canto!..

El alma ciega.

La carretera embuda el frágil automóvil.
 Yo no soy como una cosa que nada ve ni sabe.
 Mi corazón recuerda que allá, lejanamente,
 tiene una novia grave y suave.
 Estoy como si hubiera bebido alcohol, ¡Dios mío!
 ¿Ebrio de qué nostalgias? ¿De qué dolor, beodo?

Si este raudo vehículo se destroza, perezco
casi sin darme cuenta de que perece todo.

El gran poeta.

No. No. No te lo creo.
¿Cómo puedo yo ser un gran poeta
del amor y de la bondad,
si mis versos están hechos dentro de mí
y salen hacia ti
sin la menor dificultad?

Gran poeta es aquel que sabe mucho
y que vive en la urbe. Pero yo, solitario,
muchacho todavía, expansivo, rebelde,
con mi vida discreta,
con mi humilde santuario,
¿cómo puedo yo ser un gran poeta?
No lo creo, y ya ves: me he metido a notario...

El hombre dormido.

El hombre duerme sobre el banco...
El hombre gris, el hombre negro, el hombre blanco.
La Luna poetiza la figura dormida
y alarga la esquelética geometría del banco
que apresa el sueño del hombre en la vida:
del hombre gris, del hombre blanco...

Auto-limosna.

Le di una miserable limosna a un pordiosero:
se fué a la esquina, compró licor.

Le di, bien lo sabía, un vasito de ensueño
y de olvido a su dolor.

Doble limosna: me la di a mí mismo.
Sabed que el bien a los demás retorna
al alma que lo hace.

De aquel vino
también mi corazón bebió una gota!

El campo cultivado...

El campo cultivado espera la simiente.
Hombres madrugadores rebajan la pendiente.
¡Aun no ha salido el Sol, y ya es el día, hermano!
Ve, palpitante, el símbolo del corazón humano.

El dolor no ha llegado, y ya está el alma inquieta...
¿Para el presentidor, para el poeta?
No; para todo aquel que en lo infinito crea,
y en la idea de Dios edifique su idea...

La voluntad.

Yo estaba, sin saberlo en la pendiente...
(La voluntad... ¡Oh, la voluntad!...)
Tenía sed, y vi una fuente
allá abajo, en la oscuridad.
No me moví, pero una fuerza
incógnita me hizo rodar
hasta allá abajo...

Y alguien dijo:
— Qué voluntad... ¡Oh, qué voluntad!...

Yo no veré mi día.

Moriré...; pero el canto que llevo será dicho;
he venido por algo...; para algo yo he nacido.

Todavía sostengo mis luchas en silencio,
hasta el día divino de mi canto y mi verso.

Aun aúllan mastines, papagayos asordan
y voces malas cierran la puerta de la sombra.

No puede ser el canto surgido en este instante;
no hay luz bastante, ¡oh no!, no hay luz bastante
para el chorro de sombra caótica que llevo
en lo que siendo sólo corazón es un verso.

Aprestad estandartes... Yo no veré mi gloria;
¿cómo ha de ver la luz el que cosecha sombra?

Árbol soy; tengo flores. Árbol soy y fecundo;
las flores aspirad; ¡yo no veré mi fruto!...

Siento que se aproxima mi exaltación. Severo
mi espíritu comprende su íntimo universo.

Sacaré nuevos astros de las tinieblas hoscas;
alarmaré las cumbres, despertaré las sombras...

.....

Nada soy; no veré mi pura esencia mística...

Noche soy... ¿Quién el Dios?

¡Yo no veré mi día!...

Desbordamiento.

Me estoy perdiendo en oros malos,
me estoy derramando en espuma...
Y tengo minas prodigiosas,
y océanos llenos de luna.

Y tengo jardines secretos
 donde canta un silencio augusto
 la armonía sin esperanza
 de las esperanzas del mundo.

Me estoy hiriendo en el espíritu,
 y la sangre que brota es blanca
 como el libro por escribir
 que sólo conoce mi alma.

Nada diré que sea mentira;
 iré sobre la claridad
 como una espiga al viento hacia
 la eternidad.

Seré de oro y de marea;
 ¡oh minal, ¡oh lunar, ¡oh verso!, ¡oh Dios!,
 hasta donde me lleve el Destino
 o hasta donde permita Dios.

El salvador perfume.

Se quedó sola entre la hierba, herida
 por el tiro certero. En vano el hábil
 perro de caza lo olfateaba todo.
 La avecilla allá abajo, acurrucada,
 por un maravilloso mimetismo
 con la hierba, ¡oh que bien!, se confundía.
 Nada valió que el perro se esforzara
 en hociquear desesperadamente;
 no pudo hallar a la paloma herida.

.....
 ¿Cómo falló el sentido del olfato
 al dogo magistral, a tanto precio
 para esa horrible búsqueda pagado?...

¡Asesinos! Pensad que entre la hierba,
puestas por el Señor, flores había.
Flores que sirven para los altares,
para que se coronen las mujeres,
y para que los perros auxiliares
de vuestra crueldad pierdan la pista.

Como la nieve.

(A Luis Rodríguez Embil.)

Amigo: que tu mirada
plasme tu recuerdo en la nieve;
el dulce cuadro de ayer,
puro como la nieve.

La noche sola. ¡Abre los ojos!
Y luz de faro extienda tu espíritu en la nieve...
¿Ves? Sombras glisan, raudas, de luz que tiene vida;
de luz que les ha dado
tu propia vida...

Así era todo;
yo lo he sabido, blanco
como la nieve, puro
como la nieve.
Por eso se deshizo, ¡dolor tuyo, ya mío!,
¡como la nieve!...

Nadie en el trono que te enseña
tu religión particular.
¡Ínfimo trono de monarca!...

Es algo más... ¡Es algo más!...
 Imagínate nebulosas
 ultravioletas, vivas de
 propia vida, disgregándose
 hacia donde el ojo corpóreo
 no puede ver.
 Un plano que no se sospecha;
 nirvana más allá
 del que asume en las metafísicas
 descansos de la eternidad.

 ¿Llegar? ¿Llegar? ¡Qué loco anhelo!...
 Sólo lo pueden fe y amor
 hasta ese plano... Pero luego...,
 ¿es que has soñado con ser Dios?...

Gesto de sembrador.

Sembremos la dura semilla;
 reguemos con júbilo el agua;
 tiremos al viento las rosas...
 Contenta, serénese el alma.
 Vendrán los aromas futuros,
 vendrán las futuras palabras;
 sembremos el canto de ahora;
 rompamos las liras pasadas;
 rasguemos a golpe de plectro
 las cuerdas dormidas del alma.

 ¡Vendrán las cadencias futuras!
 ¡Vendrán las futuras palabras!

Castigo.

Llegué al final del negro muro. Solo,
en lo más alto y ríspido, moría
un arbusto, sin luz y sin cuidado.
Yo no pude escalar el alto muro;
yo no pude dar luz al pobre tronco,
pero elevé con humildad al Cielo
una dulce oración: «¡Dios, Tú, que puedes,
derrumba el paredón que la luz roba
al pobre arbusto moribundo.»

Luego,
después de siglos, nuevamente un día
pasé por el lugar de mis andanzas
y el árbol era gigantesco brote
de cuya rama superior pendía
el cuerpo de un ahorcado...

JOSÉ MANUEL POVEDA

Nació en Santiago de Cuba en 1888, haciendo en aquella ciudad sus primeros estudios y publicando sus primeros versos. En 1910, al fundarse *Heraldo de Cuba*, vino a la Habana, ingresando en su cuerpo de redactores, y pasando, poco después, a la revista *El Figaro*, de cuya redacción fué jefe. Durante largo tiempo el poeta llevó en nuestra capital la dificultosa vida de un profesional de la literatura, dura y angustiosa en nuestro medio. En 1917 publicó su libro *Versos precursores*, graduándose más tarde de doctor en Derecho civil en la Universidad de la Habana, y trasladándose de nuevo a su provincia natal, donde ejerce su profesión, al parecer alejado del cultivo de las letras.

Las preferencias estéticas de este poeta, señaladas suficientemente en el largo prefacio a su único libro de poemas, y las diversas y por desgracia escasas notas críticas que publicara sobre poetas dilectos — entre ellos nuestro infortunado compatriota Augusto de Armas, de quien tradujera delicadamente algunas de sus composiciones —, nos indican cuál es el camino recorrido por él, antes de llegar a producirse como lo hizo. La poesía de Poveda viene directamente del simbolismo francés. El lenguaje, de una elegancia rara y melancólica, es análogo al en que se produjeron Henri de Régnier o Stuart Merrill si escribiesen en español. Sus procedimientos son los mismos que los de los poetas afiliados a dicha escuela: individualismo hasta el exceso; abandono total

de las formas de expresión consagradas; ningún interés ante los fenómenos sociales, y marcada tendencia hacia lo raro y quintaesenciado. Creyendo, con Gustavo Kahn — otro de los autores que más han influido en la estética de Poveda —, que cada poeta debía hacerse su técnica, buscó «su ritmo propio e individual, en lugar de endosarse un uniforme cortado de antemano, que le redujera a no ser sino el discípulo de tal glorioso predecesor». Utilizó, al efecto, al lado de los procedimientos anteriormente indicados, el versolibrismo francés, adaptado a las inclinaciones de su espíritu. Al lado de las influencias indicadas, meramente formales, se podría señalar en Poveda otra más profunda: la de Jules Laforgue. En éste parece inspirada buena parte de sus poesías, en «La senda sola» y «Luna de arrabal», incluidas en nuestra selección; es visible la garra de león de aquel espíritu.

Distingan la labor de Poveda, diferente a la de la mayor parte de los poetas hispanoamericanos, las características que acabamos de señalar, y además la manera propia y personal con que trata sus temas: «La pipitaña», por ejemplo. El pesimismo de su espíritu, que lo conduce al examen de todo lo humano y todo lo divino, lo lleva a conclusiones como la expresada en «El noble cinismo»; y si trata de interrogar al alma de las cosas, forzándolas a que libren el secreto de su expresión, llega a identificarse con la cosa interrogada, transmitiendo directamente la sensación buscada: «El grito abuelo.»

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Versos precursores*, Biblioteca Martí, Manzanillo, 1917.

VERSOS PRECURSORES

Con el gesto profundamente...

Con el gesto profundamente comprensivo
de un porfirogeneta, con tranquilidad,
he afirmado la huraña vida de que vivo;
consagro mi silencio incommunicativo,
soberbio de serenidad.

Pasos sobrios y tercios que avanzan callados
hacia fines sombríos, sin saber quizás
cuál objeto secreto le muestran los hados;
pero que en la alta noche marchan obstinados
por el gozo de andar, no más.

Historia interminable, de ansia y paradoja,
cruel acortamiento, largo de contar;
mis dedos displicentes doblaron la hoja
y hoy suple sabiamente la antigua congoja
un dulce placer de olvidar.

Amores no esperados llegan a mi rostro,
y un poco subrepticios, besan al pasar;
mas ante ningún ídolo nuevo me postro;
que en medio del abrupto camino que arrostro
no tengo sitio para amar.

¡El porvenir! La nave, con la vela izada
para el viaje profundo, luego zarpará;
y bien que el horizonte no me oculte nada,
buscaré sobre el ponto la nueva alborada,
con fe en el postrer mas allá.

Y entre tanto el poema seguro y altivo,
compondré, frente al exorbitante confin;

haré arder en visiones mi verbo sativo,
y he de entonar el canto de abstruso motivo,
aun cuando ignore con qué fin.

La pipitaña.

Marsyas estaba loco de armonía,
y absorto sobre el rústico junquillo,
halló interlocutor en cada brillo,
y una contestación en cada umbría.

Al músico rural le parecía
que en medio de la noche milagrosa,
al canto de sí mismo, cada cosa
en cantos peculiares respondía.

Volvió en sí con el alba, y excitado
tembló al pensar que hubiera divulgado
las confidencias de su vida extraña;

mas le calmó el saber que en la vacía
tierra, su canto heroico solo había
podido comprender la pipitaña.

Evohé.

(Tema de Paul Fort.)

Absorto en la noche, la misericorde
creadora, brindóme su cóncavo argento;
temblaron mis labios, del vaso en el borde:
¡Evohé!, y temblando bebí el firmamento.

En éxtasis, loco minuto esperado,
profundo y fecundo en el vaso inmanente;

misterios, estrellas y orientes me ha dado
la noche en el lácteo cristal del nepente.

¡Dionysos! Desdeño las voces antiguas,
las vanas estrofas, exhaustas y exiguas,
ahora que el ánfora prócer es mía,

ahora que el cielo me eleva a su altura,
que junta a mis labios la copa futura,
y bebo, y me abraso de sed todavía.

Palabras en la noche.

Los caminantes van cruzando el suelo
tenebroso. No se les ve pasar.

Los impulsa no sabemos qué anhelo;
no sabemos si hacia el monte o el mar.

Y dialogan dulcemente en el duelo
de la marcha. ¿Dicen adónde van?
No sabemos, porque oímos un vuelo
de palabras, pero no qué dirán.

Transeúntes que conmina el acaso,
no escuchamos lo que dicen al paso,
pero ellos no enmudecen jamás;

caminantes en la ruta intangible,
se dijera que el lenguaje terrible
es un ruido de pisadas no más.

El noble cinismo.

Hermano: ya conoces bien el cieno
de que estás hecho. Subitáneamente
sorpndiste en tu idea un fondo osceno,
y en él atenta y muda una serpiente.

Propósito bien írrito ser bueno
si un corazón secreto es el pecado,
y si ese corazón palpita lleno
de impulsos de que otro te ha colmado.

Proclama tu verdad, hermano mío,
y exhibe tus vergüenzas con el frío
orgullo del que es fuerte y es leal;
orgullo del que sabe al fin que el mismo
designio es una cumbre y un abismo,
y Mal y Bien igual Necesidad.

Reliquia.

De ella tan sólo me quedó una gema,
filtro de encanto tal como ella misma;
su alma mira en los rútilos del prisma,
y su sangre patricia perla y quema.

¡Oh!, noble como ella y tan serena,
soberbia y opulenta todavía,
y en mi poder, tal como fué ella mía,
y, sin embargo, indómita y ajena.

¡Esmeralda! Quedó bien transfundida
en tu ser, la existencia tan querida,
y eres ella en su esencia y en su gracia:
clara y profunda; muda, fría y fina,
y con la verde vena bizantina
propia de una podrida aristocracia.

Dedicatoria a Mallarme.

(De Henri de Régnier.)

Aquellos, fatigados y que adoran la vida,
se apoyan en el árbol adicto que les tiende
con su flor que extasia y su fruto que espande
un destino bien fácil en la rama rendida.

Algunos, presto el ónix duro y de firme estría,
se asoman al espejo del agua, que les copia
la imagen, y así fijan en la piedra la propia
noble efigie sellada de una calma sombría.

Otros nada han dejado sino pobres pasiones,
triste zarza de escombros que prendió los crespones
de sus flores de odio sobre un íntimo abismo;
mientras que vos, maestro, frío a la vanidad
de la gloria, vais lleno de vida y de verdad
hacia el astro invisible que remonta en vos mismo.

Retiro.

Me encanta mi barriada vasta y fría,
sus calles grises de andurrial mezquino,
y el fraterno aposento donde vino
tu calma a confundirse con la mía.

Yo haría largo este vivir oscuro,
duradera esta dulce paz segura,
muy en ti, que eres toda la Natura,
muy en mí, que soy todo ensueño puro.

Vivir en comunión de carne y alma,
y del vino sensual beber en calma

la copa que nosotros conocemos;
tan lejos de los hombres, que si alguno
pregunta quienes somos, de consuno
responderán los hombres: — No sabemos.

Serenata.

Con la voz de otro tiempo, con la antigua voz pura
de las viejas jornadas sin dolor ni amargura,
vengo a darle al silencio, cerca de tu ventana,
una serenata insegura
que te recuerde otra lejana.

En pugna con la suerte, vencedor del Destino,
mil veces extraviado, recobré mi camino;
y hoy vuelvo a hacerte ofrenda de mis cantares tristes,
vaso de muerte, negro vino,
aun cuando sé que ya no existes.

¡Qué largo el tiempo desde que se abatió mi vida
sobre las propias huellas de la tuya querida!
Olvido lanzó bruma y silencio en el pasado;
mas sobre la huella perdida
ya tú ves cómo he retornado.

Cerrada, en la penumbra, muestra su visionaria
ceguera tu desierta vidriera solitaria;
pero yo sé que cuando surja el grito doliente
de mi canción extraordinaria
tú habrás de estar allí presente.

A la voz conocida tú acudirás, quién sabe,
más amante que nunca y más bella y más grave,
y exhalará mi pecho, por sobre el olvido,
una armonía sobria y suave
que solamente oirá tu oído,

Pondrás tu mano blanca entre mi mano bruna
mientras cante mi boca la canción oportuna,
y si alguien cruza entonces el sendero sombrío,
verá sólo un rayo de luna
y sentirá un poco de frío.

Julián del Casal.

(Canto élego.)

Grave campanero, nocturno mastín funerario
que atisbas el Tránsito al brillo de tu lampadario,
y doblas tus dobles con lento ademán:
dime si le viste, y dime a que oscura ribera
fué el dulce poeta precito en su marcha postrera,
Cerbero que espías a los que se van.

Aquel heresiarca fué todo de pétalo y cántico;
bardo decadente, llevó un dulce nombre romántico;
cantó en loas del bien sonatinas del mal;
loco de tristeza gimió su pesar taciturno,
flamínea en su frente la lívida luz de Saturno,
rapsoda del propio relato fatal.

Niño alucinado, previó que se iría temprano,
e indolentemente tendió hacia la sombra su mano,
cual vaso vacío del escanciador.
Murió para el gozo, que artero un callado verdugo
le puso en el vaso, tal como a los magos de Hugo,
perenne brebaje de angustia y rencor.

Le halló la alborada tallando en zafiro el espacio,
lanzando sus hojas marchitas al viento despacio,
puliendo en facetas su desilusión;
fugoso y doliente, con fuego y dolores del trópico,

torvo e intranquilo, debajo de su credo utópico,
y con sed de vicios en el corazón.

Mas vino la tarde. Nevaba, y un lírico anhelo
llevóle a otra senda, bajo otro mirífico cielo,
sobre una gran cumbre de Serenidad.

Vió egregias visiones: a Saulo en el santo camino,
y al bardo del Lacio, gozando su infausto destino,
con indefinible voluptuosidad.

Y al fin fué la noche. Satán murmuró su trisagio
y dijo el ritual. Baudelaire en monótono adagio
cantó las antífonas turbias del mal;
Volupta fué diosa; Tristeza fué goce y demencia;
fué cuerda quebrada de orgasmo y de luto Juvencia;
Saturno vertía su lumbre letal.

Abrióse una tumba. Cayó como cae una estrella
en el infinito, sin más oblación ni otra huella
que lívida estela de efímera luz.

Divino blasfemo para el que fué odiosa Natura,
no pudo en el vago Moriah donde halló sepultura
crecer una flor ni elevarse una cruz.

Grave campanero, nocturno mastín funerario
que atisbas el Tránsito al brillo de tu lampadario,
y doblas tus dobles con lento ademán:
dime si le viste, y dime a qué oscura ribera
fué el dulce poeta precito en su marcha postrera,
Cerbera que espías a los que se van.

Esfinge.

La Luna asciende lúgubre sobre la perspectiva
y los blancos senderos marchan hacia la Luna.
Ni un eco, ni un murmullo. La noche tiene una

profunda y desolada mansedumbre votiva.

Yo pulso el monocordio de mi dolor secreto
como quien ora y llora. Después alzo la frente
y miro hacia la senda letal... Calladamente,
tranquila, blanca, inmóvil, junto a un árbol escueto,

he visto erguirse la alta silueta desolada
de una mujer. Sus ojos abarcan lo infinito
y, sin embargo, es como si no miraran nada,
sus labios silenciosos tiemblan como en un grito.

¡Hermana!, digo, ¿a alguno buscas en lo lejano?
¿Qué gozo, qué saudade buscas en lontananza?
¿Qué viajero ignorado espera tu esperanza?
¿Qué viandante persigue tu dolor sobrehumano?
¡Hermana!, digo. ¡Mírame! ¡Háblame!...

Ninguna

mirada ni respuesta me da la Pensativa.

La Luna asciende lúgubre sobre la perspectiva
y los blancos senderos marchan hacia la Luna.

Luna de arrabal.

Sube ahora mismo, con cierta idiotez de sueño,
y su mal humor los grumos quiebra;
está congestionada, y tiene duro el ceño
por la ginebra.

Los borrachos festejan su presencia.
Es bestial la gente de Baco.
Le hacen la ofrenda de su insolencia
y la llenan de humo de tabaco.

Mas la Luna de arrabal es una hetaira
que conoce el negocio nocturno;
a ninguno desaira

y en la roja nariz los besa por turno.

Todo el suburbio se alegra;
suenan carcajadas en los vericuetos;
la Luna, comadre chismosa de la noche negra,
revela con gracia malignos secretos.

Sobre la plazuela toca un organillo
y parece la misma Luna quien lo toca;
retreta lunática de misterioso brillo
que a la gente plebeya vuelve medio loca.

Pero dura bien poco esta alegría.
La Luna, tal como una bruja, asciende
en su palo de escoba, y hasta tal lejanía
que su lueñe lenguaje ninguno abajo entiende.

Cada quisque busca entonces su escondrijo;
se cierran las puertas;
la policía disgrega el enredijo
de los curdas, y quedan las calles desiertas. [llanto,

Sólo Pierrot, poeta lúgubre, sucio de harina y
saca de su bandurria algún motivo fútil,
y aprovecha el momento para hacerle a la Luna
un nuevo canto inútil.

El grito abuelo.

La ancestral tajona
propaga el pánico,
verbo que detona,
tambor vesánico;
alza la tocata de siniestro encanto,
y al golpear rabioso de la pedicabra,
grita un morritmo de fiebre y de espanto,
su única palabra.

Verbo del tumulto,
lóbrega diatriba,
del remoto insulto
sílabas exclusivas.

De los tiempos vino y a los tiempos vuela;
de puños salvajes a manos espurias,
carcajada en hipo, risa que se hiela,
cánticos de injurias.

La tajona inulta
propaga el pánico;
voz de turbamulta
clamor vesánico.

Canto de la sombra, grito de la tierra,
que provoca el vértigo de la sobredanza,
redobla, convoca, trastorna y aterra,
subrepticio signo, ¡eh!, que nos alcanza,
distante e ignoto,
y de entonces yerra y aterra y soterra
seco, solo, mudo, vano, negro, roto,
grito de la tierra,
lóbrega diatriba,
del dolor remoto
sílabas exclusivas.

ORIENTACIONES DIVERSAS

(1916)

ORIENTACIONES DIVERSAS

(1916)

A la sombra del movimiento cultural anteriormente descrito, y más directamente a la del renacimiento lírico que efectúan Acosta, Boti y Poveda, levantando en nuestro medio literario, de un modo decisivo, el estandarte de las nuevas tendencias, sosteniéndolo técnicamente los dos últimos en las sendas introducciones de sus libros, auxiliados por la crítica de Max Henríquez Ureña, y quizá de algún otro espíritu avanzado, y formando parte del mismo movimiento, aparecen en nuestra Literatura, casi simultáneamente, otras figuras que si no tienen el impulso renovador de las que entre nosotros implantan definitivamente el modernismo, poseen cualidades propias y distintas, bastantes por ellas mismas para darles un relevante lugar en nuestra antología.

Entre los poetas aquí agrupados hay pocas afinidades espirituales, y se diferencian notablemente en su expresión; pero todos ellos tienen de común el uso conveniente y apropiado de las nuevas formas, la modernidad de los temas, o el modo nuevo de tratar los eternos, la inquietud propia de los tiempos que corren y una preparación superior. Nacidos todos con posterioridad al año 1890, se benefician, natural-

mente, de las nuevas corrientes culturales, adquiriendo una más rápida orientación, de modo que la carencia de cultura será entre ellos una excepción. Los que no conocen otro idioma, pueden estudiar, para su expresión, en los cánones de los maestros del modernismo hispanoamericano o en los de los poetas españoles influenciados por aquéllos, desde el gran atormentado Herrera Reissig hasta el intenso cantor del mar Atlántico y su puerto de Gran Canaria, Tomás Morales, y desde el egregio Lugones y el fraterno Carriego hasta el puro Juan Ramón Jiménez y el cordial y reflexivo Antonio Machado. La obra que produzcan estos poetas tendrá de los modelos citados; pero cada uno de ellos producirá con su personalidad propia y definida. Así, el canto de Brull, influenciado en su manera por Jiménez y por González Martínez, y en su espíritu por el impulso lírico de los grandes poetas ingleses, se producirá calladamente en forma que se acerca a la perfección, como nota Pedro Henríquez Ureña; Pichardo Moya dará notas humorísticas dentro del ambiente trágico en que concibe la vida; Ibarzábal y Roselló, poetas capitalinos, reproducirán, dentro de su manera peculiar, las complicaciones atormentadas del creciente cosmopolitanismo habanero, y la fatiga intensa de los intelectuales, aherrojados por el periodismo devorador; y María Luisa Milanés, en su retiro provinciano, dirá sentidamente la angustia de vivir que la poseía.

Junto a esos poetas debemos citar a Nemesio Ledo, fino y sugerente, cuya escasa labor no nos autoriza a traerlo a estas páginas; a Mariano Albadalejo, Enrique A. Cazade (*Cantos de amor y de olvido*), Arman-

do D. García (*Atalayas de marfil*), muerto en 1918; Sergio La Villa (*Templo*) y Paulino G. Báez, cuyas obras han sido estudiadas en 1921 por Alberto Lamar y Schweyer, junto a la labor de Agustín Acosta, Federico de Ibarzábal y otros poetas, cuyas producciones recogemos en esta antología; y al desgraciado M. Hernández Fombona, que en medio de su vida de alucinación y miseria, ha dejado notas de un intenso valor personal.

Los poetas de esta época continúan publicando en *El Figaro* y en las nuevas revistas *Gráfico*, *Social*, *Chic*, y otras de más corta vida, como *Universal* y *Actualidades*.

MIGUEL GALLIANO CANCIO

Nació en Manzanillo en 1890. Hizo sus primeros estudios en la provincia oriental, en la que ha permanecido siempre, salvo breves estancias en la capital de la República. Ha desempeñado distintos cargos administrativos en su ciudad natal, colaborando en los periódicos locales y en *El Figaro*, donde ha aparecido buena parte de su producción.

De una inspiración tierna y un poco melancólica, sin grandes inquietudes y sin preocupaciones modernas, ha encontrado su más acertada expresión en la simplicidad de los temas domésticos: la paz hogareña, el fervor conyugal, los sueños junto al hijo, la tragedia de aquella hermana muerta, serán el fondo de sus mejores cantos. En sus versos de inspiración patriótica, que con la modalidad antes expresada comparten las preferencias del autor, son escasos los aciertos y mínimo el alcance lírico de su vuelo.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Del rosal de mis sueños*, Habana, 1913. — *Ruiseñores del alma*, Biblioteca Studium, Habana, 1915. Segunda edición. Manzanillo, 1920.

Consúltese: A. Lamar Schweyer, *Los Contemporáneos*, Habana, 1921.

DEL ROSAL DE MIS SUEÑOS

Nada como el consuelo...

Nada como el consuelo
de ser bueno y ser franco
para ver, a lo lejos, más azul nuestro cielo
y el sendero más blanco.

Los años que han pasado
lanzan nuestros recuerdos al soplo del olvido...
Poeta, sé rebelde y deja reflejado
en tus versos lo mucho que has soñado y sufrido.

En las noches de ensueños,
en las noches serenas,
suelta al aire las blancas palomas de tus sueños
y recuerda tus penas.

Ten piedad para aquellos
tus más tristes amores...
Poeta : para ellos,
de tu rosa sublime, las más fragantes flores.

Nada como el consuelo
de ser bueno y ser franco
para ver, a lo lejos, más azul nuestro cielo
y el sendero más blanco...

¡Bendita madre!

¡Dolor, buen Padre, hiere mi pecho;
que oculta pena mi dolor taladre!...

¡Dolor, buen Padre,
hiere mi pecho!

¡Hermana Angustia, yo te bendigo;
a tu conjuro, mi fe se mustia!...

¡Hermana Angustia,
yo te bendigo!

¡Maga Esperanza, corta mi vida,
como los duelos de la asechanza!...

¡Maga Esperanza,
corta mi vida!

Cuando me asestan fuertes saetazos
que el alma hieren con saña impía,
más me protegen tus fuertes brazos.

¡Bendita Madre Melancolia!

RUISEÑORES DEL ALMA

Elegía de la hermana.

Y flores y rezos
y lágrimas,
y, en el horizonte,
una estrella blanca...
Eso fué su muerte...

El alma interroga, suspira... Se torna
plegaria
y asciende a la altura
como leve ala
de incienso...

¡Dios que nos amparas,
mira que es horrible
desgracia!...

Lucero
de plata

divino, ¿qué soplo de brisa
se llevó a la hermana
ingenua,
por áureas escalas,
a ser luz de estrella en el cielo,
recuerdo en el alma,
y en las frondas, música,
fragancia,
latido?...

Ella, que soñaba
un hijo en sus brazos
para bendecirlo con la dulce y santa
piedad de sus besos,
no para que fuera cual leve crisálida
de sol y de armiño
que a lo alto volara...

Un hijo,
fruto de sus esperanzas
y amores,
rosa de su rama
y altar de su encanto...

¡Dios que nos amparas,
mira que es horrible
desgracia!...

¡Vivir para esol...,
dirían sus labios de santa,
mientras, implacables,
en ruelas de penas, las desesperanzas
hilaban, dolientes, duelos y elegías
de angustias y lágrimas...

¡La muerte,
qué trágical...

Dormir en la sombra el sueño sin sueño
de la noche larga,
donde sólo arriban,
cual sacras
palomas, salmos de campanas devotas...
¡Dios que nos amparas,
mira que es horrible
desgracia!...

Los Reyes Magos.

Vienen los Reyes Magos, sueña el niño impaciente,
y escucha un largo beso maternal en su frente.
Evangélicamente evoco los tesoros
y vibra la armonía de cánticos sonoros...
Vienen los Reyes Mayos, cual las hadas aquellas,
de los cuentos ingenuos, por senderos de estrellas,
bajo el manto del cielo y el penacho de una
aurora iluminada por un rayo de luna...

EL NIÑO

Si vendrán aprisa,
si vendrán despacio,
si un soplo de brisa
destruye el palacio...
Si serán de rosas,
si serán de palos
las santas carrozas
que traen los regalos...
Si una bruja pasa
y les hace estragos...

¡Si hallarán mi casa
los tres Reyes Magos!

Vienen los Reyes Magos, dice el niño rendido,
y el buen ángel custodio lo contempla dormido;
y están graciosamente sobre los almohadones
sus zapatitos blancos como las ilusiones...

Junto a un altar las rosas rezan sus oraciones
y el regazo está ungido de francas bendiciones.
¡Oh la paz, el amor y el profundo cariño
con que adora a los Reyes la inocencia del niño!

MARIANO BRULL

Nació en Camagüey en 1891. Muy niño fué trasladado a España, de donde volvió adolescente a su ciudad natal, estudiando allí segunda enseñanza y publicando en revistas locales sus primeros versos. Alcanzó el grado de doctor en Derecho civil en la Universidad de la Habana. En 1916 publicó su libro *La casa del silencio*. Ingresó en la carrera diplomática, desempeñando el cargo de secretario de Legación en los Estados Unidos de Norteamérica, donde entró en relaciones fecundas con algunos literatos norteamericanos: Joyce Kilmer, Thomas Walsh y el poeta centroamericano Salomón de la Selva, que, como es sabido, comenzó su carrera literaria escribiendo en inglés. Ha estado después en Lima ocupando análogo cargo, y allí dedicó parte de sus actividades a la Editorial Euforion, formando parte de la redacción del *Mercurio Peruano*. Actualmente reside en Bruselas.

La unción y el tono de recogimiento caracterizan el verso de este poeta, en el que es obvia una inspiración delicada y profunda, puesta casi siempre al servicio de un subjetivismo amable. Trazará normas espirituales o ennoblecerá la trascendencia de la vida, y el dato anímico será un *leit-motiv* en su obra. Las palabras habrán de tener la levedad necesaria para sugerirnos, por correspondencia, el temblor apresado en el verso. No perseguirá por eso innovaciones métricas ni audacias formales: le bastará con el fondo de meditación que hay en su obra, de la más alta aristocracia, por ser la expresión

serena de un pensamiento filosófico y delicado. En la obra primera de este poeta, recogida en su único libro *La casa del silencio*, es evidente la analogía formal con la obra de Enrique González Martínez, a quien, sin embargo, no puede decirse que imita: el tono lírico y el «color emocional» son distintos. Influencia más notoria ha ejercido sobre el poeta parte de la obra de Juan Ramón Jiménez, y los líricos ingleses, especialmente Dante Gabriel Rosseti, al que ha estudiado con provecho, traduciendo algunos de sus magistrales sonetos en versos castellanos, que son también obras acabadas de concisión y profundidad. En la obra posterior, dándose cuenta del peligro de agotamiento que encierra el subjetivismo, Mariano Brull ha buscado la inspiración en las cosas exteriores, en las que al mismo tiempo halla pretexto para expresar su fina ideología.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *La casa del silencio*. Introducción de Pedro Henríquez Ureña. Imp. de M. García y Galo Sáez, Madrid, 1916.

Consúltese: Félix Lizaso, *La casa del silencio*, *El Fíguro*, abril, 1917.

LA CASA DEL SILENCIO

Retorno.

Vienes crepuscular. Tras la ventana
la vaga sombra nocturnal descende,
mientras la estrella de la tarde enciende
su buena lucecita cotidiana.

Es como un alma, de la tuya hermana,
que a los jardines del Señor trasciende
y trasmonta la Tierra, hasta que prende,
en la noche del Cielo, la mañana.

Tras de tus pasos, la auroral sonrisa.
Y tras tu vida, la benigna brisa
que oreó el camino de la edad florida.

Y vuelves, cuando el Sol apenas arde,
nimbado por la estrella de la tarde,
que parece la estrella de tu vida.

La buena canción.

Siempre pensativo voy por el sendero,
con el alma suspensa de un sueño
que vino y se fué...

Y al pasar absorto, me dice, muy quedo,
la voz de la vida: Tu sueño seré.

Si me miran tus ojos cansados
de ver lo invisible, seré tu ilusión;
gozarás de verme siempre placentera
y siempre cantando la buena canción.

Si me escuchas gorjear en la fronda,
tu oído que absorbe la música astral,
oirás la alegría cantar en la onda
que viene de lejos, cantando,
y cantando se va...

Si me sientes treinar en el suelo,
latir de ardimiento como un corazón,
huirán tus congojas. Volverás del cielo
tus ojos, nublados por nueva emoción.
Si me miran tus ojos cansados

y escuchas mi voz;
si me sientes tremer en el suelo,
latir de ardimiento como un corazón,
cerrando los ojos, mirarás al cielo,
y oirás, en silencio,
que viene de arriba la buena canción.

Por la escondida senda.

Si perdiste el camino en la larga jornada
vuelve a ti, que tú eres el camino de todo,
y lanza a todas partes la luz de tu mirada
como la estrella: siempre benigna, aun para el lodo...

Vuelve a ti con sigilo y amable suavidad
hacia tus olvidados caminos interiores;
irás sonoramente lleno de soledad
por la escondida senda que ansiaron tus mayores.

No dejes que el camino que conduce a ti mismo
olvide de tus pasos el amigable son.
Quizá te perderías en el oscuro abismo
que encierra, misterioso, tu propio corazón.

Sigue llena de gracia por la senda escondida;
el anhelo suspenso de un ignorado fin.
Mas no desprecies nunca la fiesta que la vida,
en formas y colores, celebra en tu jardín.

Deja en tu propio amor ahogarse el egoísmo,
no olvides que las flores florecen para ti;
que si todo es distinto, todo es también lo mismo,
y mi amor y tu amor son uno para mí.

Pax anima.

Señor, por el camino que conduce a la muerte,
llevo tal pesadumbre letal en la jornada,
que, presa de cansancio senil, el alma fuerte
busca el sumo reposo, la quietud de la nada.

En mis pasados días jamás pudo la suerte
darme tranquilas horas de vida sosegada.
¿Dónde encontrar el yermo páramo de lo inerte?
¿Dónde mi árido sueño encontrará posada?

¿Habrá sobre los mares, habrá sobre la Tierra
un lugar de descanso donde en continua guerra
no se viva y se muera en ambición tenaz?

Señor de los dolores, Señor de la tristeza,
¡decidme dónde pueda reclinar mi cabeza;
decidme dónde encuentre un refugio de paz!

Soneto de Otoño.

Yo adoro en el Otoño la expresión transitoria
que llena los jardines de gracia pensativa,
y en que el gentil donaire del aura migratoria
idealiza el ambiente con una unción votiva.

Si ha muerto ya el Estío, su muerte es ilusoria;
aun mora en la floresta como alma sensitiva:
viviendo el apogeo de una doliente gloria,
llenando los jardines de gracia pensativa.

Yo adoro la expresión rojiza, que en la fronda
remeda, persistente, la pasajera onda
de luz crepuscular con su melancolía,
y la hora exquisita de suprema belleza

donde, en nupcial momento de sagrada tristeza,
se funde en el Otoño la tarde en agonía...

Un hombre.

Tú fuiste de los dioses bien amado;
una eclosión floreal hubo en tu día..;
pasaste, en la asechanza del pecado,
libre, escuchando tu propia armonía.

Hiciste realidad de lo soñado
en tu mundo de amor y poesía.
¡Qué buen dolor y qué benigno hado
sombreó tu frente de melancolía!

Tu vida la llenó lo incontrastable:
la paz del lago y la bondad del Cielo
no tuvieron misterio más amable.

Y, siempre firme en el peñón del vuelo,
fuiste como un camino innumerable
suspendido en la estrella del anhelo.

Yo me voy a la mar de junio...

Yo me voy a la mar de junio,
a la mar de junio, niña.
Lunes. Hay sol. Novilunio.
Yo me voy a la mar, niña.
A la mar canto llano del viejo
Palestrina.

— Portada añil y púrpura
con caracoles de nubes blancas
y olitas enlazadas en fuga.
A la mar, ceñidor claro.

A la mar, lección expresiva
de geometría clásica.
Carrera de líneas en fuga
de la prisión de los poliedros
a la libertad de las parábolas.
— Como la vió Picasso el dorio—.
Todavía en la pendiente del alma
descendiendo por el plano inclinado.
A la mar bárbara, ya sometida
al imperio de helenos y galos;
no en paz romana esclava,
con todos los deseos alerta:
grito en la flauta apolínea.
Yo me voy a la mar de junio,
a la mar, niña,
por sal, saladita...

¡Qué dulce!

Canción.

Canción es la alegría de las alas
que al cielo blando se entregó en el viento
temblando bajo el velo de sus galas
en la huída, incansable, del momento.

Tus alas son las únicas escalas
tendidas hacia el mar, fugaz contento
para la melodía que tú exhalas
el mármol musical del firmamento.

Y en júbilo o cuitada mansedumbre
yerra en la aurora o en la tarda lumbre
o juega con las brumas a lo lejos.

Como ave subes, como llama asciendes,

canción que, sin saberlo, el vuelo emprendes,
¡Ala sin ave, llama sin reflejos!

In memoriam.

(Francisco José Castellanos.)

El que nació para amar,
el que vivió por amor,
tuvo estación de azahar
y manzanitas de olor.

Y era todo para él,
todo cuanto el cielo cubre;
y las campanas de miel
que florecen en octubre.

Tuvo su vida azorada,
como un pájaro en un pino;
alta el ala y alto el trino,
y alta, en lo azul, la mirada.

Y tuvo mar, tuvo bruma
como trémula aureola,
y su corazón fué espuma
cabalgando en una ola.

Miró adonde nadie alcanza;
fincó la planta en el suelo,
y fatigó la esperanza
con la altura de su vuelo.

Epitafio.

Se apagó en el regazo de la tierra
su dolor turbio y su alegría clara:

goce auroral que trepidante encierra
de un mar lunar la melodía rara.

Quedó sin luz la antorcha sobre el ara:
la apagó el viento.

— La canción aun yerra
como una llama de alegría clara
que turba el soplo agrio de la tierra.

Ya se derramará como obra plena...

Ya se derramará como obra plena
toda de mí, ¡alma de un solo acento!,
múltiple en voz que ordena y desordena
trémula, al borde, del huir del viento.

Y he de hallarme de nuevo, ¡todo mío!,
disperso en mí, con la palabra sola,
dulce, de tierra húmeda en rocío,
blanco en la espuma de mi propia ola.

Y el impetu que enfrena y desenfrena,
ya sin espera, todo en el momento,
y aquí y allí, esclavo sin cadena,
y libre en la prisión del firmamento.

En medio del camino.

Él tenía el camino y el índice de luz que señala el
[Destino;
yo era sólo una angustia en medio del camino.

Y sentía la llama lustral de la pureza
arder sobre el carbón que era mi carne opresa.

Y esperaba el instante del renacer. El alba
de un hora que descubre la eternidad que salva.

Punzábame la vida una virtud alcanzada y olvidada:
el goce no vivido de tanto presentido;
el dolor que se aguarda y en llegar se retarda;
la angustia de encontrar lo que quería hallar.

Y al fin: ¿por qué senderos perdidos me perdí,
y vime entre las ruinas de lo que nunca fui?

Polvo de estrella.

Ceniza de cielo, luz,
dádiva de estrella loca
para la tierra.

— Cada

tan apretada a la noche.

Ceniza viviente, lúcida,
muerta en la cruz de mis dedos.
Polvo de estrella en mi mano,
negro cadáver de luz.

La lluvia.

Empapada de su carne
aquí está la lluvia hermana;
por el aire viene, y viene
hechesita un mar de lágrimas.

Llama:

Y nadie le abre la puerta.

Canta:

Todos cierran las ventanas.
La vi corriendo, corriendo
caminito de mi casa;
lloraba, con tanto lloro,

que me ha dado lástima.

¡Ábrele a la lluvia

que viene mojada!

Por las calles se la llevan
ya muerta, en el agua, agua
al mar, la que tuvo un trono
y un reino, claro en el aire.

Mi eternidad...

Mi eternidad y el mar.

Mi eternidad y la estrella.

Mi eternidad, niño

mar, mar niño,

¡hijo mío!

— ¡Padre mar!

GUSTAVO SANCHEZ GALARRAGA

Nació en la Habana en 1892. Estudió primeras letras y algunas asignaturas del bachillerato en el Colegio de Belén. A los catorce años publicó su primera composición poética en *El Mundo*, periódico de esta capital. Desde 1915, en que concurre a los Juegos florales de Güines hasta nuestros días, la carrera literaria de este poeta se traduce en una serie de triunfos fáciles y populares. Ha viajado algo por los Estados Unidos y por Europa.

Su primer libro de versos, *La fuente matinal*, publicado en 1915, pudo señalarlo como una verdadera promesa. En él se encontraban ya las notas características de su poesía, que marcaron después la orientación definitiva del poeta: musicalidad y sentimentalismo. En su obra posterior, abundantísima, rara vez ha podido superar el conjunto de aquel su primer libro, en el que por lo menos se presagaban más altos rumbos, hecho que quizá se deba a la prodigalidad con que este poeta se ha prestado a celebrar en sus versos los más disímiles acontecimientos, fechas y personajes, llevando a algunos críticos a llamarle, mercedamente, poeta de circunstancias. La orientación fácil en que Galarraga se ha refugiado, tras la musicalidad y el sentimentalismo, seguramente envenecido con el triunfo gratuito natural a la índole de su poesía, oscurece y anula sus indiscutibles dones líricos, y neutraliza el ansia de superación que debe alentar en todo poeta genuino.

Un examen ligero de dos de sus libros más recientes

— *Momentos líricos y Glosas del camino* — nos permitirá confirmar nuestras aseveraciones, con sólo señalar algunas de las faltas de sentido y errores de toda clase en que incurre, imperdonables en cualquier poeta de mediana cultura. En el soneto «A Don Quijote», hablando de sus empresas, dice:

y en castillos *tornando* los molinos,

cuando Don Quijote lo que hacía era tomar por gigantes los molinos, que es lo que habrá leído el poeta.

En el «Soneto a Dios», que pretende encerrar su filosofía:

Yo marché por el cauce de mi destino duro,

se manifiesta de modo absoluto el abrumador descuido o la ignorancia original del poeta, cuando en el primer cuarteto dice:

¡Yo en todo lo que hice, hasta en lo más impuro,
obedecí al *impulso fatal de mi albedrío!*

haciendo correlativos dos conceptos tan contradictorios, como que son los dos opuestos impulsos a que los hombres atribuyen sus acciones.

Las faltas de sentido son tan abundantes, que rara será la composición en que no sea posible señalar alguna. En el soneto «Bajorrelieve egipcio», del *Poema de Oriente*:

Frente a la dulce sombra de una higuera
.....
me tiendo...

En «Visión hebrea», del mismo poema:

Cuando sientas que el sol ya no *chispea*,
llamaré a los *umbrales de tu puerto*,
con el cabello lóbrego cubierto
del *ajófar* que la noche gotea.

Y en «La Cruz»:

Y la buena crucecita
 acaso anhela decir:
duerme siempre como ahora,
mirándome mucho: así...

El abuso de los adjetivos es casi constante, de tal manera que en algunas estrofas, como la primera de «Pastoral», se cuentan hasta cinco. Las más de las veces esos adjetivos, y en otras ocasiones los adverbios, están al final del verso, sólo en busca del consonante. Prescindiremos también de apuntar los casos frecuentísimos de adjetivos inadecuados.

En el orden gramatical, las faltas de concordancia son de idéntico modo abundantes:

Yo soy un corazón que *amo* y *espero*.
 («Al pasar.»)

Después cerró su ventana,
 y cerrada, la *besó*,
 la plata azul de la Luna
 y el oro rojo del Sol.
 («Romance de Blanca Flor.»)

En lo que concierne al mal uso de las preposiciones, las citas serían interminables. Señalaremos algunos casos:

que la última visión que *sobre* el lecho
 se proyecte en mis ojos inseguros.
 («La canción del regreso», V.)

y *entre* rojas arenas calcinadas,
 ¡el rostro impenetrable de la Esfinge!...
 («Bajorrelieve egipcio.»)

ceñida *en* piedras tu marmórea frente
 («El poema de Oriente», VI.)

Es posible hallar en la obra del poeta, sin embargo, composiciones verdaderamente antológicas, como las que incluimos en este libro. En ellas llega a una notable intensidad lírica, lo que prueba que el poeta tiene innegables facultades, aunque perjudicadas por una excesiva y fácil producción.

BIBLIOGRAFÍA

OBRA POÉTICAS. — *La fuente matinal*. Prólogo de J. M. Chacón y Calvo, Habana, 1915. — *Lámpara votiva* (poema), Habana, 1916. — *La barca sonora*, Habana, 1917. — *El jardín de Margarita*, Habana, 1917. — *Copos de sueño*, Habana, 1918. — *Motivos sentimentales*, Habana, 1919. — *Excelsior* (poema), Habana, 1919. — *Glosas del camino*, Habana, 1920. — *Momentos líricos*, Habana, 1920. — *Recojimiento*, Habana, 1920. — *Cromos callejeros*, Habana, 1920. — *Cancionero de la vida*, Habana, 1920. — *La copa amarga*, Habana, 1920. — *Música triste*, Habana, 1920. — *Flores de agua*, Habana, 1921. — *Cancionero de la vida*, Habana, 1922. — *El remanso de las lágrimas*, Habana, 1922. — *Oblación*, Habana, 1922. — *Triptico heroico*, Habana, 1923. — *Mina ardiente*, Habana, 1923. — *Cancionero español*, Habana, 1923. — *Humo azul*, Habana, 1923. Además cinco tomos de teatro y varios opúsculos de crítica varia.

Consúltese: José Elías Entralgo, *Perfiles*, Habana, 1923. A. Lamar Schweyer, *Los Contemporáneos*, Habana, 1921. Isidro Méndez, *Un poeta musical*, Habana, 1922 (edición privada). — A. Rey Soto, *Conferencia sobre G. S. G. (Diarrio de la Marina)*, Habana, 1922.

LA FUENTE MATINAL

La noche ciega.

Mi vista fatigada se ha tendido
por la llanura inmensa... Miro al cielo,
y es un profundo y misterioso velo
a cuya sombra el mundo se ha dormido.

¿Líneas? ¿Colores? Se ha desvanecido
cuanto la claridad doró en su vuelo,
y hasta la blanca cinta de un riachuelo
en la densa tiniebla se ha fundido.

No hay fulgor en las lóbregas alturas
que vierta un rayo luminoso y puro.
Se han desatado todas las negruras.

Implora el corazón... La luz no llega...
Sombra, sombra no más... Todo está oscuro...
¡Lumbre, Señor, para la noche ciega!

EL JARDÍN DE MARGARITA

Meditación.

Yo no sé si hay un alma misteriosa
en todo ser; pero la voz arcana
del corazón me grita : cada cosa
pide un poco de amor...

La gota enana
que filtra el muro, que manchó la hiedra;
el árbol secular que da al viajero

música, sombra y paz;
la tosca piedra
que hizo temblar tu pie sobre el sendero;
el Sol, la fiera, el céfiro, la rosa,
el ruiseñor de líricas escalas,
hasta la linda y tenue mariposa
que sacude un crepúsculo en sus alas,
todo demanda amor, y todo sella
una súplica unciosa, eterna y santa,
que desde el polvo oscuro se levanta
hasta el fleco lejano de la estrella.

Como reparte el vencedor su palma,
pon, hermano, con ansia fervorosa,
el alma de tu amor en cada cosa,
y en cada cosa encontrarás un alma.

COPOS DE SUEÑO

A un árbol.

Árbol que sobre el polvo del sendero
te yergues impasible, ¡quién pudicra
ser como tú!

La dulce Primavera
te cubrió con su toldo pasajero,
y tú viste crecer serenamente
su trémulo verdor.

Ora el Otoño
tu fronda pone amarillenta y roja,
tu piel azota y quema tu retoño;
pero tu corazón, que nada siente,

verá caer su fronda, indiferente,
y llevarse el turbión hoja tras hoja.

¡Ay!, ¡si yo fuera como tú!... Mi alma,
con insomne inquietud, arde, y se agita,
y sufre, y sueña, sin gozar la calma
que en tu inefable majestad palpita.

Y cuando el blanco firmamento moja
con sus copos los céspedes, y nieva,
no sé mirar, sin ansia y sin congoja,
la ráfaga traidora que me lleva
en su loco turbión, hoja tras hoja.

Ya estoy enfermo de inquietud, y anhelo
bajo tu sombra azul dormir un poco,
sin amor, sin dolor, sin aquel loco
afán que me llenó de desconsuelo.

Dame tu inmóvil placidez; derrama
tu agua de paz sobre la fiera llama
de mi loca ansiedad, y en mi destino
pon tu serenidad mansa y clemente,
buen árbol otoñal que, indiferente,
te yergues sobre el polvo del camino.

GLOSAS DEL CAMINO

Horas.

El niño lloraba...

¡Eran las cinco
de la alborada!

El niño se enferma...

¡Cálido vaho
lanza la tierra!

El niño se ha muerto...
¡Bajo las nubes
el Sol se ha puesto!

Tricólogo.

Si el amor que en el aire has vertido,
por un negro y amargo avatar,
ves en odio y rencor convertido :
Ama siempre... La vida es amar...

Si después que cavaste en la arena
y erigiste en el viento, tu ser
al hastío feroz se encadena :
Cree siempre... La vida es creer...

Aunque el fruto que dé tu sembrado
no lo pueda tu mano cortar,
y otro coja lo que has cultivado :
Siembra siempre... La vida es sembrar...

Es sembrar,
es creer
y es amar...

FELIPE PICHARDO MOYA

Nació en Camaguey en 1892. Cursó bachillerato en el Instituto de la Habana, graduándose de abogado. En 1917 se trasladó a su provincia natal, donde vive en el ejercicio de su profesión. Por el año 1910 se publicaron sus primeras composiciones en la página literaria del diario *Cuba*, que dirigía José Ramón Villaverde. Por aquella misma fecha, con José María Chacón, Luis A. Baralt y otros compañeros de bachillerato, fundó la Sociedad Filomática, en la que ofrecieron conferencias y estudios, fruto de investigaciones y aprendizajes. Ha colaborado en las mejores revistas y ha sido jefe de Redacción de *Gráfico*.

No obstante haber producido muy poco, ha sido uno de los poetas más combatidos, principalmente en su iniciación, por nuestra crítica retrasada. En composiciones como el soneto «La amiga muerta», que dió lugar a los ataques más rudos, Pichardo Moya se revelaba poseedor de una técnica muy moderna, que desconcertaba así a los viejos rimadores como a los críticos avezados a las antiguas rutinas. Hoy se le reconoce unánimemente, por la elegancia y la maestría de su verso tanto como por sus dotes de renovador, un puesto indiscutible entre nuestros mejores líricos modernos.

Producto de una sensibilidad muy nueva, sobre la que actúan las influencias decisivas de Darío y de Valle Inclán, el verso de este poeta reúne las más disímiles características: arbitrariedad desconcertante, que se justi-

fica por el propio mérito; humorismo un poco macabro, pero inofensivo; procedimiento directo que prescinde de la imagen. El encanto de esta poesía está en saber dar, con una exactitud un poco cómica, una proyección de sus concepciones e inquietudes, valiéndose, simbólicamente, de signos materiales. Por lo general, el modernismo está, no en el tema, sino en el modo de tratarlo, con un procedimiento que parece un poco irrespetuoso, como si usáramos de lo irreverente para matar nuestro fondo de romanticismo. La llaneza del verso, que se desenvuelve sin complicaciones, armoniza con los temas preferidos por el poeta: las viejas cosas familiares, olientes a la humedad de los tiempos, de las que se desprende cierto olor romántico que es necesario desvanecer, aniquilándolo. En sus últimas composiciones, de mayor aliento, se marca más fuertemente la personalidad de este poeta, revelándose con dotes como la brillantez en tono mayor, en «Espejo de morenas», y el aliento de gigante en el soberbio «Poema de los cañaverales», que condensa el espíritu de nuestras epopeyas, la poesía de nuestros campos y el ideal de nuestros corazones.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *La ciudad de los espejos*, Imp. Gutenberg, Camagüey, 1925.

La amiga muerta.

Aquí, bajo esta losa, está su cuerpo. Breve
fué su vida, a manera de una vida de rosa.
Murió tranquilamente una noche lluviosa:
veintiocho de agosto del novecientos nueve.

Me acuerdo de ella cuando constantemente llueve,
y de su noche última, tan larga y angustiosa :
Una fiebre que sube... Un sudor... Una cosa...
El cura... ¡Y una vida que se deshoja level!

Así murió a mediados de una larga semana,
y la enterramos un viernes por la mañana:
Aún llovía. Era un húmedo tiempo de luna nueva.

Dijimos todos : «¡Nunca, nunca la olvidaremos!
¡Tan buena como era...!» Y para que hoy pensemos
en su vida y su muerte, es preciso que llueva.

Quisiera ser un viejo...

Quisiera ser un viejo, joven en la memoria
de alguna viejecita que enamoré hace años,
y que cuenta a sus nietos una historia
de un hombre que le dió mil desengaños.

Iría a ver los nietos de mis amigos, y,
«¡Abuelo!», me dirían, en pago de bombones,
y les diré las cosas que yo vi,
para asombrar sus tiernos corazones.

La barba todo el pecho me ungiría de plata,
y al andar, temblaría en son de cataclismo;
mi risa sería una catarata
ahogándose en el fondo de un abismo.

Las mujeres sabrían que antaño fui galante,
amigo de teatros, tiples y bailarinas,
y que todo perdí por una amante
de miradas amables y felinas.

Y una tarde de invierno moriré solitario,
mientras la viejecita, ignorando mi suerte,

desgranará las cuentas de un rosario
por las almas que gozan de la Muerte...

Los novios.

Tienen miedo casarse. La vida los aterra.
Sus familias perdieron su peculio en la guerra,
y entre las estrecheces de sus puros amores
viven con la esperanza de otros tiempos mejores.

Sus padres los adoran. ¿Cuándo se casarán?
¡Suben los alquileres y está tan caro el pan!

Y en tanto van los años pasando como una
caravana de sueños por un claro de luna.

Y confianza a confianza ocurre la caída :

¡Tiene tantas sorpresas esta hipócrita vida!
Piensan en el pasado y en el dolor futuro...

Y se preguntan todos : ¿Cuándo se casarán?
¡Es tan duro el camino de la vida..., tan duro!
¡Suben los alquileres y está tan caro el pan!

Egoísmo.

Erente al brutal delirio de la ciudad moderna,
haciendo un haz de esfuerzos de mi debilidad,
elevo a mi capricho una ciudad interna,
libre de toda actividad.

Único ciudadano de esta ciudad modelo,
no obedezco ninguna sabia legislación :
puedo decir mi tierra, mi luz, mi sol, mi cielo
y oír ritmar mi corazón.

Y así lo escucho siempre, por ser su isocronía
la única voz que rompe mi serena quietud.

Y vivo en el perenne temor de que algún día
hagan un dúo a su virtud.

Y tenga que ser doble y compartir mi calma;
¡no ser, como antes era, moderno Robinsón!
¡Sentir al extranjero que penetra en mi alma
y que comparte mi ilusión!

La calle antigua.

Esta calle es del tiempo de la colonia. Un viejo
corregidor, que tuvo aquí mismo una casa,
hizo que su trazado lo aprobase el Consejo,
quien para su empedrado cedió una suma escasa.

Lo encargaron a él mismo de su honrado manejo,
y así toda su cuadra tiene la acera rasa
y las piedras pulidas, limpias como un espejo :
es el lugar del pueblo por donde más se pasa.

Y todo el que transita por el lugar sonríe;
una sonrisa irónica que su sorna deslie,
y lee, allá en la esquina, un buen nombre burgués :

El del corregidor que la trazó. Después
cruza frente a la casa en que vivió y saluda
al hijo, que del Sol en su portal se escuda.

El poema de los cañaverales.

I

¡Oh rubia cabellera de los cañaverales
que llenáis de esperanzas la desnuda extensión;
desde mi ciudad, loca por las fiebres actuales,
os traigo mi canción!

II

Si fueron los insurrectos
invasores de maniguas
en las edades antiguas,
buscando tiempos más rectos,
ahora, en otros aspectos,
y tras penosas campañas,
sois invasores de extrañas
tierras vírgenes de amor :
¡Y vibra el himno invasor
en el vaivén de las cañas!

III

Cañaverales : vuestras mareas de esperanzas
inundan las maniguas y la loma y el llano,
y poco a poco alzáis al cielo vuestras lanzas
desde el pueblo naciente hasta el confín lejano.

Mientras corren los trenes ciegamente veloces,
llena todo el paisaje vuestro mar de esmeralda :
¡Cañas viejas, crecidas; cañas nuevas, precoces;
cañas hacia los lados y al frente y a la espalda!

IV

Como tropel de lanzas
ante la vista absorta,
toda extensión es corta
para vuestras andanzas,
y tras penosas crianzas

inunda vuestro coro
la sabana, y sonoro
viento os mece y complace,
y, amable, el Sol os hace
un océano de oro.

V

La India os vió nacer. Sus arrozales
fueron vuestros hermanos. Mucho antes
de venir a estas tierras tropicales,
tras vosotros pasaron los rumiantes
y velaron, quizás, los tigres reales,
e iban los rebaños de elefantes
paciendo sobre los cañaverales
en las penosas siestas asfixiantes.

Mas, dejando la Patria, vuestras lanzas
conquistaron las islas que los mares
circundan con sus grandes esperanzas :

Por Chipre, por Sicilia y por Madera
vinisteis a buscar nuestros palmares
para adornos de vuestra cabellera...

VI

¡Sangre de África! ¡Sangre acaso
de venas reales! ¡Terror
del *kral*, donde la tribu,
abandonada de su Dios,
fué capturada en una razzia
del portugués o el español...
Cadena viva que a la costa

se arrastra desde el interior,
atravesando los boscajes
y los desiertos bajo el Sol;
caravana de los esclavos,
negro rosario de dolor,
riqueza viva del negrero
camino de la exportación!
¡Ganado humano amontonado
en las bodegas y el pañol
y travesía inacabable,
vivos y muertos en montón!..
¡Sangre acaso de venas nobles,
voces que mandaron! ¡Terror
junto a los cortes de las cañas
desde que el alba floreció!
Carne nostálgica de algo
que allá en la Patria se quedó :
Rezos misteriosos y rezos
contra la cólera de Dios.
Vida acabada a latigazos
bajo la crueldad del Sol :
¡Mancha de sangre, patrimonio
de una y otra generación!
¡Sangre acaso de negros reyes!
¡Cabezas veneradas! Terror
en los trapiches de madera,
debajo del látigo feroz...
Quejas en lenguas primitivas,
ruegos, quizás, que nadie oyó...
¡Agonía de la molienda,
hecha de sangre y de sudor!
¡Todo eso lo sabéis vosotros,

cañaverales! Bajo el sol
oísteis cantar a los esclavos
extraños cantos de dolor,
cuentos de la tierra lejana,
donde la madre se quedó
en una lengua misteriosa
que el blanco nunca conoció.
Todo eso lo sabéis vosotras,
¡oh, cañas dulces! Y así por
eso tenéis manchas de sangre
algunas veces, y así son
vuestros murmullos a la brisa,
¡rezos que ruegan el perdón!

VII

Desde remotos tiempos sobre nuestra sabana
veláis tal como una severa infantería.
El Sol os ve al nacer, y en la heredad lejana
ve también vuestras lanzas cuando se muere el día.

Visteis el alba rosa de la epopeya antigua
de aquellos cabecillas de cotal donaire...
Os invadió en diez años de guerra la manigua
y temblasteis de gozo por el grito de Baire.

Y mil veces, de adentro de vuestro campo erecto,
al desfilar sonoro de la tropa española,
surgiera el inquietante tiroteo insurrecto,
y entre ambos campos luego pusierais ígnea ola.

¡Por la Patria irredenta ofrendasteis la vida!
¡Vuestras llamas ardientes una noche, quizás,
salpicaron de sangre la silueta fornida
del invasor, y el fuego la agigantaba más!

¡Vuestras grises cenizas anunciaron de lejos
la triunfante llegada de la heroica invasión;
de tus vivos incendios, temiendo los reflejos,
en las viejas ciudades se acorraló el león!

Yo os amo. Os respeto. Vuestras líricas lanzas
se elevan hacia el cielo velando por nosotros...
¡Sois como un mar profundo, océano de esperanzas,
y por la Patria nuestra padecisteis vosotros!

VIII

¡Mar de esmeraldas, verde mar,
creciendo siempre más y más;
siembras veladas con afán
y con celo paternal!
¡Os extendisteis en la paz
por la sabana y más allá,
en donde estuvo el manigual,
en donde se llegó a afirmar
que no habría siembras jamás!
¡Así crecisteis en la paz,
mar de esmeraldas, verde mar!

LX

Máquinas. Trapiches que vienen del Norte.
Los nombres antiguos sepulta el olvido.
Rubios ingenieros de atlético porte
y raras palabras dañando el oído...
El fiero machete que brilló en la guerra
en farsas políticas su acero corroe,

y en tanto, acechando la inexperta tierra,
afile sus garras de acero Monroe!

X

¡Cañaverales, vuestra marea de esperanza
inunde de esperanzas todas las noches nuestras:
Campos llenos de cañas y campos de labranza,
alejen los peligros de anexioniones siniestras!

XI

Si la inexperiencia incuba
gérmenes anexionistas,
precursores de conquistas,
velad vosotros por Cuba!

Ambiciosos pesimistas,
mercaderes de esperanzas,
profetas de malandanzas
nos velan... ¡Cañaverales,
a la invasión de los males
oponedle vuestras lanzas!

XII

¡Oh rubia cabellera de los cañaverales
que tembláis a la brisa como al influjo de una amo-
[rosa declaración!
¡Desde mi ciudad, loca por las fiebres actuales,
os traigo esta canción!
¡Desde el pueblo dormido hasta el batey lejano,

donde tiemblan las máquinas como nerviosas de in-
[dignación,

sois la muestra viviente del prodigio cubano,
que tras de cada guerra
pone sobre la tierra
la nueva floración!

¡Que sea cual vosotras la Patria! ¡Que florezca
su rosal de esperanzas en cada nueva aurora,
y que ante sus tropiezos su juventud se crezca
y hacia nuevos empeños encamine la prora!
En los tiempos actuales y en nuestros campos rudos,
derramáis el encanto de las vides antiguas,
y acaso si extrañáis los Términos barbudos
que os marcaron el límite de heredades contiguas...

¡Sobre los cortes vuestros pacientes bueyes pacen,
y siempre bien dispuestos para todo ideal,
puras llamas de fuego vuestros campos se hacen,
tan sólo con el beso del buen sol tropical!

Yo os amo. ¡Y porque alzáis al cielo vuestras lanzas,
porque sois verdes, porque habláis en español,
os dedico este canto de vida y esperanzas,
a pesar de Monroe, bajo mi claro sol!

¡Ya que vuestra riqueza nos atrae miradas
ambiciosas, que vele tal riqueza por nos!
¡Cañaverales! ¡Lanzas sobre Cuba clavadas :
Velad, y en vuestra brisa rogad por ella a Dios!

GHIRALDO JIMÉNEZ

Nació en Santiago de Cuba en 1892. Cursó bachillerato en el Instituto de Oriente y se graduó de doctor en Medicina en la Universidad de la Habana.

En 1916 comenzó a publicar sus primeras composiciones, recogidas en parte en su único libro hasta ahora publicado, *La selva interior*, que apareció en 1920. Los temas de ese libro y la manera como el autor los trata, evidencian una iniciación sin rumbo determinado, o más bien por el camino trillado del falso romanticismo. Por excepción, como en los tercetos que aquí incluimos, revela personalidad que quiere manifestarse. Posteriormente a ese libro, y ya más dueño de sí mismo, el poeta ha producido composiciones de sabor muy moderno, en las que ha sabido apresar aspectos de nuestro pensamiento y describir originalmente sucesos de la vida cotidiana, envolviendo la realidad trágica en la simplicidad difícil de los elegidos.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS.—*La selva interior*, Imp. El Arte, Manzanillo, 1920.

LA SELVA INTERIOR

Honda labor.

El fondo es una cripta viva como una boca
y animada de una persistente ansia loca
de metamorfosearse en empinada roca.

¡Oh la vesania triste de los que forcejeamos
con el pecho partido, sin esclavos ni amos,
por escalar la cumbre poblada de reclamos!

El fondo es un vacío nostálgico de todo
estímulo. En él luchan, hundidos en el lodo,
el de la frente alta y el que no mide un codo.

Lanza a veces un grito, y es el dolor profundo
de aquellos que el Destino arrojara del mundo
y luchan contra el hado con vigor infecundo.

Es el grito de alguno que se lanzó, en un salto,
a conquistar la bella flor prendida en lo alto
y se deshizo el cráneo sobre el oscuro asfalto.

Es el grito surgido como del paroxismo
del dolor, que ha rasgado su letal estoicismo
porque en la oscura celda se ha mordido a sí mismo.

Es el grito del hombre que, bajo su hastío,
ocultó las heridas de su dolor sombrío
hasta que vió correr su sangre como un río.

Es el grito que espanta. Lo lanzó la canalla
cien veces, y en la tierra no hay pueblo que no haya
pronunciado ese grito cuando el dolor estalla.

Vuela sobre la cripta coronada de cielo
un ave que es la síntesis de nuestro vasto anhelo
y a la vez una fuente de perenne consuelo.

Esa alada hermanita es la bella esperanza...
Alza a veces el vuelo, se pierde en lontananza,
pero siempre tras ella la mirada la alcanza.

Y en las horas sombrías de desesperación,
ella nos trae el cáliz de su consolación
y le presta sus alas a nuestro corazón. [«¡Espera!»

Siempre nos dice: «¡Lucha!» Siempre nos canta:
Y prendemos a ella nuestra existencia entera
aguardando la hora de agitar la bandera.

Aguardando, pacientes, ese fatal instante
en que de lo más hondo el fondo se levante
con su estandarte, «Labor omnia vincit», delante.

El corazón se hará recio en la espera. Entonces
de las puertas hostiles se caerán los gonces,
porque nada resiste corazones de bronce.

Un corazón de bronce y una estrella en la frente
forjemos silenciosa, fría, pacientemente,
porque la luz de estrellas encenderá un oriente;

y cuando ese vacío se haga un dogal estrecho,
nadie podrá negarnos el supremo derecho
de esa estrella en la frente y ese bronce en el pecho.

Arcano.

Lo hallaron una tarde sobre los acantilados
de la costa bravía con el cráneo deshecho,
sin que odio ni envidia ni rencores hostiles,
sino sus propias manos perpetraran el hecho.

Y era bueno. Tan sólo supo odiar a los viles
tiranos que a los hombres conculcan el Derecho...
A la fuerza de Hércules unía el valor de Aquiles,
y el corazón pujante no le cabía en el pecho.

Rindiéronle en la ruta colmada de placeres,
como digno homenaje a sus actos viriles,
el respeto los hombres y el amor las mujeres;
pero rompiendo súbito con el prejuicio hecho
apareció una tarde sobre los acantiles
de la costa bravía con el cráneo deshecho.

El don de la lluvia.

Con una pertinacia monocorde que aduerme
cae la lluvia en el viejo villorio familiar,
y yo me entrego al canto de las aguas, inerte,
y con vivos deseos de sentirme arrullar.

Reclino sobre el banco de trabajo la frente,
y en mi interior alcázar, solo, me reconcentro,
mientras la lluvia vierte su pertinaz nepente
y me hundo en la casa familiar más adentro.

Y así, en derredor mío, las aguas tienden una
cortina impenetrable de sombras y sonidos
que enclaustra totalmente mis ávidos sentidos
(canes enflaquecidos que ladran a la Luna),
y experimento así, abstraído en mi verso,
el placer de sentirme solo en el Universo.

La vida de Juan Renaud.

Era un hombre símbolo. Tenía de la estrella
la luz en la frente, olímpica y bella,
y, además, la blanca reluciente huella,
y del barro, germen del cual todo arranca,
la pasión de fuego espontánea y franca.

Combaba su frente la sabiduría,

y aunque de profundos pesares sufría,
su triste secreto nadie conocía,
y solía a nosotros se manifestar
vasto, poliforme y hondo como el mar.

Era su palabra fresca como el agua,
ligera y alada como una piragua,
con la luz y el fuego de encendida fragua,
mas, cual imprevistos puntos suspensivos,
su voz nos dejaba siempre pensativos.

Cuidaba su cuerpo con profundo esmero
mujeril; gustaba de flores; empero
su frac revestía músculos de acero,
e igual que sus ojos, fúlgidos carbones,
su diestra estocada rindió corazones.

Su faz, revestida de una extraterrena
calma, persistía por igual serena
en la hora amarga que en la hora buena,
y se comprendía que un valor heroico
sostenía aquella clámide de estoico.

Ante él marchaba como una cuadriga,
por sus poderosos músculos de auriga,
llevada sumisa, la turba enemiga,
ciega y deslumbrada ante un hombre solo,
como si ese hombre fuese el mismo Apolo.

Y cuando avanzaba por la senda quieta,
el paso seguro, cerca de la meta,
y desaparecía la sombra secreta,
sobre un luminoso campo de esmeralda,
la traición eterna lo hirió por la espalda.

MARÍA LUISA MILANÉS

Nació en Jiguani (Oriente) en 1893. Murió en Bayamo a fines de 1919. Estudió primeras letras en Manzanillo, lugar de residencia de su padres. Traslada más tarde a la Habana, ingresó en el convento del Sagrado Corazón de Jesús, alcanzando prontamente, por sus cualidades y conocimientos, un puesto distinguido. Aprendió inglés, francés y elementos de latín. Adolescente, nutría su espíritu con lecturas variadísimas de clásicos y modernos. Era apasionada por todas las literaturas, por la Música y la Filosofía. Terminada su instrucción superior y recién salida del convento se casó. En su interesantísima *Autobiografía*, por desgracia incompleta, nos hace adivinar su tragedia interior en las siguientes frases: «No seré yo quien deje mis dolores al descubierto ni quien profane mis goces al publicarlos.» Y resume su vida en los versos de Nervo: «¿He sufrido como todos y he amado mucho? Lo suficiente para ser perdonado.» Desde muy temprana edad escribió versos y prosas, que la misma poetisa destruyó más tarde. A esa tragedia interior puso fin deliberadamente cortando el hilo de su existencia.

María Luisa Milanés debe ser admirada más como temperamento poético que como realización artística. Se palpan en sus versos los dolores intensos que atormentaron su alma. Su fin desgraciado, al que se refiere de continuo en sus versos, y la misma causa de su muerte, contribuyen en no escasa medida a hacer interesante su figura de mujer. En esta palpitación vital está el encanto

de su obra, y hubiera sido sin duda una de nuestras primeras figuras líricas si a esa cualidad hubiera unido una mediana perfección técnica, que tan lejos estuvo de alcanzar. De inspiración romántica y fuerte, está influida casi exclusivamente por Amado Nervo, y cultiva en su obra la difícil facilidad del maestro mejicano, quedando siempre a gran distancia del modelo elegido. La manera diáfana y serena del autor de *La amada inmóvil* requiere, quizá, como ninguna, un conocimiento perfecto del idioma y una natural intuición selectiva del vocablo: ambas cosas faltan en la poetisa oriental. Emplea muy frecuentemente palabras inapropiadas y abunda su producción en giros vulgares:

Y es tonto el que ambiciona, en la belleza
de un alta concepción, hermoso tino.

De cultura nada común, existe positiva novedad en los asuntos escogidos, y son notables sus traducciones e interpretaciones de poetas ingleses y franceses.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — En el número de *Orto*, Manzanillo, mayo de 1920, consagrado a su memoria, existe una selección de sus versos, hecha por los directores de dicha Revista, de la que tomamos los que aquí ofrecemos. Anuncian dichos señores dos libros de la poetisa.

Consúltese: En la Revista *España* de 3 de julio de 1920 se publicó un interesante artículo comentando la personalidad de esta poetisa.

¡Sperol

Siéntate a la puerta de tu tienda,
que verás pasar el cadáver de
tu enemigo.

(Proverbio árabe.)

Yo, que a nadie hice mal, que he recogido
el padecer ajeno, que he buscado
alivio a los pesares de otro, olvido
a penas que jamás he ocasionado.

Yo que de Cristo la doctrina austera
he practicado, sin rendir tributo
a la venganza ni al placer, severa,
sin esperar de mi conducta el fruto...

Ya conocí, por fin, la sierpe inmunda
que emponzoñóme artera y vagabunda,
y herido el corazón en la contienda,

al comprender que ayer fué desacierto,
¡hoy me siento a la puerta de mi tienda
a ver pasar a mi enemigo muerto!...

Ya no soy para ti...

¿Qué soy para ti? Sólo un guiñapo
que al aire ondeó cual gonfalón de ensueño.
Perdió la novedad, pasaste el rato,
y hoy dejarlo de ver sólo es tu empeño.

¿Me has querido? ¡Jamás! Te ha deslumbrado
lo raro que encontraste en mí: la vida
intensa e interior, no conocida
por ti jamás en nadie. Y a mi lado

bebiste mis palabras cadenciosas,
mi gesto recogiste en tu retina,
aquilataste cántigas hermosas,
mimó tu oído mi canción divina
en horas dulces que te dió mi trato...,
¡y hoy... no soy para ti más que un guñapó!

No puede comprender...

Me abisma no entender, bello Narciso,
la ingenua admiración que te arrebató
y te fascina en la onda azul y plata...
Claro que para ti es un paraíso
mirar tus ojos bellos y tu boca,
tu sonrisa, tu frente, tu figura
llena de majestad y de dulzura...
Pero ¿no piensas que haya algo de bueno
que distraiga tus ojos y tu mente,
fije más alto tu mirar sereno
y entretenga tus horas dulcemente?
¡Quisiera comprender mi alma sencilla
la perfecta hermosura de tu frente,
donde jamás el pensamiento brilla!

Esto has hecho de mí...

Cuando pones tus sienas en la almohada,
cuando apagas la luz para dormir,
¿no has visto entre las sombras la mirada
de unos ojos cansados de sufrir?
¿No has recordado con dolor, en una
contrición temerosa del mañana,

todo el martirio de época lejana?
¿No has sentido mi voz llegar muy dulce
a través del espacio junto a ti,
para decirte, cariciosa y triste,
esto has hecho de mí?

¿No has recordado nunca mis amores,
que ante tu paso fueron luz y flores,
mi cuidado prolijo, mi adorar
constante de tu psiquis tan compleja,
de tu cuerpo y tu mente, que a besar
me inspiraron en ansias nueva y vieja?
¿No ha llegado hasta ti la voz humilde
que habla un momento y asustada calla,
que te recuerda en tus palabras mismas
«que el triunfo no autoriza a ser canalla»?
¿No oyes en dulce murmurar, que opone
su dulzura a tu pena motivada,
decir, suave de gesto y de mirada,
esto hiciste de mí? ¡Dios te perdone!

¿No has sentido un espanto de asesino,
que en flor mató esperanzas e ilusiones
y gozó con el llanto en una hora
en que pudo calmar mil desazones?
¿No has sentido el martirio sobrehumano
de Epulón, al decir en plena fiesta,
a su hermano infeliz, perdona, hermano?
¿No has sentido llegar mi voz muy dulce
a través del espacio, junto a ti,
y decir resignada y cariciosa
esto hiciste de mí?

Vía crucis.

Tactum es cor meum tan-
quam cera, liquescens in medi-
o ven tris mei.

(Psalmo 21.)

Tus dulces ojos de llorar cansados;
tu boca, que ha olvidado la sonrisa;
tu corazón, que lleva la divisa
del que murió en Salem crucificado;
tu cabeza, que el golpe de la pena
trocó, de ala de cuervo, en nieve pura;
tus manos blancas; tu mirada oscura;
tu voz de llantos, de sollozos llena,
todo me dice a una
que andar no puedes más. Ven, llegaremos;
apóyate en mis hombros, que aún altivas
verás nuestras siluetas por la Vía;
nos falta poco ya, descansaremos
a la sombra del roble, ¡madre mía!

Hago como Spartaco.

Ya decidí, me voy, rompo los lazos
que me unen a la vida y a sus penas.
Hago como Spartaco;
me yergo destrozando las cadenas
que mi existir tenían entristecido,
miro al mañana y al ayer y clamo:
¡Para mayores cosas he nacido
que para ser esclava y tener amo!

El mundo es amo vil; enloda, ultraja,
apresa, embota, empequeñece, baja
todo nivel moral; su hipocresía
hace rastrera el alma más bravía.
¡Y ante el cieno y la baba, ante las penas
rompo, como Spartaco, mis cadenas!

FEDERICO DE IBARZÁBAL

Nació en la Habana en 1894. Estudió primera enseñanza en colegios locales, cursando segunda enseñanza en el Instituto de la Habana. Muy joven ingresó en el periodismo militante — al que ha consagrado una buena parte de sus esfuerzos —, llegando a ocupar puestos elevados en los mejores periódicos y revistas del momento. El ejercicio de esa profesión no le ha impedido cultivar — intensamente al grado que lo ha realizado — su labor poética.

Después de publicar *Huerto lírico* (1913), libro de principiante y de escasos méritos, en que, influido por poetas románticos dará una nota de melancolía lúgubre, nacida de un falso estado de ánimo, consigue orientarse hacia un rumbo más propio y característico, que en *El balcón de Julieta* ya alcanza a definirse, y en *Una ciudad del Trópico* se precisa inconfundiblemente. Se nos revela entonces como nuestro poeta urbano, que sabe decir el encanto apacible de los viejos sitios coloniales, evocar el prestigio eclipsado de una silenciosa avenida junto al puerto o el ambiente asfixiante de un casino tropical. En ese urbanismo un poco pintoresco, conseguido frecuentemente con el uso de palabras o frases sencillas o vulgares, abundará la observación penetrante, que en un detalle, al parecer trivial, apresará toda una escena y nos la describirá con frases naturales y sin efectismos. Tras estas breves visiones hallaremos un fondo de humanidad, una como exaltación del heroísmo de vivir, que

fortalece y estimula. Su poesía no evoca o describe simplemente, sino que nos asocia a un pensamiento que el poeta probablemente no dice, pero que retoza y se regocija más allá de las palabras. Aunque alguna vez aparezca en su obra algún vislumbre de reproche, es de los poetas optimistas y alegres, que encuentran una fiesta en la vida y saben vivirla con plenitud.

Pero no sólo ha sido el poeta de la ciudad, sino que ha sabido expresar también, en forma directa y ruda, una ideología fuerte, con una técnica fácil, apta para transmitir el pensamiento tanto como para darnos una visión directa del paisaje.

De *Castillos en el aire*, libro que publicará en breve, dice Arturo Alfonso Roselló que «es un libro que justifica el esfuerzo y destruye la torpe leyenda de la faena inútil»; en él el poeta ha dejado volar libremente la fantasía, insuflando en sus composiciones una filosofía muy humana, preocupada hasta del más allá; pero nada abstracta, sin embargo:

Creo en el más allá por razones concretas...

Ha sentido las influencias de Herrera Reissig y de Tomás de Morales, principalmente; pero está lejos de ser un imitador. Ibarzábal ha sido en nuestra lírica un caso raro de superación de sí mismo y de afán de libertarse de toda extraña influencia, de tal manera, que puede decirse que anda por cuenta propia.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Huerto lírico*, Habana, 1913. — *El balcón de Julieta* (sonetos), Imp. de la Casa de Beneficencia, 1916. — *Gente del Herald*, Imp. de la Casa de Beneficencia, 1916. — *Gesta de héroes*, Habana, 1918. — *Una ciudad del Trópico*, Habana, 1919.

Consúltese: Alberto Lamar Schweyer, *Los Contemporáneos*, Habana, 1921; Arturo Alfonso Roselló, *Cuba Contemporánea*, julio de 1922.

EL BALCON DE JULIETA

Lienzos marinos.

I

Dulce visión pretérita de los años primeros
ungida con el óleo de mi recuerdo fiel;
retozos de la escuela, héroes de romanceros,
callejas de mi barrio, tiradas a cordel.

Llovía, y terminados los recios aguaceros
íbamos hacia el patio, a espaldas del bedel,
y echábamos al agua de los lagos charqueros
escuadras numerosas de barcos de papel.

Al puerto íbamos poco: un día señalado,
con un profesor grave, siempre martizado
por nuestras travesuras: era el «señor Quintín».

Y aquel buen hombre sano que nunca se reía
era nuestro gracioso, porque nos parecía
el mascarón de proa de un viejo bergantín.

III

Esta gris alameda, abandonada y sola,
tiene la gracia antigua y el sabor colonial;
una reminiscencia de la vida española,
junto a los edificios de corte conventual.

¡Alameda de Paula! Blando rumor de ola,
brisas entre los álamos, dulzura espiritual,
sordo ruido de carros que, en la calleja, viola
el solemne silencio de la tarde glacial.

Junto al muelle desierto, pacífico y mojado,
la Alameda de Paula duerme en un sosegado
sueño su vieja vida de perpetua inacción.

Como esas viejecitas que tuvieron amores,
y que hilan sus recuerdos desde los corredores,
sin un deslumbramiento, sin una sensación.

IV

Este es un barco viejo que zarpó justamente
una turbia mañana perezosa, y el mar
lo maltrató tan dura y continuamente,
que ningún tripulante esperó regresar.

Pero ha llegado al puerto la marinera gente,
y teniendo permiso para desembarcar,
en las mesas que adornan la taberna de enfrente
con los viejos amigos se han puesto a conversar.

Y relatan los riesgos que corriera el navío
bajo la furia loca del huracán bravío
que en el golfo de Méjico le destrozó el bauprés.

Es un barco muy viejo, pero muy marinero,
y las sólidas planchas de su casco de acero
son el timbre de orgullo de un constructor inglés.

V

Amplio puerto habanero y afanoso que sabes
del infinito anhelo de viajar que hay en mí..

Viejo puerto sonoro donde entró con sus naves
don Sebastián de Ocampo, procedente de Haití.

Puerto heroico que guarda los recuerdos de graves
complicaciones hondas con los piratas, y
sobre el que siempre vuelan las marineras aves
remontando del cielo el bruñido turquí.

Tu castillo del Morro, colonial y sombrío,
guarda heroicas leyendas que en las noches de frío
aburridos soldados suelen rememorar.

¡Pétreo faro de O'Donnell! Tu lumínico casco
es fulgor de la espada que a don Luis de Velasco
las tropas de Albemarle no quisieron tomar.

Éxtasis.

¡Ah, de los enigmáticos antojos
que integran mis anhelos comprensivos!

¿De qué visiones llenaré mis ojos
en los graves silencios compasivos?

¡Vano afán de una ruta sin abrojos!

¡Pluma inútil de pájaros cautivos!...

Dolorosa amargura de sonrojos

por los trabajos remunerativos...

¡Infecunda inacción! ¡Madre. Pereza!

Abúlico fastidio que bosteza

cuando voy a luchar: aún..., todavía...

Y una serena claridad lunaria

se abre como una flor, en la plenaria

indulgencia de paz que me extasía...

Casino tropical.

Este Casino de amplia fachada impresionista que quiere ser a un tiempo moderna y señorial, no es más que una casona donde algún detallista suele pasar el rato leyendo *El Imparcial*.

A veces, algún alma neurótica y artista sueña en la biblioteca con «Las flores del mal», mientras en el contiguo salón un tresillista comenta una jugada que le salió fatal.

Y por la tarde, en tanto discurren los paseantes por la avenida, llegan dos ricos comerciantes que hablan de transacciones con fervor mercantil.

O bien, bellacamente, los socios del casino hacen chistes picantes de hondo sabor cretino...
¿Comprendes ahora, hermano, las «torres de marfil»?

UNA CIUDAD DEL TRÓPICO

Esta ciudad picante y loca...

Esta ciudad picante y loca
que está engarzada en una roca
como un diamante colosal,
llena de luz mi poesía.

¡Alucinante pedrería!
¡Extraordinario pedernal!

Amo tus horas vespertinas,
tus elegancias femeninas,
tu cielo azul, tu malecón.

Superficial y pizpireta
vives tu vida de coqueta,
del albayalde al bermellón.

Vives en una carcajada.
Una perenne mascarada
te hace reír, siempre reír.
Ríen tus lumias, tus beodos,
altos y bajos, porque todos
juegan dinero al porvenir.

Eres equívoca y absurda,
aristocrática y palurda;
algo moderno y algo cruel.
Bajo tu cielo yo he soñado,
paseando solo y encantado,
tus avenidas de laurel...

Visiones crepusculares.

Huyó la tarde, plena de neblinas
fúnebres y de pálidos reflejos,
y borraron las nubes, a lo lejos,
la suave ondulación de las colinas.

El beso de las auras vespertinas
acarició los árboles bermejos,
con embriaguez de néctares añejos
y voluptuosidades femeninas.

Y tu amor, en mi anhelo, fué pecado
que amparó, macilento y angustiado,
un misericordioso terebinto...

En el silencio naufragó la fronda;
y hubo una paz meditativa y honda
de beaterio y de claustral recinto...

Profesión de fe lírica.

Claro que yo no tengo que dar cuenta a ninguno de mis actos. Yo vivo en bien conmigo, y sobra. Pero es que a lo mejor me sale un importuno y quiere saber tanto como yo de mi obra.

Y porque no me gusta que me interroguen, quiero hacer una profesión de fe, a la manera que habla cualquier amigo bonachón y sincero que ve a la poesía cual se ve a una enfermera.

Esto dicho, no expresa que un mal, que no ha me desconcierte, no; física y moralmente [venido, esta es la mejor vida de las que yo he vivido. (Y conste que hablo a ustedes formal y seriamente.)

Las horas, que han logrado prestigio mitológico, pasan en mi existencia tan fugitivamente que, aunque a ustedes no les parezca lógico, nunca he sabido qué son concretamente

Y cultivo la vida sencilla, hasta tal grado, que si no fuera porque el campo no me atrae, fuera capaz de estarme manejando el arado todo el día, hasta la hora que el crepúsculo cae.

Pero, realmente, el campo es para visto de una ventanilla del tren, y pasar en un vuelo esa pradera llena de sol, oro; o de luna, plata; y seguir andando, loco de azul del cielo.

Y no es que la ciudad tenga esas atracciones; la ciudad suele ser maligna. gris, malsana; pero me gusta verla bullir de mis balcones cuando se despereza y grita en la mañana.

Tengo un amor que puede parecer insensato:

es el amor a todas las mujeres; a esas admirables felinas que es el mejor ornato de una alcoba. ¡Mujeres ladinas y traviesas!

¿Y el mar? ¡Oh, el mar! Yo siento un amor infinito por el mar. Me lo finjo hecho como de suave carne de muchachitas que escuchando mi grito de fauno, se erizaron con temblores de ave.

Y amo el otoño. Amo el buen otoño tanto como a la primavera o más. Pero el motivo es que, desde hace rato, con el cariño santo de una mujer de otoño en primavera vivo.

(¡Oh, bucles entrecanos que yo besara un día por vez primera, lleno de emoción y respeto!
¡Aquél día que vale toda la vida mía!
¡Aquél beso que obtuve al precio de un soneto!)

Y amo mis buenos libros. Mis únicos hermanos; fuentes inagotables de saber y belleza... Yo los tomo cariñosamente en las manos y los acaricio como a una femenil cabeza.

Creo en el más allá por razones concretas (porque yo mismo vengo de otra vida anterior), y sé — por algo somos videntes los poetas — que vamos al encuentro de otro mundo mejor.

Arte, belleza, amores, una dosis de versos o de buena, sana literatura. Con tales elementos, yo reto a la neurosis hasta el advenimiento de mi vida futura.

Amo la gloria, aparte sus desdenes constantes; y esta vida tan libre y tan propia que llevo, sin que me turbe nada, sin sueños inquietantes, ¡pareciéndome todo tan hermoso y tan nuevo!

Y soy contradictorio; a veces, por ejemplo,

amo a esa flor de otoño, a mi vida tan cara,
creo en Dios y jamás he visitado un templo,
y beso quince años de una belleza rara.

Y en este libro, síntesis de mi juventud fuerte,
firme y batalladora como una buena espada,
yo dejaré grabado mi desprecio a la muerte,
mi desprecio a la vida, mi desprecio a la nada.

Porque sé que subsiste a través del vacío,
a través del espacio, perdurable y eterno...
Para mí no se han hecho las fábulas, y río
de esas leyendas que hablan del horror del Infierno.

¡Y tú, mi compañera, mi amiga, mi alborozo,
que concretas el ritmo del estupendo verso
de la carne y el alma, dame un poco de gozo
y bebamos la vida cordial del Universo!

ARTURO ALFONSO ROSELLÓ

Nació en Matanzas en 1897. Estudió allí las primeras letras, y trasladado más tarde a la Habana, completó sus estudios. Ingresó desde temprana edad en el periodismo, compartiendo su tiempo entre esa ardua tarea y el cultivo de la lírica. Durante algún tiempo desempeñó una misión periodística en la ciudad de Méjico.

De muy variá calidad y matices es la obra poética de Arturo Alfonso Roselló, en la que es visible una desorientación marcada, que se manifiesta en el gusto por temas de un romanticismo anticuado, a la vez que por asuntos de los más inquietantes y nuevos. El fundamento de esta desorientación acaso pueda hallarse en la falta de depuración de su fondo lírico, y acaso también en su alejamiento de las más altas y serias corrientes ideológicas, preocupado como ha vivido por el tráfigo del periodismo activo. Una aparente confirmación de esto que afirmamos pudiera hallarse en la manera cómo ha tratado a ciertos actores cinematográficos en boga entre el público mediocre, llevando a sus cantos, no como lo hace Max Jacob o Jules Romains, una deformación artística en consonancia para interpretar inquietudes del alma moderna, sino un romanticismo falso, propio de aquella clase de público. Considerando su obra más reciente, puede decirse, sin embargo, que tiende a orientarse cada vez más hacia una manera totalmente moderna, alcanzando en composiciones como el «Elogio utilitarista de la fe», la «Exaltación alucinada de la inquietud» y al-

guna otra la realización cumplida de temas complejos o sugerentes. Hay además en su obra el ofrecimiento de un optimismo sano y fuerte, capaz de las grandes conquistas.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *En nombre de la Noche*, Habana, 1925.
 Consúltese: Jorge Mañach, *Glosas, Diario de la Marina*, Habana, 2 de mayo de 1925.

EN NOMBRE DE LA NOCHE

Nocturno I.

Estoy en lo que puedo llamar, filosofando,
 limitación exacta del ser y del no ser...
 Donde sin inquietarnos por el *cómo* y el *cuándo*
 lo vemos todo sin necesidad de ver...

¡Oh la serenidad suprema que anhelaba!
 El divino desprecio por humana ascensión;
 el perfecto equilibrio que el latido buscaba
 para metodizar su marcha al corazón.

Reposo espiritual y material... La calma
 donde se agote en germen toda emotividad;
 la bruma del silencio donde se arroje el alma
 para dormir un dulce sueño de eternidad.

¿Para qué la inquietud, corazón, por la nueva
 que ha de ser a tu anhelo salvadora o fatal,
 cuando el tiempo, impasible, pena y gozo se lleva,
 vencedor de la Muerte y del Bien y del Mal?

Ha fingido una aurora esta noche profunda

para mi pensamiento que en su penumbra ve
desgarrarse la sombra con la luz que lo inunda
y en el alma romperse la rosa de la fe...

Nocturno VIII.

De todas las virtudes prefiero yo el cinismo,
que es una forma ecléctica de la sinceridad;
pero desdeño el sueño del humanitarismo,
ficción que, desde Cristo, reta a la eternidad...

Es fácil, sin embargo, fijar el nexo interno
que une la gran mentira con la verdad fatal,
y hay sólo un pensamiento conmovedor y tierno :
el de la generosa limosna espiritual...

Alma de selección potente y comprensiva...
Perennemente recta, como una fuerza viva,
tu soledad cautiva mi espíritu... No sé
si contemplar tan sólo tu empírico aislamiento,
o a ti acudir en busca de un hondo pensamiento
que, por ser hondo, pueda vigorizar mi fe...

Al partir.

Visión de otoño. La ciudad dormida
bajo el oro de sol de la mañana...

Voy a partir : solloza una campana
por la esperanza y por la fe perdida...

Se aleja el tren. Una obsesión de vida
prende su gloria en la ciudad lejana...

La última bruma, al extinguirse, hilvana
como un adiós a nuestra despedida...

Miro sin ver por cristal el del coche..

La luminosa mano de la aurora
rasgó el sudario negro de la noche...

Mi corazón se llena de infinito,
y la quietud solemne de la hora
desgarra el monstruo férreo con su grito

Cine de barrio.

Yo frecuento este cine de barrio. A veces puedo,
como hoy, sentarme al lado de una mujer bonita,
y en el refinamiento de algún contacto ledo
quintaesenciar el goce de la carne precita...

A veces siento impulsos del mal. Y entonces quedo,
como en acecho, el alma pecadora contrita...
Y así pierdo la trama sutil o el tosco enredo
entre un rapaz que llora y un viejo que dormita.

Y es que la sombra incuba, quizás, todo el pecado.
Adán, sin duda, nunca permaneció sentado
con Eva entre tinieblas... ¡La sierpe no es el mall

Por eso dudo tanto de la virtud cautiva.
Sólo una fuerza existe mayor que la lasciva :
¡la fuerza de una simple Corte Correccional!

Elogio utilitarista de la fe.

Para ser, en verdad, sincero
diré que lo circunstancial
tiene un mérito verdadero...
Eso ya lo dijo Pascal.

Así yo, un especulativo,
sin petulancia, afirmo que
es posible ser comprensivo

y tener un poco de fe.

La Ciencia, que todo lo explica,
nos enseña a saber pensar,
pero su exégesis no implica
que no aprendamos a rezar...

Esto parecerá irrisorio,
negación de la pura luz,
pero conozco algún Tenorio .
que al pensar en el Purgatorio
hace la señal de la cruz...

Soy teológico por sistema
y he llegado a la conclusión
de que el milagro y el teorema
son dos formas de incomprensión.

Pero el milagro es constructivo,
¡crea un mundo en el más allá!,
y el teorema define al vivo :
del cero viene, al cero va...

Confieso que el Cura repele
por antiestético, mas sin
la sotana sería un pelele
cantando dogmas en latín.

La sotana le da prestigios,
plenipotenciario de Dios,
es el Cónsul de los prodigios...
Dominus vobiscum Pater Nos.

No digáis que la Ciencia escuda
de todo lo sobrenatural..
Dios es siempre una buena ayuda
y un colaborador vital..

Además, la razón más fuerte :
soy artista y adoro en mí

la persistencia que en la muerte
liga al allá con el aquí...

Y rezar la Salve y el Credo
unciosamente, es menos vil
que lanzar esgrimiendo el dedo,
una peroración civil...

Exaltación alucinada de la Inquietud.

Salve, Inquietud, maga de los estímulos;
Inquietud, portentosa savia del germen;
salve, sobre todas las serenidades precarias;
salve, sobre todas las aceptaciones estériles;
salve, sobre los éxtasis tranquilos;
salve, sobre los sopores lánguidos e inermes;
gloria a ti, perpetuadora de la vida,
mano invisible sobre la inmovilidad de la muerte;
ímpetu sobre los adversos horizontes,
que se escapan de todas las fosforescencias tenues
en el espejismo de los optimismos visuales
y en la extenuación de las horas crueles...

Ansia que escruta el todo;
vigor que hacia el futuro lanza sus potros impacientes;
berbiquí que horada el reposo infecundo
y deja allí su asombrosa simiente.
Salve a ti, maravilla infinita,
Inquietud magna destructora de lo coherente;
ubre de las conquistas imposibles
donde se amamante la fiebre...

Salve, Inquietud, proposición indescifrable...
Inquietud... ¡Minarete!

Yo te canto con mi canto futuro

fragoroso, inarmónico, antiguo, melodioso y silente.
¡Oh, Inquietud!, que acompasas mi huída
vertiginosamente, lenta, adonde no se vuelve...

Inquietud de las horas perdidas,
Inquietud evaporizante de los éteres,
Inquietud de lo cautivo en lo fácil,
Inquietud de lo que la llama disuelve,
Inquietud de la cifra sin límites
que huye angustiada pero que no se pierde
en las especulaciones del cálculo
infinitamente largo y breve...

Inquietud de los grillos en la sombra
insubordinados a los pentagramas terrestres,
y que solemnizan las insidias del miasma
con sus orquestaciones agrestes.

Inquietud del brillo
que jamás sus titilaciones resuelve;
Inquietud mitológica del rayo
en sus agresiones celestes;
Inquietud fisiológica de los hipos
y de los teologales misereres;
Inquietud de las volatilizaciones químicas
y de las cristalizaciones del espécimen;
Inquietud de las calmas precursoras
y de las precipitaciones urgentes;
Inquietud de las pesadillas en los hospitales
y de las mesas de tres patas de los videntes;
Inquietud de las ondas hondas
que enteras se deshacen y hacen...
¡Inquietud del trece!...

Inquietud de los equilibrios del ritmo,
de las meditaciones embrionarias que se pierden,

de las pulsaciones del silencio todopoderoso.
de las estrellas opacas en los atardeceres;
Inquietud de las alas errátiles de los carbunclos;
Inquietud de las etcéteras y de las eses;
Inquietud verbal de los mudos locuaces
en sus gimnasias elocuentes...
Inquietud de las marañas de hilos húmedos.
¡Inquietud civil del cohete!

Salve, Inquietud local del bramido;
salve, Inquietud internacional de las erres;
pensativa Inquietud de los railes
ante la violación trepidante de los trenes...
Inquietud de los manjares prohibidos
ante la inflexibilidad de los dientes...

Desde las antigüedades armoniosas y míticas
a ti, Inquietud, se elevan todas las preces;
sea yo el nuevo Mesías que te anuncie
sobre la Inquietud humillada de los actuales pesebres:
Gloria a ti, que, en la negación de Todo,
¡Eres!

LOS NUEVOS

LOS NUEVOS

La producción de los poetas aquí agrupados comienza a manifestarse en los años que han ido transcurriendo desde la terminación de la guerra europea. En ella encontramos, en general, características bien definidas y distintas a las de sus predecesores: una inquietud más acendrada, que no es ya producto del intelecto, sino connatural; una libertad sin alardes verbales, pero todo lo amplia y necesaria para dar expresión a sentimientos complejos; la ausencia de resabios de la vieja poética y, en fin, el retorno a las fuentes más puras de la poesía eterna.

Por primera vez en Cuba, una generación de poetas de marcada juventud, se manifiesta con caracteres propios y orientación definida. Dentro del *unanimismo* contemporáneo — término de Romain, que expresa perfectamente el anhelo tan caracterizado en la hora actual de «verlo, sentirlo y adivinarlo todo» — acertarán a expresar sus observaciones, apresadas con ojos ávidos, frente al panorama múltiple e intenso de la vida contemporánea. Con marcadísimas excepciones, la torre de marfil carecerá de sentido, y por un camino o por otro, irán al encuentro de la multitud.

El culto de Martí, que ya en esta hora no es un vano alarde de falsos discípulos, sino un completo y

amoroso conocimiento de su obra, parece dotar a los poetas de este grupo de una cualidad general y dominante: la sinceridad. En todos hallaremos la busca más ansiosa de su propia manera de expresión.

Los poetas de este grupo, con raras excepciones, no han publicado libros, aun cuando todos anuncian sus primeras obras. Por su extrema juventud, hemos prescindido de la nota biográfica, aunque excepcionalmente de algunos de ellos podría hablarse largamente y con real interés.

Otros poetas de esta misma generación han publicado libros de versos, debiendo mencionarse a Graciella Garbalosa (*La juguetería del amor* y *La jaula de los trinos*), Mariblanca Sabas Alomá, Ciana Valdés Roig (*La fuente sonora*), R. del Barrio (*Emocionario*), J. M. Álvarez (*Bajo el ala del chambergo*), R. S. Barreto (*El jardín de Armida*), E. Fernández Arrondo (*Bronces de Libertad*), siendo todos ellos libros de principiantes y de escasísimos méritos. Por el contrario, Francisco Chauvin, el original y poderoso Carlos Montenegro y los hermanos menores de Dulce María y Enrique Loynaz, han producido notables composiciones, pero es tan escasa su labor poética, que no nos autoriza a traerlos a esta antología.

Las producciones primeras de todos los poetas aquí agrupados se encuentran en las revistas *Social*, *Chic*, *Smart*, *Atenea*, que con las veteranas *El Figaro* y *Bohemia*, son las que entre nosotros dedican mayor espacio a las producciones puramente literarias. En los últimos años, *Cuba Contemporánea* ha recogido en sus páginas selecciones de algunos de los poetas jóvenes y de otros de anteriores periodos.

JOSÉ Z. TALLET

Nació en Matanzas en 1893. Desde su reciente aparición se ha revelado poseedor de una personalidad formada, original y bien definida. Llevando a sus composiciones una arbitrariedad inesperada, la primera impresión que su poesía produce es de desconcierto. Una lectura detenida nos lleva a comprender que esa arbitrariedad no es tan radical como nos parecía: «Su verso — dice Martínez Villena —, hecho como al descuido, tiene la belleza difícil del pulimento mental; y su amargura descarga sobre el autor mismo, en forma de sarcasmo cruel. Un renunciamiento total, un desconsuelo grave y verdadero, sin retoricismo ni encajes de ornamento y artificio, pero dulcemente resignado, es acaso la característica del nuevo poeta, diabólico y malintencionado contra sí mismo.» Su arbitrarismo consiste solamente en el modo como el poeta, para expresar más vivamente el sentimiento íntimo, se vale de signos considerados como antipoéticos, a veces de la más fuerte naturalidad. Dentro de una composición seria y grave, una frase de corriente valor entendido, sacada con frecuencia de nuestro popular vocabulario, produce un desentono que la rutina no puede tolerar; y el uso de estas frases obedece al propósito decidido del poeta de que su obra se adentre en el espíritu del pueblo. El sarcasmo, forma resonante en que el poeta resuelve su diabolismo, encubre la emoción que quiere desbordarse, para no dejar ver el fondo de intimidad que hay en sus

versos. Tallet es el más original de los poetas actuales y en su obra casi no se observan influencias extrañas. Posee además un conocimiento notable del idioma, y es, dentro de la arbitrariedad con que trabaja el verso, un observador inflexible de las reglas métricas.

Prepara un libro: *La semilla estéril*.

Elegía diferente.

(A Carlos Riera, en la eternidad.)

Carlos, mi amigo Carlos,
 hoy hace varios años que te has muerto.
 (Mi corazón se encoge
 ante la persistencia tenaz de tu recuerdo.)
 Tú no has muerto del tifus ni de la miningitis,
 como dicen los médicos;
 tú te has muerto de asco, de imposible o de tedio.
 ¡Qué bien te conocía, Carlos Riera!
 ¿Ves cómo confirmaste mi sospecha
 de que harías algo de mucha trascendencia?
 Algo, en verdad, que no era el libro árido
 de aparentes verdades que sé que preparabas
 para endilgarnos
 dentro de veinte o veinticinco años.
 (¿Pretenderás, ¡oh Muerte!, que te demos las gracias,
 porque de su lectura nos libramos?)
 Ya tanto fantaseabas
 sobre cosas abstrusas
 y mirabas tan poco hacia afuera,
 que, descuidado, asiéndote la Intrusa,
 te arrastró, compasiva, con ella

para calmar tu sed y tu impaciencia.

Ya estarás satisfecho,
pues sabes lo que ignoran tus maestros.

Ya no serás el ciego
que, de noche, en el bosque, perdiera
su bastón y su perro.

Pero ¿con qué derecho
te marchaste llevándote mi hacienda?
De ser cierto el refrán «Un amigo
es un tesoro», casi me quedo en la miseria.
Y eso no está bien hecho, Carlos Riera...
El día de tu muerte — ¡bien me acuerdo! —
me cogió la noticia de sorpresa,
a pesar de que el aciago telegrama
era amarillo y negro.

Te lloré con las lágrimas con que llora el niño,
lágrimas que mojan, verdaderas...
— ¡y tanto que creía que su fuente
se había, en mí, secado para siempre! —
(Más tarde, ¡cuántas veces te he llorado
con invisibles lágrimas internas!)

¡Qué extraño era tu rostro entre las cuatro velas!:
verdoso, patilludo, y apuntaba en tus labios
una semisonrisa de desprecio o de triunfo.

¡Qué trabajo
me costaba creer que ya nunca
volverías a hablarnos
de intrincados problemas abstractos!

Mas, mi pobre Carlos,
ya lo creo que estabas bien muerto,
como hoy, sin duda, ya estarás podrido;
solamente me queda tu recuerdo,

que se irá conmigo.

Sin embargo, te finjo
en el plácido alcázar de los muertos,
clásicamente revestido
de una inconsútil toga
que dignifica tu asombrada sombra...
Te habrás apresurado hacia el departamento
de los filósofos que fueron
— espíritus afines o maestros —.

El viejo Spencer,
a quien tanto leíste y comentaste,
al verte, satisfecho,
mesará sus diáfanas patillas astrales;
y todos
protectoramente golpearán tu hombro
con aire de maestros,
aunque tú sabrás tanto como ellos.

¿Quién me asegura que una carcajada
de las que, con frecuencia, aquí se te escapaban,
no se te ira al recuerdo
de tu admirado magíster, don José Ingenieros?
¿No sientes lástima por los que nos quedamos,
tú, que ahora conoces el Misterio?

Carlos, si te paseas entre las sombras
de los buenos filósofos de ayer,
dale muchos recuerdos a Spinoza;
besa, con respeto, la mano de Darwin,
y abraza fuertemente de mi parte
a mi gran amigo Federico Amiel...

Tristitia caducitatis.

(Al doctor Antiga.)

¡Qué triste debe ser llegar a viejo
— vespertino crepúsculo en invierno —
y ver cómo se apaga poco a poco
el divino fuego,
y cómo nos invade la parálisis que trae con ella
la cordura estéril de la experiencia!

¡Ay del que no tenga su instante de loco!
¡Ay del que no sepa usar a tiempo [inexperiencia!
el impulso maravillosamente fecundo de la divina

Luego la armonía que se esfuma, que huye
ante la invasora caducidad que llega
con su cortejo de claudicaciones y de impotencias:
las arrugas, los miembros que se entumescen,
las venas abultadas,
los ojos sin brillo, la boca sin dientes,
la cabeza calva,
y tres cuartos de cuerpo sin alma.

¡Permanecer indiferentes
ante Afrodita, que triunfante pasa,
o, suplicio peor, ardiendo en ansias,
sentirse inertes
para romper las ligaduras que nos atan!

¡Qué triste debe ser llegar a viejo,
y metamorfosarse: de rebelde,
en cómodo verdugo de los sueños;
de superhombre, en melancólica serpiente,
y, del bello pelícano del símbolo tierno,

en jardinero exclusivo del propio vientre!

Y, si acaso se tuvo talento,
se impuso respeto,
se llegó a maestro,
mal usando del título extemporáneamente,
convertirse en la rémora de lo nuevo.
¡Qué tristemente feo es todo éso!

Sin embargo...
¡cómo me hacen soñar los ocasos!

Mi coraza.

Yo era bueno, tan bueno que parecía bobo,
mas mi fragua penaba por devorarlo todo.

Porque no se extinguiera
alimenté su llama con ideas ajenas,
que produjeron chispas de ensueño
y el humo denso del pensamiento.

Las chispas
brillaban un momento, ¡al cabo chispas!,
pero el humo denso
llenó de hollín la chimenea de mi cerebro.

Cayó la lluvia de la vida
arrastrando el hollín hasta mi pecho,
y el hollín y la lluvia se volvieron cieno
— y ya no fuí tan bobo que pareciese bueno—.

Después sopló la brisa de la experiencia
que, endureciendo aquel cieno,
rodeó mi corazón de una corteza
más dura que el cemento.

Y así fué como
ya no soy tan bueno que parezca bobo.

RAMÓN RUBIERA

Nació en la Habana en 1894. Reconcentrado en sí mismo, huraño, viviendo puramente para su vida interior, alejado del tumulto por orgullo más que por timidez, es natural que su obra respondiera a su temperamento. Así no se ha prodigado en derroches triviales, sino que su obra es escasísima; no nos descubre en ella de una manera directa sus íntimos pensamientos, sino que va a lo exterior para simbolizar sus propios estados de alma; se esfuerza para hallar la expresión pulida y transparente, a través de la cual resplandezca su ideología; no pretende deslumbrarnos con brillantes de lentejuelas, sino que tiene el pudor de los conscientes. En su libro único hasta ahora, recientemente aparecido, surge ya como un maestro; no hay allí tanteos de principiante ni huellas de imitaciones, excepto la de los altos maestros del simbolismo francés, en los que la crítica podría encontrar las fuentes en que Rubiera ha bebido sus poderosas inspiraciones. Observador como ninguno de las leyes que rigen la factura del verso y empleando los procedimientos de la escuela simbolista, podría decirse que este poeta es un superviviente de ella entre nosotros. No obstante la influencia señalada que determina su rumbo, su amplia cultura poética le ha servido para hallarse a sí mismo, librándose de las influencias particulares.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Los astros ilusorios*, Habana, 1925.
 Consúltese: Jorge Mañach, *Glosas, Diario de la Marina*,
 11 de abril de 1925. — R. Martínez Villena, *Chic*, abril
 de 1925.

LOS ASTROS ILUSORIOS

Ideología del árbol seco.

Mientras el sortilegio lunar damasquinaba
 sus miembros esqueléticos, el árbol meditaba :
 Yo, que brotando de las entrañas terrenales,
 logré sentirme cerca de los prados astrales...

Y que por mi tendencia benigna y ascendente,
 siempre que vi dos alas desorientadamente
 volar, mostré mis recios hombros compadecidos,
 donde fructificaron los cantos y los nidos...

Yo, que logré las metamorfosis cabalísticas
 de los jugos terrestres en láminas artísticas
 y en gemas taumatúrgas... En mi abandono agreño,

hoy miro desangradas mis venas soñadoras...
 ¡Ah, Destino! ¡Así premia el ejemplar empeño
 de todo aquel que logra magnificar sus horas!

El argonauta enfermo.

Todas las tardes, sobre las rocas ribereñas,
 el argonauta enfermo contempla las barcas
 horadar las entrañas frágiles del misterio
 que abrumba las remotas llanuras oceánicas.

Contemplaba las barcas nómadas y objetivas,
y las indefectibles barcas de sus nostalgias
surcaban, espumándolo, su turbio golfo anímico,
abanderadas siempre con la fe del mañana.

Una de aquellas tardes, más enfermo que nunca,
el moribundo nauta declamó con angustia :

«¡Por si no vuelvo a verte, divina mar, adiós!»

Y vió, mientras el llanto bañaba sus pupilas,
en el confín marino las barcas conocidas
y un derrumbe de barcas en su mar interior.

El buey.

Esa tarde, mirando la vastedad agreste,
ansias extemporáneas de libertad brotaron
de sus ancianos músculos, y aventuró su vida,
huérfana de vigores, en los caminos amplios.

Pero cuando los campos, abriendo sus océanos
de silencio, asombraron sus tímidas pupilas,
el viejo buey detuvo sus pasos inseguros.
Miró atrás. El misterio crepuscular tendía
sus alas gigantescas. Y en la distancia inerte
la granja demoraba solitaria y tranquila.

El arrepentimiento clavó sus garras negras
en sus carnes decrepitas :

(¿Cómo afrontar los torvos lobos de los peligros
que vigilan el pórtico del porvenir? ¿Y cómo
conquistar el soberbio sexo de la victoria,
hembra que pide músculos nuevos y vigorosos?)

Y el buey volvió a la granja, y era su cuerpo mus-
una mansión de ruínas a través del crepúsculo. [tio

Los viajeros.

Los viajeros transcurren, y en sus rostros diversos
las horas arbitrarias inscriben sus poemas...

Los labios de los enamorados cantan : «¡Siempre!»

Y en sus cantos hay una suposición de luna
inmóvil en un plástico lirismo de acuarela.

(Sus pupilas fervientes no ven las rosas muertas.)

Los viajeros, en cuyos rostros atormentados
inscribieron las horas sus firmes inclemencias,
pasan viendo los pétalos muertos en los senderos...
Llevan un mar de pliegues en sus frentes cansadas,
y una selva de cruces en sus almas herméticas...

EDUARDO AVILÉS RAMÍREZ

Nació en León (Nicaragua) en 1895. Aunque nicaragüense de origen, por su larga radicación entre nosotros, Avilés Ramírez, como Max Henríquez Ureña, es ya también nuestro. «Poeta y prosista — ha dicho Andrés Núñez-Olano—, es, singularmente, un fino artista, experto en toda alquimia literaria. Prefiere, ante todo, su francés—sus «Barcos entre la noche» partieron de la misma rada que «Le Bateau Ivre», de Rimbaud —, y lo dosifica sabiamente a lo largo de su obra poética, parca y trabajada tal una joya, donde, junto a todas las conquistas, tiembla alguna vez la excepcional gota matinal de ciertas sensaciones refinadamente sencillas, como «El gallo ante el Sol». Su sabiduría formal da en ocasiones la impresión de una fuerza que no excluye el símbolo, tal en «El guerrero de continente de flor». Ama también su Grecia, en alguno de cuyos templos ha visto el friso frenético — jubilosamente sensual — de esa «Cacería de ninfas». Y aun en graves y súbitos retornos, dice el hondo sentido de ciertas sutiles percepciones — «Las plantas estremecidas», «Las antenas» —, que son como la voz secreta del yo.»

Canción de los barcos entre la noche.

¡Oh, mástiles nocturnos! ¡Oh, mástiles sombríos!
¡Oh, mástiles crujientes que apuntaron la Luna
en noches azulosas!

Pasaron bajo de una
floración de luceros rutilantes y fríos
como piedras preciosas.

¡Hechizos de las proas que tragaron confines!
¡Hechizos de las proas que en las noches plateadas
toparon con delfines!

¡Hechizos de las proas entre las madrugadas!

¡Oh, barcos misteriosos llenos de brujerías!
Sus seguras cuchillas hicieron florecer
toda una extraña flora bajo las noches frías.
Supieron sus costados de las hechicerías
de encantadas sirenas bajo el amanecer.

Las hélices potentes dieron sus pulsaciones
cortinuas y seguras como los corazones,
batiendo las entrañas de los mares oscuros,
con la fatalidad de los ritmos seguros...

Sonámbulos y vagos siguieron en sus rutas
espantando el misterio de los monstruos dormidos,
perturbando el silencio de las marinas grutas
donde duermen su sueño los jardines perdidos...

Pasaron sobre inmensas ciudades olvidadas,
que duermen hace siglos bajo el agua, tranquilas,
fabulosas y áureas...; ¡ciudades ignoradas
do sueñan las sirenas de imposibles pupilas!

¡Oh, mástiles nocturnos! ¡Oh, mástiles sombríos!
¡Oh, mástiles crujientes que apuntaron la Luna
en noches azulosas!

Pasaron bajo de una
floración de luceros rutilantes y fríos
como piedras preciosas...

El gallo ante el Sol.

En medio del silencio matutino,
con los rubores del primer celaje,
su clarín ondulante y cristalino
escandaliza el alma del paisaje,
y parece que dice: «¡Que el Oriente
acentúe su tinte tornasol!»

(Él cree que a la llamada impertinente
de su música de oro acude el Sol.)

A la arena del patio salta luego
con orgullosa majestad sonora.
¡Con una roja clámide de fuego
ha bajado del carro de la aurora!

Y asoma el Sol, triunfante, por encima
del viejo caserón preso de hiedra;
a su beso de luz todo se anima
y hay un mudo cantar en cada piedra.

El camino y el patio están tocados
como de una belleza nueva y honda,
y hay un canto de mirlos encantados
entre el misterio verde de la fronda.

Mi corazón..., ¡qué lira tan pequeña
para el viento serrano! Su canción
es de infantina tímida que sueña,
enfermita de azul y de ilusión.

Mira de frente al Sol: sabe y aprende
la virtud de alumbrar.
Mira al Sol, corazón; tu sangre enciende
en rubio luminar.

El guerrero de continente de flor.

Un continente bárbaro que amedrenta y aterriza :
 la pupila acerada como de halcón; la mano
 más dura que su duro guantelete de guerra;
 el músculo, al andar, resalta soberano;
 el mentón muy enérgico; la dureza en el ojo,
 y en el acento un trueno metálico y lejano.

En la puerta ferrada se descorre un cerrojo :
 irá el guerrero armado de toda arma al entierro
 de un bravo capitán que murió por su arrojo.

La muchedumbre aguarda que aparezca el guerre-
 Y aparece, de pronto, duro, siniestro, solo, [ro..
 de continente bárbaro, como una flor de hierro.

El dolor de las plantas estremecidas.

Llevo mi espíritu en las plantas ásperas,
 y así va a flor de tierra, a flor de tierra...
 A veces piso hierbas aromáticas,
 y a veces dientes ásperos e hirientes.

Escalo la montaña estremecida
 de ritmos misteriosos y confusos
 que suben por mis pies..., que suben..., suben
 hasta el dolor y hasta la locura.

Va mi *yo* en mis plantas ásperas y errátiles
 absorbiendo los zumos de la tierra.
 ¡Qué sabor, madre, sube hasta mi boca
 y estremece mi cuerpo como un árbol!

Las antenas.

Para ti, alma bien amada; siempre
lejana y siempre cerca; siempre
fuera del mundo y siempre
en mí.

¡Las antenas sutiles de mi instinto! Son garras
finas y poderosas, delicadas y férreas.
Atenazan todo hombre para que el ojo vea;
retienen toda cosa para saber su esencia,
y se verticalizan, temblorosas y sabias,
en todo ambiente. Absorben el perfume y el miasma,
y así mi alma se nutre de cielo y de pantano
y se hace vieja, vieja...

Necesario es que aprendas
este secreto, amada, y el por qué melancólico
de esta mi juventud que peina tantas canas
interiores. Yo advierto al doblar de mi cabo
— ¡mis treinta años! — bajeles que llevan treinta si-
de navegar, absortos ante el orto del Sol ¡glos
y embrujados de Luna bajo el orto lunar.
¡Las antenas sutiles de mi instinto! Por ellas,
amada, es que te adoro ¡desde hace tres mil años!

MARÍA VILLAR BUCETA

Nació en Matanzas el año 1898. Partiendo de un lirismo verbal, en el que había una indudable perfección, María Villar Buceta ha ido acercándose cada vez más a una poesía sintética, en la que asoma la preocupación filosófica. Amargada ante la dureza humana, parece haber hallado refugio en una ironía mordaz, desde la que, ahondando en la observación de las cuestiones más trascendentales, ha sabido plantear con tono ingenuo un arduo problema o inclinarse a dar una solución inesperada a los eternos.

En composiciones breves y ágiles ha logrado apresar multitud de sensaciones rápidas con una garra fuerte que denota al artista vigoroso. Sus versos, «enigmáticos y desconcertantes», como ella los llama, resultan con frecuencia autobiográficos, porque las sensaciones complicadas y difíciles que ellos nos sugieren, ella ha sabido vivirlas en su espíritu.

BIBLIOGRAFÍA

Consúltese: C. González Ruano, *Poetisas modernas*, Madrid, 1924. — E. Roig de Leucheriz, *Poetisas cubanas. Social*, mayo de 1921.

Bibliofobia.

Malaventurado del que beba
del agua negra de los libros,
porque aprenderá a odiar la vida
y a desconocerse a sí mismo.

El hombre, la Naturaleza,
la Vida...; he ahí cosas de intrínseco
valor, invariables y simples,
deformadas por los sentidos
orgánicamente anormales
cual siempre serán, son y han sido
los de los artistas, poetas
(exégetas de lo Infinito),
filósofos, historiadores...
(mixtificadores de oficio,
apóstoles de la Mentira,
tortura de eruditos).

¡Malaventurado el que beba
del agua negra de los libros!

Esclavitud.

¡Los desheredados del Cielo,
renunciad a todo consuelo!
¡Los aislados, los afligidos,
rehuid ser favorecidos!

¡Si estáis sedientos, padeced
con estoicismo vuestra sed!
¡No empeñéis vuestra libertad
a cambio de una caridad!

Los pobres de toda indigencia,
oíd la voz de la experiencia:
nada os dará tan malos ratos
como el temor de ser ingratos.
¿Sabéis de alguna esclavitud
como la de la gratitud?

Paz.

Un filósofo ha dicho que la mujer no es más
que el reflejo del hombre que encuentra en su camino.
¡He aquí una profunda exégesis!...

Jamás
descubriste, ¡oh mi dulce corazón femenino!,
al Hombre entre los hombres..., y es por eso que estás
como un niño dormido en la paz de un camino.

¿...?

Su vida estaba «en gris mayor»; tenía
una uniformidad desesperante.

Un vago tinte de melancolía
y de tedio velaba su semblante.

Por vanidad o por filosofía
era enigmática y desconcertante,
y, aunque indudablemente la ironía
fué su modalidad predominante,
para definir su psicología
nadie la ha conocido bastante...

Algunos la recuerdan todavía;
mucho se hizo admirar; pero, no obstante,

por triste y áspera se mantenía
del cariño y del odio equidistante...

Lo vulgar.

Lo habréis observado; en mis cantos
faltan los acentos del mar,
cuya sinfonía monstruosa,
por asociación singular,
trae a mi memoria unos versos,
leídos largo tiempo atrás,
que comenzaban de este modo:
«Rosa, ¿no has visto nunca el mar?»

Y es que también a mí me hacía
soñar el mar
cuando vivía tierra adentro,
sueños de artista en general...

Ahora lo veo diariamente
sin emoción... Ya veis, ¡el mar!

Hermetismo.

¡En casa todos vamos a morir de silencio!
Yo señalo el fenómeno; pero me diferencio
apenas del conjunto... ¡Tengo que ser lo mismo!

Dijérase que estamos enfermos de idiotismo
o que constituimos una familia muda...,
de tal suerte en sí propio cada uno se escuda.

Como de nuestros oros nos sentimos avaros,
de nosotros las gentes piensan: «Son entes raros,
o egoístas, o sabe Dios qué...»

¡Tal vez dirán

que sólo nos preocupa. la conquista del pan!
 ¡Y yo en medio de todos, Señor, con mi lirismo!...
 ¡Cuán se agobia mi espíritu de vivir en sí mismo
 y ver siempre estos rostros pensativos y huraños!
 ¡Y así pasan los días, los meses y los años!

Unanimismo.

Todos marchamos hacia una
 finalidad desconocida;
 mas es indudable que es una
 la finalidad de la Vida.

Creo en la fuerza creadora
 de Dios, cuyo hálito fecundo
 mueve la palanca impulsora
 de la gran máquina del mundo;
 en la doctrina panteísta
 y en el espíritu inmortal...

Y, pues todo toma a mi vista
 una apariencia espiritual,
 amo a la pobre piedra exánime
 de alma silenciosa y compleja,
 y el espíritu pusilánime
 del hombre-oveja...

La gota mínima que horada
 la roca,
 y el hermetismo de la boca
 que no me sabe decir nada...

¡Sé la virtud retributiva
 del Bien y el Mal;
 somos una ofrenda votiva
 puesta en el ara universal!

Nuestro derecho a discutir
las teorías de la Vida,
lo ahoga el dolor de vivir
la Vida...

¡Tal ha de ser de generosa
nuestra ascensión espiritual;
seguemos la atávica rosa
del Mal!

ENRIQUE SERPA

Nació en la Habana en 1898. Tiene una obra nutrida y de varia calidad producida a lo largo del esfuerzo y perseverancia con que ha buscado su rumbo. En su producción más reciente, lo vemos ya definirse hacia la poesía meditativa, de sentido filosófico, en la que tiene aciertos indudables. Recientemente ha recogido parte de su producción, aunque no la mejor, en un volumen que ha titulado *La miel de las horas*, y en el que ofrece muestras de sus diversas orientaciones. Rubén Martínez Villena ha caracterizado ese libro con palabras que es necesario repetir: «Versos de severa hechura parnasiana, versos de suave aroma romántico, versos en donde se retuerce el espasmo de la lujuria, versos que descansan sobre el espíritu con un manto de consolación, versos que expresan la «hiel de las horas», versos torturados que atisban la interrogación eterna, tal es la sinfonía.. El ejecutante es, además de poeta, un versificador experto en la técnica de las palabras.» Se podría añadir a este juicio que lo que caracteriza la producción de Serpa es la exquisita música en que se expresa y que se encuentra en la totalidad de sus poesías.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *La miel de las horas*, Habana, 1925.
Consúltese: R. Martínez Villena, *El Heraldo*, 20 de oc-

tubre de 1924. --- Alberto Lamar Schweyer, *El Sol*, 6 de abril de 1925.

LA MIEL DE LAS HORAS

El alma en vela.

Todas las noches, todas, me acodo en la ventana;
afino mis oídos, y en la tiniebla arcana
hundo mis ojos y desdoble mi interior;
tal como si esperase mirar entre la sombra
algo que no defino, y oír cómo me nombra
una voz imprecisa con fervor.

Apenas sé en mis velas nocturnas lo que aguardo;
mi espíritu palpita como un nardo
mecido por la brisa nocturnal.
Me obsesionan ideas oscuras y suspiro,
en tanto que el misterio, como un largo vampiro,
viene hasta mí sereno y espectral.

Acaso lo que espero todas las noches pasa
rozando las paredes sombrías de mi casa
y balbuceándome su amor.
Mas, ¡ay!, que mis oídos no son bastantes cultos
para escuchar sus voces, y nunca sus ocultos
encantos ha entrevisto mi afán torturador.

Mas, a pesar de todo, mantengo la esperanza
de que una noche, en éxtasis de bienaventuranza,
sonará en mis oídos su canción,
y entonces...

(¡Ah!, quién sabe si entonces mi alma entera
solloce por las horas perdidas por la espera,
y se me quiebre en llanto el corazón!)

La amante postrera.

Ambularás — ¿quién sabe cuántos años? — como
 mujer frívola en torno de mi callada puerta, [una
 a los fantasmagóricos reflejos de la Luna,
 o de la tarde agónica bajo la luz incierta,
 esperando la hora solemne y oportuna
 en que pueda tu mano, incansable y experta,
 desengarzar el áureo collar de mi fortuna
 y cultivar tus ósculos sobre mi boca yerta.

¿Qué importa que transcurran las horas y que bue-
 mujeres, a manera de blancas azucenas, [nas
 me den minutos llenos de amor y de placer,
 si tú serás la amante postrera y erudita,
 y sé que fatalmente llegarás a la cita
 que nos dimos el día que me viste nacer?

Después...?

El alma de este cuerpo hondamente aburrido
 de seguir con los hombres por la senda fatal,
 llegará hasta las playas donde empieza el olvido
 de la muerte, con gesto valeroso y jovial.

Mirará la tristeza de la Estigia laguna
 serenamente llena de supremo desdén,
 como quien sabe y siente que el Mal y la Fortuna
 están lejos, tan lejos como el Afán y el Bien.

Con la altivez ingénita de un antiguo viajero,
 reclamará el auxilio del fúnebre barquero
 y el precio del pasaje arrojará a sus pies;
 después... Calló el poeta de súbito, y el eco

gritó bajo la bóveda celeste con el hueco
temblor de la sonrisa de la Esfinge: Después...

Únicamente el eco.

Mi corazón, mendigo de verdades, yacía
trémulo en el camino.

La aurora florecía
en púrpura y en oro.

Bella, cual un ensueño
de amor, cruzó una púber; bordaba su risueño
semblante la esperanza de que pudiera ser
la Verdad un supremo cariño de mujer.

Mi corazón, mendigo de verdades, reía
dichoso como un cándido niño, y con alegría
preguntó al infinito:

«¿Es esta la Verdad?»

Únicamente el eco llenó la inmensidad.

Mi corazón, mendigo de verdades, yacía
trémulo en el camino.

Jadeaba el mediodía
como un pecho cansado.

Pasó por el camino
un hombre de enigmática sonrisa, de ladino
mirar; sobre una bolsa clavábanse sus dedos,
tal como sobre un alma claváranse diez miedos.

Mi corazón, mendigo de verdades, pensaba
y usando la pregunta lo mismo que una clava,
increpó al infinito:

«¿Es esta la Verdad?»

Únicamente el eco llenó la inmensidad.

Mi corazón, mendigo de verdades, yacía
trémulo en el camino.

La noche descendía
sobre la tierra en calma.

Desoladoramente,
como una remembranza fatal por una mente,
cruzó la agonizante figura de un anciano
sosteniendo una rama de laurel en la mano.

Mi corazón, mendigo de verdades, gemía
como un aire en las sombras; y con melancolía
lloró al infinito:

«¿Es esta la Verdad?»

Únicamente el eco llenó la inmensidad.

RUBÉN MARTÍNEZ VILLENA

Nació en la Habana en 1899. Poseedor de una fuerte y original vena lírica, es uno de nuestros más característicos y positivos valores poéticos del momento. Como ningún otro poeta de su generación, y seguramente a causa de su personalidad fuerte y bien definida, muy pronto ha sabido libertarse de las influencias ambientes en la América española, sin desconocer por eso y obtener ventajas de todas las innovaciones de estos tiempos.

Sobresalen en él de modo ostensible el dominio de una técnica compleja y depurada, ajena a todo simplicismo, el hallazgo del tema insólito y difícil, propio para dar cabida a los pensamientos audaces y sutiles, el sentido del *humour*, que le lleva a dar un matiz nuevo en nuestra lírica. Brota su verso como de cierta actitud crítica ante la vida; pero, con su vigor acostumbrado, se contenta con especular irónicamente, sin llegar al reproche. Y hay en lo mejor de su obra — en lo que lo caracteriza — una ironía finísima, que casi siempre surge de una misteriosa actitud con que el poeta la rodea. Es notable en Martínez Villena la preocupación del más allá, en un sentido puramente filosófico, totalmente ajeno al problema religioso; preocupación que llega a obsesionarle, y en la que tal vez se encuentre la explicación de su escasa producción. No encontramos en sus versos sino la palabra noble, sabiamente escogida, buen complemento a la idea fuerte y a la imagen atrevida pero intachable.

Ofrece recoger su labor en un libro que titulará *La pupila insomne*.

Capricho en tono menor.

(Musica di Camera.)

¿Llegas?... Se asombra, te nombra,
se enciende el duende que entiende
tu mirada:

se tiende sobre la alfombra
de tu sombra perfumada.

¿Andas?...: la estatua se mueve.

Grave, leve, breve y suave
tu pie de nieve que sabe
la gracia de los minués:
en silencio y de rodillas
reverencio las sencillas
maravillas de tus pies.

¿Suspiras?... El seno heleno
se alza pleno en un sereno
anhelo azul de pecado:
— ¡comba rosa! — Fuera bueno
morir, lleno de veneno,
sobre tu seno rosado.

¿Miras?... Se esponja en la cima
de la rima que te mima
una tórtola muy blanca.

¿Miras?... Acecha y se estira,
se agazapa, ruge en ira
la pantera que te mira
del fondo de mi barraca...

¿Ríes?... Te adoro. Te imploro:
¡rompa tu risa encantada
en mi boca!... ¡Poro a poro,
quiero beberme un tesoro
en el oro del sonoro
coro de tu carcajada!...

Página de la droga celeste.

(A Victoria Noëch.)

Semilla del Ensueño, la gota milagrosa
en una falsa muerte la Paz nos anticipa,
y orna la paz de imágenes. El alma, que reposa
la secular fatiga, ve cómo se disipa
su gran Dolor en una voluta caprichosa.
Humo que de la torpe materia la emancipa:
ensaya el vuelo ansiado la triste mariposa
a la crepitación caliente de la pipa...
¡Oh, la espiritualísima sensualidad del opio!
En el laboratorio del universo propio
se aduerme al fin la vieja demencia del análisis;
y el fumador, que a ratos su embriaguez desinte-
hace brotar, luchando con la dulce parálisis, [gra,
un vasto ensueño rosa de la píldora negra.

Paz callada.

(Largolento en monorríma de *a*.)

Y esta perenne abulia, esta inercia del alma
que no siente, ni espera, ni rememora nada;

ni una ansiedad siquiera para el futuro: calma, calma; ni una nostalgia de la vida pasada.

Pausas que se dilatan en la quietud amarga; el mismo tema diario se repite y se cansa; la materia inactiva se degenera en larga putrefacción creciente, como de linfa mansa...

Y esta es la paz callada... Ni un ímpetu de ala. Tan sólo el verso arrastra su cansancio y escala penosamente el duro silencio; se levanta

sobre el labio en un gesto de sonrisa macabra, mientras la mano en garfio me estruja la garganta para exprimir la gota de hiel de la palabra...

Motivos de la angustia indefinida.

Mi vida : una semilla en un surco
[de mármol.

(Verso sin consonante.)

¡Oh, consciente impotencia, para vender la empresa de traducir al verso la aspiración informe!

Angustia irremediable : conservar inconfesa la tragedia monótona del vivir uniforme...,

y temer el ansiado reposo, donde cesa esta resignación a seguir inconforme de todo: ¡de sí mismo, del labio que se besa, de la verdad pequeña y del Enigma enorme!

Sufrir el infructuoso cerebralismo insano, el cruel distanciamiento del espíritu hermano, la maldición de Palas en la gracia de Apolo...

Y en el continuo esfuerzo hacia lo inasequible quedar, al fin, aislado, ¡perpetuamente solo, igual que un verso de consonancia imposible!

RAFAEL ESTÉNGER

Nació en Santiago de Cuba en 1899. Gran parte de su producción primera la ha recogido en su libro *Los énasis antiguos*, recientemente publicado, en el que, si ya se presiente el rumbo por la senda ancha y libre de la personalidad poética independiente, queda en el fondo un apreciable sedimento romántico. Jorge Mañach, refiriéndose al libro, ha concretado así su contenido espiritual: «Es la poesía vagarosa de los años en que la sensibilidad comienza a simpatizar con lo externo y a desengañarse del consabido *reino interior*. La curiosidad del poeta todavía no se ha objetivizado bastante; le preocupan aún las graves frases y los trascendentales conceptos: el Destino, el Dolor, la Vida, la Muerte. Pero ya la decepción ha destilado, en el alambique del romanticismo, su primera gota de ironía...» En los «Poemitas de breviario», lo más personal y característico del libro, nos revela de modo sintético las múltiples preocupaciones de un espíritu audaz, que ha sabido recoger ideas propias de su época, que transmite con alusiones penetrantes y acento emocionado. En la producción posterior a la que contiene su primer libro, le hallamos dueño de una técnica libre e independiente, apropiada a las ideas vigorosas y personales que trata; así, en algunas, «Poemitas de breviario» y «Rincón provinciano», que incluimos en esta selección.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS POÉTICAS. — *Los énfasis antiguos*, El Arte, Manzanillo, 1924.

Consúltese: Jorge Mañach, *Glosas, Diario de la Marina*, 25 de abril de 1925.

LOS ÉNFASIS ANTIGUOS

Poemitas de breviario.

I

«¡Oh, madre, dame el Sol, el Soll...», y muere
la voz,
y apaga el espectáculo terrible
la piedad del telón.

(Ibsen arrancó llanto a mi pupila :
¡también yo quiero el Soll!)

Ha muchos años, mi sollozo eterno,
y mis manos abiertas, y mi voz,
y mi ansiedad y mi dolor reclaman :
«¡El Sol, el Sol!»

Un beso torvo sellará mi boca;
mis puños crispará trágico horror,
y no caerá sobre mi tumba un rayo
de Sol...

III

Sobre mi corazón, rosa de angustia,
se clavó tu desdén como una espada;

profanaron mis cóleras de hombre
las pueriles vergüenzas de una lágrima.

¡Y allá en mi corazón, que martirizan
secretos odios y mortales ansias,
se abre una roja herida, cual dos labios,
para besar el filo de una espada!

X

— Joven de frente pálida,
¿qué anhelas de tus cantos?

— ¡La compasión de un beso
y el pedestal de un lauro!

— Joven de frente pálida,
hay un hondo regazo,
una guadaña torva
y un silencioso espanto...

* * *

— Joven de recia espada,
¿dónde llevas tus pasos?

— ¡Voy a romper cadenas
y aniquilar tiranos!

— Joven de recia espada,
¡sobre tu oscuro osario
la plebe alzaré un día
nuevos ídolos falsos!

XVIII

«La vida es dura y cruel. Y es necesario
ser duro y cruel», tal dice Zarathustra.

Y hay en mi corazón una voz grave,
de rebelión, de cólera y de angustia.

«Befa el mundo a los buenos y a los mansos;
la piedad es obstáculo en la lucha;
Luzbel sonríe y Jesucristo expira...
Sé duro y cruel: la vida es cruel y dura...»

(Y mis brazos, abiertos ayer siempre,
con altivez olímpica se cruzan.)

Caperucita.

¡Oh, edad pueril y turbulenta!
¡Oh, edad romántica y jovial,
en que soñé con Cenicienta
y su zapato de cristal!

Pasaste como una sonrisa
sobre mi ingenuo corazón,
loca y fugaz como la brisa,
grata como una bendición.

¡Aquellos cuentos infantiles
en mí borraron su virtud,
y hoy son arcaicos y pueriles
para mi enferma juventud!

¡Oh, el estrambótico Urdemalas,
el Pulgarcito luchador,
y el hada que tenía dos alas
de inverosímil resplandor!

¡Aquel encanto se ha perdido!
¡Aquel ensueño murió ya!
Por ellos clamo: «¡Ven, Olvido!»;
pero el Olvido... no vendrá.

Si los recuerdo, si los narro,

sube a mi labio amarga hiel,
y el loco espíritu desgarró
con el puñal de un ansia cruel.

 Mi infancia fué Caperucita;
la Vida, el lobo inmaterial...
(¡Era jovial y era bonita
mi Caperuza espiritual!)

 Caperucita, tú saliste
buscando flores por doquier;
te miró el lobo y le dijiste :
«¡No me podrás nunca vencer!»

 ¡Y siempre igual vuelve aquel cuento
a repetirse sin cesar!

El lobo es trágico y violento :
¡No sabe el lobo perdonar!

 Murió contigo, Caperuza,
mi fe en la gloria y el amor;
ya por mi vida sólo cruza
la caravana del dolor...

 ¡Oh, edad pueril y turbulenta!
¡Oh, edad romántica y jovial,
en que soñé con Cenicienta
y su zapato de cristal!

Rincón provinciano.

En esta paz aldeana soy un burgués asceta :
ni el amor me conmueve, ni la gloria me inquieta,
y mi vida, sin ansias, va monótonamente,
cual un rumor de brisa o un glugluar de fuente,
hacia la sombra eterna tras la cual evidencio,
como el lírico triste, «que no hay más que silencio».

Depuesta, como un fardo, mi inútil arrogancia,
vuelvo a gozar la amable sencillez de la infancia,
el placer de sentirme cándidamente bueno
— corazón sin rencores, malicia sin veneno —,
y descubrir la vida con ojos asombrados
ante la tentación de los siete pecados.

Mi ayer fué un sueño trágico, fascinador y horrible:
la vulgofobia amarga, la sed de lo imposible,
la mano siempre fácil para todos los vicios,
el placer patológico de clementes suplicios,
la carne pecadora que invocaba en gemidos :
«¡Ah, quién pudiera darme otros nuevos sentidos!»

Y hoy digo: «¿Y para qué?» ¡Hay tantas emociones!
¡No he de azuzar mi fosca jauría de pasiones,
ni desatar las cóleras en locas tempestades,
ni oír el proteiforme clamor de las ciudadés...!
¿Para qué, si en la hora del tránsito terreno,
para vivir la dicha total, basta ser bueno?
Seamos como el bíblico cedro — Jesús lo quiere —,
que aroma el hacha que lo hiere...

JUAN MARINELLO VIDAURRETA

Nació en Santa Clara en 1899. La actitud mística de acatamiento y resignación ante una fatalidad inevitable, y la melancolía honda, imprimen a sus composiciones un sabor de romanticismo que, por lo acendrado y puro, parece venirle de Heine. Junto a este tono hallamos una manifiesta tendencia metafísica, aunque no de franca especulación, sino más bien de sutiles sugerencias al margen de los grandes misterios. Estas características revelan la influencia decisiva de Amado Nervo, uno de los maestros que más fuertemente marcaron su huella en la poesía de Marinello, influencia de la que parece ir librándose en sus más recientes composiciones, en las que hallamos un matiz más personal. Agustín Acosta, refiriéndose a este poeta, ha dicho: «Una suprema delicadeza, al extremo de que teme entrar en el cuerpo de las cosas, hace de Marinello un poeta triste; pero no es la tristeza honda del asunto, no es el desgarramiento, es la tristeza que llevan en sí todas las cosas delicadas. A veces la delicadeza, la vaguedad, implican carencia de matiz, y aunque esta falta suele ser su encanto, hallamos que los poemas de Marinello son tanto más encantadores cuanto más matiz hay en ellos, porque el matiz es la impresión de la propia alma en ese molde, en esa arcilla de la forma artística.» Es posible señalar cierta indecisión, cierta inseguridad en la síntesis de su poesía, como si en ella faltara algo complementario, como si se hubiera dejado de decir algo que necesariamente se esperaba: impresión

que quizá se deba a que en Marinello hay un poeta de matices junto a un poeta de ideas, y aquél domina e impone su tonalidad con menoscabo de éste. Su orientación más reciente parece llevarle a una expresión más sincera de sus sentimientos; ya no es solamente el tono el que da valor a la composición, sino la propia ideología, de alta distinción espiritual, expresada en forma grave y mesurada.

BIBLIOGRAFÍA

Consúltese : Jorge Mañach, *Un poeta quietista*, *Gaceta de Bellas Artes*, diciembre de 1924.

Y esta eterna nostalgia...

Y esta eterna nostalgia de las alturas, y este atalayar eterno de cumbres intocadas e inaccesibles, ¿cuándo morirán en el alma?

¿Por qué, si no podemos volar, sueñan un vuelo las alas ideales que se aferran al suelo sangrando el vencimiento? Si humana podredumbre somos, ¿por qué se irisan los ojos con la lumbre celeste? Si en el viento ha de perderse el verso como inútil lamento, ¿por qué nace en nosotros el verso? ¿Por qué ansiamos esta chispa divina que nos prende el ocaso, si ha de ser en las sombras de la noche que llega la cineraria flama de su propio fracaso?

Alma loca que olvidas que la vida es yantar :
olvidate a ti misma, y cierra las ventanas
que dan al sol y al mar.

«E pur si muove.»

Lo he dejado todo :
amores que sólo
eran un reflejo del amor;
mirajes
que eran un trasunto débil del paisaje
interior.

Todo se ha quedado detrás : la gloria
del elogio fácil, dulce vanidad,
las manos que estrechan las manos que dañan,
el beso que enciende y el beso que calma
la ansiedad.

Todo se vislumbra lejos, pero asciende
de las tibias ascuas — hogueras de ayer —,
un humo en que flotan ansias insepultas
y maravillosas formas de mujer.

Todo lo he dejado;
pero todo alienta dentro de mi ser.

Renunciación.

Amigos : Nada que no sea
una completa paz;
paz en el alma y fuera
del alma, paz camino
de insensibilidad.

¿Llorar? Ojos enrojecidos
y entrecortado sollozar,
y luego para consolarnos
buscar un tópico vulgar.

¿Reír? Mueca inconsciente
 que es una forma del llorar.
 ¿Ariel? Un vuelo inútil.
 ¡Cómo sonríe Calibán!
 ¿Jesús? Un sacrificio aprovechable
 para quien no lo pueda interpretar.
 ¿Dionisos? No. Detrás de cada seno
 erecto, está el Hastío
 con su insolencia de Falstaaf.
 Amigos: Nada,
 como no sea
 una profunda paz.

Y no podréis quitarme...

Y no podréis quitarme la sonora
 soledad en la noche.
 ¿Cómo impediréis que en la sombra
 rompan su cautiverio los sentidos
 y que emprenda yo mismo,
 hecho mil, por senderos
 para vosotros desconocidos?
 ¿Cómo evitaréis que sin quererlo
 y sin saberlo, viva en mí
 una música vaga que está en todo,
 aún en vosotros, que no sabéis
 vibrar en ella?
 ¿Cómo
 si es de la noche,
 queréis arrebatar me este tesoro?
 Llevadme lo que ansiáis:
 la lujuria, el renombre,

el canto y la sonrisa
y el poder sobre el nombre;
y, cuando todo lo arranquéis,
no presumáis un grito
ni esperéis un reproche,
que no podréis quitarme la sonora
soledad en la noche.

Anochecer en la montaña

En estas soledades,
¡cómo se encuentra el alma con el alma,
y cómo se presienten las infabiles cosas
sin gastadas retóricas
y sin música vana de palabras!

Con el misterio de la tarde unidos
— dulce virtud extática —,
¡cómo se funde el oro de la tarde
en el oro del alma!

Flota un presagio de misterio. Somos
unos con el paisaje, desligados
de toda cosa humana
y nos parece comprenderlo todo
al entrar en la nada.

(A la injuria del Sol va sucediendo
la cariciosa plata
lunar, que entre las hojas
de los almendros salta.)

En estas soledades de la noche,
¡cómo se encuentra el alma con el alma!

Hieles.

— No muestres tu pena al Sol;
bebe en silencio la hiel
de tus hieles, corazón,

No hay una estrella en tu noche
ni una luz en tu camino.

— No importa, para guiarme
me basta con el Destino.

— La senda es dura y es larga
y tú eres débil y triste.

— Y qué; para tales viajes
la indiferencia se viste.

— ¿Y si en el camino caes,
loco corazón?

— Si muero,
para ti, cuerpo menguado,
el anatema postrero.

— No muestres tu pena al Sol,
bebe en silencio la hiel
de tus hieles, corazón.

La Muerte.

La Muerte debe tener
miel ignorada; su boca
— espantable y desdentada —
debe besar dulcemente,
y acariciar suavemente
su dura mano alargada.
Este dolor de la vida

es mal de ausencia; la Amada
nos atisba quedamente
mientras dura la jornada.

La Muerte debe tener
miel ignorada.

Mi corazón.

Mi corazón, como el tuyo,
Werter, es un niño enfermo,
llora con las alegrías
de los otros, y los besos
se le figuran traiciones
fraguadas en el silencio
de las lamas.

Nunca supo,
la causa del desconsuelo
que lo mata.

Como el tuyo,
Werter, es un niño enfermo.

ANDRÉS NUÑEZ OLANO

Nació en Matanzas en 1900. En su iniciación, seguramente por disciplina, y acaso también por reacción contra la poesía profusa y el tema amoroso, cultivó una manera que sólo trataba de dar una impresión de impassibilidad y de belleza escultórica. Por su minuciosidad y delicadeza de orfebre logró, especialmente dentro del molde del soneto, realizaciones en las que el pulimento trascendía a cierta vaguedad ideológica. Su obra posterior ha demostrado, sin embargo, que su parnasianismo no era temperamental. Y así, sin descuidar su perfección formal y sin perder la sensación de suntuosidad que hemos hallado siempre en su obra, ha orientado su poesía por todas las rutas modernas, abordando temas de una vitalidad y de una fuerza inesperadas y sorprendentes, siendo muchas de sus composiciones de este género obras acabadas en las que coincide la difícil armonía de una idea vigorosa y de una expresión escueta, de elegancia intachable.

Iglesia de pueblo.

Sintetiza una indemne voluntad de ascetismo que retoña en domésticas mansedumbres de abuela: tal con la gema antigua de su catolicismo enjaya doctorales dogmatismos de escuela.

Redime en las rituales fontanas del bautismo la sombra del manzano. Contra el pecado en vela,

aspergia en oraciones un trémulo exorcismo
y esgrime la palabra que anima y que consuela.

Blanca, de una blancura de rosa franciscana,
acendra en amplios éxtasis su miel buena y cristiana;
unta sobre las almas óleo de candideces,

y en la erección esbelta del parco campanario,
tramonta la plegaria que dobla el incensario
en grávido perfume de migratorias preces.

Canción de ruta.

Ahora es el momento del canto y la alegría.
Voy cruzando caminos. Mientras, lanzo un cantar
como un reto al cansancio. Toda la ruta es mía.
Tengo tiempo y camino para reflexionar.

(Joven, mi corazón se va por los caminos
y va segando sueños como con una hoz...
Marcha bajo la noche con otros peregrinos.
La voz que habla a los otros más alto, esa es mi voz.)

Mi juventud me embriaga como si fuese un vino,
y espera muchas cosas que ni yo mismo sé:
algo que yo he de ver llegar por el camino
donde aun están las huellas de lo que ya se fué.

Y ha de venir..., yo sé que ha de venir un día...
No importa que demore: lo espera mi canción.
Hay cosas que me anuncian la nueva Epifanía,
y hay un rumor de pasos sobre mi corazón...

Sagitario.

Hombre desnudo en pie sobre una roca,
se alzó de pronto un alarido largo:

«¡A mí el ala orgullosa,
para la audacia hirsuta del asalto!»
Pues que en los cielos del Futuro
tiembla mi estrella entre todos los astros,
hacia el Futuro
parto en mi voluntad, como en un barco.

Voy — Simbad anacrónico —,
hacia los claros puertos del espacio,
y la intención ceñuda que es mi nave
se tiende hacia la meta como un dardo.

Hombre desnudo en pie sobre una roca,
se alzó de pronto un alarido largo:

«¡A mí el ala orgullosa,
flámula roja en la nave de asalto!»

(¡Piedra brutal del grito,
que horadaste la cúpula sidérea:
que al menos traiga en cada mano,
un puñado de estrellas!...)

El retorno.

Gracias a Dios que, al cabo, la voz anunciadora
canta sobre mis labios. ¡Oh, Dios, cuánto he espe-
Fuí lámpara obstinada: mi gesto ensimismado [radol
era sólo paréntesis para el grito de ahora.

Se abre en los horizontes del silencio la aurora
de la palabra nueva; el canto, recobrado,
brota — frescura viva — del surtidor sellado,
y el gozo del retorno mi corazón enflora.

¡Palabra mía, nueva! En mi selva salvaje
tiendo el oído al eco del interior abismo
y oigo la voz del otro que canta en el bosque.

¡Gracias a Dios, amigo! Salud: de mi lirismo
partí como de un puerto... Ahora torno del viaje.
¡Fuí a buscarte y tú estabas esperando en mí mismo!

Simbad.

Era en el alba de oro, sobre la mar de oro,
cuando fleté mis naves — proa hacia la aventura... —
Vientos de sal y yodo sobre la arboladura
daban su voz al eco del caracol sonoro.

¡Plus Ultra!..., y el gran grito magnificó el decoro
de las esbeltas naves, a cuya curvatura
gálibos femeninos daban su gracia pura...
Tal fué en el alba de oro, sobre la mar de oro.

Trémulas del esfuerzo de su ambición oscura
iban las velas, blancas de su lustral decoro,
y era en el alba, ilustre de matinal frescura...

Mas en mi sueño, un día, sobre el turbión sonoro,
maravillosamente, tornan de la aventura
naves de palpitantes velámenes de oro!...

DULCE MARÍA LOYNAZ

Nació en la Habana en 1901. Después de haber producido algunas composiciones de principiante, de méritos muy escasos, se reveló súbito un temperamento lírico admirable en poemas de un sabor de renunciamiento muy íntimo y muy distante de la literatura, suficientes a llamar la atención por su tono desacostumbrado en nuestra poesía. Inclínada hacia lo misterioso, hacia lo desconocido, interroga a lo impenetrable con acento tembloroso, en el que palpita un alma torturada, anhelante de un quietismo absoluto, lejos de la vida, para reflejar no más «inmóvil, impasible, muda, limpia», como el agua quieta del estanque, «la luz, la sombra, el vuelo de las aves...» El acento de sus composiciones de esta índole nos penetra de tal modo, que en ocasiones, para definir nuestros propios sentimientos, podremos valernos de sus palabras :

Señor, que lo quisiste : di, ¿para qué he nacido?...

Como en su hermano Enrique, la técnica es sencilla, y la influencia de Juan Ramón Jiménez se hace visible junto a la de Tagore, que es mucho más apreciable.

Ofrece recoger parte de su producción en un libro que titulará *Fuegos de agua*.

BIBLIOGRAFÍA

Consúltese: C. González Ruano, *Poetisas modernas*, Madrid, 1924.

Señor, que lo quisiste...

Señor, que lo quisiste: di, ¿para qué he nacido?...
 ¿Quién me necesitaba? ¿Quién me había pedido?...
 ¿Qué misión me confiaste? ¿Y por qué me elegiste?
 Yo la inútil, la débil, la cansada, la triste...

Yo que no sé siquiera qué es malo ni qué es bueno,
 y si busco las rosas y me aparto del cieno
 es sólo por instinto... ¡Y no hay mérito alguno,
 en la obediencia fácil, a un instinto oportuno!...

Y aún más: ¿pude hacer siempre todo lo que he
 [intentado?

¿Soy la misma siquiera lo que había soñado?...

¿En qué ocaso de alma he disipado el luto?...

¿A quién hice feliz tan siquiera un minuto?...

¿Qué frente oscura y torva se iluminó de prisa,
 tan sólo ante el conjuro de mi pobre sonrisa!...

¿Evitar a cualquiera pude el menor quebranto?

¿De qué sirvió mi risa? ¿De qué sirvió mi llanto?

Y al fin, cuando me vaya fría, pálida, inerte...,
 ¿qué dejaré a la vida? ¿Qué llevaré a la muerte?...

.....

Bien sé que todo tiene su objeto y su motivo,
 que he venido por algo y para algo vivo...,
 que hasta el más vil gusano su destino ya tiene,
 que tu impulso palpita en todo lo que viene,

y que si lo mandaste fué también con la idea
de llenar un vacío por pequeño que sea...;
que hay un sentido oculto en la entraña de todo :
en la pluma, en la garra, en la fuente, en el lodo...;
que tu obra es perfecta, ¡oh, Todopoderoso!,
Dios justiciero, Dios sabio, Dios amoroso...
¡Oh, Dios de los mediocres, los malos y los buenos,
en tu Obra no hay nada ni de más ni de menos...!
Pero... No sé, Dios mío..., me parece que a Ti
— ¡un Dios! — te hubiera sido fácil pasar sin mí...

Los estanques.

Yo no quisiera ser más que un estanque
verdinegro, tranquilo, limpio y hondo...
Uno de esos estanques
que en un rincón oscuro
de silencioso parque
se duermen a la sombra tibia y buena
de los árboles...

Ver mis aguas azules en la aurora
y luego ensangrentarse
en la monstruosa herida del ocaso...,
y para siempre estarme
inmóvil, impassible, muda, limpia...,
para ver en mis aguas reflejarse
el Cielo, el Sol, la Luna, las estrellas,
la luz, la sombra, el vuelo de las aves...
¡Ah, el encanto del agua quieta..., fría!...
Yo no quisiera ser más que un estanque...

Calladita.

Yo me iré calladita
mientras cantan los pájaros
y se abren las rosas...
Yo me iré deslizándome
sin dejar ni llevar
nada... Sin luz, sin ruido.
Yo me iré en puntillitas,
y ni se habrá de dar cuenta la tierra
de que la he pisado.

Destrucción.

Deshacer en la tierra y en el aire
la bruma de mi cuerpo y de mi alma
y todo este temblor ardiente y largo
y todo este huracán consciente y vivo,
un poco más de tierra entre la tierra
y un poco más de aire para el aire...
¡Y no ser ya..., no ser ya para siempre!

Liturgia.

Alguien exprimió un zumo
de fruta negra en mi alma;
quedé amarga y sombría
como niebla y retama.
Nadie toque mi pan,
nadie beba mi agua.
Dejadme sola todos...

Presiento que una cosa ancha y oscura
y desolada viene sobre mí,
como la noche sobre la llanura.

De silencio.

Yo no hablaré más nunca... Seré menos
que el cisne no dando a la vida
ni el último acento...
Más que la tierra voy a ser calla la
y humilde y triste...
Para siempre estoy llena de silencio,
como vaso colmado
de un vino amargo y negro.

La pena.

¡Qué pena tan suave y tan honda y tan quieta!
Es como un niño enfermo..., como un niño sin madre...
La vida pasa abajo vestida de palabras...
La pena, perseguida, se esconde y calla..., y calla...

Pensamiento raro.

— ¡Están cayendo estrellas!...
— ¿Qué estás diciendo, hermano?
Son estrellas fugaces.
— ¡Cómo del cielo claro
se desprenden estrellas!
— Pon tus manos abiertas
para que en ellas caigan...
— ¿Qué estás diciendo, hermano?

Son estrellas fugaces :
ni caen ni se recogen...
— No importa; pon las manos.

Todavía.

Tu mano dura, rígida, apretando,
apretando, apretando hasta exprimir
la sangre gota a gota.
Tu mano, garra helada, garfio que se hunde,
tu mano...

¿Ya?

La sangre...

No he gritado..., no lloré apenas.
Acabemos pronto ahora. ¿Ves?,
estoy quieta y cansada.
De una vez acabemos este juego
horrible de tu mano, deslizándose,
¡todavía!, suave, fría..., por mi espalda...

REGINO PEDROSO

Nació en la Habana en 1903. Atraído por los deslumbramientos de visiones pretéritas, encontró en las leyendas de la fábula tema para acuñar sus versos sonoros, «tendidos como alfombras fastuosas, encendidas de todos los colores». Sus parábolas fueron compendio de sus preciosismos y de sus aciertos. «Actualmente — dice Núñez-Olano — Pedroso está un poco distante de aquellas cabalgatas. Ahora su verso no dice, no quiere decir sino lo que debe quedar. Como todo artista en cierto momento, se ha descubierto a sí mismo y se entrega jubilosamente a la contemplación maravillada de su yo. Así, inclinándose sobre sí mismo, auscultando sus inquietudes, nos las devuelve en imágenes, como cumple a un poeta.» Pero del artista enamorado de lo fastuoso y sonoro queda, en su nueva manera, el amor a la forma depurada y exquisita.

BIBLIOGRAFÍA

Consúltese: Andrés Núñez-Olano, *El Sol*, 19 de enero de 1925. — R. Martínez Villena, *El Herald*, 27 de octubre de 1924.

La ruta de Bagdad.

I

Fué bajo el esplendor de una mañana
de sedas y de pálidos destellos:
cruzaba bajo el sol la caravana
al lento cabecear de los camellos.

Una dulce pereza mulsumana
nos envolvía en su inquietud, y bellos
los dedos de tu mano de sultana
mesaban la pelambre de sus cuellos.

Sobre la ruta de Bagdad fué un día...
El amor en tus ojos florecía
sus fiebres locas, y a tus pies vencido,
 esclavo en tus pupilas fascinantes,
mis labios imploraron suplicantes
un amor sin la muerte y el olvido.

II

Un amor sin la muerte y el olvido...
Y en tus pupilas mi implorar en vano,
como en un mar de luz desconocido,
nafragaba en las ondas de lo arcano.

Agonizante el Sol, en un lejano
crepúsculo de seda revestido,
con un rito hierático y profano
prestigiaba de gemas tu vestido.

Suntuosas tus diademas de amatista,
cantaron sus espléndidas conquistas

sobre el áureo fulgor de tus cabellos.
Y contemplaron, en glorioso alarde,
quebrarse ante sus ojos tus camellos
la pálida turquesa de la tarde.

III

Sedas de Esmirna, y oro, y pedrería
de un Oriente suntuoso y legendario,
te dieron su esplendor de orfebrería
con un remoto fausto milenario.

La púrpura de Tiro te envolvía
como en llamas y, mármol estatuario,
tu cuerpo en la liturgia se ofrecía
entre incienso y aroma de santuario.

Un sacerdote liturgiaba un rezo.
Tu boca — cáliz de oblación —, un beso
al Dios alzaba, como ofrenda muda.

Y ante el ara magnífica postrada
fué un manto de oro a tu esbeltez desnuda
la hermosa cabellera destrenzada.

IV

¿Adónde ibas? ¿Al Cairo? ¿Hasta Bassora?
¿A la lejana India? ¿En qué tranquila
ciudad maravillosa y seductora,
soñaba misteriosa tu pupila?

Los altos minaretes, en la hora
recortando en la luz su larga fila,
una visión de encanto, soñadora,
brindaron a tus ojos de sibila.

Cantaban tus esclavas jubilosas,
Rebecas con sus ánforas preciosas;
los negros camelleros daban gritos...

Y a mi amor te entregaste toda entera
blanca y desnuda, en voluptuosos ritos,
tendida sobre pieles de pantera.

V

Y fué final a mi ilusión tu viaje.
Alados toros, en un templo asirio,
te vieron, en rendido vasallaje,
con locura de místico delirio.

Los ópalos cayendo con tu traje
de tu cuello ante el Baal de tu martirio,
llamearon fuego de ritual salvaje
sobre tu blanca desnudez de lirio.

Fué así más fuerte que el amor el fuego
sagrado de tu fe; inútil ruego
fué el correr de mis lágrimas tranquilas;
enmudecí a tu reír sonoro...

Y una visión de púrpura y de oro
moría sobre el mar de tus pupilas...

VI

Envío.

Princesa de Bassora: deslumbrantes,
tus collares, tus cofres y diademas,
cantaron como en bíblicos poemas
litúrgicos amores lujuriantes.

Como Belkiss, tus manos centelleantes
de sortijas fantásticas y gemas,
fueron sabias, amantes y supremas
al amor y a tus blancos elefantes.

Sobre la ruta de Bagdad, sus cuellos
hoy alargan dolientes tus camellos.
¡Nunca sus ojos tornarán a verte!

Pero en su marcha lánguida, sin prisa,
van soñando en el oro de tu risa,
en triste caravana hacia la muerte..

Eternidad.

Nada alteró mi grave serenidad. Yo estaba
sobre el dolor, la vida, lo arcano y lo futuro,
tal como una montaña de mármol inmutable,
alzado en el camino, silencioso y desnudo.

Indiferente, eterno, me miraron los astros,
la noche, el mar, los vientos, los altos montes mudos;
indiferente, eterno, como un mito hecho carne
y hecho Dios ante el vértice descendente del mundo.

Y pasaron los siglos... Ya ni el más débil rastro
quedaba como muestra de la existencia humana
sobre la gran planicie de la tierra, ni un árbol...

¡Sólo en la calcinada pedregada terrestre,
aun yo un sueño más largo de eternidad soñaba,
fatal en lo infinito sobre el tiempo y la muerte!

El árbol fraterno.

Árbol torcido en gesto doloroso de angustia,
cuya expresión es símbolo de estériles anhelos,

que inclinan a los vientos tu rama escueta y mustia
en trágica parábola de odio hacia los cielos.

Brotando a flor del predio apenas, tus raíces
logran la savia útil a tu retorcimiento;
también parece que huyes de la tierra y maldices
tu vida, en un perenne clamor de sufrimiento.

Eres como un amargo vivir desesperado,
cuyo retorcimiento fuera el símil de un grito,
mudo en la noche tétrica de un ser atormentado
por una fiebre inmensa de amor y de infinito...

Indiferente al hombre, al Sol y a los crepúsculos
y a las noches, te elevas contorsionado, enfermo,
con un violento esfuerzo rebelde de tus músculos
de rama, ante la estéril pedrecidad del yermo.

Nada brindas al mundo: ni fruto ni frescura;
torcido en tu soberbio desdén hacia la altura,
eres como un desnudo dolor en el camino.

Mas en el gesto olímpico de tu naturaleza
— árbol humano — mi alma consuela tu tristeza,
también torcida en trágico gesto contra el Destino.

ENRIQUE LOYNAZ Y MUÑOZ

Nació en la Habana en 1903. Apartándose de la manera habitual con que la generalidad de los poetas de este grupo siente e interpreta la varia emoción, Enrique Loynaz cultiva una nota de misterio hondo, creación de una fantasía exaltada. José María Chacón, al dar a conocer sus producciones en *El Figaro*, nos lo presentó rodeado de un gran silencio y de una perfecta soledad, realizando una obra llena de penetrante sentido interior, de una inquietud profunda y de un misterioso presentimiento. «Las palabras — dice — se hacen cada vez más interiores, las palabras tienen cada vez más el valor de los símbolos.» Influidó sin duda por la obra última de Juan Ramón Jiménez, la forma externa ha dejado de tener significación, para ser sólo el vehículo imprescindible que nos transmita sus visiones de un modo invisible que parece rodearlo, y del que el poeta se complace en plasmar las impalpables posibilidades. Tan honda y visible como esta influencia es la de Edgard Allan Poe, que se trasluce no sólo en la forma — número de palabras análogas para producir una sensación determinada—sino en las ideas que presiden la mayor parte de su producción; sombras, más allá, misterio, el problema de la muerte.

Los cortos años de este poeta, su absoluto apartamiento de los centros literarios, su indiferencia por la publicidad y el mérito extraordinario de sus composiciones conocidas, nos autorizan a pensar que sin esfuerzo alguno ha de figurar entre los más notables de nuestra época.

Los rieles.

Sobre los campos desiertos
¡qué gran poesía tienen
en la calma
los rieles de los trenes!

Tienen alma, tienen vida
los rieles.

Extendidos en la hierba
van casi inconscientemente
como buscando un arcano
que presienten;
y ya muy lejos, ¡muy lejos!,
en el fondo del abismo
de la distancia, parece
que con majestad siniestra
se mueren,
por trascender el enigma
de la muerte.

Sobre los campos desiertos
¡qué gran poesía tienen
en la calma
los rieles de los trenes!

Quiero ser algo inmaterial.

¡Mi Dios, quiero ser algo inmaterial! Quisiera
no haber jamás nacido y no morir jamás;
ser tan sólo una fuerza, un color, un sonido,
una luz... (Ser un claro de luna sobre el mar.)
(Ser un ardiente rayo de sol.) Dar de mi fuego

y mi lumbre a la tierra, ignorando que allá
 en su seno se agita como un sueño perenne,
 como un misterio torvo la ciega Humanidad.

Ignorando sus vanos ideales, sus luchas
 por las terrenas glorias y el error ancestral
 de juzgarse a sí misma grande aún, no sabiendo
 por cuál causa ha nacido ni por cuál morirá,

No quisiera estar hecho de algo... No quisiera
 existir, solamente para luchar. ¡Luchar
 sin que el estéril río de la vida me lleve
 dulcemente... a un remanso de beatitud y paz!

¿Con qué divinos dedos libertar mi materia
 de la prisión del mundo, donde encerrada está?
 ¿Cómo podré diluirme todo, todo en la nada,
 en la luz? ¡Mi Dios, quiero ser algo inmaterial!

Soñé con una noche blanca...

Soñé con una noche blanca, donde la vida
 fuera tan blanca como la misma noche, donde
 el alma mía, que tan lejos se me esconde,
 me dijera, sin miedo, su palabra escondida.

Soñé con una noche de paz, donde los hombres,
 donde todos los hombres fueran buenos y el cielo
 estuviera más cerca de mí... sin un consuelo
 exterior, sin nociones exteriores, sin nombres.

Sin nombres, sin nociones, sin consuelo, sin nada
 que no fuera la sola noche, toda blancura,
 sin nada que no fuera mi alma plena y oscura;
 sin nada que no fuera su palabra callada.

¡Encanto de los hombres buenos, paz de las horas
 donde pudiese hablar conmigo mismo, don

de los hombres y míol

La noche.

¡Corazón

amaneciendo en medio de estrelladas auroras!

Estaba solo en medio de la honda noche...

Estaba solo en medio de la honda noche. En medio
de las penumbras hondas que invadían la estancia.

Y yo mismo era parte de la sombra,

y yo mismo era parte de la nada.

Apenas comprendía mi propia vida. Apenas
percibía en mi cuerpo sensaciones humanas;

sólo supe que algo se me iba,

y a través de la noche se alejaba.

¡Tuve horror al sentirme tan solo! Aquel silencio
me traspasaba como la punta de una lanza.

Sentí la pesadumbre de la muerte

y me quedé flotando en la distancia.

Era muy doloroso para mí aquel absurdo:

pensar que, de mí mismo, yo mismo me escapaba,

comprender el misterio de las nieblas,

presentir la presencia de la nada...

.....

¡No sé por cuánto tiempo sufrí! Después la noche
fué llenándose toda de luces irisadas;

la bruma iba volviéndose azulosa,

y perfumada una sutil fragancia.

¿Acaso sentí ruido de pasos, sin ruido?

¿Acaso estaba cerca de mí alguna fantasma?

Mi corazón cantó, y mi canto era

como una misteriosa serenata.

Ya no escuchaba pasos. Mi corazón seguía
cantando y un espectro detúvose a mi espalda.
Volví los ojos para interrogarle
y me encontré, de pronto, con mi alma...

A lo lejos...

A lo lejos le veía,
como en medio de una viva lumbrerada.
Todo yo resplandecía con su lumbre:
Desde lejos me miraba,
desde lejos le veía
y él estaba en lo más mío de mi alma
y mi alma le decía hondamente :
«No te vayas, no te vayas.»

A lo lejos le veía,
como en medio de una tenue lumbrerada.
Yo ignoraba el paso lento de las horas,
y las horas avanzaban.
— Yo ignoraba la presencia de las nieblas,
y las nieblas invadían la distancia.
Él quedaba solamente,
y ya sólo le veía con el alma.
Él se iba...

Pero el alma repetía
hondamente :
«No te vayas, no te vayas.»

El jardín bajo la lluvia...

El jardín bajo la lluvia
se va llenando de alegría.

Los árboles lucen muy verdes,
más verdes cuanto más alegres.
¡Alegria! No están abiertos
los jazmines, pero yo siento
un sutil olor de jazmines;
todo parece que sonríe
en mi corazón, todo habla
a mi corazón, sin palabras.
Afuera llueve; llueve adentro...
¡Qué don!, qué penetrante anhelo
de gozar de la lluvia fresca,
de estar solo en la húmeda tierra,
de ser con la misma alegría
del jardín bajo la lluvia.

Pasó la procesión de amigos...

Pasó la procesión de amigos
inefables en el silencio
de aquellas horas. Solo estaba
al recibirles, y primero
cerré los ojos temeroso
ante la presencia de ellos.
Acercábanse lentamente...
Yo, como en éxtasis supremo,
iba escuchando cada paso
y en cada paso oía un eco
recóndito en mi vida, como
la nota de un canto muy nuevo
y muy familiar, juntamente.
Después seguí oyendo, sintiendo
aquel conjunto milagroso,

aquella música del cielo,
y fui abriendo los ojos, cual
si despertase de un gran sueño.

Habían desaparecido
los amigos en el misterio
de aquellas horas. Solo estaba;
sin embargo no tuve miedo.

La música también perdíase;
quise llamarla. En el silencio
mi grito fué silencio sólo;
y como en éxtasis supremo
seguí escuchando aquella música,
aquella música del cielo...

¡Sintiéndola ya menos mía
y cada vez más a lo lejos!

Aquel mar negro...

Aquel mar negro... Aquel mar tan lleno de niebla
fué desapareciendo para nosotros.

Ahora
sólo hallaremos la claridad de esta aurora.

¡Mira cómo el profundo horizonte se puebla
de un fulgor penetrantel

¡Mira las viejas brumas
desvanecerse como visiones de un pasado!

Mira, y sólo hallarás claridad a tu lado,
y este mar blanco... Este mar tan lleno de espuma...

Ella iba caminando...

Ella iba caminando
sobre las hostiles rocas;
yo la llamaba con ansia
y no me oía.

Iba sola,
iba muda y cerca de ella
chocaban olas con olas
del mar abierto.

Traía
la cara más luminosa
que nunca.

Iba obstinada
con una idea recóndita,
como siguiendo una ruta,
como buscando una aurora.
Ya no la llamaba, apenas
podía verla en la sombra
de la noche que llegaba.

No distinguía sus formas,
sólo veía la sangre
de sus pies sobre las rocas...

Con el pecho cargado de flores...

Con el pecho cargado de flores se acercaba...
Yo veía su imagen a través del misterio
de la aurora. Tenía la frente toda llena
de resplandor de luna... Pasaba sonriendo.

Mas las horas pasaban también. Llegó la tarde

y yo seguí esperando su llegada; a lo lejos
la presentía con las flores marchitadas,
con los ojos un poco tristes, un poco muertos.

Y la noche venía junto con ella. ¿Acaso
lo comprendí? Al abrir la puerta tuve miedo
y quedé tembloroso mirándola de cerca.
Estaba negra toda.

¡Ni una flor en el pecho!

La estrella...

La estrella se ve a lo lejos
y yo sigo todavía sonriendo...
La estrella está ya muy cerca
y mi cara todavía está serena...
La estrella se ha detenido
a mi espalda y voy sintiendo mucho frío.
La estrella me toca y tiemblo...
La estrella me abraza y muero...

Era la noche melodiosa...

Era la noche melodiosa
y tú no querías hablar.
Había luz en cada cosa
y tú no querías mirar.
Y yo te dije: «Hay una estrella que reposa
en los cielos; la Luna se refleja en el mar.»
El mar y el cielo se aman. Di, ¿por qué no es dichosa
tu alma? ¿Hay gracia mayor que la gracia de amar?
(La noche iba volviéndose cada vez más azul...
El aire iba volviéndose cada vez más sutil...)

¿Quién eres tú que pasas por el río...?

¿Quién eres tú que pasas por el río
en tu barca sin velas y sin remos
mientras la tarde desfallece, y sola
el agua va pasando y sonriendo?

¿Por qué no alzas tus velas?

¿Por qué no remas fuerte con tus remos?

¿Quién eres tú que pasas por el río
mientras la tarde desfallece? ¿Dónde
has clavado tus ojos soñolientos?

¿Hacia cuál horizonte, hacia cuál faro
lejano has navegado con tu sueño?

¿Por qué estás pálido como la tarde?

¿Qué llevas entre tus brazos abiertos?

Yo sé que nadie ha mirado nunca
y nadie te verá jamás; yo siento
la eternidad de tu belleza clara
que tan sólo, yo mismo, solo, veo.

¿Por qué no alzas tus velas?

¿Por qué no remas fuerte con tus remos?

Habla para que yo sepa tu nombre,
dime siquiera si estás vivo o muerto,
si eres sólo una sombra
o eres un recuerdo...

Tú, ¡tan delgado!, que pareces como
la sombra de un recuerdo.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
ADVERTENCIA.....	5
Los precursores.....	11
JOSÉ MARTÍ.....	19
<i>Versos libres.....</i>	29
Hierro.....	29
Homagno.....	32
Amor de ciudad grande.....	33
Copa con alas.....	36
<i>Ismaelillo.....</i>	37
Príncipe enano.....	37
Penachos vívidos.....	39
<i>Versos sencillos.....</i>	40
Los dos príncipes.....	50
Rima.....	51
JULIÁN DEL CASAL.....	53
<i>Hojas al viento.....</i>	59
Quimeras.....	59
Mis amores.....	60
<i>Nieve.....</i>	61
Bajorrelieve.....	61
La agonía de Petronio.....	63
El camino de Damasco.....	64
Galatea.....	65
A mi madre.....	66
Nostalgias.....	67
<i>Bustos y rimas.....</i>	70
Crepuscular.....	70
Nihilismo.....	71

	<u>Págs.</u>
Obstinación.....	72
Rondeles.....	73
Recuerdo de la infancia.....	74
La cólera del Infante.....	76
Las alamedas.....	77
Día de fiesta.....	79
En el campo.....	79
Tardes de lluvia.....	81
CARLOS PÍO UHRBACH.....	83
<i>Gemelas</i>	84
Enclaustrado.....	84
<i>Oro</i>	85
Desolación.....	85
Cenizas.....	85
FEDERICO UHRBACH.....	87
<i>Gemelas</i>	91
Introducción.....	91
<i>Oro</i>	93
Para unas voces.....	93
En el alba de oro.....	93
Canto de la tarde.....	94
<i>Resurrección</i>	97
Samaritana.....	97
Gemas equívocas.....	99
Campanas de Noël.....	102
Blasón crepuscular.....	104
JUANA BORRERO.....	106
Medieval.....	107
Las hijas de Ran.....	108
Apolo.....	108
Intima.....	109
Réve.....	109
Última rima.....	110
<i>Transición</i>	111
ENRIQUE HERNÁNDEZ MIYARES.....	117
La más hermosa.....	119
La hora verde.....	119

	<u>Págs.</u>
BOSIFACIO BYRNE	121
<i>Efigies</i>	124
Domingo Mugica.....	124
<i>Lira y espada</i>	123
El baile.....	125
Nuestro idioma.....	125
El sueño del esclavo.....	126
¿Cuál sería...?.....	126
<i>En medio del camino</i>	127
Los muebles.....	127
Harén de estrellas.....	131
EMILIO BOBADILLA	132
<i>Vórtice</i>	134
La campana.....	134
El cabrero.....	134
Bogotá.....	135
MANUEL SERAFÍN PICHARDO	138
Leyendo a Horacio.....	139
El último esclavo.....	144
Soy cubano.....	145
El gallo.....	146
Toledo.....	146
JOSÉ MANUEL CARBONELL	148
<i>Mi libro de amor</i>	150
Día de lluvia.....	150
Mi corazón.....	151
<i>Penachos</i>	152
Confesión.....	152
DULCE MARÍA BORRERO	153
<i>Horas de mi vida</i>	154
Nueva vida.....	154
Fué un beso.....	156
El remanso.....	158
FERNANDO Y FRANCISCO LLÉS	159
<i>Sol de invierno</i>	160
Las sombras han tornádose medrosas.....	160
En la aldea.....	161

	<u>Págs.</u>
Horas de Aldea.....	162
<i>Limoneros en flor</i>	162
Mis viejos limoneros.....	162
Alma mística.....	163
Flor de histerismo.....	163
Transición	165
FRANCISCO J. PICHARDO.....	169
<i>Voces nómadas</i>	171
El trapiche.....	171
La canción del labriego.....	173
El precepto.....	173
El jamelgo.....	174
Confiteor.....	174
Dánae.....	176
RENÉ LÓPEZ.....	177
Barcos que pasan.....	179
Retrato.....	181
La Luna estaba alegre.....	181
Busto.....	183
Canción pueril.....	184
Homenaje lírico.....	184
MAX HENRÍQUEZ UREÑA.....	186
<i>Auforas</i>	188
Alma pagana.....	188
Motivos de otro.....	188
Como un nenúfar.....	190
Idilio de provincia.....	192
EMILIA BERNAL.....	194
<i>Alma errante</i>	195
¡Oh, yo te haré una barca de mis sueños.....	195
Cigarra azul.....	195
En la noche del sendero.....	196
Palabras de elegía.....	196
<i>Poesías inéditas</i>	197
Amadme así.....	197
Plenitud de la lírica	202
REGINO E. BOTI.....	207

	Págs.
<i>Arabescos mentales</i>	209
Funerales de Hernando de Soto.....	209
Panteísmo.....	219
Marginal.....	211
Ante la «Ciudad teológica».....	212
Aguaza.....	213
<i>El mar y la montaña</i>	214
El mar.....	214
Creación.....	214
En el promontorio.....	215
Angelus.....	215
Epitafio.....	116
El aguacero.....	216
Luz.....	217
La montaña.....	217
El agua.....	218
La vereda.....	218
La noria.....	218
ACUSTRÍN ACOSTA.....	219
Ala.....	222
Absintio.....	225
Asco.....	227
Abandonada a su dolor.....	227
Aniversario.....	228
Crepúsculo.....	228
Humo.....	229
¡Quizás!.....	229
Corazones amigos me dicen.....	229
Compraventa.....	230
El alma ciega.....	230
El gran poeta.....	231
El hombre dormido.....	231
Auto-limosna.....	231
El campo cultivado.....	232
La voluntad.....	232
Yo no veré mi día.....	233
Desbordamiento.....	233

	Págs.
El salvador perfume.....	234
Como la nieve.....	235
Gesto de sembrador.....	236
Castigo.....	237
JOSÉ MANUEL POVEDA.....	238
<i>Versos precursores</i>	240
Con el gesto profundamente.....	240
La pipitaña.....	241
Evohé.....	241
Palabras en la noche.....	242
El noble cinismo.....	242
Reliquia.....	243
Dedicatoria a Mallarme.....	244
Retiro.....	244
Serenata.....	245
Julián del Casal.....	246
Esfinge.....	247
Luna de arrabal.....	248
El grito abuelo.....	249
Orientaciones diversas	251
MIGUEL GALLIANO CANCIO.....	256
<i>Del rosal de mis sueños</i>	257
Nada como el consuelo.....	257
¡Bendita madre!.....	257
<i>Ruiseñores del alma</i>	258
Elegía de la hermana.....	258
Los Reyes Magos.....	260
MARIANO BRULL.....	262
<i>La casa del silencio</i>	263
Retorno.....	263
La buena canción.....	264
Por la escondida senda.....	265
Pax anima.....	266
Soneto de Otoño.....	266
Un hombre.....	267
Yo me voy a la mar de junio.....	267
Canción.....	268

	<u>Págs.</u>
In memoriam.....	269
Epitafio.....	269
Ya se derramará como obra plena.....	270
En medio del camino.....	270
Polvo de estrella.....	271
La lluvia.....	271
Mi eternidad.....	272
GUSTAVO SÁNCHEZ GALARRAGA.....	273
<i>La fuente matinal</i>	277
La noche ciega.....	277
<i>El jardín de Margarita</i>	277
Meditación.....	277
<i>Copos de sueño</i>	278
A un árbol.....	278
<i>Glosas del camino</i>	279
Horas.....	279
Tricólogo.....	280
FELIPE PICHARDO MOYA.....	281
La amiga muerta.....	282
Quisiera ser un viejo.....	283
Los novios.....	284
Egoísmo.....	284
La calle antigua.....	285
El poema de los cañaverales.....	285
GHIRALDO JIMÉNEZ.....	293
<i>La selva interior</i>	294
Honda labor.....	204
Arcano.....	295
El don de la lluvia.....	296
La vida de Juan Renaud.....	296
MARÍA LUISA MILANÉS.....	298
¡Spero!.....	300
Ya no soy para ti.....	300
No puede comprender.....	301
Esto has hecho de mí.....	301
Via crucis.....	303
Hago como Spartaco.....	303

	Págs.
FEDERICO DE IBARZÁBAL.....	305
<i>El balcón de Julieta</i>	307
Lienzos marinos.....	308
Éxtasis.....	309
Casino tropical.....	310
<i>Una ciudad del trópico</i>	310
Esta ciudad picante y loca.....	310
Visiones crepusculares.....	311
Profesión de fe lírica.....	312
ARTURO ALFONSO ROSELLÓ.....	315
<i>En nombre de la noche</i>	316
Nocturno I.....	316
Nocturno VIII.....	317
Al partir.....	317
Cine de barrio.....	318
Elogio utilitarista de la fe.....	.18
Exaltación alucinada de la Inquietud.....	320
Los nuevos	323
JOSÉ Z. TALLET.....	327
Elegía diferente.....	328
Tristitia caducitatis.....	331
Mi coraza.....	332
RAMÓN RUBIERA.....	333
<i>Los astros ilusorios</i>	334
Ideología del árbol seco.....	334
El argonauta enfermo.....	334
El buey.....	335
Los viajeros.....	336
EDUARDO AVILÉS RAMÍREZ.....	337
Canción de los barcos entre la noche.....	337
El gallo ante el Sol.....	339
El guerrero de continente de flor.....	340
El dolor de las plantas estremecidas.....	340
Las antenas.....	341
MARÍA VILLAR BUCETA.....	342
Bibliofobia.....	353
Esclavitud.....	343

	<u>Págs.</u>
Paz.....	344
Lo vulgar.....	345
Hermetismo.....	345
Unanimismo.....	346
ENRIQUE SERPA.....	348
<i>La miel de las horas</i>	349
El alma en vela.....	349
La amante postrera.....	350
Después...?.....	350
Únicamente el eco.....	351
RUBÉN MARTÍNEZ VILLENA.....	353
Capricho en tono menor.....	354
Página de la droga celeste.....	355
Paz callada.....	355
Motivos de la angustia indefinida.....	356
RAFAEL ESTÉNGER.....	357
<i>Los énfasis antiguos</i>	358
Poemitas de breviario.....	358
Caperucita.....	360
Rincón provinciano.....	361
JUAN MARINELLO VIDAURRETA.....	363
Y esta eterna nostalgia.....	364
«E pur si muove».....	365
Renunciación.....	365
Y no podréis quitarme.....	366
Anochecer en la montaña.....	367
Hieles.....	368
La Muerte.....	368
Mi corazón.....	369
ANDRÉS NÚÑEZ OLANO.....	370
Iglesia de pueblo.....	370
Canción de ruta.....	371
Sagitario.....	371
El retorno.....	372
Simbad.....	373
DULCE MARÍA LOYNAZ.....	374
Señor, que lo quisiste.....	375

	<u>Págs.</u>
Los estanques.....	376
Calladita.....	377
Destrucción.....	377
Liturgia.....	377
De silencio.....	378
La pena.....	378
Pensamiento raro.....	378
Todavía.....	379
REGINO PEDROSO.....	380
La ruta de Bagdad.....	381
Eternidad.....	384
El árbol fraterno.....	384
ENRIQUE LOYNAZ Y MUÑOZ.....	386
Los rieles.....	387
Quiero ser algo inmaterial.....	387
Soñé con una noche blanca.....	388
Estaba solo en medio de la honda noche.....	389
A lo lejos.....	390
El jardín bajo la lluvia.....	390
Pasó la procesión de amigos.....	391
Aquel mar negro.....	392
Ella iba caminando.....	393
Con el pecho cargado de flores.....	393
La estrella.....	394
Era la noche melodiosa.....	394
¿Quién eres tú que pasas por el río...?.....	395

Esta edición facsimilar de 500 ejemplares de
LA POESIA MODERNA EN CUBA
(1882-1925)
por
FÉLIX LIZASO
y
JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE CASTRO
se imprimió en diciembre de 2005.

La edición de la presente obra estuvo a cargo de
Daniel Gutiérrez Pedreiro

Revisión de textos
Silvia Patricia Plata

La supervisión de la producción estuvo a cargo de
Alfonso Sánchez Dueñas

Los interiores se imprimieron en tinta negra sobre papel cultural,
la portada en selección de color sobre cartulina sulfatada.

Impreso en los talleres de
Impresora Mexfotocolor, S. A. de C. V.
Calle Hidalgo No. 25
Colonia Aragón
07000. México, D. F.